JAVIER MILEI

EL CAMINO DEL LIBERTARIO



EL CAMINO DEL LIBERTARIO

JAVIER MILEI

EL CAMINO DEL LIBERTARIO

Planeta

Índice de contenido

Milei, Javier
El camino del libertario / Javier Milei. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

Primera edición en formato digital: marzo de 2022

Para Kari «El Jefe», Conan, Murray,
Milton, Robert, Lucas y Aaron.

Javier Milei: una píldora demasiado grande para timoratos

Por Alberto Benegas Lynch (h.)(*)

Los argentinos venimos transitando desde hace décadas épocas rayanas en la peligrosidad extrema. Los discursos políticos resultan anacrónicos y fracasados por donde se los mire. Todos padecen la situación pero de modo especial los más vulnerables. De un corto tiempo a esta parte irrumpe en el escenario político Javier Milei, con un discurso a contracorriente, y propone nada más y nada menos que la libertad, con una profundidad no vista en muchísimo tiempo en nuestro medio, con lo que ha influido a muchos y ha corrido la parla de otros espacios políticos.

Milei reitera que ha venido «a despertar leones y no a guiar corderos», que su presencia es transitoria y que lo relevante son las ideas y no las personas; combate con vigor toda manifestación totalitaria y para contrarrestarlas formula propuestas que en este texto vamos a resumir a vuelo de pájaro, algunas pocas de ellas, al efecto de ilustrar las posiciones que representa su partido. Lo hacemos en forma de decálogo.

Primero, el ambientalismo. De un tiempo a esta parte los socialismos se han agazapado en el llamado ambientalismo como una manera más eficaz de liquidar la propiedad privada: en lugar de decretar su abolición al estilo marxista, la tragedia de los comunes se patrocina con mayor efectividad cuando se recurre a los llamados

«derechos difusos» y a la «subjetividad plural»: así se abre camino para que cualquiera pueda señalar un uso considerado inadecuado de lo que al momento pertenece a otro.

El fundador y primer CEO de Weather Channel, John Coleman, el premio Nobel de Física Ivar Giaever y el ex presidente de Greenpeace de Canadá, Patrick Moore, sostienen que el denominado ambientalismo se basa en un fraude en el sentido de tergiversación de estadísticas. El aumento en la temperatura en el planeta se ha elevado medio grado en el transcurso del último siglo y fue antes de que aparecieran los gases que fueron inyectados por los humanos en la atmósfera (principalmente dióxido de carbono). También apuntan que en la época de los dinosaurios el nivel de dióxido de carbono era entre cinco y diez veces superior al actual, lo que contribuyó a la riqueza de la vegetación, épocas en las que la Tierra era a veces más calurosa y húmeda y otras, de mayor enfriamiento y sequedad.

Es cierto que muchas especies marítimas están en vías de extinción debido a la antes mencionada tragedia de los comunes. Esto hoy no sucede con las vacas, aunque no siempre fue así: en la época de la colonia, en buena parte de América Latina el ganado vacuno se estaba extinguiendo debido a que cualquiera que encontrara un animal podía matarlo, engullirlo y dejar el resto en el campo para las aves de rapiña. Lo mismo ocurría con los búfalos en Estados Unidos. Esto cambió cuando comenzaron a utilizarse los avances de la época: la marca primero y el alambrado más tarde clarificaron los derechos de propiedad. Lo mismo con los elefantes en Zimbabue: a partir de asignar derechos de propiedad de la manada se dejó de ametrallarlos en busca de marfil.

En cuanto al temor por la desaparición del agua, el premio Nobel de Economía Vernon Smith escribe: «El agua se ha convertido en un bien cuya cantidad y calidad es demasiado importante como para dejarla en manos de las autoridades políticas». El planeta está

compuesto por agua en sus dos terceras partes, aunque la mayoría es salada o está bloqueada por hielos. Sin embargo, hay una precipitación anual sobre tierra firme de 113 000 kilómetros cúbicos, de la que se evaporan 72 000. Eso deja un neto de 41 000, cifra capaz de cubrir holgadamente las necesidades de la población mundial. Sin embargo, se producen millones de muertes por agua contaminada y escasez. Tal como ocurre en Camboya, Ruanda y Haití, eso se debe a la politización de la recolección, el procesamiento y la distribución del agua. En esos países, la precipitación es varias veces superior a la de Australia, donde no tienen lugar esas políticas y, en consecuencia, no ocurren dichas tragedias. En otras palabras, con el argumento de cuidar la propiedad se liquida la institución de la propiedad vía las antedichas figuras y se daña gravemente al planeta.

Segundo, la banca central, cuya política solo puede encaminarse en una de tres direcciones: expansión, contracción o dejar inalterada la base monetaria. Cualquiera de estos caminos distorsiona los precios relativos, que son los únicos indicadores para operar en el mercado, por lo que se estimula un derroche que indefectiblemente repercute negativamente en los salarios e ingresos en términos reales. Por ello es que resulta indispensable la liquidación del Banco Central y el curso forzoso, permitiendo que la gente revele su preferencia en cuanto al activo monetario, tal como ha sugerido una y otra vez el premio Nobel Friedrich Hayek, entre otros.

Tercero, contar con una legislación en materia laboral compatible con una sociedad libre, que no trabe la contratación de trabajo; la abrogación de la fascista personería gremial, con todos los abusos que conlleva en desmedro de los genuinos trabajadores, y la liberación de una patética y sistemática estafa monumental incrustada por un sistema nefasto de inseguridad antisocial jubilatorio.

Cuarto, en relación con el llamado aborto, en concordancia con lo consignado por genetistas de renombre internacional y con lo expresado por la Academia Nacional de Medicina de nuestro país: «El niño por nacer, científica y biológicamente, es un ser humano cuya existencia comienza al momento de su concepción». A veces se ha sostenido que «la madre es dueña de su cuerpo», lo cual es absolutamente cierto, pero no es dueña del cuerpo de otro. Es cierto que está en potencia de muchas cosas, igual que todo ser humano independientemente de su edad, por lo que constituye una arbitrariedad superlativa inventar un momento de la gestación para proceder a la liquidación de esa vida humana como si se produjera una mágica mutación en la especie (lo cual, dicho sea de paso, es una lógica tan arbitraria que puede conducir a la justificación del infanticidio). Un embrión humano contiene la totalidad de la información genética. En el momento de la fusión de los gametos masculino y femenino —que aportan respectivamente 23 cromosomas cada uno— se forma una nueva célula compuesta por 46 cromosomas que contiene la totalidad de las características del ser humano.

Solo en base a un inadmisible acto de fe en la magia más rudimentaria puede sostenerse que diez minutos después del nacimiento estamos frente a un ser humano, pero no diez minutos antes. Como si antes del alumbramiento se tratara de un vegetal o un mineral que cambia súbitamente de naturaleza. Quienes mantienen que en el seno materno no se trataría de un humano del mismo modo que una semilla no es un árbol, confunden aspectos cruciales. La semilla pertenece en acto a la especie vegetal y está en potencia de ser árbol, del mismo modo que el feto pertenece en acto a la especie humana en potencia de ser adulto.

Quinto, la distinción entre empresarios que, para mejorar su situación patrimonial, deben ofrecer bienes y servicios que atiendan las necesidades de su prójimo respecto de los prebendarios que,

aliados al poder de turno, explotan miserablemente a los demás a través de privilegios de distinta índole.

Sexto, la insistencia en preservar la democracia al estilo de los Giovanni Sartori de nuestra época y evitar que se convierta en cleptocracia cuando se desconoce su aspecto medular: el respeto por los derechos de todos, en lugar de otorgar prelación al mero recuento de votos, como ocurre en territorios como el venezolano (que además encaja fraudes groseros).

Séptimo, la trascendencia de la integración al mundo vía el comercio exterior libre de trabas.

Octavo, la reducción de cargas tributarias para ubicarlas a nivel de atender con prontitud la seguridad y la justicia.

Noveno, revisar el organigrama gubernamental al efecto de reducir el gasto público en aquellas faenas que exceden a la misión específica de una sociedad abierta, del modo en que también han insistido otros premios Nobel de Economía, como Milton Friedman, George Stigler y Gary Becker. En esta línea argumental, facilitar la implementación del genuino federalismo y la consiguiente descentralización del poder en todos los niveles.

Y décimo, apuntar a la no renovación de deuda externa sobre la base, por un lado, del hecho de que esto implica comprometer patrimonios de futuras generaciones que no han participado en la elección del gobierno que contrajo la deuda y, por otro, embretar al monopolio de la fuerza a financiarse exclusivamente con recursos presentes una vez eliminada la denominada autoridad monetaria y cerrado el camino del endeudamiento externo, lo cual ha sido expuesto en primer lugar por el premio Nobel de Economía James M. Buchanan.

Ya sabemos que los liberales no somos una manada y que detestamos el pensamiento único; son esperables disidencias de matices en varias direcciones, desacuerdos que tenemos con nosotros mismos cuando repasamos un texto anterior y nos damos

cuenta de que podríamos haber mejorado la marca, puesto que, como decía Borges, «no hay tal cosa como un texto perfecto» (frase aplicable a todos los órdenes de la vida). Hay algunos comentarios que provienen de quienes parece que no se percatan de en qué país vivimos ni qué está ocurriendo. Pero en el caso de Milei resultan inauditas algunas de las críticas echadas a correr, en primer lugar, naturalmente, por todo el espectro estatista, que discrepa radicalmente con la libertad, pero también por envidiosos que buscan pantallas y «la quinta pata al gato» para disfrazar su mala fe y celos crecientes en medio de inventos mentirosos. También por los que no pueden despegarse de «lo políticamente correcto» ni de las telarañas mentales del statu quo, y por aquellos que, al provenir de tradiciones de pensamiento muy alejadas del liberalismo, aunque en tránsito hacia la libertad, se alarman y estiman que las propuestas de marras se tornan en una píldora demasiado grande para digerir.

Sin embargo, si las ideas tan sólidas expuestas por Milei se llevaran a la práctica, nuestro país volvería a ser ejemplo del mundo civilizado, tal como ocurrió cuando los preceptos alberdianos se aplicaron desde la Constitución liberal de 1853, que permitió que los salarios del peón rural y del obrero de la incipiente industria fueran muy superiores a los de Alemania, Francia, Italia y España. Fue la razón por la que la población se duplicó cada 10 años y que tuviéramos indicadores equivalentes a los de Estados Unidos. Después vino la revolución fascista de 1930, y a partir del golpe militar de 1943 se han aplicado —sin solución de continuidad hasta nuestros días— medidas estatistas en grados diversos y, por tanto, con sucesivas crisis que empujan a bajar escalones en todos los rubros y ámbitos posibles, juntamente con una degradación creciente de las instituciones republicanas.

Javier Milei, en su incursión previa en los ámbitos académicos, ha mostrado gran pericia y conocimiento en las materias de su incumbencia, con especial referencia a los extraordinarios aportes

de la Escuela Austríaca, liderados por pensadores de la talla de Carl Menger en el origen y continuados por Ludwig von Mises, Israel Kirzner y Murray Rothbard, legado que este personaje moderno de la política argentina ha trasmitido con gran eficiencia a generaciones jóvenes para que cada uno sepa valorar su independencia y autonomía individual. Estos rasgos han sido destacados por la prensa mundial, como por ejemplo *The Economist* de Londres, *La Gaceta* de Madrid, *Le Monde* de París y *El País* de Montevideo, que también subrayan el carácter eminentemente moral de ese emprendimiento.

Por último y para cerrar este breve apunte, es pertinente destacar que una cosa es el necesario tendido de puentes electorales con espacios afines para evitar caer en las garras del chavismo local, y otra bien distinta es la conducta de un liberal en el Congreso que debe poner de manifiesto su independencia de criterio y no proceder al voto en bloque, convirtiendo al Parlamento en una escribanía en la que todos proceden como monos en una jaula, lo cual no quita la oposición conjunta a sugerencias del estatismo vernáculo. Esta independencia de los legisladores argentinos fue uno de los rasgos que los representantes de la Academia Francesa enfatizaron con admiración cuando nos visitaron con motivo de la celebración del Centenario en 1910.

---

*. Alberto Benegas Lynch (h.) es doctor en Economía y doctor en Ciencias de Dirección. Académico de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, fue profesor y primer rector de ESEADE, cargo que desempeñó durante 23 años; tras su renuncia fue distinguido, por las nuevas autoridades, profesor emérito y doctor honoris causa. Es presidente de la sección Ciencias Económicas de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, miembro del Instituto de Metodología de las Ciencias Sociales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, miembro del Consejo Consultivo del Institute of Economic Affairs de Londres, académico asociado de Cato Institute en Washington,

miembro del Consejo Académico del Ludwig von Mises Institute en Auburn, miembro del Comité de Honor de la Fundación Bases de Rosario. En Twitter: @ABENEGASLYNCH_h. Versión del texto publicado en el portal *Infobae*, el 27 de noviembre de 2021.

I. EL CAMINO DEL LIBERTARIO

El camino en primera persona

1. El inicio, la decisión y el primer *paper*

Nací el 22 de octubre de 1970 en el seno de una familia de clase media. «El Libertario», ese que ahora soy yo, lo hizo apenas un tiempo después. Me recuerdo con 11 años, en abril de 1982, estar escuchando la famosa frase de Lorenzo Sigaut: «El que apuesta al dólar pierde». Ese fue el inicio de la debacle del modelo de la tablita cambiaria, pero no solo eso, también fue el momento en que descubrí que había mucha gente que en mi país estaba mal. Agobiada. Y lo estaba por sus deudas, épocas de la Circular 1050. En ese momento, de repente, y fruto de la licuación, gente que estaba bien pasó a estar muy mal, y viceversa, aunque en el agregado todo estaba peor. Algo había ocurrido. Algo le había cambiado el modo de vida a mucha gente de manera sustancial. Yo siempre estuve muy atento a las charlas que tenían mis padres con sus amigos, con sus allegados o con los padres de mis compañeros del colegio. Veía esas interacciones y también las fluctuaciones en los niveles de vida. Fluctuaciones que básicamente estaban ligadas a los cambios de la economía. Y eso que a los adultos les impactaba tanto, a mí, ya de chico, también. Todos en cierta manera notaban que vivían peor y más atentos a la economía. Yo también. De hecho, fue en ese momento que decidí estudiar Economía. Si las cosas que pasaban con el dólar, con la inflación, con la economía en

general afectaban el bienestar de las personas, tenía que entender cómo funcionaba. Y para entender, evidentemente, tenía que estudiar.

Pero no solo la economía despertaba interés en mí. Para entonces era un chico marcado por el Mundial 78 y las descollantes actuaciones de Mario Alberto «El Matador» Kempes y Ubaldo Matildo «El Pato» Fillol. El Pato, a quien tuve oportunidad de conocer y abrazar ya de grande, es uno de mis máximos ídolos. De hecho, fue tal la influencia que tuvo sobre mí que no lo dudé en ningún momento. Si de fútbol se trataba, mi lugar dentro de una cancha era el arco. Y lo fue a pesar de que mis características no eran las más adecuadas para un arquero (mi altura es 1,80 metros). Sin embargo, fueron justamente esas características las que hicieron que, cuando jugaba en Chacarita Juniors, entrenara mucho más. Y gracias a semejante nivel de entrenamiento —seis horas por día—, cuando estaba en el arco, saltaba y al travesaño lo dejaba a la altura del pecho. Volaba de palo a palo sin dificultad. Este no es un dato menor, ya que marca un rasgo de personalidad. El arquero no solo se viste distinto (diez con el mismo uniforme y uno totalmente diferente) y puede utilizar las manos dentro del área grande, sino que además tiene su propio entrenamiento, juega con la tribuna en la espalda todo el tiempo, suele festejar los goles en soledad y es el único que, cuando se equivoca, paga con un gol en contra. Obviamente, debería quedar claro que ser arquero requiere una personalidad muy particular.

Así, atravesado por dos pasiones —la economía y el arco—, fui creciendo hasta que en junio de 1989, mientras cursaba el primer año de la licenciatura en Economía en la Universidad de Belgrano, mi mamá me pidió que la acompañara al supermercado. Me acuerdo como si fuera el día de hoy. Plena hiperinflación. Yo estaba apoyado con los brazos sobre el changuito y no me olvido más lo que sentí al ver a unas chicas con guardapolvos usando una

especie de pistola, las famosas tickeadoras, sin parar de remarcar precios mientras la gente se abalanzaba sobre la mercadería. Fue un momento de enorme confusión. Todo aquello que estaban viendo mis ojos se llevaba de patadas con lo que venía estudiando en la universidad (algo evidente para un primer curso de economía de la carrera). Los precios subían pero la demanda no bajaba. La gente se seguía tirando arriba de los productos, procurando acapararlos. Así que, mientras veía esa película, pensé: «Lo que estoy estudiando en la universidad está mal o soy un pelotudo que no entiende nada». Así es que asumí que, al destinar seis horas diarias al entrenamiento de fútbol, no estaba estudiando lo suficiente como para entender la naturaleza del problema, y fue ahí mismo que decidí abandonar el fútbol y comenzar a estudiar economía de manera superintensiva.

Comencé a leer muchísimos libros, más allá del material que me daban en la facultad. Podría decir que comencé un proceso de educación autodidacta y ya a los 20 años escribí mi primer *paper*, llamado: «La hiperinflación y la distorsión en los mercados».

En ese artículo, básicamente desde mi intuición, termino derivando un modelo de expectativas adaptativas, el cual me permitía derivar una curva de oferta agregada con pendiente negativa, en lugar de positiva o vertical, y eso hacía que los sucesivos aumentos de la demanda agregada, fruto del déficit fiscal financiado con la emisión monetaria, generaran un equilibrio donde no solo subían los precios sino que además se contraía la economía; donde, además, la característica de dicho equilibrio era su estabilidad porque, cuanto más altos los precios, la curva de demanda se volvía más elástica. Y si bien la curva de oferta se invertía, era mucho menos elástica que la demanda; entonces, generaba un equilibrio que no solo existía y era único por la linealidad de las funciones de oferta y demanda resultantes, sino que además era estable. Así, a los 20 años había llegado a explicar

un proceso hiperinflacionario que, por otra parte, implicaba que la presencia de la aceleración inflacionaria derivada de una híper también generaba contracción de cantidades; esto es, caída del PIB (producto), caída del empleo y caída de los salarios reales.

En paralelo, y para «perfeccionar mi veta histriónica», junto con Hernán Boracchia (baterista), con quien nos une una gran amistad desde los 10 años, decidimos armar una banda tributo a los Rolling Stones. Sumamos al talentosísimo guitarrista Juan Carlos Marioni y a Diego Vila (bajo), para que finalmente Diego Parise (guitarra rítmica) se nos uniera para completar el quinteto. Mi lugar en la banda era el de vocalista que intentaba replicar el rol de Mick Jagger en la banda de rock más grande en el mundo. Con mi paso por la música pasa lo mismo que con el fútbol: quienes vieron y acompañaron el proceso dicen que era bueno. Mi percepción no es tan optimista.

2. El estudio del keynesianismo, la maestría en el Instituto para el Desarrollo Económico y Social

La Universidad de Belgrano, como cualquier casa de estudios, tiene regulados los contenidos así que, cuando terminé la carrera de grado, salí formado con la típica estructura analítica de centroizquierda, o sea, era post-keynesiano con tintes de estructuralista, alguien que creía que la inflación es multicausal, que es importante la presencia del Estado regulando la economía, que hay un rol destacado para el Banco Central y el Estado tiene que intervenir determinados mercados «fundamentales», como el cambiario, entre otras cosas. Sin embargo, pese a mi visión

presente, no reniego de aquello, porque precisamente es lo que hoy me permite abrazar con más fuerza las ideas de la libertad.

Lo cierto es que, como post-keynesiano con tintes de estructuralista, decidí hacer una maestría en el IDES (Instituto para el Desarrollo Económico y Social), donde, básicamente, lo que hice fue estudiar keynesianismo a fondo. Ahí, a través de sus excelentes profesores, José María Fanelli, Jorge Streb, Mario Damil, Roberto Frenkel, Guillermo Rozenwurcel, Luis Acosta, Fabián Abadie y Javier Finkman, entre otros, estudié distintas variantes del keynesianismo. Es más, me hice muy amigo de Javier Finkman (QEPD) y él me llevó como ayudante de Microeconomía a la Universidad de Buenos Aires. Paralelamente a ser ayudante de Javier, me reencontré con un profesor de la UB, Daniel Pérez Enrri, y me ofreció ser su ayudante en Macro. Esto es muy interesante porque en ese momento el análisis microeconómico iba por un lado, el crecimiento (campo en el que años más tarde me especialicé) iba por otro y la macroeconomía por otro. Sin embargo, dadas mis restricciones de tiempo y las posibilidades laborales que me brindaba trabajar en temas de regulación y análisis y valuación de empresas, dejé el curso de Macro, me metí más con el tema de la Micro y empecé a hacer un recorrido a fondo en cuestiones de microeconomía, que a la postre terminaba en el análisis de equilibrio general (mismo campo de aplicación de la macro, pero con microfundamentos).

En medio de todo ello, surgió la posibilidad de escribir un artículo en la Universidad de Belgrano, en un equipo liderado por William J. Baumol (dos veces candidato al Nobel de Economía), y con dos profesionales maravillosos en el plano local, como Víctor Alberto Beker y Alfredo Juan Canavese (QEPD).Un trabajo en el que había mucha micro aplicada, porque mostraba la disputabilidad del mercado telefónico, lo que después fue muy importante, por todos los temas regulatorios que, para mí, habrían de convertirse en una

fuente de vida, por decirlo de alguna manera. De hecho, participé en la defensa de Argentina en cinco casos en el CIADI (el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias), después de haber trabajado haciendo valuación de empresas en HSBC, para luego pasar a Máxima AFJP, trabajando además como economista, para desembocar más tarde como economista coordinador del Estudio Broda.

De hecho, fue en el contexto de mi trabajo en HSBC que, para que me resultara más divertida la tarea, lo que hacía era darles a los documentos muchos microfundamentos. Lo cual implicaba usar intensivamente la teoría económica. Pero la verdad, pese a que era muy bueno en la micro, en macro siempre le pifiaba. Había algo que no funcionaba. Así que un día, en medio de una profunda autocrítica y dado el vínculo que tenía con Alfredo Canavese, me puse a hacer el posgrado en Economía de la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT).

3. Estudio en la Di Tella: una maestría más ecléctica

Cansado de errar tanto con las familias de modelos keynesianos y estructuralistas, ingreso en la Di Tella. Allí comienzo a ver la macro moderna, que era, básicamente, equilibrio general intertemporal, algo que ya había estado estudiando por mi cuenta y por mucho tiempo, y ahí es cuando me convierto en un neoclásico recalcitrante, absolutamente ortodoxo. En ese entonces estaba de moda la Teoría de los Ciclos Reales, la cual, en términos de enfoque analítico (macroeconomía intertemporal microfundamentada), es una suerte de Escuela Austríaca pero con mucha matemática. En dicho marco,

los ciclos vienen dados por cuestiones exógenas donde, salvo la presencia de algún tipo de «fallo de mercado», no había rol alguno para la política monetaria (neutralidad del dinero) ni para la política fiscal (equivalencia ricardiana). Lo único que podían hacer dichas políticas era daño. Sin embargo, el problema, desde mi punto de vista, se encuentra en que dicho análisis está construido sobre el paradigma neoclásico y, cuando se da ingreso a los «fallos de mercado», ahí se abre la caja de Pandora socialista. Si bien me resultaban mucho más confortables los resultados, todavía había algo que no cerraba: sentía que tenía unos modelos matemáticos estéticamente hermosos, «bien ajustados empíricamente», pero les faltaba corazón, les faltaba el alma. Gozaban de una belleza vacía.

Sin lugar a dudas, guardo hermosos recuerdos de mi paso por la Di Tella, donde he tenido la posibilidad de cursar, escuchar y/o conocer a profesores maravillosos, como Alfredo Canavese, Erwin Klein, Pablo Guidotti, Guillermo Calvo, Pablo Sanguinetti, Daniel Heymann, Julio Berlinsky, Ana Martirena Mantel y Leonardo Gasparini. Obvio, un capítulo aparte merecen los matemáticos Diego Rial y Pablo Azcue, personas con un talento único para hacer muy fácil algo que no luce como tal. Aprendí tanto de cada uno de ellos (del mismo modo que mis profesores del IDES y la UB) que siempre guardarán un lugar destacado en mi corazón.

Juan Carlos de Pablo

Cuando era muy chico, y a diferencia del querido Facundo Manes, mi padre no me obligaba a ver *Tiempo nuevo*, el programa de Bernardo Neustadt: yo lo miraba solo. Por aquel maravilloso ciclo he visto pasar a grandes pensadores. Dentro de

ellos, había uno por quien sentía una gran admiración. Alguien que explicaba con facilidad lo que en boca de otros parecía difícil: Juan Carlos de Pablo, «El Profesor». Saber si el Profesor estaba en un auditorio era fácil: estaba lleno de bote a bote. En ese sentido, crecí y me desarrollé profesionalmente admirando a un verdadero gigante de la divulgación.

Y de nuevo la vida me deparaba un hermoso regalo. Estaba en Tucumán, en una reunión de la Asociación Argentina de Economía Política. Presentaba mi trabajo sobre sustentabilidad fiscal bajo incertidumbre. Recuerdo que mi exposición fue espantosa y, mientras veía que la audiencia no me estaba siguiendo, me fui a un rotafolio y empecé a hacer las demostraciones matemáticas ahí mismo. ¡Para qué! Si la cosa ya venía mal, la empeoré aún más. De no ser por el comentarista Ernesto Rezk, seguramente nadie hubiese captado nada. Tenía una calentura que volaba. Estaba furioso y a la velocidad de rayo me fui para el ascensor para volver a mi cuarto y encerrarme.

En ese contexto, freno contra el espejo del ascensor y un señor alto, canoso, de barba y con anteojos, que estaba dentro de la cabina, me dice: «¡Pará, pibe! ¿Qué pasa?». Mi respuesta fue tajante: «¡Soy un pelotudo! Acabo de exponer para el orto». Esa persona me responde: «Pará un poquito, tranquilizate». Y en ese momento me doy cuenta de que estaba en el ascensor con Juan Carlos de Pablo. Ahí, el Profesor me dice: «Te doy cinco pisos para que me cuentes lo mismo pero como un cuentito». Lo increíble fue que, lo que no había logrado en veinte minutos, lo conseguí en cinco pisos de ascensor. Llegamos al quinto y el Profesor me dijo: «¡Che! Buen *paper*, ¿te das cuenta de que podés explicarlo bien? Llamame a la oficina la semana que viene y nos juntos a almorzar». Nos terminamos haciendo amigos. Hemos pasado fiestas juntos. He aprendido y aprendo un montón en cada charla. Es más, cuando empecé a tener presencia en los

medios mostrando mi cara menos amigable, un día me llama para reunirnos y me dice: «Si seguís así vas a terminar como Espert», y yo le contesté: «Entonces seré como Espert con peluca». Después también conocería a José Luis, alguien a quien todos los liberales debemos agradecer el logro de volver a llevar el liberalismo a la contienda electoral. Espert tiene mucho mérito en la presente avalancha liberal. Puede que, injustamente, muchos solo miren un punto en el tiempo. Conozco bien cómo trabaja la función exponencial.

---

4. La llegada al Estudio Broda

El paso por la UTDT implicó un cambio radical. Me sentía mucho más cómodo con la nueva estructura, a punto tal que volví a escribir. En ese contexto presento un trabajo sobre la sustentabilidad de la política fiscal para la reunión de la Asociación Argentina de Economía Política de 2001. En aquel momento de Argentina, el tema fiscal y el cambiario estaban en el tope de la agenda. Por un lado estaban los que proponían pesificar y devaluar para que la licuación de pasivos y la destrucción del salario real (en especial en dólares) permitieran recuperar la economía aniquilada por la Alianza. Por el otro lado estábamos los que queríamos que se hiciera un ajuste fiscal que debía recaer en la política. ¿Le suena el debate?

Luego de un arduo trabajo durante 2002 y 2003 en Máxima AFJP, la fortuna volvió a tocar mi puerta. A inicios de 2004, el doctor Miguel Ángel Broda me ofrece trabajar como economista coordinador de su estudio (tarea compartida con su hija Andrea). Si

bien estuve allí cuatro meses, la experiencia fue maravillosa. Aprendí el trabajo del economista profesional de verdad. Había dejado el lado del mostrador en el que recibía los informes de las consultoras (a los que les hacía críticas cosméticas, más o menos válidas desde lo teórico, pero cosméticas al fin) para estar del lado de los que escribían.

En principio, parecía fácil. Venía de publicar dos artículos muy buenos en materia de sustentabilidad fiscal, con contribuciones concretas para los casos sin (2001) y con incertidumbre (2002), y, muy especialmente, había publicado el que aún hoy considero uno de mis mejores artículos académicos de mi carrera: «Deuda soberana óptima bajo información asimétrica». Allí, en medio de la renegociación de la deuda defaulteada en 2002, aclamada y festejada por la corporación política como si, ante la quiebra de una empresa, los empleados que pasarían a estar desempleados festejaran el evento (aunque la corpo nunca paga los costos), me puse a desarrollar la estructura analítica del bono con el cupón atado al PIB. Hasta ese momento, los desarrollos teóricos eran muy malos ya que implicaban que, cuando a un país le iba mal, le llovían los dólares del financiamiento, mientras que, si las cosas iban bien, era tanto lo que tenían que pagar que caían en *default*. Un resultado ridículo. Por eso, en el trabajo se desarrollaba un contrato de deuda dinámico que incorporaba los problemas de información asimétrica (con las pertinentes restricciones de participación y compatibilidad de incentivos) y cuyo resultado era un cupón atado al PIB con un techo y un piso. Esto es: cuando a la economía le va bien no cae en *default* y cuando le va mal, difícilmente reciba todo el financiamiento que busca.

Sin embargo, a pesar de mi enorme facilidad con las matemáticas, y en especial con lo divertido que me resultaba y me resulta hacer y usar modelos formales, el desafío de la hoja en blanco cada semana distaba mucho de ser simple. Había que estar

mirando los datos todo el tiempo, encontrar algo novedoso y que fuera relevante. A su vez, la competencia buscaba lo mismo, por lo que, si uno llegaba tarde, tenía que asimilar la explicación del rival y ver si la podía mejorar para no quedar fuera del debate. Todas las semanas quedaba en claro cuán fácil era criticar y cuánto más difícil construir. Pero después de un tiempo asimilé la dinámica del trabajo.

En ese momento, año 2004, en Argentina se discutía si era posible para el gobierno perseguir una meta en un tipo de cambio real. La literatura señalaba que no era posible ya que, si el Banco Central fijaba el tipo de cambio por encima del «nivel de equilibrio» (en la segunda parte del libro se entenderá el uso de las comillas), el ingreso de divisas llevaría a una expansión de la oferta monetaria que haría subir los precios y entonces el tipo de cambio real se apreciaría. Por otra parte, si se liberaba el tipo de cambio, el precio de la moneda extranjera quedaría alineado con la cantidad de dinero y el nivel de precios. Esto es, el gobierno no podía hacer nada para tener un «tipo de cambio competitivo» desde el cual impulsar el crecimiento económico liderado por las exportaciones. Más allá de eso, el debate era ese y estaba planteado en esos términos. Y ahí muchos proponían lo que hoy definiría como la solución violenta: el control de capitales. La idea era que el Banco Central pudiera desacoplar del control del tipo de cambio y el nivel de precios restringiendo el ingreso de capitales. Naturalmente, la solución no me resulta simpática.

Frente a ese desafío, me enfrenté y resolví el trilema monetario pensando el problema a la Jan Tinbergen. Esto es, como un problema de incompatibilidad en la cantidad de instrumentos y objetivos. Básicamente, el Teorema de Tinbergen dice que, si se tiene «n» objetivos de política económica, por lo menos hay que tener «n» instrumentos de política económica independientes. Controlar el tipo de cambio real implicaba controlar dos precios y, por ende, se necesitan dos instrumentos de política económica, uno

para controlar el tipo de cambio y otro para controlar los precios. Entonces, descubro que el problema del trilema se «arreglaba» sumando un instrumento de política económica, y ahí aparecen dos versiones. Por un lado, la versión heterodoxa del control de capitales, mientras yo proponía una política fiscal contracíclica. Esto es, si la política monetaria estaba subordinada al control del tipo de cambio, para compensar los efectos sobre el nivel de precios, la política fiscal debía compensar los efectos en precios de la primera. Obviamente, el resultado era que, si querías tener un tipo de cambio real competitivo y querías ganar en competitividad, la política fiscal debía correrse para que el nivel de precios estuviera a raya. No está mal el resultado, pero hoy me produce náuseas el nivel de violencia y fatal arrogancia que implica pensar la política económica en esos términos. Sucede que aún no había tenido la dicha de toparme con Murray Newton Rothbard.

Más allá de mi visión presente sobre la economía en general y el análisis económico en particular, parado en la lógica de aquel debate y en aquel momento, la contribución era importante. Yo lo tenía claro, pero el doble comando en el estudio siempre lo dejaba fuera de los semanales y las presentaciones, hasta que un día el doctor Broda tenía que mandar una nota a *La Nación*, y sabiendo de mi habilidad para modelar, me llamó para discutir el tema y ahí le expuse mi visión. El doctor Broda captó de modo instantáneo la contribución, señalando con su típica voz de trueno: «Este es un aporte significativo, para que haga cosas como estas es que lo contraté». La presencia de otras personas en el lugar era el indicio de que debía renunciar. La decisión ya estaba tomada; sin embargo, dada la enorme carga de trabajo que implicaba el armado del ciclo mensual, le comuniqué a Miguel Ángel mi decisión al día siguiente de la presentación, ya que es el día en que todos descansan después del ciclo. Miguel Ángel me dijo: «Justo ahora que le tomó la mano al trabajo». Y yo le contesté: «El tango se baila de a dos y, si

la otra parte no quiere bailar, es imposible». Nos miramos. Nos entendimos. Nos dimos la mano. Y me fui, con un enorme y eterno agradecimiento para con el doctor Miguel Ángel Broda, quien me enseñó el oficio y a ganarme la vida como economista.

Tiempo después, en una charla con José Luis Espert, que también había pasado por el estudio, le conté esto y el Profe me dijo: «El estudio es una gran escuela, no conozco a nadie que haya pasado por ahí en un puesto importante que luego no le fuera bien en su vida profesional» (la expresión fue un poco más áspera, pero imagino que el Profe no se molestará con la versión edulcorada). Es más, cuenta la leyenda que un día el doctor Broda señaló en una charla: «Yo podría otorgarles un título a los que pasan por mi estudio». En rigor, yo nunca escuché tal cosa, pero créanme que, si el doctor Broda llegara a decir eso, yo daría fe de que tiene razón.

Confieso que este es un momento muy emotivo del libro y hasta siento que no estoy expresando toda mi gratitud hacia el estudio y los meses que allí estuve. Pero por eso no soy escritor y soy solo un economista al que le gusta escribir y divulgar los fundamentos del análisis económico.

5. Luego de la oscuridad llega la luz

Si bien la valoración del paso por el Estudio Broda crece con el correr de los años (se me viene a la cabeza el discurso de Steve Jobs sobre que los puntos de la vida solo se pueden unir de adelante hacia atrás), en ese momento era una salida que no estaba libre de costos. La demanda de tiempo que implicaba el estudio me había llevado a romper con una pareja y además, cuando llegaba el fin de semana, no tenía muchas ganas de vida social. A su vez,

reacomodarse en el mercado laboral con la montaña de regulaciones que tiene no es sencillo, y eso me llevó a ingresar a un trabajo que no era ideal, pero que servía para pagar las cuentas.

En paralelo, frente a la gimnasia que me había dado el paso por Estudio Broda, vuelvo a escribir de modo intenso y me encuentro con un nivel de productividad que nunca había visto en mi vida. El camino arrancó con la versión académica de lo que le había presentado al doctor Broda en aquel final de mi estadía en el estudio. El nombre del artículo era «Real Exchange Rate Targeting: control de capitales o política fiscal». El *paper* sería publicado por la revista de economía de la Universidad Nacional de Córdoba y, cuando viajé a la provincia mediterránea a exponer el artículo, me topé con la mejor decisión que he tomado en toda mi vida. En el hotel en el que paraba me junté para almorzar con el dueño de un criadero de mastines ingleses. Luego de la charla nos dirigimos a su casa, donde estaban los hijitos de Kuma, y ahí me encontré con el verdadero y más grande amor de mi vida: Conan. Los cachorros eran trece. Pero uno vino hacia mí casi de inmediato. Conan ya me había elegido. Yo no puse resistencia. Y en función de los días que debía esperar para que se viniera conmigo a Buenos Aires, me fui de vacaciones en febrero a Villa Carlos Paz, de modo de poder coronar el descanso regresando a capital junto a mi hijito de cuatro patas. Se hizo la luz.

Pocos días después Conan se enfermó. Se enfermó feo, a punto tal que debí internarlo en una clínica de cuidados intensivos, por suerte muy cerca del trabajo. Así, en la hora del almuerzo lo visitaba. En el medio, una amiga de mi mamá me regaló una estampita del santo de las causas justas y urgentes, el milagroso San Expedito. Después de llorar y rezar por un par de semanas, Conan superó la prueba. Estaba muy flaco pero con ganas de dar pelea. Todo volvía a la normalidad. Sin embargo, en el lugar donde trabajaba, pese a que nunca había bajado mi productividad y

alegando que no querían tener que lidiar con mis potenciales problemas personales, unilateralmente me propusieron bajar a la mitad de tiempo las horas trabajadas y así reducirme el sueldo a la mitad. No tenía muchas alternativas de corto plazo. Lo acepté y aproveché el tiempo libre para estar con Conan. Vivíamos casi con lo justo, pero la combinación de su cariño y mi pasión por la economía escribiendo a *full* nos permitían ser felices. Es más, nunca olvidaré el día en que, frente a un trabajo que estaba haciendo, se me ocurrió decir en voz estruendosa una frase de Albert Armen Alchian: «Todo lo que es, es óptimo, ya que, si no lo fuera, sería diferente». Lo extraño fue que, frente a ello, Conan se puso de pie y empezó a aullar como un lobo, algo que sigue haciendo cada vez que repito la frase. Infiero que le gusta. Algo muy distinto a lo que pasa cuando me pongo a escuchar ópera, en especial las de Bellini y Donizetti que están interpretadas por «la estupenda» Joan Sutherland (una de las tres mayores divas de la historia de la lírica, junto a María Callas y Renata Tebaldi) y dirigidas por su marido, el genial Richard Bonynge: Conan se retira educadamente a la cocina.

Era un contexto de mucha austeridad pero con mucho de lo que me hace feliz. Sin embargo, cuando regreso de las vacaciones me vuelven a plantear una nueva reducción del salario, achicando de nuevo la cantidad de horas. Me pareció un delirio. No lo acepté. Me pareció tan bajo y miserable lo que me hizo aquel empleador que le hice juicio, ya que no estaba formalizado. Obviamente, lo gané. Sin embargo, la cosa estaba difícil y, como los estudios mostraban que una persona tardaba cerca de dos años para volver a encontrar empleo, adopté una posición pesimista y dividí el monto de la indemnización como para sobrevivir cuatro años. Eso daba una cifra mensual que, sujeta a que Conan siguiera teniendo las mejores condiciones de vida posible, me permitía gastar por día el equivalente a una pizza. Podía comer una pizza por día: ¡y lo hacía!

Obvio, llegué a pesar 120 kilos, pero lo importante era, y siempre es, que Conan esté bien. Si Conan está bien, todo está bien.

Mi compromiso con Conan

Los perros son los seres más nobles del universo. No fallan nunca. No se equivocan jamás. Cuando me quedé sin laburo, allá por el año 2004, Conan ya estaba conmigo. La situación era compleja: yo estaba en el piso y todo el mundo me pateaba la cabeza. Algunos hasta parecía que sacaban turnos. Los únicos que siempre estuvieron conmigo han sido Conan y mi hermana Karina.

Un domingo, ya durante la gestión de CFK, estaba en la casa de mis padres. Había ido a visitarlos un rato y en lugar de quedarme a ver el programa de Jorge Lanata en casa de ellos, decidí volver a mi departamento del Abasto, así cenaba con Conan, ya que me había ausentado toda la tarde. Mientras miraba el programa, se corta la luz. Chequeo si era mi departamento pero no, era algo general. En medio de la paranoia en que vivíamos, llegué a pensar que el corte de luz tenía que ver con que le habían bajado el programa a Lanata.

Al rato del corte de luz empecé a no poder respirar, así que salí al palier a ver qué pasaba. Era imposible, había una nube de humo negra tremenda, así que volví al departamento. Respirar se complicaba más y más a cada momento, y recuerdo que Conan fue al balcón y se acostó porque el aire corría mejor. A mí, afuera o adentro me costaba muchísimo. El motivo: había un incendio en el edificio. De pronto los vecinos me llamaban diciéndome «andate del departamento, salí como puedas». Yo les decía que

tenía que ver cómo hacía para salir con Conan y me respondían: «Dejalo». Apagué el teléfono y en ese momento decidí que salía con Conan o me moría con él, pero que por nada del mundo lo iba a abandonar.

Confieso que Conan no suele hacerme mucho lío por nada: hace todo bien aun sin que yo le indique las cosas. Es como que sabe todo. Sin embargo, con el tema del paseo, no es simple administrar la alegría de un mastín de casi cien kilos. En ese contexto le dije: «Mirá, Conan, necesito que esta vez me hagas caso, porque en esta nos jugamos la vida». Tremendamente disciplinado, se puso al lado mío y me permitió que le pusiera la correa sin ninguna vuelta. Fue difícil, pero una vez que salimos del departamento todo resultó mucho más simple. Bajamos los diez pisos por escalera casi sin drama. Cuando llegamos, entre vidrios y mampostería rota, un bombero me ayudó a llevarlo a upa para que no tuviera que pisar los vidrios, pero como yo iba a otra altura «chupé» un montón de humo y cuando bajé estaba cianótico. Con lo cual, así como estaba, me agarraron y me metieron en una ambulancia para darme oxígeno, mientras llamaba al veterinario, Miguel Durán (QEPD), un tipo al que, como amigo, he querido enormemente y al que siempre lo recuerdo de la mejor manera.

Cuando vi pasar el auto de Miguel dejé la ambulancia y fui corriendo a llevar a Conan a la veterinaria para chequear que estuviera bien. Recuerdo que me dijo: «Conan está fenómeno, el problema sos vos, que estás azul», con lo cual terminó asistiéndome y dándome oxígeno en la veterinaria porque efectivamente el que estaba mal era yo. Para mí, ese es uno de los días más importantes de mi vida, porque siempre le he dicho a Conan que estaba y estoy dispuesto a dar mi vida por él en todo momento, bajo cualquier circunstancia y ante todo evento. Y ese día cumplí.

De más está decir que, entretanto, iba consiguiendo algunos trabajos de consultoría que me permitían recalcular los gastos mensuales. A su vez, comencé a comprar los alimentos en el supermercado, y ello me permitió redefinir mi alimentación en un modo más saludable, por lo que rápidamente bajé unos 20 kilos. Estaba con mucho sobrepeso, pero por el buen camino. Conan seguía bien y yo, con ganas de escribir, por lo que, nuevamente, todo caminaba bien.

Cuando ya me estaba quedando con poco dinero encontré un nuevo trabajo. A veces creo que debía pasar por la experiencia y que aquel juicio al empleador solo hizo que el proceso fuera más largo. Una suerte de castigo, ya que nadie me había puesto una pistola en la cabeza para aceptar el trabajo. De última, si no te gustan las condiciones, te vas y se acabó. Al mismo tiempo, aprendí mucho sobre la miseria de algunas personas que aprovechan que estás en el piso para patearte. Otros que, sabiendo que tu trabajo vale más, se quedan con una tajada porque tu poder de negociación está diezmado. Es más, recuerdo que en un momento hasta me exigieron escribir la tesis de maestría de otra persona, ya que, si no lo hacía, me bajaban una consultoría que me venía bien. Sin embargo, no me quejo. Es más, si en ese momento hubiera sido liberal como ahora, hasta habría tomado la situación de otro modo. No me habría enojado tanto. Por ende, todas estas experiencias me llevaron a aprender a ser mucho más liberal, y encima, con un *bonus track*: la experiencia no solo sirvió para ver de qué estoy hecho, sino que además me enseñó a mantenerme en forma en el rango de 75 a 80 kilos de peso. Creo que, siendo liberal, la hubiera pasado mejor pero, como dice el refrán: «La letra con sangre entra».

6. Nielsen, Simonutti, Eurnekian, Viale y Fantino

En unas de las tantas vueltas que tiene el trabajo de la consultoría me llama Leonardo Barenboim (primo del famoso músico) para que le haga una valuación de una firma. No solo la experiencia fue tan maravillosa que hoy soy amigo de Lalo, sino que en el medio, cuando buscábamos financiamiento para el proyecto, tuve la dicha de conocer al doctor Guillermo Nielsen. Al igual que Lalo, un ser humano formidable. Buen tipo y de una generosidad enorme. Además, de una capacidad para asimilar ideas a velocidad supersónica. Poco tiempo después de conocernos, su yerno, Leonardo Madcur, necesitaba un valuador de empresas en el grupo de Eduardo Eurnekian, Corporación América, ya que existía la intención de sacar a la Bolsa una de sus empresas, Aeropuertos Argentina 2000. Leo, igual que Guillermo y Lalo, es una gran persona y muy inteligente. No solo mi situación económica mejoraba, sino que además me divertía mucho trabajando. Sin embargo, un día Leo decidió cambiar de trabajo y se fue. El evento era triste pero traía una oportunidad.

Luego de una transición, quedé a cargo del sector. Ahí empiezo a tratar con Daniel Simonutti. Daniel, de un rol fundamental en el grupo, nunca disponía de huecos holgados en la agenda, y yo por aquel entonces pretendía disponer de mucho tiempo para explicar mi visión. Eso generaba una situación tensa y un día, con toda la razón del mundo, Daniel me explicó que era casi una falta de respeto que yo no ajustara mis tiempos de explicación a su dinámica. De hecho, él era el director al que yo reportaba. Ese fue otro golpe de suerte. La situación me obligó a cambiar mi estrategia de comunicación. Sintetizaba el trabajo en no más de cinco oraciones. Si a Daniel le interesaba algo, lo desarrollaba y, en su defecto, tenía a mano el resultado. Eso no solo mejoró mi vínculo

con Daniel, por quien tengo tanto respeto y afecto, sino que luego sería clave para mi vínculo con Eduardo Eurnekian, quien tiene aún menos tiempo, y también para mi irrupción en los medios.

Aún recuerdo como si fuera hoy, un día domingo que estaba invitado al programa de Mauro Viale, a quien había conocido gracias a Carlos Arbía. Habían corrido el programa una hora para atrás en la grilla y yo, a su vez, llegué una hora antes del horario tradicional. Entré por la puerta de Fitz Roy y solo estaba el personal de seguridad del canal. Cuando señalé que estaba ahí como invitado del programa de Mauro Viale me notificaron de mi error, y cuando estaba por salir, de pronto se acerca la silueta de un hombre flaco y alto que de repente me dice: «¿Qué hacés, Milei?». Era Mauro, otro adicto al trabajo. Ya desde muy temprano laburando. En ese contexto, nos fuimos al living del estudio donde hacía el programa y ahí mismo me enseñó la gran lección para estar en los medios: «Vos sos un pibe que sabe un montón, pero tus explicaciones son muy largas. Tenés que pensar que esto es como un round de boxeo. Tenés tres minutos para contar la idea. ¡Ah! Eso sí, en el primer minuto tenés que meter una piña de KO». Era claro, el mismo modelo que me había pedido Simonutti y que tan bien me funcionaba en el trato con Eurnekian. Sin lugar a dudas, Daniel y Mauro son los grandes mentores del estilo contundente de Milei. Después, Alejandro Fantino me catapultó en los medios cuando me invitó a su programa *Animales sueltos*, lo cual me abrió la puerta para que me invitaran a *Intratables* en la época de Santiago del Moro. Todas personas no solo talentosas, sino que han sido muy generosas conmigo: solo tengo para ellos palabras de afecto y agradecimiento. Hacia cada uno de ellos siento una gratitud infinita.

Obviamente, ellos no son las únicas personas por las que siento afecto y respeto en los medios de comunicación. Del lado masculino, a suerte de cronología, están Carlos Maslatón, Daniel Sticco, Pablo Rossi, Carlos Arbía, Carlos «El Chino» Kikuchi, Carlos

Mira, Raúl Olivera Rendo, los hermanos Francisco e Ignacio Olivera Doll, Rolando Graña, Eduardo Battaglia, Eduardo Feimann, Jonatan Viale, Luis Novaresio, Eduardo Serenellini, Roberto García, José del Río, Horacio Riggi, Fernando González, Hernán de Goñi, Luis Majul y Ernesto Tenembaum (no hay nota en que no vaya al hueso desde una perspectiva ideológica opuesta a la mía, pero siempre con respeto).

Del lado femenino destaco el gran trabajo profesional de Clara Mariño. La profundidad filosa de Cristina Pérez. La calidez de Soledad Larghi. La bondad de Carolina Losada. Además, quedé deslumbrado por el profesionalismo, capacidad de trabajo y códigos de Mirtha Legrand. Entré en shock al conocer a Moria Casán, una persona con una inteligencia superlativa y una sensibilidad emocional asombrosa (tardó menos de dos minutos en sacarme la ficha). Por último, y no por ello menos importante, conocí a Viviana Canosa, una mujer con unos valores morales de hierro, que es una máquina de trabajar y una persona que de a poco, desde la defensa de las dos vidas y su abrazar las ideas de la libertad, fue ganando un lugar destacado en el debate público.

7. La crisis *subprime* y el cambio de rumbo

En 2008-2009 salen a la luz y explotan con fuerza los problemas del desequilibrio global y eso deriva en la crisis *subprime*. Ahí, una de las cosas que me pasa, cuando veo el accionar de Ben Bernanke frente a la crisis, es que vuelvo a leer a Keynes, por tercera vez. Ya lo había leído en la facultad y creía que lo había entendido, sin embargo, hoy puedo decir que no había entendido nada. La segunda vez, lo leí en el posgrado del IDES, y ahí, para entenderlo,

me ayudó mucho un curso que hice, llamado «Precios y cantidades», impartido por Mario Damil. Y con la crisis *subprime* lo volví a leer, mientras, al mismo tiempo, empecé a volver a estudiar a Milton Friedman. Para mí, hasta ese momento, Friedman era una suerte de hermano bastardo. El monetarismo era como una especie de ortodoxia berreta, que igual era un avance fenomenal porque, cuando salí de la facultad, por poco te enseñaban a odiarlo a Friedman. De hecho, en algunas universidades enseñan que era un asesino cómplice de la dictadura de Pinochet, algo parecido a lo que dicen de Friedrich Hayek, a quien acusan de ser el que impulsó a Margaret Thatcher a hundir el buque ARA General Belgrano. Sin lugar a dudas, la izquierda tiene una gran creatividad para inventar mentiras que no guardan relación alguna con la realidad.

Lo cierto es que, cuando llega la *subprime*, una de las cosas que hice fue volver a estudiar *Historia monetaria de los Estados Unidos: 1867-1960*. En particular, el capítulo 7, la gran contracción de 1929 a 1933. Fue en ese momento que comencé a redescubrir y entender mejor la obra de Friedman, así como la de Keynes. De dónde venía y en qué cosas había contribuido. A esta altura ya no es necesario aclarar que no comparto algunos aspectos metodológicos y apreciaciones de Keynes en su *Teoría general*, pero, al margen de eso, estaba mejor equipado para enfrentar la situación y una de las cosas que percibía era que la profesión empezaba a repetir el mismo error que había cometido en la crisis del 29, es decir: pedir que se liberara el mercado y que el mercado limpiara. Y lo digo hoy, aun siendo filosóficamente anarcocapitalista. El problema con dicha recomendación era que tenías un sistema financiero de encaje fraccionario; por ende, no tenía sentido dar una recomendación de política económica ignorando el marco institucional y las condiciones del Estado (la realidad es la que es, no la que existe en mi caso ideal). Esa recomendación generó un desastre que terminó en la Gran Depresión y eso fue lo que permitió la llegada con toda la

fuerza de las ideas de Keynes. Ideas que, como todos saben, me parecen nefastas.

Entonces, volviendo a 2008-2009, empieza a hacerme ruido mi marco analítico. Había algo que no andaba bien. En esa época estaba de moda la Teoría de los Ciclos Reales. Yo me divertía con todos esos modelos. La pasaba fenómeno. Calibraba y simulaba modelos. Y ahí descubro que había cosas que no andaban bien. La verdad es que yo vivía de hacer microeconomía aplicada con cosas vinculadas a la regulación, pero estaba tan atormentado frente a lo que estaba viendo en la macroeconomía que me dije: «Bueno, voy a especializarme en crecimiento económico y se van todos a la concha de su madre». Así de simple. En el fondo, fue la razón que motivó al padre de la economía, Adam Smith, a indagar sobe «la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones», en un libro tan tedioso (dado el estilo de la época) como maravilloso. En rigor, si no hubiera sido por la obsesión de Smith con el equilibrio de estado estacionario, en el que la cuasi renta desaparece igualando el precio con el costo medio, que lo empuja a equivocarse abrazando la teoría del valor trabajo (la cual no es necesaria para poder alcanzar dicho resultado), la obra sería directamente SUPERLATIVA. Smith, desde mi punto de vista, es a la economía lo que Carl Friedrich Gauss a la matemática. Una mente brillante que se adelantó 200 años a su época. Sin embargo, los economistas profesionales no llegaron a ver el punto hasta que apareció Paul Romer con su tesis doctoral en la Universidad de Chicago, tutoreada por Robert Lucas Jr. allá por el año 1983.

Este nuevo giro profesional me llevó a estudiar cuanto libro de crecimiento económico había. De hecho, la parte de mi biblioteca que contiene aquellos libros es sustancialmente más amplia que el catálogo presente de Amazon sobre la materia. Si le sumo los que tengo en versión digital, le gano por goleada.

8. Crecimiento económico y el camino a Rothbard

8.1. Abordando la literatura

Inicié el camino volviendo a leer las cuatro conferencias de Robert Solow sobre «La teoría del crecimiento: una exposición», el libro *Introducción a las teorías modernas del crecimiento económico* de Hywel G. Jones y lo que pude ver pobremente en algún que otro libro de macroeconomía. A su vez, sumé *Crecimiento económico*, de Robert J. Barro y Xavier Sala i Martín, estudiado en mi posgrado en la Di Tella, a lo que pronto le sumé la segunda edición y el libro de Sala i Martín *Apuntes de crecimiento económico*. Luego, empecé a leer cuanto libro de crecimiento económico andaba dando vuelta, leí el de crecimiento endógeno del modelo AK de Philippe Aghion y Peter Howitt, y tiempo después también conseguí el libro introductorio sobre el tema de los mismos autores (resulta muy interesante ver cómo ajustan la modelación para poder divulgar). Más tarde encontré los artículos de Barro, de Sala i Martín, de Paul Romer y otros tantos. A su vez, cuando conocí los modelos de crecimiento endógeno basados en la destrucción creativa, pude volver a rescatar lo que había estudiado de Joseph Schumpeter en su libro *Capitalismo, socialismo y democracia.*

Definitivamente, empiezo a meterme a fondo en los temas de crecimiento económico. Leer a Charles Jones fue absolutamente revelador. Redescubrí a Robert Lucas Jr. y me entusiasmé. Recuerdo que había leído varias veces la frase de Lucas: «Las consecuencias sobre el bienestar humano de este tipo de cuestiones son tan estremecedoras que, cuando uno empieza a pensar en ellas, nunca más puede volver a pensar en otra cosa». Previo a la llegada al campo del crecimiento económico, pensé, de

modo estúpido, que se trataba de la visión de aquel profesor que considera que su materia es la más importante. Luego, cuando ingresé en la materia, esa frase de Lucas se validaba a cada momento. Es más, cada tanto, cuando alguna frase de un colega me parece desatinada, antes de ejecutarla lo pienso varias veces, y hasta me autoflagelo un rato recordando mi error sobre el profesor de la Universidad de Chicago. Todo sea para no hacer una crítica a las apuradas y sin fundamentos, que lleve a un nuevo error. Odio equivocarme y mucho si es evitable.

8.2. Los datos

Comencé a pensar en estos problemas de largo plazo y empecé a mejorar mucho en mis análisis. Sin embargo, ver la economía como un proceso de largo plazo me puso frente a otro problema, y es lo que en la literatura se llama «el palo de hockey», lo que tiene que ver con la evolución del PIB per cápita entre el año 0 y el año 2000.

Si se mira el PIB per cápita entre el año 0 y el año 1800, solamente crece el 40%, es decir que el mundo crecía a un ritmo del 0,02% anual per cápita. O sea: nada. Necesitabas más de 3500 años para poder duplicar el ingreso per cápita. Por otra parte, luego de la Revolución Industrial la tasa de crecimiento del PIB per cápita se multiplica prácticamente por 33, porque salta a 0,65% anual. Es más, el ritmo al que crece el PIB per cápita en la primera mitad del siglo XX salta al 1,06%. Cuando se mira la segunda mitad del siglo XX el producto crece al 2,1%, y hay estudios que, tomando en cuenta la subestimación del crecimiento en las cuentas nacionales, consideran que en realidad la verdadera tasa a la que creció el mundo en este período fue del 3,25%. A su vez, si entrando al siglo

XXI el mundo venía creciendo al 3% con crisis en el medio y todo, y si se corrige por este efecto de subestimación, se podría ir a tasas de crecimiento del 4,20%-4,25%.

Puesto en otros términos y aun sin hacer esta corrección por la subestimación de las cuentas nacionales, se pasa de tardar cerca de 3500 años para poder duplicar el PBI per cápita en el siglo XVIII a 107 años en el siglo XIX, a 66 años en la primera mitad del siglo XX, a 33 años en la segunda, para luego ubicarnos en lo que va del siglo XXI en 23 años. Es decir que estamos frente a un proceso de aceleración de la tasa de crecimiento fenomenal. Si tuviera que ponerle un subtítulo a esto sería: «Piketty, la tenés adentro». Es más, cuando se mira a los países que duplicaron el PIB, el primero que lo hizo fue el Reino Unido entre 1780 y 1838, es decir que tardó 58 años; Estados Unidos, que fue el segundo, lo hizo en 47 años, arrancando en 1839, es decir, más acá en el tiempo; el tercero fue Japón, que lo hizo en 34 años, arrancando en 1885; Italia, arrancando en 1890, lo hizo en 21 años; España, arrancando en 1950, lo hizo en 18 años; Corea del Sur, arrancando en 1978, lo hizo en 9 años, y China, arrancando en 1987, lo hizo en 7 años. Queda claro entonces que, conforme avanza la historia de la humanidad, el ritmo al que se duplica el PIB per cápita es cada vez más rápido. Eso significa que la tasa de crecimiento se está acelerando.

La contraparte de esto es que, claramente, la serie toma la forma de un palo de hockey, donde en los últimos 200 años se creció mucho más que en los 18 siglos anteriores. Así, mientras que entre el inicio de la era cristiana y el siglo XVIII el ingreso per cápita se multiplicó por 1,4 veces, durante los últimos dos siglos se multiplicó por 9,7 veces. Jamás en la historia de la humanidad se estuvo tan bien como en esta época. Pensemos, además, que la población mundial en 1810 era de 1000 millones de seres humanos y, cuando cerrás el año 2000, estaba en torno a los 6200 millones. Por otra parte, hoy en el mundo viven unos 7800 millones de seres humanos;

esto quiere decir que, entre otras cosas, la ley de hierro de los salarios de Thomas Malthus ha sido un fracaso. Y que las nuevas versiones del malthusianismo, desde el Club de Roma hasta la policía verde ecologista, deberían internalizar la recurrencia conceptual de sus errores, al margen de que algunos de dichos errores están llevando al asesinato de millones de inocentes en el vientre materno, política de Estado impulsada a inicios de los 70 por Henry Kissinger durante el gobierno de Richard Nixon.

8.3. De Adam Smith a Murray Rothbard

Si bien tengo una visión negativa sobre el trabajo de Malthus (e infinitamente mucho peor sobre sus seguidores modernos), lo comprendo dentro de su ubicación en tiempo y lugar. Es más, el sistema explica bien lo que pasó desde el año 0 al 1800 de la era cristiana, aunque no vio ni por asomo lo que había logrado visualizar Adam Smith.

Smith, sin saberlo, predijo el palo de hockey. Sin embargo, el palo de hockey en la teoría económica implica la existencia de rendimientos crecientes a escala. A su vez, a los rendimientos crecientes en microeconomía se los llama «no convexidades» y tienen una implicancia negativa en términos de Óptimo de Pareto. Puesto en otros términos, las no convexidades están asociadas con estructuras de mercado concentradas, las cuales implican un desvío desde el tan ansiado óptimo.

Sin embargo, la pregunta es: si en el mundo previo a la llegada del capitalismo el 95% de la población mundial vivía en condiciones de pobreza extrema (menos de un dólar por día) y hoy, con una población ocho veces mayor, previo a la pandemia, el dato estaba

debajo del 5% (a fines del siglo XX ese dato era 20%), ¿cómo puede ser que la teoría económica señale que dicha estructura está mal?

Esas estructuras concentradas que la microeconomía trataba como algo malo, en la vida real aparecen con el formato del palo de hockey y habían generado una explosión de riqueza como nunca antes en la historia de la humanidad, y no solo eso, se estaba aniquilando la pobreza a ritmos verdaderamente impensados. Entonces, de nuevo, la pregunta es: ¿cómo carajo puede ser que los economistas pensemos que los monopolios son malos o que las estructuras concentradas son malas si la evidencia empírica muestra que trajeron un nivel de bienestar fenomenal?

Acá hay algo que no anda bien, que huele podrido. Yo ya venía de la frustración de ser post-keynesiano, venía de la frustración de ser neokeynesiano, venía de la frustración de ser un neoclásico recalcitrante y ahora me frustraba con el crecimiento económico. Algo que me tenía que llenar de buenas noticias ahora me hacía un quilombo tremendo, porque me hacía ruido con la microeconomía que había estudiado durante tantos años. Era una situación de frustración fenomenal. Además, tenía la sensación de que a toda esta literatura le faltaba el alma, había algo que no contábamos o que estaba «ahí» y no nos dábamos cuenta, no lo veíamos. Era absolutamente frustrante.

Sentía que manejaba toda una aparatología y una metodología estéticamente maravillosa, porque además es una matemática que produce regocijo porque estéticamente es bellísima, pero no daba los resultados esperados. ¡¿Dónde estaba el problema?! Y en medio de esa frustración que tenía, en mi equipo de economistas en Corporación América aparece un ex alumno de Economía Matemática de la UADE, Federico Ferrelli Mazza, uno de los coautores de *Política económica contrarreloj*, junto con Diego Giacomini. Me acuerdo de que, hablando con Federico, le dije:

«Aquí hay algo que huele a podrido. La teoría económica dice que las estructuras de mercado concentradas son malas para el bienestar. Y mirá los datos. Rendimientos crecientes y una caída fenomenal de la pobreza. ¿Dónde está mal eso?». Entonces, me pasó un artículo de Murray Rothbard traducido por Alberto Benegas Lynch, o sea, el papá de Alberto Benegas Lynch hijo. Ese artículo es parte del libro *El hombre, la economía y el Estado*. El capítulo se llama «Monopolio y competencia», tiene unas 140 páginas que leí en una tardecita y cuando terminé dije: «Todo lo que estuve enseñando por más de 20 años de estructuras de mercado está mal». ¿Por qué? Porque el enfoque de la economía neoclásica de mercados está basada más en la sustentación de la estructura matemática que sobre la base conceptual. El ejemplo clásico de ello es el monopolio. Según la teoría neoclásica hace daño y según los austríacos lo que hace daño es si se trata de un monopolio derivado de la acción del Estado.

Vamos al punto. Pensemos en diez empresas que venden celulares. De pronto una hace un desarrollo que le permite ofrecer el mejor celular al menor precio. ¿Cuál es el resultado? Las restantes nueve empresas quiebran. Ahora hay una sola empresa. Un monopolio. No intentes autoconvencerte de que es malo. No lo es. Ese monopolio es un benefactor social, hay que aplaudirlo de pie. Darme cuenta de ello implicó un shock fenomenal sobre mi forma de pensar. Ahí nació el austríaco.

Yo ya me estaba haciendo conocido, porque coincidió con la época en que publicamos *Política económica contrarreloj*. *Perfil* tenía una sección que se llamaba «El economista de la semana» y a Giacomini le tocaba su turno en la columna pocos días después de la publicación del libro. Habló con Rodolfo Barros, que manejaba la sección en ese momento, y le propuso publicar un resumen del libro. Entonces, en lugar de la cara de Giacomini, iría la tapa del libro, obviamente firmado por los tres autores. El artículo se llamó

«Acorralados por el fantasma del Rodrigazo». La nota salió un sábado y armó tal quilombo que la página de *Perfil* se cayó. El lunes estallaría la crisis en la que Juan Carlos Fábrega tuvo que devaluar y el dólar pasó de 6 pesos a 9,60. Fue un momento tan loco como vertiginoso, porque nosotros habíamos publicado el artículo el sábado y el lunes estaba reventando todo. Ahí comencé a hacerme conocido.

Esto es gracioso porque hay una charla en la que una de las fundaciones liberales le hace un reportaje a Ricardo López Murphy, con quien yo había dado muchas conferencias, y le preguntan por Espert y por mí. De José Luis dijo: «Es un liberal clásico». Y después, cuando le preguntaron por mí, Ricardo respondió: «Lo conocí como un experto en crecimiento económico. Es un economista matemático de fuste. Leer los trabajos académicos de Milei no es para la lectura de un día de vacaciones, por decirlo de alguna manera, son cosas que requieren sentarse en la silla y trabajar, pero después se hizo famoso por otra cosa».

Y así fue: me terminé haciendo popular por mi defensa de la libertad.

9. La Escuela Austríaca y el camino definitivo a la libertad

Luego de leer *Monopolio y competencia* de Murray Rothbard, recuerdo que quedé tan impresionado que empecé a buscar material en la misma línea, lo que me llevó hasta una librería de la calle Salguero. Ahí conocí a Patricia y Rodolfo Distel, quienes trabajan en la edición de libros para Editorial Unión, sello que se encarga de publicar títulos de la Escuela Austríaca, y empecé a

comprar los libros de dicha escuela. Me acuerdo de que era sábado, había ido con determinada cantidad de dinero y compré como veinte libros. ¡Me quedé sin un mango! Lo justo para el taxi. Y después, como me faltaron libros que quería comprar, separé la plata que necesitaba para comer el fin de semana más lo que tenía que gastar en trasladarme hasta la librería, para comprar el resto.

Así comencé a leer a Ludwig von Mises. Fue un camino de ida. Recuerdo que leí de punta a punta *La acción humana*, un libro que debe tener cerca de 1300 páginas. Me gustó tanto que lo compré de nuevo y lo tengo sin tocar. Nuevo. Con la funda y todo, para que no se dañe. Y en paralelo compré una versión usada para llevar a la oficina y trabajarla a *full*. Ahí la subrayo, pongo anotaciones, todo. En los ratos libres lo leía, y recuerdo que un día quise abrir un tema y estaba todo subrayado, fui a otro tema, estaba todo subrayado también; empecé a revisar el libro y descubrí que ya lo había leído, o sea que leí *La acción humana* tres veces. La experiencia de leer a Mises es tan fuerte que leí todas las obras que Editorial Unión tiene publicadas.

Luego fui por Hayek. Compré las obras completas, aunque debo reconocer que aún no he leído todo. Debo confesar que al principio me costaba asimilar la forma de escribir de Hayek. Me resultaba mucho más fácil leer a Mises. Mises era más directo en la forma de escribir, pero cuando empecé a entender a Hayek quedé deslumbrado y no podía parar. Luego comencé a meterme con las obras de Rothbard. Cuando leí *El hombre, la economía y el Estado* quedé fascinado. Es más, cuando llegué al tomo III del libro, el momento en que Rothbard se vuelve anarcocapitalista, yo también terminé siendo un ANCAP. Obviamente, leí también a Jesús Huerta de Soto, a Anxo Bastos.

Fue muy loco cuando llegué a los *Principios de economía política* de Carl Menger (texto fundador de la Escuela Austríaca): leía ese libro y me emocionaba. De hecho, al ir a las bases originales del

problema, ese libro me permitió entender mejor ciertos problemas de la matematización de la economía que pude ligar con un artículo de Tjalling Koopmans, «Tres ensayos sobre el estado de la ciencia económica», y de ese modo entendí mejor muchas cosas que había visto del equilibrio general. Empecé a entender no solo cómo funcionaba la economía, sino cómo se ligaba eso con las ideas de la libertad, y empecé a descubrir las falencias, los problemas en la construcción del modelo neoclásico, y a tener una mejor apreciación sobre la lógica de Hayek en *Camino de servidumbre*, combinado con *Crítica al intervencionismo* (el mito de la Tercera Vía) de Mises. Ahí empiezo a ver no solo los problemas de la economía neoclásica sino que, además, internalizo cómo personas que se consideran liberales, al abrazar la estructura neoclásica, terminan siendo funcionales al socialismo.

En línea con lo anterior, siempre cuento una anécdota muy interesante. Recuerdo que le habían otorgado el Nobel de Economía a Jean Tirole y que, bajo el formato de divulgación, publicó un libro que se titula *La economía del bien común*. A la luz de los trabajos que había realizado en el campo de la regulación, amaba a esa familia de autores franceses. Cuando terminé de leer el libro la sensación era muy reveladora: «Si yo hubiera leído este libro antes de convertirme al liberalismo libertario, o sea, al anarcocapitalismo, lo habría amado, pero ahora… ¡me parece una reverenda mierda!». Me generó repulsión el nivel de intervencionismo que mostraba. Sin embargo, es algo convencional bajo el formato del análisis microeconómico, donde se asume que existen fallos de mercado. Hoy en día, luego de haber pasado una buena cantidad de tiempo estudiando el vínculo entre la teoría económica y las estructuras matemáticas que la sostienen, estoy convencido de que los fallos de mercado no existen. Cuando alguien sostiene que está frente a un fallo de mercado y resulta necesaria la intervención del Estado le sugiero que haga dos ejercicios: (i) antes de culpar al mercado le

sugiero que se fije si no está el Estado estorbando en el medio, siendo el origen del problema, y (ii) si el Estado no está estorbando, sugiero que vaya y estudie mejor lo que está mirando, porque lo está haciendo mal. ¿Le parece una visión fundamentalista? Lo siento por usted. Cuando uno entiende que el mercado es un proceso de cooperación social en el cual se intercambian derechos de propiedad de modo voluntario, la careta del intervencionista se cae y saca a la luz su faceta más turbia: la envidia.

En ese mismo proceso descubro a Henry Hazlitt. Recuerdo cuando compré en una librería de Nueva York su libro *La economía en una lección*. En aquel momento ya tenía en mi biblioteca unos mil quinientos libros físicos y más de cinco mil digitales. Recuerdo estar frente al libro diciendo: «Pero la reputa madre, un librito de mierda, finito, ¿en una lección? ¡Pero si este supiera la cantidad de libros que tengo yo! ¿Cómo puede poner algo así?». La verdad es que lo compré con la única, pura y exclusiva finalidad de hacerlo pedazos. Pero conforme lo iba leyendo no lo podía creer. El libro era una obra de arte.

Hazlitt arranca con una patada voladora a la yugular cuando separa al mal economista del buen economista. En dicho sentido, mientras que el primero solo mira un mercado en determinado momento del tiempo (equilibrio parcial estático), el segundo considera además los impactos en el resto de los mercados (equilibrio general), tanto en sus consecuencias presentes como futuras (esto es, un enfoque intertemporal). En definitiva, Henry Hazlitt logra transmitir de un modo brillante y simple el modelo de equilibrio general intertemporal, y lo pone al servicio de desterrar todas las falacias con las que los políticos nos arruinan la vida.

Enseguida comencé a internalizar los conceptos de la Escuela Austríaca y sentí que había encontrado lo que necesitaba. Encontré el alma de la economía. Encontré la libertad. Recién ahí empecé a ver con claridad meridiana los problemas en las distintas partes de

la literatura neoclásica. Obviamente, cuando uno se quita la venda y abre los ojos, la vida no vuelve a ser la misma. Y cuando lo que se descubre son nada menos que las ideas de la libertad, la vida cambia de manera irreversible. Es lo que felizmente me ocurrió a mí.

10. ¡Viva la libertad, carajo!

10.1. Los amigos del camino

Durante este camino tuve el honor de conocer y hacerme amigo de Alberto Benegas Lynch (h.), quien es el máximo prócer de la historia del liberalismo argentino. Alguien que sabe que es un prócer y actúa como un prócer. Además, también tengo el privilegio de ser amigo de dos de sus hijos, Bertie y Joaquín.

La vida fue muy generosa conmigo, ya que también tuve la posibilidad de toparme con un grande como Guillermo Calvo, a quien conocí en Nueva York en una reunión del Foro Económico Mundial, coordinada por el propio WEF, el BID, el B20 y el G20. Luego de dicha reunión me reuní con él y su mujer en la Universidad de Columbia, donde por poco más de cuatro horas hablamos sobre lo que sería mi libro *Política económica contrarreloj*, proyecto al que se sumarían Ferrelli Mazza y Giacomini. Después de eso me invitó a la chacra en Punta del Este, donde lo fui a visitar, a él, a su mujer Sara (también economista) y a Luna (su mascota). Recuerdo que ese día llegué a las 12 del mediodía y con Guillermo estuvimos hablando de economía de corrido hasta la 1.30 de la madrugada, o sea trece horas y media sin parar. Nos fuimos a dormir porque al otro día nos había invitado Guillermo Nielsen a un asado. Y camino a ese asado nos pusimos a contar chistes utilizando matemática.

Estábamos tan compenetrados en la forma matemática de los chistes que nos perdimos. Llegamos como una hora y media tarde. De hecho, en rigor, nunca llegamos. Nos tuvieron que ir a buscar porque no teníamos idea de dónde estábamos. Fue muy gracioso.

También tuve la oportunidad de conocer y luego hacerme amigo —a pesar de que en su momento nos habíamos peleado por Twitter— de Carlos Rodríguez. Para mí, uno de los cinco mejores economistas de la historia argentina. En ese lugar están Guillermo Calvo, Alberto Benegas Lynch (h.), Carlos Rodríguez, Miguel Sidrauski (QEPD) y Julio Hipólito Guillermo Olivera (QEPD). A este último, a pesar de estar muy lejos de mis preferencias, lo he estudiado con mucha intensidad.

También tuve la dicha de trabajar en la Universidad de Belgrano haciendo el estudio del mercado telefónico. Recuerdo que allá por 1996 fuimos los primeros en decir que el mercado era disputable. Al inicio nos ridiculizaron y bastardearon por los resultados, pero los hechos nos dieron la razón. En este sentido, que un mercado sea disputable quiere decir que se puede alcanzar un Óptimo de Pareto en la lógica de la economía neoclásica, aun cuando hubiera una sola empresa garantizando la libre entrada y salida.

Nosotros habíamos probado empíricamente que las curvas de costos medios de las telefónicas eran de fondo plano (por lo que en dicho tramo el costo medio y el marginal son iguales), por lo cual, dada la demanda existente de servicio telefónico, el mercado era disputable. Primero nos trataron de pelotudos, de idiotas e imbéciles; después nos dijeron que nos habíamos robado los resultados, y finalmente, cuando los resultados después de los años se veían con claridad, nos dijeron: «Ah, pero eso es una obviedad, todo el mundo lo sabía». Tuvimos que pasar por todo. Fue muy interesante porque ahí tuve la posibilidad de conocer más a fondo y trabajar con Víctor Becker, y también tuve la dicha de hacerlo con mi queridísimo Alfredo Canavese, que en paz descanse, y con William

J. Baumol, dos veces candidato al Nobel de Economía, quien desarrolló la teoría de los mercados disputables junto con Panzar y Willig, mientras que con Elizabeth Bailey desarrolló toda la economía multiproducto.

Otra cosa maravillosa que me pasó en el último tiempo fue estar dando una conferencia sobre historia del pensamiento económico para la Universidad Carlos III, en la maestría sobre Escuela Austríaca que dirige Jesús Huerta de Soto, y de pronto, en medio del Zoom, aparece el propio profesor Huerta de Soto. No lo podía creer. Veo el video y es impresionante porque estoy explicando y de repente algo raro sucedía en una de las ventanas principales del Zoom. Estaba ingresando el mismísimo Jesús a saludarme y a felicitarme por mi labor en la defensa de las ideas de la libertad. No lo podía creer. Como dije y no paro de decir: la vida es muy generosa conmigo.

10.2. La clase de economía más concurrida del mundo

Pandenomics, mi anterior libro, fue presentado en más de veinte países del mundo con mucho éxito, pero no solo eso, fue un proyecto de divulgación económica que derivó en otro realmente especial. Allá por mayo de 2021, la Fundación para Estudios Económicos me propuso hacer cuatro clases *online* junto con Gloria Álvarez para batir el récord mundial de asistentes a una clase de economía. Básicamente, la gente de Guinness decía que tenía que haber 3000 personas en línea en simultáneo durante veinte minutos para batir ese récord. Nosotros tuvimos 20 000 por más de una hora. De hecho, había 46 000 inscriptos, o sea que hasta rompimos

la capacidad de la plataforma, ya que Zoom permite, como máximo, hasta 10 000 personas conectadas (de hecho, hay solo tres slots de ese tipo de capacidad y nos habían concedido dos creyendo que no lograríamos llenarlas, ya que nunca nadie había saturado una sala de 10 000 personas). Ahora estamos con todos los trámites para que Guinness nos incorpore oficialmente como récord mundial. Así es que no me puedo quejar. La economía es un continuo de satisfacciones.

10.3. La mirada sobre la vida: la fórmula de la felicidad

Percibo que mucha gente ve la vida como algo gris o triste y solo de vez en cuando tiene una alegría fuerte. Sin embargo, mi protector de pantalla en la computadora tiene cuatro letras: ANTF. ¿Significado? Alegría no tiene fin. Para mí la vida es eso. Es un continuo de alegría en el que, solamente, aparecen momentos no agradables que en realidad también están para que podamos aprender algo. Si uno lo toma así, como un aprendizaje, empieza a vivir mucho mejor. Por eso soy un agradecido a la vida y a Dios. De hecho, lo que yo llamo la fórmula de la felicidad la descubrí estudiando optimización dinámica (en especial, lo vinculado con las condiciones de transversalidad) combinada con un capítulo de *Los Simpsons*.

En uno de los capítulos de la serie, Marge y Homero van a cenar. Llegados al lugar, a Homero se le ocurre ordenar pez globo. Sin embargo, el pez globo es muy peligroso para comer ya que, salvo una pequeña parte, el resto es mortalmente venenoso, por lo que requería del trabajo de un especialista. Dado que el sushimaster estaba ocupado con una señorita en la parte trasera de su auto, el

asistente cocinero le sugiere ordenar otro plato. Naturalmente, Homero no acepta la sugerencia y el aprendiz se encarga del plato. Cuando llega el maestro se encuentra con que habían cortado mal el pez globo, así que Homero va de urgencia al médico, quien le informa que le quedan 24 horas de vida. A partir de ahí, el médico le sugiere a Homero hacer un listado con diez cosas para hacer teniendo en cuenta que sería su último día de vida. Ese ejercicio matemáticamente es lo que se denomina condición de transversalidad (en el caso de tiempo finito, aquí las próximas 24 horas), que es básicamente cómo acotás el tiempo, la función objetivo y/o una combinación de ellas para resolver un problema de optimización dinámica.

Más allá de lo técnico, te pone de frente a qué cosas son las que te hacen feliz. Qué es aquello que te hace feliz hoy. No hay mañana. ¿Y qué haría yo si hoy fuera mi último día? Estaría con mis hijitos, con Conan, Murray, Milton, Robert y Lucas. Estaría con mi hermana, que es un sol de ser humano, y con mi sobrino Aaron, y si tengo un rato más, seguramente leería un poco de economía. Eso es lo más importante en mi vida. Por eso y nada más es que todo vale la pena. Entonces, empecé a vivir sabiendo que eso es lo importante y que todo lo demás tiene que ser funcional para que ese tiempo sea lo mejor posible. Porque, en realidad, en términos probabilísticos, la posibilidad de que me muera mañana es muy baja. Entonces, entiendo el trabajo de una manera funcional a eso, pero encima trabajo de algo que me gusta, entonces no es una carga. El trabajo no me frustra, me hace sentir bien, me divierte y además me permite tener momentos de mejor calidad con mis seres queridos. Esa es una bendición del cielo, porque entre las matemáticas, los capítulos de *Los Simpsons* y los austríacos encontré la llave de la felicidad. Todo eso me permite construir una vida feliz, gracias a Dios.

Una vez le escuché decir una frase brillante a un periodista de televisión, creo que era Andy Kusnetzoff: «Uno de los grandes

problemas que tienen las personas es tercerizar la aprobación». Depender de lo que te dice el otro puede ser un gran error. A veces, uno puede hacer un trabajo fenomenal y de pronto viene un pelotudo y de la nada te dice que lo que hiciste es una cagada; es todo un tema. En ese caso, si una persona tiene tercerizada la aprobación, se va a derrumbar. En esta mirada de la vida mucho tuvo que ver mi abuelastro, mi abuelo Rubén. Él estaba casado con mi abuela materna, uno de los seres más maravillosos que conocí en mi vida. Vivían en Mar del Plata y venían de visita en épocas —durante la universidad— en que se me señalaba que todo lo que hacía era una mierda y no servía para nada. Pero cuando mi abuelo venía, frente a la desaprobación permanente, él hacía toda una valoración. Mi abuelo Rubén era maravilloso. Conmigo era una persona excepcional. Siempre fue un gran apoyo para poder seguir avanzando en un contexto que me era muy hostil. Era alguien que siempre tenía la palabra correcta para motivarme. Si hoy Noneira (así le decía a Rubén) me viera, seguro estaría feliz. Porque él fue quien vio primero que nadie mi potencial. Porque él me ayudó muchísimo dándome sostén emocional en situaciones muy adversas, mientras formaba mi carácter.

Pero volviendo a la idea de no tercerizar la aprobación, si una persona está en un trabajo en el que, para su criterio, le pagan para el culo, puede enojarse con su empleador y ponerse como los de izquierda, que hablan de explotación, que te exprimen y arruinan la vida; o, mucho más fácil, puede irse. Se terminó el problema. Ahora, si esa persona no encuentra otro laburo quizás no estaba en condiciones de ganar otra cosa, porque yo me puedo sentir muy crack pero si hago un producto que el mercado no quiere no me va a ir bien. Básicamente, porque estoy haciendo algo que no le interesa a nadie. Cuando se incorpora esa dimensión del proceso y se entiende el rol que tiene la remuneración, o sea donde uno compra dinero con ocio (uno va a querer vender sus productos al

precio más alto posible y otro va a querer comprarlo al precio más bajo posible), todo empieza a ser menos doloroso. Se deja de putear por lo que te pagan, se deja de ser un resentido y hasta, en algún sentido, se puede tener una visión que implique cierto sentimiento de gratitud. ¡Ah! Mirá qué interesante este tipo: invirtió guita, genera posibilidades de trabajo y yo justo estoy trabajando aquí. Es una conceptualización distinta de la vida que, obviamente, hace vivir de una mejor manera, sin resentimiento. Y al vivir sin resentimiento hay más chances de ser feliz.

Por eso en las sociedades donde hay mercado se convive mejor, no es solo porque, como dice Bastiat, donde entra el comercio no entran las balas, sino también porque, como dice Bertrand de Jouvenel, donde hay mercado las costumbres son dulces. Donde hay mercado hay valoración. Cuando alguien da algo, eso que da tiene valor. Se valora y se aprecia. En cambio, hay infinitamente menos dulzura si se cree que se tienen puros derechos, se exige y se vive siendo un ingrato, teniendo una actitud mezquina, que es precisamente lo que domina al pensamiento de izquierda. La mezquindad, la envidia, el odio y el resentimiento. ¿La izquierda qué te dice? Odia al que te está dando trabajo porque es un hijo de puta que te está explotando. ¿Por qué? Porque trabajan con la teoría de la explotación. Para ellos, todo es una cuestión de odiar al otro porque te está jodiendo, y si le va bien lo odiás más porque supuestamente le va bien debido a que le está robando al trabajador. En cambio, en la visión de mercado se trata de alguien al que le va bien por su propio esfuerzo, y no con la presencia del aparato represivo del Estado. La realidad es que esa persona solamente puede ser exitosa sirviendo al prójimo con bienes de mejor calidad y al mejor precio, es decir, es un benefactor social que, además, da laburo y permite comprarle dinero a cambio de ocio. Para que quede claro, en una economía de mercado, aun siendo un hijo de puta, hay que portarse bien porque, si no compran

tus bienes, vas a la quiebra. Cuando se comprende cómo funciona este proceso de interacción social, que lleva el rótulo de mercado, se vive agradecido y feliz.

10.4. Hacia dónde va el camino del libertario. ¿Qué hay delante?

Debo decir que soy muy optimista respecto del futuro. Dentro de los especialistas en crecimiento como yo, existen dos líneas: los pesimistas y los optimistas. Recuerdo que en varias de mis presentaciones sobre singularidad arrancaba diciendo: «No sabemos cómo será el futuro, lo único que sabemos es que será mucho mejor». Naturalmente, tengo una base optimista.

De hecho, lo que me quitaba todo optimismo sobre la Argentina era el continuo alejamiento de las ideas de la libertad, así que lo que ocurrió en las últimas elecciones es muy alentador. En las PASO, el 25% de los porteños eligió una opción liberal, ya sea una por fuera del sistema, como es La Libertad Avanza, con 14% (que en las definitivas terminaría siendo un poco más del 17%), o una por dentro del sistema, que obtuvo el 11% de los votos. Por lo tanto, no solo las ideas de la libertad alcanzaron por lo menos a un 25% del electorado, sino que, además, la verdadera solución liberal le ganó a la solución bancada por el sistema, aquella que impulsaba y financiaba el jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Horacio Rodríguez Larreta, para que, arropada en lindos y buenos modales, pudiera destruir a la única solución liberal pura. En este contexto, creo que estamos en presencia de una excelente noticia.

A su vez, no solo es importante lo logrado cuantitativamente como la mejor elección de un *outsider* sin estructura, sino también

por ser el primer caso de la historia del mundo hispanoparlante en que un libertario accede a una banca de legislador nacional. Al mismo tiempo, desde el inicio de la campaña para las PASO, en aquel acto en Plaza Holanda, el mensaje liberal ocupó el centro de la escena. Todos hablaban sobre nuestra visión. Todos debieron correr sus posiciones. Por lo que, si lo que hemos logrado en términos cuantitativos es importante, en términos de debate es arrollador. Es más, durante la campaña fuimos perseguidos, operados y difamados, mientras se buscaba aterrar a los votantes con la amenaza de «no tires tu voto, estamos a siete votos de Venezuela». Planteos que, pocos días después de la elección, los sicarios de la libertad dejaron al desnudo que habían sido mentiras.

Hoy es muy interesante lo que pasa con los distintos votantes. Hoy, los que votaron a La Libertad Avanza están felices, ya que honramos a cada paso nuestra palabra. Muchos de los que votaron a «los salvadores» de Juntos por el Cambio se han dado cuenta de que han sido estafados y que con las palomas hoy estamos más cerca de Venezuela. La sorpresa son los kirchneristas y algunos sectores del peronismo que descubren que hay alguien que no vino para mentir.

10.5. Un mensaje final

Luego de todo lo recorrido hasta acá, quiero que sepan que abrazar la libertad vale la pena. Hay modelos que aseguran comida, casa, estudios, recreación, sí, pero eso es exactamente lo mismo que dan en la cárcel. Hay gente a la que parece que le gusta estar lustrando las cadenas. Yo, en cambio, no tengo dudas. Prefiero una libertad

riesgosa a una esclavitud tranquila. Y lo único que hago es contar que hay otra forma de vivir.

Al margen del valor de la libertad, la realidad es que aquellos países que son libres son ocho veces más ricos que los reprimidos. El decil más bajo de la distribución, es decir, los pobres del país libre, están once veces mejor que los del país reprimido. No solo eso, además tienen el doble de ingreso que el promedio de ingreso del país reprimido. Esto, dado que la distribución del ingreso lleva el formato de una chi cuadrada o una log-normal, quiere decir que los más pobres del país libre están mejor que el 80-90% de la población del país reprimido. No tengo dudas: es mejor ser cola de león que cabeza de ratón. Además, tienen 25 veces menos pobres en formato estándar y 50 veces menos en el formato extremo, por lo tanto, cuantitativamente el diferencial del logro es enorme.

Al mismo tiempo, es falso que el sistema sea injusto. Si los socialistas no han podido superar la trampa de la teoría del valor trabajo no es problema del capitalismo de libre empresa. Los socialistas, antes de ser aplastados por la evidencia empírica, ya habían sido derrotados (mucho tiempo antes) en el campo de las ideas. Esto es: el socialismo es un error teórico y una aberración empírica. Sin embargo, la pregunta es: ¿por qué aún siguen atrapados ahí? La respuesta es simple y tiene que ver con los valores morales. No pueden salir de la teoría del valor trabajo porque es la que les permite sostener la teoría de la explotación de Rodbertus y la plusvalía de Marx. Esto es: no les importa ni la teoría ni la evidencia empírica. Necesitan un argumento que les permita disfrazar su envidia, su odio y su resentimiento con la defensa de una supuesta causa noble, que es la de liberar a los oprimidos.

Sin embargo, la izquierda, aun frente a su estrepitoso fracaso económico, se reordenó bajo la idea de que el sistema capitalista de libre empresa es injusto. Se arrogaron una suerte de superioridad moral y como los liberales, frente a la evidencia cuantitativa, no

presentaron batalla, los socialistas se llevaron el debate sin resistencia alguna. Así, desde la creación del Foro de San Pablo pusieron en marcha las ideas de Antonio Gramsci. Tomaron la educación, la cultura y los medios de comunicación. Bañaron todo de socialismo. Adoctrinaron a una generación de resentidos y fracasados.

Afortunadamente, los jóvenes rescatarán al mundo de la pobreza miserable socialista. Los jóvenes suelen ser rebeldes frente al statu quo, y como hoy lo políticamente correcto es recitar la basura socialista, los jóvenes, en su mayoría, son liberales. Al mismo tiempo, les resulta más fácil salir de las telarañas del pensamiento socialista ya que llevan una menor cantidad de tiempo expuestos al lavado de cerebro de la educación pública, más allá de que sea de administración estatal o privada. A su vez, en esta patriada de los jóvenes, la tecnología ha brindado una gran ayuda. Ya nadie se queda quieto, nadie cree a sus profesores a libro cerrado. Van, miran las redes y chequean, y así destruyen la mentira de la izquierda. Finalmente, las cuarentenas cavernícolas a partir de la llegada de la pandemia llevaron a las personas a una revalorización de la LIBERTAD. Y como si esto fuera poco, día a día los jóvenes van evangelizando a los adultos de sus familias y así es que cada día somos más los que abrazamos las ideas de la LIBERTAD.

Por lo tanto, el mensaje principal es que abracemos las ideas de la libertad, porque no solo nos hacen más productivos sino que se corresponden con un conjunto de valores morales superiores que nos traerán mayor prosperidad, bienestar, salud, felicidad y paz.

¡VIVA LA LIBERTAD, CARAJO!

El camino según sus compañeros de ruta

El mejor amigo

Por Rodolfo Rennis

Conozco a Javier hace más de 25 años y puedo asegurar sin riesgo a equivocarme que es la misma persona hoy que en aquel momento. Recuerdo que lo que más me sorprendía de él era la frontalidad y sinceridad, y hoy en día me sigue generando la misma sensación.

Ya entonces era un aguerrido defensor de las cosas en las que creía, pero suele aceptar recomendaciones y puede cambiar su postura sobre algún tema, aunque para lograr eso hay que poder demostrar lógica y fácticamente la postura contraria.

Siempre tuvo dos cosas: bien claras sus ideas y ningún miedo a expresarlas, tanto en salas con diez personas como en escenarios frente a miles.

Un gran cambio que experimentó fue la forma de divulgar su pensamiento, transmitir sus conocimientos. En las primeras charlas Javier se expresaba con un lenguaje muy académico y matemático; en cambio, en los últimos diez años modificó la forma de divulgar, haciéndose entender por todos sin perder profundidad académica. Javier cree fervientemente en sus ideas y ama divulgarlas, pero no busca que las sigan por el solo hecho de seguirlas, sino que busca que la gente las entienda.

La gente lo para por la calle y le pregunta qué podrían leer para profundizar tal o cual idea, y él no solo muestra predisposición para recomendar libros sino que se toma un tiempo importante explicando el tema en cuestión y dónde se puede recabar información. He sido testigo de momentos así y les aseguro que se lo nota feliz.

Si bien desde que lo conozco siempre abrazó las ideas de la libertad fuertemente, a lo largo de los años ha tenido una continua evolución, acercándose cada vez más al anarcocapitalismo. Como suele decir: minarquista en la práctica y anarcocapitalista en la teoría. Si algo tengo claro es que su evolución continuará, porque es parte de su forma de ser: vive en un constante aprendizaje.

Aprender lo motiva y no solo por tomar conocimientos teóricos sino por la posibilidad de transformarlos en hechos tangibles.

Un aspecto destacable de su evolución es que su actuar fue siempre consecuente con sus ideas, no solo en el respeto de su propia libertad, sino en el respeto de las libertades de los demás.

Todo terreno

Por Lilia Lemoine

Mi rol durante la campaña de Javier fue el más privilegiado de todos. Como su maquilladora y fotógrafa pude seguirlo a todos lados y compartir esos momentos de comunión con la gente que explotaron de magia, afecto y esperanza. Muchos me dijeron: «Vos tenías que ser candidata a legisladora». Y yo pensé en algún momento que si esa era la manera de poder ser parte de la campaña, lo iba a ser. Pero en cambio se me premió con algo mucho más satisfactorio (entiéndase que para el libertario promedio un cargo político no es

una bendición): cuando El Jefe (Karina) me dijo «te quiero en mi equipo», respondí como todo Thundercat: lo hubiera hecho al ver la señal del Ojo de Thundera.

Cómo conocí en persona a Javier Milei y cómo descubrí que era libertaria es parte de una historia divertida y que, lo sé, mis nietos van a tener que escuchar una y otra vez durante las fiestas en el futuro.

Volvamos al año en que me afilié al Partido Libertario, 2018…

Escuché el apellido «Milei» por primera vez a través de un adolescente que me habló de él. Porque soy curiosa, tomé nota y busqué sus videos en YouTube: cinco minutos más tarde sentí el llamado y supe que estaba cada vez más cerca de redimirme luego de veinte años de apatía política. Recuerdo claramente que las primeras palabras que escuché de Javier fueron las siguientes: «Al de derecha no le importa con quién comerciás, pero sí con quién te acostás; al zurdo le importa con quién comerciás pero no con quién te acostás. En cambio, al libertario no le importa ni con quién comerciás ni con quién te acostás». A grandes rasgos, me definía… ¿era libertaria? Era libertaria. A quienes no me conozcan quizás les sorprenda saber que yo fui candidata a diputada aun antes que Javier, pero esa es otra historia.

Comenzamos a hablar con Javier a través de Instagram. Ambos participábamos de un grupo de WhatsApp para organizar una movilización que pedía la baja de impuestos y el gasto público. Yo hice los *flyers* que a él más le gustaron, lo sé porque fueron los que usó más: el fondo era amarillo y tenía dibujada una bomba de color negro. A la primera marcha asistí con mi querida amiga Ruka, que hoy vive en Canadá, pero estuvo al lado mío durante todo nuestro camino de transformación irreversible al libertarianismo. Fuimos las primeras en tener remeras amarillas con banderas de Gadsden pintadas a mano, eso nos ganó poder sostener el megáfono y dirigirnos a la audiencia. Suena gracioso, pero así fue.

Poco tiempo después, Karina me contactó para encargarme la fabricación de los pequeños bancos centrales que exorcizaríamos al final de cada una de las obras de teatro de *El consultorio de Milei*. Lamento el *spoiler*, pero así terminaba la obra, que estuvo en cartel un año y medio a sala llena. Al final de cada función Javier, Karina, Sucalesca y Rico hacían subir a algunos amigos a hacer pogo y bailar: también me tocó subir y divertirme alguna vez.

Durante el verano de 2019, inspirada en una canción emblemática de Una Bandita Indie de La Plata, que versaba «Javier Milei, el último punk, nuestro superhéroe de la libertad», experimenté una epifanía: ¿y si le fabrico a Javier un traje de superhéroe Ancap y lo invito a un evento de cosplay a los que yo suelo ir? Sabía muy bien que en esos eventos muchísimos chicos eran sus seguidores y pensé: «El no ya lo tengo». Aclaro que soy cosplayer, fabrico trajes, armaduras, props, trabajé en cine independiente y hoy tengo mi propio branding, que es LadyLemonCosplay, razón por la cual me tocó viajar por más de quince países como embajadora, jurado y artista invitada en eventos del fandom. Cuando estudié efectos especiales aprendí creación de personajes; dibujé un prototipo, se lo mostré, le gustó… y me dijo que sí.

No me sorprendió demasiado que aceptara, puesto que él es actor y claramente una persona original y sin prejuicios. Lo que sí me sorprendió fue su humildad, entrega y felicidad al usar el traje en el evento de cosplay: se sacó fotos con todo el mundo y hasta subió al concurso de Karaoke a cantar «La regla fiscal». Ese día supe, al verlo interactuar con la gente, que era el ser humano más maravilloso que yo hubiera podido imaginar. Verán, usar cosplay EN VERANO no es fácil; uno transpira, es incómodo. Además, llevaba una máscara de goma que hice a los apurones y desteñía, guantes de hule y una capa… Y no se quejó ni una vez ni dejó de sonreír.

Los mismos chicos lo nombraron «God Emperor Ancap» por una referencia al juego Warhammer y se dedicaron durante meses a crear arte y tapas de cómics con Javier como protagonista. Las fotos del evento circularon por todos los medios, y ocasionaron que grupos de izquierda nos insultaran haciendo gala de su doble discurso de «inclusividad», ya que nos criticaban por realizar una actividad artística no tradicional. Lo que verdaderamente les molestó fue toparse con un economista libertario que poco a poco ganaba más popularidad de la que ellos hubiesen imaginado. Javier escuchó las palabras de Rothbard; aunque me atrevo a decir que hay una gran diferencia entre ser popular y ser populista; el populismo impone al líder desde el poder del Estado, en cambio el líder que surge desde lo popular es impulsado por el pueblo, y este es el caso de Javier.

En esos días de 2019 yo participaba en la campaña presidencial del Frente Despertar, en la parte de comunicación estratégica. Agotada y llegando a todos los límites de cansancio imaginables: no había presupuesto y teníamos que llamar la atención de los votantes como fuera posible. Muchos me criticaron por usar estrategias no convencionales, pero Javier me tendió una mano y me dio aliento mientras otros me abandonaron cuando los números de 2019 no fueron los esperados.

Atesoro mucho el día en que Javier me dijo: «Acompañame al programa de Mauro». Ese día lo cruzaron sin previo aviso, con Alberto Asseff, el dueño de UNIR, el sello que traicionó a José Luis antes de las PASO casi impidiéndole participar. Destellando una habilidad extraordinaria, Javier logró que Asseff se autoproclamara al aire como «un panqueque con crema». Guardo de recuerdo la hoja de anotaciones que Javier usó ese día y definitivamente voy a encuadrarla y colgarla en una pared de casa. Días después el mismísimo Asseff declaró con preocupación que «los libertarios lo habían maltratado». Y… no les voy a mentir: las redes se inundaron

de memes del «panqueque con crema» y confieso haber hecho el primero; aún me causa gracia porque, con ese solo acto de Javier, luego movilizado por los pibes libertarios, se logró que uno de los miembros más antiguos de la casta mirara con angustia una cámara y declarara «fui maltratado». Por un meme. Para mí fue una postal premonitoria del triunfo de Javier en las urnas en noviembre de 2021.

Poco tiempo después Javier me pidió algo bastante controversial: «Lilia, necesito que me acompañes a un programa de televisión vestida de Capitana Ancap». Era un programa muy serio, y aun siendo cosplayer no suelo usar trajes de fantasía fuera del contexto de los eventos. Antes de dedicarme profesionalmente al cosplay trabajé doce años en corporaciones como especialista en IT; ser influencer y artista es relativamente nuevo para mí. Pero entendí que esto podía servir para llamar la atención de los medios y de sectores de la población que normalmente no prestarían atención al mensaje libertario. ¡Y claramente él no iba a asistir sin su uniforme de traje azul a rayas, a un programa tan serio! Él había accedido a usar un cosplay para ir a mi evento; yo lo acompañaría fuera de toda discusión. Fuimos con Karina y recuerdo que cuchicheamos bastante las dos; nos reímos hasta que nos hicieron callar desde la producción. Al fin y al cabo, aunque no faltaron quienes me llamaron «ridícula», se consiguió el cometido, y tal como aquella vez en el evento de cosplay, las imágenes tanto del God Emperor Ancap como de la Capitana Ancap desfilaron por medios de toda índole. Cuando Javier fue noticia en el prestigioso *The Economist*, la nota comienza así: «“¡Viva la libertad, carajo!”, proclamó Javier Milei, un economista de 50 años, en una reunión de aficionados al cómic en Buenos Aires en 2019. Él asistió vestido como el General Ancap, un personaje que inventó». (Error, no fue él, fui yo.)

Nuestras interacciones continuaron esporádicamente. Hasta que el 22 de octubre de 2020, cuando Javier cumplía 50 años y

anunciaba su participación en política desde Plaza Holanda, creé su canal de YouTube como regalo de cumpleaños y le propuse hacer vivos y contactarse así con su audiencia en las redes. En esos días me contactó Santiago Oria, porque quería hacer un documental ficcionado sobre *Pandenomics*, el libro que Javier escribió al comienzo de la pandemia. Vi un solo corto hecho por Santiago y acepté sin dudar, primero porque soy feliz siendo parte de los proyectos que involucran a Javier, segundo porque Santiago es un gran artista y tercero porque me ofrecieron encarnar a la Capitana Ancap: tendría mi revancha de hacer un traje mejor que el original. Además de cosplayer, soy actriz y amo el género de superhéroes, así que este mediometraje juntaba todo lo que me incentiva en la vida: la libertad y el arte. ¡Y coprotagonizar una peli con Javier! ¿Cómo no iba a querer? Hacía falta director de arte, así que también me ofrecí y fabriqué el BCRA a escala, el martillo y las alas del personaje de Karina.

Durante la realización de *Pandenomics* Javier, que nunca había participado de un rodaje de doce horas a la intemperie, demostró ser un gran profesional y con la mejor onda resistió una de las jornadas más exigentes de las que incluso yo haya participado. Como debía ocuparme del arte y actuar, fue mi gran amigo Luis Padrón quien se encargó de maquillar a Javier, a Karina y a Laura, los actores principales. Y como a Javier le gustó cómo quedó en cámara, se generó el rol de maquilladora. Gracias, Luis.

El documental fue un éxito en redes, superando el millón de reproducciones en los primeros días, pero antes lo estrenamos en pantalla gigante en el Hotel Grand View: *Pandenomics* se convirtió en la única película en estrenarse en pantalla grande en Argentina durante 2020, y al estreno, a pesar de los aforos, asistieron casi 1000 personas.

Luego tuvieron lugar las marchas provida para intentar frenar la infame Ley del Aborto; mi postura era neutral en ese tema, pero al

enterarme de que Javier estaba yendo solo me ofrecí a acompañarlo. Para mí, Javier no era solo un economista que aparecía en la tele y movilizaba a cientos de miles de jóvenes, era la encarnación de algo que nunca había visto antes. En esas manifestaciones se repitió lo mismo que en aquel evento de cosplay de 2019: la gente no dejó de frenarlo para pedirle selfies o darle un abrazo. Como influencer en redes sociales siempre llevo una cámara para dejar esos momentos inmortalizados; a pesar de haber sido la fotógrafa oficial de la campaña de Javier de 2021, sigo sintiendo que esas fotos durante las marchas son las más bonitas que tengo y, premonitoriamente, con el Congreso teñido de celeste de fondo. Ningún otro referente liberal participó de esas marchas, solo Javier. Incluso una noche fuimos atacados por un grupo de ultraderecha nacionalista: golpearon a Javier para buscar una reacción violenta y no solo no lo consiguieron sino que un grupo de jóvenes libertarios oficiaron de escudo humano para protegernos. Lo que no recordaba yo, pero Javier sí, razón por la cual me gané uno de tantos retos, es que instintivamente agarré del cuello de la camisa al agresor que aún continuaba insultándolo y aparentemente habría soltado una patada hacia el susodicho sin medir las consecuencias. Javier se asustó y me arrastró adentro del círculo: «Lilia, ¿qué hacés? Vi tu botita dorada volando». Todo esto quedó documentado. Hoy lo veo como una anécdota graciosa, pero me asusté mucho. Recuerdo haber pensado: «Qué mal guardaespaldas que soy que Javier tiene que protegerme a mí». ¿Y a vos quién te nombró Sargento Cabral? Nadie. Yo me identifico así y Javier es para mí San Martín.

Continuamos haciendo vivos para YouTube, algunos programas de *Demoliendo mitos* fueron épicos. Un día lo acompañé al campo de entrenamiento de Chacarita, donde capturé el breve video atajando un penal que luego se convirtió en meme, sticker y noticia de medios deportivos. Ahí fallé: yo quería que se pusiera la

camiseta del club pero no me hizo caso. También descubrí algo sobre la fortaleza de Javier que pocos conocen: no se tiraba a atajar un penal desde que dejó de jugar profesionalmente, y lo hizo sin precalentamiento y sin titubear. Desconozco cómo pudo levantarse y salir caminando y continuar sonriendo toda la jornada.

Luego sus compromisos y los míos hicieron que dejáramos de vernos un tiempo.

Volvimos a encontrarnos poco después, en la primera manifestación por la libertad de Cuba frente a la embajada, al ritmo de «Patria y vida». Me había alertado de las movilizaciones un empresario cubano en Miami; contacté a Javier ese domingo a la tarde y enseguida hizo un video que él mismo se encargó de viralizar, apoyando al movimiento y comprometiéndose a visitar Cuba apenas el régimen cayera. El día de la manifestación volvimos a encontrarnos. Sé que muchos cubanos consideran a Javier como el argentino de cabellera revuelta que vino a solucionar todas las macanas que otro argentino se mandara décadas atrás.

Finalmente, al comienzo de la campaña de 2021 recibí la noticia de Karina con muchísima alegría: «Li, Javi quiere que seas su maquilladora y su fotógrafa, quiero que estés en mi equipo». ¿De dónde Javier había decidido que le gustaban mis fotos? Aquí insertaré un pequeño flashback de fines de 2020. Fui a maquillarlo para una entrevista con un medio importante y antes de que empezara le robé unas tomas. Esas fotos, bendecidas por la luz de la hora mágica, mostraron un Javier que no era común ver. Javier es difícil de fotografiar, a pesar de que se saca selfies con todo el que se lo pida. No le gusta modelar y no es vanidoso. ¡Todos saben que se corta el pelo recién cuando le tapa los ojos y le impide leer correctamente! Así es que me arrogo el mérito de haberle robado imágenes que me abrieron la puerta después para ser su fotógrafa. Quiero aclarar que, aunque maquillo y fotografío a Javier, es algo que no hago como ocupación, no me interesa trabajar de eso, salvo

que sea para Javier. De otro modo, a mí me gusta ser quien esté frente a las cámaras y todo lo que sé de estética lo uso solo para mí. Muchos creen que la estética es algo superfluo, aun para un político; tuve muchas discusiones al respecto pero mi idea prevaleció: si tenemos un candidato cuya estética podemos explotar porque la imagen es MUY importante, ¿por qué no hacerlo? Es un hombre atractivo y es muy fácil de mostrar (una vez que conseguís que se saque los pantalones 4 talles más grandes y se despeje el pelo de la cara).

Otro *spoiler*: el corte de pelo que está usando ahora es mío. Sí, conseguí también convertirme en quien le corta el pelo. Me tomó 2 años, pero ¡lo conseguí! Mi próxima meta es lograr fotografiarlo en ropa deportiva, el *look* que, a mi gusto, mejor le sienta, estoy ansiosa de leer los comentarios. Eso, o un nuevo traje de General Ancap; pero esto último lo veo más complicado.

El día en que se organizó la primera sesión fotográfica para la campaña no se me permitió sacarle las fotos; desde el partido habían contratado a un estudio y fotógrafo profesional, pero pude maquillarlo y robar algunas tomas a un fotógrafo de *La Nación* fuera del estudio. Una de esas tomas la pueden ver en la solapa interior de este libro. Las fotos del estudio se usaron para la boleta de las PASO, y luego en la boleta final se incluyó una foto mía. Gané.

Empecé a acompañar a Javier a programas de televisión nuevamente. Las exigencias de la campaña hacían que él no pudiera dormir correctamente, así que lograba apenas tapar un poco sus ojeras, disimular algún corte al afeitarse o los enrojecimientos de la piel por exponerse al sol durante las eventos diurnos. Lo curioso es que, al pasar los meses y aún hoy, ya él convertido en diputado nacional, ha ocurrido lo contrario de lo que suele pasar con los políticos tradicionales: se lo ve rejuvenecido y mi trabajo como maquilladora es cada vez menos necesario. Debo inventar algo nuevo para seguir siendo útil a la causa.

En simultáneo, se realizaron caminatas por toda la ciudad de Buenos Aires y las clases de economía del ciclo «Libres para aprender»: la interacción con la gente nunca cambió, solo se intensificó al punto en que el mismo amor del público empezó a ser peligroso para la seguridad de Javier. En más de una ocasión mareas de gente me separaron de su lado y no pude seguir sacando fotos. Tuve que subir arriba de postes o portales para conseguir tomas limpias. Nunca olvidaré a una señora de más de 60 años gritando enojada porque no había podido sacarse una foto con Javier, como si estuviera buscando una selfie con el mismísimo Elvis.

En 2019 presencié cuando una madre lo frenó en una confitería de Buenos Aires y le dijo: «Sos mi única esperanza para que mi hijo no se vaya del país». La mujer tenía los ojos llenos de lágrimas, Javier le sostuvo la mano y no recuerdo qué le respondió, pero sentí el peso que podría significar que alguien depositara en él tanta responsabilidad. Durante la campaña hubo muchísimos momentos así. Cuando en los medios le preguntaban cosas del tipo «por qué decidiste ingresar como candidato si odiás la política», su respuesta era totalmente coherente con lo que yo veía: «Porque las madres se acercan y me dicen que soy la única esperanza que tienen para que sus hijos no se vayan». Luego está el argumento totalmente razonable de que la batalla cultural se agotó y había que meterse en el barro… Pero, como mujer y futura madre, yo sé, siento, que fueron hechos como el primero expuesto los que quizás, y lo digo por mí y no por Javier, los que más le pesaron a la hora de tomar la decisión. Quizás me equivoque, pero como yo me involucré en la política en 2018 porque decidí que quería ser madre y quiero que mis hijos crezcan en el país que mis abuelos soñaron, es por eso que voy a acompañar a Javier en esta odisea, este camino del libertario. Un camino que emprendí yo también con muchos más, hoy millones.

Uno de los momentos cumbre que recuerdo de la campaña de 2021 fue el cierre pre-PASO en Parque Lezama. El GCBA solo autorizaba ese lugar y un solo día: jugaba Argentina y se pronosticaba lluvia, casi un sabotaje. Creíamos que la asistencia sería poca y temíamos que no se pudiera realizar. Pero, en cambio, salió el sol y, para bien o para mal, el partido de Argentina se canceló. Este tipo de sucesos increíbles se repitieron a lo largo de toda la campaña, y la habilidad de «El Jefe» para organizar eventos y llevarlos a término fue siempre asombrosa.

El día del cierre en noviembre fui la única fotógrafa autorizada por Karina a subir al escenario, razón por la cual tenía una gran responsabilidad para capturar un momento. Las luces frente al escenario y el pogo que se daba siempre que Javier terminaba sus discursos complicaron y perfeccionaron el cuadro: Ramiro Marra y Javier corrieron a un costado del escenario, se colgaron de los caños cual hinchas de fútbol de cara a un público que rugía de emoción. Ese segundo de entusiasmo y energía me regaló una fotografía única que transmite la entrega y el furor con que ambos encaraban su lucha por la libertad.

En 40 años siento que viví varias vidas, he hecho de todo; soy mujer de oficios y creo que todo lo que uno aprende puede aplicarse para generar cambios que queremos ver en la sociedad. Luego de desarrollar una carrera en sistemas, fue finalmente mi hobby y mi inclinación artística lo que me llevó a acompañar a Javier y al Partido Libertario. Dato no menor, mi mamá era estilista, aprendí de ella a cortar el pelo. Lamentablemente, falleció antes de poder enterarse de que Javier sería diputado. Sin embargo, fue gracias a los videos de Javier que mi mamá se curó del socialismo. Fue una de las últimas pasiones que compartimos juntas.

Viste, ma, al final ganamos…

¡Viva la libertad, carajo!

El consultorio de Milei

Por Diego Sucalesca

Conocí personalmente a Javier a principios de 2018 en LN+, canal en el que trabajaba como conductor de un noticiero todas las tardes. Debo confesar que hasta ese momento lo veía como alguien con quien era difícil mantener un diálogo si no compartías su mirada de la economía, y yo no lo hacía. La entrevista comenzó y, como siempre, Javier hizo una defensa muy vehemente del liberalismo.

La verdad es que fue una charla intensa de principio a fin. No podría haber sido de otro modo estando Javier de por medio. Hasta que llegó la pausa y recuerdo que Javier me dijo: «¿Te puedo hacer una pregunta?», a lo que, obviamente, dije que sí. «Te parecés mucho al conductor de un programa que yo miro todas las noches en el canal de la ciudad, ¿puede ser?», me preguntó. «¡*Cuatro caras bonitas*! Soy yo», le dije. «¡No te puedo creer! Me hacés cagar de risa. Me encanta tu programa», remató Javier. No podía creer que fuera televidente del programa de actualidad con humor que hacíamos, todas las noches, con un grupo de delirantes hermosos.

Lo cierto es que en ese momento lo invité para que viniera una noche y Javier aceptó inmediatamente. Unos días después estuvo en *Cuatro caras bonitas* y en medio de la divertida entrevista que mantuvimos se me ocurrió proponerle, medio en chiste, medio en serio, hacer «La escuelita de Milei», es decir, un espacio en el que con humor expusiera su mirada tan particular de la vida (no solo de economía). Su respuesta fue inmediata: «Me encantaría». Esta propuesta que surgió en medio de la entrevista la retomamos y él me dijo que le divertía muchísimo la idea y esa era una condición sine qua non para aceptar cualquier propuesta. Así que quedamos en charlar y darle vueltas a la idea, y así fue. Luego de un par de charlas surgió «El consultorio de Milei», un segmento en el que, con

humor, abordaríamos diferentes temas, siempre con su mirada. Una parodia de un consultorio en la que yo haría las veces de un paciente atormentado por ciertos asuntos y él, como analista, intentaría calmarme.

Ese segmento empezó y realmente nos divirtió muchísimo hacerlo. Siempre con humor. Siempre divirtiéndonos. Hablamos desde la herencia hasta de Lionel Messi, pasando, obviamente, por temas económicos como la inflación y el dólar. Con el correr de las grabaciones fui descubriendo en Javier no solo a una persona con un gran sentido del humor sino también a alguien muy generoso. Siempre predispuesto a dar una mano, y no hablo solo del terreno profesional. Pero, volviendo allí, una noche en que Javier fue de invitado a *Intratables* y se cruzó con Claudio Rico, el humorista le dijo que debía hacer teatro y su respuesta fue: «Hablá con Sucalesca».

Nos juntamos con Claudio. Charlamos un rato y me dijo lo mismo: «Javier tiene que hacer teatro». Quedamos en ver qué se me ocurría. Me tomé varios días para pensar y, la verdad, no le encontraba la vuelta. Sentía que mi participación en una obra de teatro de Javier y Claudio estaba absolutamente forzada y así se lo hice saber a Javier. Lo llamé y le dije que compartía la idea de Claudio en cuanto a que estaría buenísimo que hiciera una obra de teatro, pero que mi participación en ella no tenía razón de ser. Recuerdo como si fuera hoy su respuesta: «Es con vos o no es, así que encontrale la vuelta». Y finalmente eso hice. Se me ocurrió que podíamos llevar «El consultorio de Milei» al teatro, adaptando una charla de economía de Javier y sumándole intervenciones de Claudio. A Javier le encantó la idea y me propuso ir a ver a Nito Artaza para que nos diera su mirada. A Nito le pareció divertido probar qué salía y, para eso, puso a disposición su teatro y su mirada, al dirigirnos en los ensayos.

Ya desde el debut llenamos el teatro. Aún recuerdo la cara de Nito cuando vio la sala llena y de gente joven. La verdad es que fue un éxito. Pero no hablo solo de la venta de entradas, que lo fue, sino y fundamentalmente de lo mucho que nos divertimos haciendo la obra. Fue una gran experiencia para mí hacer teatro y, sobre todo, conocer a alguien tan generoso como Javier. No voy a dar los detalles porque estimo que a Javier no le gustaría que los haga públicos, pero créanme que conmigo fue siempre enormemente generoso, así que aprovecho estas líneas para agradecérselo públicamente.

Gracias por todo, Javi.

Una vida de película

Por Santiago Luis Oría

La vida de Javier es de película. Es fascinante observar cómo su camino vital manifiesta, cada vez con mayor claridad, patrones narrativos propios de las leyendas, mitos e historias clásicas. Haciendo un ejercicio de *Vidas paralelas* al estilo de Plutarco, viene a mi mente, entre tantas, la historia de Espartaco. Así como este adquirió su fama y popularidad como gladiador en los anfiteatros y arenas romanos, Javier hizo lo propio dando la batalla cultural en los coliseos televisivos. Espartaco luego lideró una legendaria rebelión de esclavos contra el Senado romano, así como Javier lidera ahora una rebelión de modernos esclavos tributarios contra la casta política argentina. Pero Javier tiene también similitudes con Beowulf, aquel guerrero que se enfrentó a la bestia Grendel, que acorde al poema épico anglosajón era la encarnación monstruosa de la envidia, enfermedad del alma que Javier identifica como origen

primordial del socialismo. Javier también tiene mucho de Robin Hood, cuya historia correctamente interpretada relata las hazañas de un rebelde que buscaba recuperar el dinero robado de los impuestos por el sheriff de Nottingham (el Estado), para devolverlo al pueblo. A su vez, Javier se asemeja a David, quien, en manifiesta desigualdad de condiciones, se enfrenta al Goliat-Estado. Y cuando Javier lo venza, se convertirá en Rey; el Rey de este «mundo perdido» que actualmente es la Argentina, como resuena en la canción «Panic Show» de La Renga, que Javier ha adoptado como insignia musical.

Podría seguir trayendo a colación muchos ejemplos, pero, en definitiva, cuando uno encara una vida de carácter heroico, como sin dudas Javier lo está haciendo, los paralelos con los héroes de la tradición perenne se vuelven inevitables. El camino del libertario es sin dudas una manifestación del «camino del héroe», aquel patrón mítico-narrativo-psicológico que fuera estudiado brillantemente por Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras*, una de las obras de cabecera en Hollywood desde que George Lucas se nutrió de ella para crear *Star Wars*. No me consta que Javier esté familiarizado con esta bibliografía, lo que haría aún más fascinante todo el asunto, por cuanto él estaría manifestando estos patrones heroicos de manera subconsciente.

La vida de Javier tiene el sustrato narratológico que está en las bases de las películas. Y ha sido mi enorme privilegio como director presentar en lenguaje cinematográfico sus aventuras y gestas heroicas para un público que no para de crecer.

La cuarentena cavernícola argentina del año 2020 marcó un punto de inflexión en mi vida. Con el país encaminado hacia su completa destrucción, con familiares y amigos emigrando hacia tierras más libres, decidí jugármela el todo por el todo y empezar a participar activamente en la política como un cineasta liberal. A través de una amistad en común, me contacté con Javier y le

propuse realizar una presentación cinematográfica de su best seller *Pandenomic*. Yo venía siguiendo a Javier en los medios y estudiando profundamente a su público más joven. Ese público que consume películas de Marvel, animé, cómics y videojuegos ya estaba proyectando sobre su ídolo la imagen del superhéroe. Me propuse entonces dar a la versión cinematográfica del libro una estética que abrevaba en los films de *Batman* (1989) y *Batman regresa* (1992) de Tim Burton, y en el cine protociberpunk de John Carpenter, en películas como *Escape de Nueva York* (1981) y *Escape de Los Ángeles* (1996).

Javier manifiesta claras reminiscencias de *Batman*: en una sociedad colapsada por la decadencia moral y la corrupción, incapaz de detener a los villanos demenciales que la azotan, emerge un héroe para combatirlos con cierta flexibilidad en eso de «las formas». Debe ser más que una casualidad que los enemigos acérrimos de Javier guarden semejanzas con los emblemáticos Pingüino y Guasón, villanos que participan de la política de Ciudad Gótica. El primero recuerda a cierto ex presidente fallecido, cuyo movimiento sigue dominando la política argentina, mientras que la sonrisa psicótica del segundo recuerda a cierto jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

En el caso del cine de Carpenter, este calzaba de maravilla con lo que Javier representaba en ese momento previo a su lanzamiento político. En las películas mencionadas, el protagonista de alias «Snake» es un héroe solitario, vestido con una campera de cuero idéntica a la Javier en ese entonces, que se enfrenta a un Estado policíaco controlado por un presidente autoritario, sin límites constitucionales. El paralelismo con el presidente argentino instaurando una cuarentena criminal a fuerza de decretos es patente.

La experiencia de realizar *Pandenomics* fue inigualable. Para mí era como hacer un film con «el Darín» del liberalismo, es decir, con

el exponente nº 1 del liberalismo argentino. Con el proyecto conocí a Lilia Lemoine, que hizo un aporte fundamental desde lo estético, en especial con todo lo que tiene que ver con el Capitán y la Capitana Ancap, personajes de su creación. Desde entonces nos hemos vuelto hermanos de lucha, que seguimos acompañando a Javier desde lo artístico en sus nuevas epopeyas, lo que me permitió conectar mi trabajo con su campaña electoral de 2021.

Javier me convocó para cubrir cinematográficamente toda su campaña política, poniendo su confianza en mí como el más apto para captar la épica de la «Revolución Liberal» que estaba a punto de realizar. Es una incorporación original a un equipo de campaña la de un director de cine que la filma y difunde imágenes mientras esta se desenvuelve. Pero Javier apuesta constantemente por la originalidad.

Si en *Pandenomics* habíamos realizado una estética de fantasía orientada a su público más joven, una campaña político-electoral requería, a mi juicio, un giro rotundo hacia lo realista, popular y masivo. Había llegado el momento de spielbergizar (en clave documental) la figura de Milei, es decir, presentar un Milei para todos: todas las edades, sexos, orígenes sociales y caminos de vida. Ese Milei ya estaba latente, a punto de explotar. El gladiador mediático, el héroe individual de la televisión, daba un paso transcendental hacia convertirse en el líder de una fuerza política y representante de multitudes crecientes. Mi rol era mostrar la magnitud de dicha transformación personal y la revolución social que provocaba. No teníamos dinero, pero teníamos algo que los políticos de la casta son incapaces de comprar: el apoyo genuino y emocionado de la gente. Desde un principio planteé que no contrataríamos actores, ni haríamos puestas en escena como hacen otras campañas. Todo debía ser real y fluir sin intervención, porque la autenticidad de la gente en relación con un candidato sincero y

genuino iba a traspasar la pantalla y llegar al corazón de quienes vieran las imágenes.

En la era de la posverdad, volvíamos a creer que la verdad tenía su poder. Volvimos a creer que una propuesta que demostrase su superioridad moral convencería a masas crecientes de votantes. Y así fue. Mientras que los spots de los políticos de la casta demostraban lo aislados que estaban de la realidad, lo vacío de sus discursos y lo alejados que estaban del sufrimiento de los argentinos, hicimos una campaña seria, con contenido, con empatía verdadera e incorporando a la gente, protagonista de la Revolución Liberal. Los resultados están a la vista y el crecimiento de la figura de Javier parece no tener techo. Fue una campaña para mucho más que una banca de diputado. Fue una campaña para dar origen a un movimiento masivo de lucha por la Libertad.

Con mi amigo Javier tendré una gratitud de por vida: su labor titánica allanó el terreno para que yo pueda desempeñarme simultáneamente como artista y como liberal. Y hacerlo con orgullo en lugar de con vergüenza, como sucedía con todo el liberalismo hace poco más de un lustro. Cada vez más personas en el ámbito de las artes empiezan a ser abiertamente liberales frente a la hegemonía de izquierda. Este cambio se dio gracias a Javier y recién estamos experimentando las primeras olas expansivas de su revolución.

Quiero agradecer también profundamente a Karina, su hermana. En mi opinión, estas dos personas son prácticamente dos cuerpos que comparten una misma alma.

A seguir luchando porque, si esta historia épica fuera una serie, recién estamos clausurando su primera temporada. Quedan muchas aventuras y batallas por delante.

¡Viva la libertad, carajo!

Desde la mirada de la Dama de Hierro

Por Victoria Villarruel

Con Javier Milei nos conocemos desde hace algunos años, y siempre nos respetamos por expresar ideas que han sido políticamente incorrectas, pero que son las ideas de millones de argentinos sin voz simplemente por pensar distinto.

Defendimos apasionadamente el derecho a la vida en 2018, cuando en nuestro país se planteó la discusión de la ley que terminó limitando el derecho a nacer al deseo de la propia madre.

Antes de la pandemia compartimos escenario en una conferencia de la Fundación Liberar en Córdoba; terminamos conversando de economía, derechos humanos, justicia y seguridad. Teníamos el mismo diagnóstico sobre las nefastas políticas inspiradas por la socialdemocracia que aún nos empobrecen. Allí pude ver de primera mano el fenómeno Milei: cientos de jóvenes hacían cola para ingresar a la conferencia, se sacaban fotos y le pedían autógrafos al que hoy ya es diputado de la nación. En esas horas afianzamos nuestra amistad y nos dimos cuenta de que compartíamos muchos valores. Era cuestión de tiempo llegar a tener algún proyecto juntos.

Ese momento llegó en junio de 2021, cuando me llamó para proponerme que fuese su compañera de fórmula para las elecciones legislativas. Hablamos sobre nuestras ideas, lo que pensábamos, lo que pretendíamos y encaramos la campaña política más novedosa y rebelde de las últimas décadas. El libertario y la conservadora, el anarcocapitalista y la de derecha enfrentaron los prejuicios de algunos medios y de una parte minoritaria de la sociedad, que no aceptaron que la transformación de Argentina requiere del disenso, el debate, la verdadera inclusión y aceptar el inmenso daño que las ideas del progresismo le han hecho a nuestro país.

Nuestras ideas de libertad, defensa de la vida y del derecho de propiedad que parecían patrimonio de pequeños sectores de la sociedad, en realidad eran el pensamiento de millones de ciudadanos silenciosos que en Buenos Aires y en el país nos acompañaron durante los meses de campaña que concluyeron con la elección del 14 de noviembre.

Recorrimos juntos las comunas de la ciudad con nuestro espacio La Libertad Avanza. Y en cada caminata, en cada clase de economía de Javier, vimos el enorme apoyo de la gente, la esperanza de que finalmente existieran personas que decían lo que nadie se animaba a decir, candidatos que se sacaban todas las fotos que hiciera falta, que destinaban el tiempo necesario para abrazar, charlar y caminar la ciudad, más allá del ataque en los medios, de la estigmatización y los prejuicios, que no pudieron frenar un mensaje que cuestiona al statu quo, que revaloriza al ciudadano y pagador de impuestos, que limita a la casta política y que, en definitiva, lo que pretende es que Argentina recupere el sitio de honor que siempre tuvo en el concierto de naciones.

Caminando la ciudad fui testigo del enorme apoyo de jóvenes y adultos a Javier Milei, su histrionismo y los rugidos que fueron despertando del letargo a la gente. Luego, caminando a la par, dando mis propios discursos, logramos un dúo que fue creciendo semana a semana y que dejó de ser el espacio de los «fachos o los liberalotes» para pasar a ser una verdadera amenaza para la casta política, que tuvo que virar su discurso hacia temáticas que nunca había tratado.

Porque el inmenso valor de esta campaña de 2021 fue que logramos cambiar el eje de la discusión política, transformamos el discurso de oficialistas y opositores, que comenzaron a reproducir nuestras ideas ante el clamor de la gente por escuchar lo que realmente piensan y no lo que quieren imponerles.

Hoy la baja o la eliminación de impuestos, la reducción del Estado elefantiásico, la correlación entre el patrimonio de los funcionarios y lo que perciben como sueldo del Estado son temas que se discuten abiertamente; otros candidatos tuvieron que incorporarlo a su discurso y debatirlo junto con las políticas de seguridad, defensa, los 30 000, los mapuches, la ideología de género y otras vacas sagradas de la izquierda anquilosada en nuestro país.

Falta mucho por construir, debemos mejorar y perfeccionar el espacio que lidera Javier, pero, si tuviera que quedarme con un momento de todos estos meses que vivimos juntos, elegiría el abrazo sentido y emocionado que compartimos luego de hacer nuestro juramento como diputados de la nación. En ese abrazo estuvieron cada uno de los argentinos que pusieron su voto por nosotros, que se despiertan a la mañana y trabajan por su familia, la dignidad del trabajo y construir una Argentina para el futuro; en ese abrazo estuvo la unión de todos los argentinos de bien que eligieron juntarse, dejar las diferencias y luchar por la vida, la libertad y la propiedad. Ese abrazo resume el esfuerzo de meses, la felicidad por el triunfo y la voz de los que fueron silenciados pero hoy se hacen escuchar.

¡Avanza Argentina!

La salida no es Ezeiza, es liberal

Por Ramiro Marra

El ser humano tiene como pilar fundamental para su desarrollo la libertad. La cual tiene como característica que no tiene una única forma sino cientos de interpretaciones. La mayoría de las guerras y

conflictos que se dieron en la historia de la humanidad trataron sobre la libertad de un pueblo o una nación. Las principales revoluciones que se vivieron a lo largo de la historia también hablaron de libertad. Somos seres libres por naturaleza y, a su vez, cuando nos agrupamos en sociedades también queremos ser libres.

La sociedad argentina ha perdido en las últimas décadas este valor tan importante a través de gobiernos autoritarios y modelos económicos que lo único que hacen es encerrarnos y no dejarnos desarrollarnos como lo hacen los grandes países del mundo. Nos acostumbramos a cuestiones que no son sanas para nadie; piquetes en la calle, cepos cambiarios, regulaciones insólitas, restricciones y, por sobre todo, a una carga impositiva que pagamos para tratar de mantener lo que no sirve.

Hoy, con el desarrollo de las telecomunicaciones, los liberales no tuvimos que utilizar armas tradicionales, sino que pudimos ir con nuestros conocimientos a los lugares donde se dan las batallas modernas, los programas de TV de debate, donde demostramos que teníamos el contenido suficiente y correcto para dejar en claro que lo que planteamos era la racionalidad, la coherencia y lo moral.

Por otro lado, cientos de jóvenes supieron acompañarnos de manera sorprendente en las redes, defendiendo las ideas de la libertad con mucha preparación, teniendo contenido académico pero sin haber pasado por la universidad, formados a través de la lectura y de YouTube. Fomentaron que el debate público saliera de los bordes de los medios tradicionales y haya sido acompañado en redes como Twitter, donde hay un apoyo enorme a lo que planteamos.

Los jóvenes utilizaron la tecnología como forma de acceder al bien más valioso que puede tener un ser humano: el conocimiento. Los encerraron en sus casas por una pandemia y no bajaron los brazos. Fue donde más se prepararon. El conocimiento te hace acercarte de manera natural a las ideas de la libertad, y es ahí

donde el movimiento liberal está sustentado en cientos de miles de personas que convalidan con conocimientos que a su vez están viralizando.

Todo estos procesos a lo largo de la historia siempre tuvieron grandes referentes traccionando, y en Argentina, aquí y ahora, pasa lo mismo: Javier Milei fue la persona que, cuando todos estábamos callados, supo defender las ideas de manera enérgica, el hombre que supo levantarnos. Complementando su batalla cultural, tomó la decisión de saltar al barro de la política, con todos los riesgos que corre su libertad. Fue un éxito rotundo, no hubo un espacio político nuevo que haya sacado tan buen resultado. La historia argentina siempre va a hablar de este león libertario que volvió a poner en boca de todos las ideas de la libertad.

Ahora el desafío que tenemos es seguir potenciando este gran proyecto que tiene como objetivo cambiar el rumbo de la Argentina. Está claro que no somos una moda pasajera sino que vinimos para quedarnos, porque todos esos jóvenes preparados generaron una base sustentable que va a perdurar por muchas décadas. Ser liberal dejó de ser algo que se debe decir en voz baja: hoy lo podemos gritar, hoy lo podemos disfrutar y, sobre todo, hoy podemos dar batalla para que el que todavía no se haya enterado que es liberal, lo haga.

Para muchos la salida dejó de ser Ezeiza y pasó a ser liberal.

La construcción de una alternativa liberal

Por Nicolás Emma

Mi nombre es Nicolás Emma, tengo 40 años, soy abogado y actual presidente del Partido Libertario de la Ciudad Autónoma de Buenos

Aires. Si bien para mí, como persona, el camino de la libertad había comenzado mucho antes, no fue hasta inicios de 2018, año de lanzamiento del Partido Libertario, que comencé a tener un papel determinante en esta historia.

Para fines del año 2019, los libertarios ya habíamos logrado armar una estructura propia capaz de movilizarse políticamente por el territorio. Posteriormente, en abril de 2020, año en el cual las libertades fueron totalmente coartadas por el gobierno de Alberto Fernández, comenzaron nuestras apariciones públicas al lado de la gente que pedía libertad. Plantando nuestra bandera en el Congreso y defendiendo nuestra postura en las calles y en los medios, ganamos nuestro lugar en el espectro político.

A lo largo de ese año, en plena pandemia y llevando a cabo el proceso de conformación del Partido Libertario CABA, otras agrupaciones políticas y candidatos comenzaron a aparecer en la arena buscando disputar el espacio que se había abierto para las ideas de la libertad. Sin embargo, en una reunión, se me adelantó la intención de Javier Milei de lanzarse en política y sumarse a la batalla, junto con su amigo José Luis Espert, con quien ya veníamos trabajando.

Efectivamente, el 26 de septiembre de 2020 Javier Milei anuncia su lanzamiento, indicando que la batalla cultural era necesaria pero no suficiente, y que por eso debía sumarse a la batalla política. Este hecho, tanto para mí como para todos los libertarios que ya veníamos transitando los primeros pasos, fue un hito en la historia del liberalismo en Argentina y una llamada a la acción. Como era de esperarse, este hecho no fue solo de interés para nosotros, sino para otros partidos, espacios y agrupaciones políticas que veían su enorme potencial. Sin embargo, fue Javier mismo quien manifestó su afinidad principal con nuestro armado.

Con el apoyo del Partido Libertario y en compañía de los colegas de la Ucedé, Javier comenzó a recorrer los barrios de la capital junto

a José Luis Espert y Luis Rosales, y allí se comienza a percibir el enorme afecto de la gente hacia él. Su primera demostración de fuerza en público fue aquel 22 de octubre en Plaza Holanda, cuando decidió festejar su cumpleaños frente a más de 5000 argentinos que tuvieron la oportunidad de conocer a Javier y sacarse con él cuantas fotos quisieran.

Finalizando 2020, comenzaron a vislumbrarse los distintos esquemas políticos posibles para este espacio en formación. Por un lado, la creación de una nueva fuerza lejos de cualquier estructura ya existente, y por otro, la idea de jugar por dentro de estas. Por mi parte, siempre primó la idea de crear una alternativa distinta, independiente, lejos de los alcances de la vieja política.

En febrero de 2021 Javier me anticipa su intención de darle otro sentido a la campaña, diferente a la situación que se venía dando en la provincia de Buenos Aires. Por eso, en una reunión con los integrantes de la mesa política de ese momento, toma la determinación de proponerme como su jefe de campaña para las elecciones en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Por supuesto, acepté. Y se conformó una nueva mesa política que planificaría la estrategia territorial del año.

El primer evento de muchos fue en Plaza de Mayo, en una marcha junto a varios dirigentes del Partido Libertario. Nuestra entrada con redoblantes, banderas y humo llamó la atención de la gente y fue allí, en el monumento al General Belgrano, que Javier dio su primer discurso frente a un público distinto. La respuesta fue impactante: cientos de personas haciendo fila para saludarlo, sacarse fotos y mostrarle su apoyo. Era tal la potencia que Patricia Bullrich se acercó para sacarse una foto con él.

En marzo de 2021 realizamos un evento junto con Javier y Karina (que cumplía años en esos días) y el Partido Libertario. Aquel día dije unas palabras, con las cuales expresé la importancia de lo que estábamos construyendo juntos. La presencia de los integrantes

del partido y el líder del movimiento, juntos bajo el mismo techo, dio esa sensación de hogar que pocas veces se logra en otros espacios. Sabíamos que esa era nuestra casa, nuestra gente y que con ellos íbamos a llevar a cabo este desafío.

Los meses siguientes se trabajó para que Javier pudiera presentarse a elecciones con el partido. A la par, se podía observar cómo distintos espacios del arco político, desde el «Peronismo Republicano» hasta los «halcones», se mostraban interesados en saber qué proponía nuestro nuevo espacio.

En medio de un contexto difícil para el país, atravesados por una pésima gestión sanitaria y con nuevas restricciones diarias a nuestras libertades, continuamos con las recorridas por distintos barrios de la capital, visitando locales históricos como la pizzería Guerrín o los bares Tortoni o Petit Colón, entre muchos otros. Jamás había visto un político que generara en la gente lo que logra Javier. Personas de todas las edades, sexos y posibilidades económicas se acercaban a mostrar su afecto, clarificando que nuestro discurso, lejos de pertenecer a una «élite», como dirían los zurdos, interpela a toda la sociedad argentina.

A mediados de julio de 2021 se conformó finalmente la alianza La Libertad Avanza, entre los partidos MID, Jóvenes y Jubilados y Unite CABA. Esto fue, para nosotros, un logro fundamental, ya que Juntos por el Cambio generaba ruido con operaciones e infiltraciones, con el fin de complicar la candidatura de Javier y dejar a los libertarios fuera de la elección. Esta alianza fue el primer paso clave para establecer una nueva oposición, lejos de los actores de siempre. Ahora, por primera vez en mucho tiempo, los libertarios podíamos tener una figura como Javier encabezando una lista y, a su vez, los libertarios manteníamos la mayor representatividad en la alianza.

Tanto el frente como la lista demostraron que a la hora de hacer política los liberales y libertarios tenemos la capacidad para hacer a

un lado las diferencias, con actores que, si bien provienen de distintos espacios ideológicos por fuera del liberalismo, también defienden de cierta forma la ansiada libertad. En el frente La Libertad Avanza se logró que varias personas con distintas ideologías políticas actúen en pos de conseguir que la luz de la libertad empiece a atravesar la oscuridad del Estado.

Personalmente, agradezco haber podido ser parte de esto, ya que tuve el gusto de conocer de cerca a un gran amigo como Javier Milei y a excelentes personas como Victoria Villarruel, una mujer fuerte y de grandes convicciones, Ramiro Marra, buen compañero en todo el movimiento, y Karina Milei, un pilar importantísimo para Javier y para la campaña, una amiga con la cual surfeamos todo tipo de situaciones, además de muchos integrantes del frente que trabajaron sin descanso tanto en las redes como en el territorio para llevar adelante nuestro proyecto.

El primer evento realizado por este nuevo equipo fue el lanzamiento de campaña en Plaza Holanda, logrado a pulmón y voluntad. Los libertarios del partido de CABA y Buenos Aires ya habían colocado sus mesas de afiliación y banderas por todos lados, mientras la gente comenzaba a amontonarse aguardando la llegada de Javier. Sin planificarlo, la entrada se hizo por el fondo, tuvimos que escoltarlo hasta llegar al escenario entre medio de una multitud de personas abalanzándose sobre él para saludarlo. Fue tal el recibimiento que esa entrada quedó como parte de su marca, y se replicaría en los eventos siguientes. Aquel día, entre la euforia del momento, Javier coronó el acto con la frase: «Yo no me metí acá para guiar corderos, yo me metí acá para despertar leones».

El 5 de septiembre, en Parque Lezama, se hizo el cierre de campaña previo a las PASO. Aquel día jugaban Argentina y Brasil, por lo que nos preocupaba la asistencia de público. Afortunadamente, Dios se vistió de libertario, el partido se suspendió y el evento juntó más de 15 000 personas. La entrada, las luces en

la noche, bengalas, banderas y redoblantes dieron el toque final a un cierre épico.

Llegó el 12 de septiembre, día de elecciones. Recuerdo que llegaban noticias de que no había boletas, pero luego eso empezó a cambiar por el «hay pocas boletas»: lo que parecía un robo de boletas estaba en realidad siendo una excelente *performance*, finalmente coronada con un 13,66% de votos, y llegando a disputar la segunda posición con JxC en comunas del sur y del oeste.

Octubre y noviembre fueron meses en los que nos dedicamos a reforzar lo obtenido en las PASO, seguimos recorriendo los barrios pero ya con proyecciones que ponían a los políticos de la casta en una situación alarmante. Éramos la novedad, estábamos marcando la agenda, a tal punto que buscaron copiar el discurso de Javier: todos hablaban de libertad, de bajar el gasto público y los impuestos.

El 6 de noviembre cerramos una vez más en Parque Lezama con nuestra gente. Como era de esperarse, en una plaza más llena que la anterior. La llegada de Javier, su discurso final y los gritos de «libertad» de la gente fueron el cierre perfecto de una campaña dura y difícil, pero muy gratificante.

Finalmente, el 14 de noviembre fue un día histórico: se logró el 17,06% de los votos en la ciudad de Buenos Aires. Un hito para los libertarios y un orgullo para todos los que estamos en la batalla. Con este número, lograron ingresar dos diputados nacionales y cinco legisladores porteños, algo que en un comienzo ni siquiera podíamos soñar.

La asunción de Javier Milei, la jura y su primera intervención en el Congreso de la Nación, donde silenció a todo el pleno de la Cámara, marcó el final de todo el trabajo realizado hasta ese momento, el objetivo cumplido, la batalla ganada. Y el inicio de una etapa nueva, donde las ideas de la libertad tienen su merecida

representación, sí, pero además un largo camino para seguir recorriendo y creciendo.

Tengo la suerte de seguir con los libertarios en este camino, de acompañar a Javier y de estar a disposición para el proyecto de cara a 2023, para la construcción de un Partido Libertario a nivel nacional que pueda llevar a Javier y las ideas de la libertad a disputar las elecciones presidenciales.

Gracias a todos los que hicieron esto posible.

Abrazo libertario.

La custodia de las ideas

Por Bertie Benegas Lynch

En nuestro medio se suele subestimar y hasta menospreciar el valor de la teoría. Es muy corriente escuchar falacias que, con pretensiones de argumentos válidos, no son más que desvíos en la argumentación. Para desestimar una posición en un debate se dice que lo que se expone «es muy teórico», «funciona solo en la teoría» o que se «necesitan soluciones prácticas, no teorías». Es de gran importancia reconocer que el estudio y el conocimiento se basan en teorías y que jamás en nuestro sano juicio cruzaríamos un puente hecho por un ingeniero que se jacta de no valerse de teorías de resistencia de materiales y hace alarde de trabajar sin planos en beneficio de la práctica. Algo bien distinto es advertir que existen buenas teorías y malas teorías, y que una mala teoría nos lleva a mal guiar la práctica.

Los paradigmas son otros ingratos conspiradores del conocimiento, la innovación, el pensamiento lateral, las oportunidades de mejora, y enemigos de las soluciones a problemas

recurrentes. A medida que profundizamos conductas, las transformamos en hábitos que adormecen nuestra capacidad de cambio y nos quitan perspectiva para valorar posibles mejoras. Por eso es que, frente a las nuevas ideas (o las buenas ideas olvidadas), mucha gente opta por el rechazo, presentando objeciones falsas o formulando la pregunta recurrente: «¿En qué lugar se ha aplicado antes la idea?». Si esta pregunta no nos parece lo suficientemente ridícula, imaginemos por un momento si la formulara un jurado en un concurso de innovación o si se lo preguntaran a Da Vinci, Graham Bell, Gutenberg o Nikola Tesla al presentar sus invenciones. Por eso es que John Stuart Mill nos recuerda, con razón, que todas las ideas pasan por las etapas de la ridiculización, la consideración y, finalmente, la adopción.

Cuando nos referimos a la importancia de la teoría y la importancia de combatir barreras mentales y paradigmas, viene a la mente el caso de Javier Milei. Durante la última década, Javier fue el protagonista incansable de una progresiva y sensacional revolución cultural respaldada en una solvencia académica envidiable, argumentos sólidos y una contagiosa emotividad por la defensa de los valores de la libertad. Con mucha razón insiste sobre lo trascendente de la batalla cultural, que es ni más ni menos que el trabajo de la difusión y la persuasión que hace de contrapeso indispensable al socialismo. Este proceso que llevó adelante Milei con enorme valentía para enfrentar al statu quo, al resto de los liberales nos llena de entusiasmo y renueva nuestras energías para doblegar esfuerzos en la lucha por la libertad. Y nos recuerda aquello de que las teorías y las ideas mueven al mundo.

Javier Milei, que cuestiona y enfrenta los más sagrados paradigmas de lo establecido, consiguió primero una adhesión sin precedentes entre los jóvenes para luego ser un fenómeno absolutamente transversal. Incluso, para sorpresa de muchos, el apoyo electoral que le permitió sentarse en una banca del Congreso

como diputado nacional tuvo los picos porcentuales más altos en barrios de menores recursos. Con ello no solo se demuestra que el mensaje correcto ha empezado a llegar, sino también que la integridad moral es un valor que el argentino aún preserva.

¿A qué llamo yo «Efecto Milei»? A que jamás vi que, en un móvil periodístico para la televisión, un carnicero exponga postulados de Milton Friedman y dé una clase de economía a economistas que estaban en el estudio. Tampoco había visto a gente de un barrio carenciado declararse libertaria y hablar de la importancia de las autonomías individuales. Jamás me imaginé que viviría para ver a un profesor de la Escuela Austríaca de economía que todas las semanas viaja con un trailer en el que arma un escenario para dar clases de economía en distintas plazas de forma alternativa; mucho menos que cientos y cientos de personas viajen hasta dos horas en colectivo para ir a escucharlo, cuando no se trata de una clase de apoyo para rendir un examen. Nunca pensé que iría al teatro a ver una obra donde en el escenario cuelgan cuadros de Friedman, Hayek, Mises, Rothbard y Adam Smith, y se hace una entretenida combinación de humor, coyuntura y ricas y accesibles lecciones de economía. Para medir el entusiasmo de la gente que lo iba a ver al teatro, no había más que escuchar un debate sobre la teoría del valor en la fila previa al ingreso, a dos jóvenes en el hall hablando de los libros que comprarían con sus próximos ahorros y a otros, en los baños, discutiendo interpretaciones de escritos de Murray Rothbard.

La adhesión a una idea requiere, en primer término, comprenderla. Nadie apoya algo que no entiende y por lo que no se siente movilizado. En el plano político, nadie vota algo que no comprende. Pero la gente lo está comprendiendo, la gente está interesada en prepararse, en leer y estudiar los principios que honran su libertad y pueden forjar un mejor destino para sus hijos.

Cuando yo era chico, mi padre estaba bastante seguido en la radio y la televisión, pero era el único liberal mediático y pregonaba en el desierto. Siempre machacó con la abolición del Banco Central, el Ministerio de Educación y el Ministerio de Economía, entre otras sugerencias de cambio. Cuando exponía estas cosas, el escándalo era mayúsculo. Siempre con sus formas elegantes pero con argumentos lúcidos y punzantes, defendía sus principios como pantera en un estudio a veces compartido hasta con seis representantes de distintos partidos políticos o visiones intelectuales. Aunque la diversidad de raíces filosóficas diera la apariencia de un debate plural y variado, en el fondo, salvo mi padre, todos hacían gala de los mismos principios colectivistas. Hoy se ve un escenario mediático totalmente distinto, se ve una cantidad importante de liberales muy preparados que visitan con frecuencia los medios audiovisuales y escritos. Hay veces que dos o tres liberales comparten el *prime time* en dos o tres programas distintos. Directa o indirectamente, la generosidad de Milei ha abierto puertas a muchos.

A Milei hay que darle el crédito de haberle dado a nuestras ideas un enorme impulso mediático: es la persona que fue capaz de popularizarlas con gran lucidez e inteligencia desde el aspecto comunicacional. Para solo dar un ejemplo, muchos recordarán haber visto a Javier en un estudio de televisión festejando su cumpleaños con un Banco Central como piñata. Esa versatilidad para salirse del traje académico y presentar ideas de manera arriesgada solo lo puede hacer la gente «con tabla» (como se dice en el mundillo del espectáculo), segura, inteligente y que tiene suficiente respaldo formativo y académico al que siempre puede volver.

Con su ingreso a la Cámara de Diputados, ya en las primeras sesiones se pudo percibir un cambio de la dinámica y, sumados a otros diputados liberales que también se incorporaron al recinto, se

volvieron a escuchar discursos de excelencia, de gente preparada y con algo distinto para decir. El canal de televisión Diputados TV y su canal de YouTube emiten exclusivamente las sesiones de la Cámara y sus correspondientes análisis. Era un canal que pasaba absolutamente desapercibido hasta que, con la llegada de Milei y otros liberales, tuvieron récords de audiencia y visualizaciones, en especial con todo lo referido a las participaciones y los discursos de Javier.

En lo que respecta a su popularidad, Javier ciertamente ha trascendido la capital federal, recibiendo un cariño y reconocimiento impresionante en todas las provincias del país a donde va y donde logra reunir una enorme cantidad de público para sus charlas o clases. Y como si eso fuera poco, es muy reconocido y solicitado en toda Latinoamérica. Además, su fenómeno fue motivo de notas e invitaciones a los medios más prestigiosos de Estados Unidos y Europa. Esto es el «Efecto Milei». Pero aun con todo esto, que podría marear a cualquiera, una de las características que lo destaca a Javier es su humildad y no tener ningún gesto de protagonismo egocéntrico. Siempre destaca la importancia de llevar la idea adelante y no a las personas.

En el plano personal, tengo el privilegio de ser su amigo y disfrutar de su nobleza y de sus valores personales. Su integridad jamás le permitiría hacer algo sabiendo que es un proceder indebido y nunca negociaría sus convicciones para tomar un camino corto. Como con muchos liberales, ha sido muy generoso conmigo, abriéndome puertas para multiplicar mi voz.

Javier me honró con su confianza y su generosidad para estar cerca de él en su proceso político y me dio también la posibilidad de estar en un muy pequeño grupo de trabajo para la preparación de los debates televisivos. En esas reuniones, Javier, con su característica hospitalidad y su hidalguía, nos habló para contarnos el motivo por el que había convocado a cada uno y el aporte

específico que él esperaba de nosotros. Aun así, yo sabía que estaba ahí más para tomar nota que para otra cosa, para así poder capitalizar contenidos de presentaciones sobre crecimiento, coyuntura política, fiscal y monetaria que resultaron absolutamente magistrales, verdaderas clases que, en cualquier otro contexto, para escucharlas, hay que pagarlas. Fueron dos días intensos y enriquecedores. También asistí el día del debate a TN y participé con «El Jefe», Karina, su hermana, y Ramiro Marra como asesor durante los *breaks*.

La participación de Milei en aquel debate me pareció brillante. Fue el único que expuso ideas con contenido sustancioso. Quizás por su noble herencia académica, estuvo dispuesto a debatir con argumentos todos los planteos que dictaba la agenda de otros candidatos. Lo hizo con solidez, a diferencia de sus oponentes, que prefirieron recurrir a chicanas, cuestiones personales o clichés de campaña. La gente que esperaba otra cosa de Javier, la que esperaba el Javier de *Intratables*, creo que no conoce la etapa que debe transitarse y el desastre que hubiera resultado un Javier en modo *Intratables*. Y aun con independencia del tema del debate, creo que Javier está en una etapa personal donde lo sanguíneo no es óbice para mantener la firmeza y el carácter en la exposición de sus inalterables convicciones. Javier puede ahora seleccionar aquellos escenarios o ambientes en los que se siente cómodo y exponer ideas de largo aliento, estableciendo así intercambios de buen valor conceptual para la audiencia. Esa es, para mí, la mejor versión de Javier Milei.

Los fundamentos del respeto recíproco y las autonomías individuales son la base del liberalismo, el único sistema que abre las puertas a la prosperidad y al crecimiento. En Argentina estamos viviendo un proceso en el que, por primera vez, veo una palpable oportunidad de volver a los valores de la libertad que hicieron grande a este país. Es la primera vez que veo la oportunidad de

romper con el statu quo y el establishment que se beneficia del fruto de quien trabaja. Hay un notable impulso de gente dispuesta a hacer valer su derecho a vivir como hombres libres. Este impresionante reverdecer de las ideas liberales se debe a Javier Milei, pero, para que esto se concrete requiere el involucramiento de toda la gente de buena voluntad en la preparación y difusión de los valores del respeto a la vida, la libertad y la propiedad. El camino recién empieza.

Ser el jefe

Por Karina Milei

Hola a todos. Muchos ya me conocen: soy Karina, la hermana menor de Javier y tía de Conan, Murray, Milton, Robert y Lucas. Lo he acompañado en distintas épocas de la vida. Desde chiquitos íbamos juntos con mi familia al club Ideal a verlo jugar baby fútbol, y como yo siempre miraba sus entrenamientos mientras hacía la tarea del colegio sentada en los bancos del costado de la cancha, me ofrecieron ser la mascota del equipo. Y yo, feliz, porque podía ser parte y compartir con ellos la admiración que recibían de la hinchada. Imagínense que mi hermano, desde el arco, recibía tanto amor de su propia hinchada como insultos de los contrarios; yo escuchaba los vituperios a nuestro apellido a los gritos, así que ni corta ni perezosa me hacía cargo y me peleaba desde afuera con los hinchas contrarios.

Yo tendría alrededor de ocho años y quería ayudar, así que me encargaba de prender fogatitas para espantar los mosquitos que asolaban los entrenamientos de Yupanqui, donde Javier jugaba ya

en cancha grande, antes de pasar a ser el arquero de Chacarita Juniors.

Fueron muchos lugares a lo largo de todos esos años a los que fuimos juntos, viviendo millones de anécdotas. Yo era la única nena y viajaba como un chico más, y creo que eso hizo que siempre fuera fácil para mí relacionarme con amigos varones.

Cuando mi hermano dejó el fútbol, formó una banda de rock tributo a los Rolling Stones llamada Everest: allí, como siempre, tendía a destacar, era el cantante. En cada presentación hacía una especie de *striptease*, revoleando la remera o alguna prenda y yo me peleaba con las fans enardecidas para recuperar la ropa.

Mientras Javier estudiaba Economía en la Universidad de Belgrano, yo cursaba tecnicaturas en Publicidad y Comunicación audiovisual. Luego Javier, ya recibido de economista, daba clases en la UADE, mientras yo estudiaba mi licenciatura en Relaciones públicas en la misma institución. Cuando me tocó hacer el posgrado en Eventos empresariales y gubernamentales, nunca imaginé que terminaría aplicándolos sobre la carrera de mi propio hermano. Años más tarde, cuando Javier inició sus conferencias por todo el mundo, comencé a acompañarlo. Empecé a notar que la gente lo veía como una estrella de rock; que no solo querían escucharlo sino también tocarlo y poder sacarse una foto con él. Era una locura, porque ya no era el vocalista de Everest… ¡ahora era economista!

Las ideas de la libertad apasionaban a Javier y quería que llegaran a más gente, entonces nos dimos cuenta de que, para que eso ocurriera, la clave se encontraba en brindar conferencias que no solo dieran contenido académico sino que apasionaran a la concurrencia y la hicieran emocionar. Ser libre es algo espectacular, y eso era lo que necesitábamos transmitir, aun a aquellos que ni siquiera se planteaban si eran libres o no. Queríamos que se interesaran por las ideas de la libertad.

Yo escuchaba atentamente cada una de esas conferencias y aprendía, sintiendo una tremenda admiración por cómo mi hermano daba la batalla cultural, demostrando que siempre estaba un paso adelante del resto.

Pasado el tiempo, Javier me dice: «Voy a hacer una obra de teatro. Venite con Rodo al ensayo a ver qué te parece». Obviamente, fui. Desde la platea, de repente, Nito Artaza, que en ese momento era el productor, dijo: falta una mujer para hacer la entrada y ser el nexo entre los personajes. Ahí Javi, sin dudarlo, le dice: «Ahí está mi hermana, que lo haga ella», señalando hacia las butacas. Entonces pasé de ser una espectadora a formar parte de esa gran obra que fue un éxito total de taquilla durante el año y medio que estuvo en cartelera. Hicimos temporada de *El consultorio de Milei* durante el verano en la costa y al regresar nos mudamos al Teatro Regina, con nuevos productores. Y como es mi costumbre, además de actuar comencé a ocuparme de la producción, la escenografía, la puesta en escena, la boletería y el marketing, junto con Guillermo Morant. Fue otra gran experiencia de mi vida: estaba junto al personaje del momento, que encima era mi hermano. ¿Qué más podía pedir? Asistía gente muy reconocida del ambiente del deporte, los medios y el arte. Incluso los jóvenes libertarios, en cada función, entraban junto con Javier al teatro escoltándolo y cantando «Javier Milei, el último punk», llevando sus banderas de Gadsden en los hombros.

Entre viajes y viajes teníamos reuniones con empresarios y amigos, gente que conocimos cuando Javier visitaba los canales de TV; cenas en las que todos hablaban de su excelente trabajo como economista y difusor de las ideas de la libertad. Hasta que un día, en una de esas veladas, el anfitrión le dijo a Javier: «Vos, todo bien con la batalla cultural, pero cuando la gente va a votar no está tu nombre». Entonces puso una boleta sobre la mesa y agregó: «Mientras vos no estés en una de estas, los políticos se siguen

riendo de la gente. Si vos no te metés, nada puede cambiar». Durante la vuelta a casa en el auto, todo era una gran pregunta. Nos tomamos nuestro tiempo y a la semana siguiente Javier decidió meterse en el camino de la política, sabiendo que no iba a ser fácil y que debíamos estar preparados para resistir ataques de todo tipo, para soportar las peores cosas que pudieran inventar sobre nosotros.

Durante la cuarentena de 2020 Javier escribió un libro que se convirtió en best seller, llamado *Pandenomics*. Al no poder viajar, lo presentamos en más de treinta países a través de Zoom. El encierro y las restricciones del gobierno no pudieron detener el avance de la batalla cultural: muy por el contrario, la fortalecieron.

Finalmente, en octubre de 2020, para el cumpleaños 50 de Javier, llegó Plaza Holanda: ese día de festejo sus seguidores recibieron la noticia de que finalmente se involucraría en política, que estaba dispuesto a meterse en el barro para lograr que pudiéramos vivir mejor y que abandonar este país no fuera la única opción para salir adelante.

En aquel entonces nos contactó Santiago Oría, que quería hacer un documental sobre Javier, de lo que surgió la idea de hacer la película *Pandenomics*, donde también actué a pedido de Javier, de su asistente en pantalla. Javier, además, exigió que yo apareciera con un par de alas, y Lilia se las rebuscó para convencer a Santiago de que «iba a quedar bien». Admito que fue una experiencia dolorosa soportar el peso de esas alas durante todo el rodaje, pero nadie quería desilusionar a mi hermano, menos yo. Lo hice no porque fuera de mi agrado personal, pero quería seguir apoyando la batalla cultural desde el lugar que me tocara.

Luego del rodaje y estreno de *Pandenomics*, que presentamos en pantalla gigante ante un público de alrededor de 1000 personas (con cientos de miles de espectadores *online,* además), Javier y yo empezamos a acompañar a su amigo «el Profe» Espert a recorrer

distintos puntos del país haciendo campaña, confirmando así la gran llegada de Javier a la gente, no solo en capital federal. Confieso que, como técnica publicitaria y comunicacional, yo había propuesto La Libertad Avanza, pero cuando fuimos a votación por mayoría quedó «Avanza Libertad», nombre que finalmente llevó el frente de José Luis. Unos meses después llegó el momento de dividir las campañas, ya que José Luis se presentaba en provincia de Buenos Aires y Javier en CABA. Ahora me tocaba a mí decidir, así que por fin pudimos usar el nombre que tanto quisimos con Javi desde un principio. Conformar una alianza fue muy difícil y nos quedaba poco tiempo, íbamos contrarreloj: no tuve más remedio que colgarme la campaña al hombro.

No sé en qué momento Javier empezó a decirle a todo el mundo que yo era «El Jefe», porque refiriéndose a él mismo decía: Yo solo leo, escribo y hablo, y ella se ocupa de todo el resto». Era muy loco asistir a reuniones con grandes empresarios y escucharlo a Javier presentarme como «El Jefe», en lugar de «mi hermana Karina». Con el tiempo se volvió costumbre… Ya no me parece extraño. Ya cuando me ven directamente me dicen «¿Cómo anda, Jefe?». Siempre me resultó curioso que alguien pudiera tildarlo de machista, cuando él mismo recibía consejos de una mujer.

Ustedes conocen la cronología de los eventos previos al gran éxito de Javier en las elecciones que lo convirtieron en el primer diputado libertario de la historia hispanoparlante, pero quiero contarles un detalle acaso no tan evidente…

Yo no quería figurar sobre el escenario ni mostrarme mediáticamente. Incluso la única nota que di fue durante el debate, en TN, cuando Mario Massaccesi me frenó en medio de la alfombra roja, cortándome el paso, y así logró sacarme algunas palabras. Pobre Ramiro: conociéndome, intentó hacerme zafar de la situación sin éxito. Recuerdo sus palabras: «Qué caro le va a salir esto a Javier». Es que yo sentía que ese era el lugar de Javier, y nunca me

gustó colgarme del éxito de mi hermano. Sin embargo, Javier pedía que yo siempre estuviese ahí: específicamente, que yo fuera siempre quien lo recibiera en el escenario. Si prestan atención a las fotos y los videos, van a vernos abrazados y saltando, compartiendo esos grandes momentos como lo hacíamos de niños, cuando yo era la mascota de su equipo, me peleaba contra sus rivales y les arrancaba de las manos sus prendas a las fanáticas enardecidas.

Nuestro camino empezó mucho tiempo atrás, y todavía hay mucho más por recorrer. Como dice mi gran hermano: «¡Viva la libertad, carajo!».

II. EL DEBATE DE IDEAS

Capitalismo, socialismo y la trampa neoclásica

1. Rastreando el origen del error en la literatura neoclásica

En el presente texto me voy a referir al debate entre el socialismo y el liberalismo desde el punto de vista neoclásico. Mi tesis central es que, aun cuando haya neoclásicos que son en buena ley y se autodefinen como liberales, la formación académica asociada al paradigma mencionado termina siendo funcional a la causa socialista.

Para rastrear y comprender cuándo y dónde aparece el desvío neoclásico es necesario remontarse hasta los orígenes de los propios clásicos: Adam Smith, en especial su trabajo *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* y el modelo de crecimiento implícito en su obra, en los libros I, II y III. Luego repasaré lo que considero como el enfoque pesimista, posición que, básicamente, deriva de la línea de Thomas Malthus intentando refutar el optimismo de Adam Smith emergente de la fábrica de alfileres (rendimientos crecientes a escala).

Una vez planteado el debate en estos términos, abordaremos la matematización de la teoría económica, el rol de Pareto y el debate entre Mises y Lange en la controversia sobre el socialismo, como los fundamentos del análisis neoclásico que, bajo la forma de «fallos de

mercado», abre la Caja de Pandora del intervencionismo, y con ello, el avance socialista.

2. Smith, Malthus y los clásicos

2.1. Adam Smith, la fábrica de alfileres, la mano invisible y el crecimiento

¿Qué buscaba explicar Adam Smith? Por qué los países son ricos y por qué crecen. En este sentido, en su obra hay cinco elementos que juegan un rol fundamental para describir dicho modelo de crecimiento: el primero es el rol del ahorro, un mecanismo por el cual se financia la inversión que permite la acumulación de capital. Esa acumulación de capital permite aumentar el rendimiento del trabajo y la productividad, lo cual, a su turno, aumenta los salarios reales y así las personas logran un mayor nivel de bienestar. A su vez, para que el ahorro sea canalizado hacia la inversión del mejor modo posible, es necesario minimizar el tamaño del Estado, que, por su naturaleza, siempre distorsiona el funcionamiento de la actividad económica. De hecho, el Estado lo único que hace es contaminar el derecho de propiedad y distorsionar las señales de precios y el cálculo económico. El socialismo en su máxima expresión destruye la señal a un punto tal que hace imposible el cálculo económico, lo que conduce a la ruina de la economía.

Otro elemento fundamental y muy importante que analiza Smith, a pesar de que la obra en cuestión fue escrita entre 1766 y 1776, es el rol del progreso tecnológico a saltos y entrelazado con la idea del aprendizaje en la práctica. Básicamente, lo que Smith sostenía es que, a medida que una persona va haciendo su actividad, aprende,

y en la medida en que va aprendiendo, su productividad aumenta. Al mismo tiempo, de modo subyacente y por una simple cuestión de incentivos, aparecerá la idea de la optimización, que en este caso se manifiesta como el hecho de tratar de producir la mayor cantidad posible del bien utilizando la menor cantidad de trabajo posible. Así, en dicho proceso de búsqueda de ahorro de tiempo y de trabajo mientras transcurre el proceso de aprendizaje en la práctica, se descubre un cambio tecnológico que se manifiesta en un salto de la función de producción (o desplazamiento ascendente), esto es, la caracterización de lo que se denomina un shock tecnológico, un salto tecnológico, o mejora tecnológica. Esto es: con la misma cantidad de horas trabajadas, es posible producir una mayor cantidad de producto.

Esta última descripción se encuentra alineada con la teoría moderna del crecimiento económico (endógeno). Es lo que en el fondo, de modo simple, se halla detrás de la figura de la fábrica de alfileres, o, en términos técnicos, la presencia de rendimientos crecientes a escala, que permita la existencia de un sendero de crecimiento del producto per cápita a largo plazo. De hecho, el propio modelo Solow-Swan, que parte de la función de producción neoclásica (rendimientos constantes a escala y rendimientos marginales decrecientes para cada uno de los factores si son tomados de modo aislado), está impedido de mostrar una tasa de crecimiento del producto per cápita una vez alcanzado el equilibrio de estado estacionario. Por ello, el modelo en cuestión, para registrar un crecimiento económico consistente con la evidencia empírica, recurre a un truco matemático donde el progreso tecnológico es exógeno.

Imposibilidad de crecimiento con rendimientos constantes a escala

Para comprender la naturaleza de la incompatibilidad del modelo neoclásico con la posibilidad de generar una tasa de crecimiento del producto per cápita sostenida en el largo plazo (y donde la posibilidad de acumular trabajo está determinada de modo exógeno), a los fines didácticos se usará la función de producción de Cobb-Douglas:

$$Y = AK^{\beta}L^{\alpha}$$

Donde A es el nivel de la tecnología. El parámetro tecnológico A recoge todos los elementos que, aun no siendo tecnológicos en un sentido microeconómico, afectan a la tecnología desde el punto de vista macroeconómico. Por otra parte, asumiendo que la tasa de ahorro es constante, la forma en que aumenta el stock de capital vendrá dada por la siguiente expresión:

$$\dot{K} = sAK^{\beta}L^{\alpha} - \delta K$$

Asimismo, podemos suponer que toda la población está empleada, lo que permite olvidar el desempleo. Suponiendo también que la población crece a una tasa constante n, tenemos:

$$\frac{\dot{L}}{L} = n$$

Por lo tanto, si la ecuación de acumulación la expresamos en términos per cápita, obtenemos:

$$\dot{k} = sAk^{\beta}L^{\alpha+\beta-1} - (n + \delta)k$$

En función de dicha ecuación, para calcular la tasa de expansión del stock de capital per cápita procedemos a dividir por k, lo cual arroja la siguiente expresión:

$$g_k = \frac{\dot{k}}{k} = sAk^{\beta-1}L^{\alpha+\beta-1} - (n + \delta)$$

A su vez, operando sobre la ecuación precedente, aislando los términos que son constantes, se tiene:

$$\frac{g_k^* + \delta + n}{sA} = k^{\beta-1}L^{\alpha+\beta-1}$$

Donde, dado que todos los parámetros del lado izquierdo son constantes, al aplicar logaritmos y derivando respecto al tiempo, obtenemos:

$$0 = (\beta - 1)g_k^* + (\alpha + \beta - 1)n$$

En función de ello, si consideramos que el modelo de crecimiento neoclásico presenta rendimientos constantes a escala…

$$(\alpha + \beta) = 1$$

… el segundo término del lado derecho de la ecuación se hace nulo. Al mismo tiempo, si cada uno de los parámetros de la función de producción es positivo, tenemos que:

$$0 < \beta < 1$$

Esto es: existen rendimientos decrecientes en el stock de capital. De ello, teniendo en cuenta el resto de la expresión…

$$0 = (\beta - 1)g_k^*$$

… se deduce que la única tasa de crecimiento del stock de capital per cápita (y por ende, del producto per cápita) sostenible que es consistente con el modelo neoclásico de crecimiento es cero:

$$0 = g_k^*$$

En función de esto, si se desea explicar la existencia de tasas de crecimiento no nulas, cabe argumentar que la tecnología disponible mejora a lo largo del tiempo. Por este motivo, los teóricos neoclásicos de las décadas de 1950 y 1960 supusieron que el término A podía crecer a una tasa exógena:

$$\frac{\dot{A}}{A} = g_A$$

Ahora bien, en un modelo neoclásico, el aumento de la productividad ha de ser necesariamente exógeno (los mecanismos determinantes del progreso tecnológico no son

explicitados en el modelo), ya que, en un contexto en el que los mercados son «competitivos» (en el sentido neoclásico del término) y las tecnologías tienen rendimientos constantes a escala, la retribución de todos los factores agota el valor del producto final. En este marco, donde la tecnología es un bien no rival y solo parcialmente excluible, no quedan recursos para financiar actividades tales como la inversión en investigación y desarrollo. Por este motivo resultaba necesario suponer que el crecimiento de la tecnología fuera exógeno, motivo por el cual los mecanismos determinantes del progreso tecnológico no fueran explicados dentro del modelo, con el agravante empírico de que cerca del 85% de la evidencia empírica del crecimiento quedaba en manos del residuo (esto es, la parte no explicada).

Por otra parte, Adam Smith no se limitó a presentar una función de producción que hiciera posible dar una explicación, sin saberlo, de lo que sucedería en los casi 250 años posteriores a su obra, sino que además dotó al modelo de un proceso decisorio, capturado en la metáfora de «la mano invisible». Así, basados en la cooperación social, los individuos, guiados por su propio interés, contribuyen a la maximización del bienestar general. Esto es, el modelo del Padre de la Economía se basa en dos ideas fundamentales: la fábrica de alfileres (rendimientos crecientes) y el concepto de la mano invisible (cooperación social bajo orden espontáneo).

Además, la fábrica de alfileres implica hacer foco también en las habilidades y tareas requeridas en esa actividad. Lo que Adam Smith propone es darle relieve a lo que ocurre cuando se divide el trabajo (lo que va de la mano con el proceso de cooperación social que implica el proceso de mercado) en distintas actividades para lograr un producto final. Así, lo que hace Smith mediante un ejemplo es explicar que la división del trabajo conlleva una suba significativa

del nivel de productividad. En este contexto, invita a pensar el resultado de una persona que, en soledad, se propone hacer alfileres: concentrando las dieciocho especializaciones requeridas para producir un alfiler, lograría producir, hipotéticamente, unos veinte alfileres por día. Sin embargo, si el trabajo, con sus respectivas especializaciones, se dividiera entre diez personas, la productividad pasaría a más de 4000 alfileres per cápita. Es decir, se pasa a una productividad doscientas veces superior.

Al mismo tiempo, Adam Smith se preguntaba hasta dónde se podía llegar con dicho proceso de división del trabajo, y la respuesta mostraba que el límite viene dado por el tamaño del mercado, en tanto: ¿cuánta productividad tendría sentido generar si se excede la demanda del mercado? Excedida la productividad respecto de la necesidad del mercado de alfileres, el precio del producto se terminará derrumbando, malgastándose recursos y fuerza productiva en una dirección no prioritaria.

En definitiva, lo que presenta Adam Smith es la cuestión de rendimientos crecientes a escala, tema no menor ya que desde el año 1800 la cantidad de población se multiplicó casi por siete veces (corte en el año 2000). Recordemos que, con los 1000 millones de habitantes que se alcanzó en 1810, Malthus —autor sobre el que me voy a referir más adelante— sostenía que la densidad poblacional llevaría al mundo a un colapso, fruto de una hambruna generalizada. Por ello es importante remarcar el contraste, porque la realidad es que el producto per cápita se multiplicó por cerca de diez veces en un contexto de una población que se multiplicó por siete. Esto es, los rendimientos crecientes quedan expuestos con un maravilloso aumento de la productividad, que computado al día de hoy estaría en torno a unas cien veces.

Asimismo, si el tema lo ponemos en términos matemáticos, hay que tener en cuenta que hablamos de una función que tiene un formato convexo; o sea, una función convexa, que no es lo mismo

que un conjunto convexo. Una función convexa no es un conjunto convexo porque, si se unen dos puntos, la línea queda por fuera del conjunto de posibilidades productivas. Por el contrario, en una función cóncava, si se unen dos puntos, la línea queda dentro del conjunto de posibilidades productivas y, por ende, estamos frente a un conjunto convexo. Si bien no es mi intención detenerme en la terminología matemática, lamentablemente todo el programa de investigación neoclásico basado en la maximización sujeta a restricciones y puesto en un formato matemáticamente inapropiado permite explicar el desvío neoclásico. Es más, aun para economistas que son verdaderos liberales en su forma de pensar, el paradigma en cuestión los empuja, bajo «la presencia de los fallos de mercado», a buscar «un sustento razonable para la intervención del Estado», lo que a la postre pone en marcha la maquinaria de intervención creciente que con tanta claridad vislumbró Friedrich Hayek en su libro *Camino de servidumbre*.

Al plantearse la formulación matemática del herramental neoclásico, la idea de la fábrica de alfileres (pilar metodológico para explicar el crecimiento endógeno) entra en conflicto con la idea de la mano invisible, uno de los elementos más maravillosos que presenta el libro de Smith. Por ello, Wilfredo Pareto, a la luz de la fuerza conceptual de la brillante metáfora en la que cada individuo, guiado por sus propios intereses y aun sin quererlo, contribuye a maximizar el bienestar general y su bella contrapartida matemática, llevó a declarar «la bancarrota de la fábrica de alfileres» y a hundir el análisis económico en el oscuro camino de los rendimientos marginales decrecientes.

2.2. Thomas Malthus, rendimientos marginales decrecientes y pesimismo

Ese optimismo que impulsaba Adam Smith encuentra como contraparte una brutal oleada de pesimismo, iniciada básicamente con Thomas Malthus. El eje central de Malthus en esta discusión se basaba en la idea de los rendimientos marginales decrecientes, en lugar de considerar una función de producción con rendimientos crecientes a escala; esto es, ahora la función de producción estaría caracterizada por una función cóncava (y por ende, el conjunto de producción será convexo).

Esta visión del sistema productivo, sumada a lo que Malthus denominó la «pasión de los sexos», lo llevó a conclusiones equivocadas. Dicho postulado sostenía que, si la población se hallaba debajo del «nivel de equilibrio», esto implicaba una mayor cantidad de recursos per cápita (dada la mayor productividad marginal del trabajo), lo que a su vez inducía a una mayor actividad sexual, que aumentaba el tamaño de la población. Esto comprometía al mercado laboral dado que el mayor ingreso de personas depreciaba el salario real vía la caída de la productividad marginal en la medida que aumentaba la oferta de trabajo. Naturalmente, este proceso continuaría hasta que el salario real cayera al nivel de subsistencia. De modo recíproco, si la población se ubicaba por encima del nivel de equilibrio, la menor productividad marginal del trabajo ubicaría a los salarios debajo del nivel de subsistencia, lo cual generaría hambrunas hasta que la población se contrajera hasta alcanzar el nivel de equilibrio.

En definitiva, el tamaño de la población estaría en línea con el nivel del valor de la productividad marginal del trabajo (para una función con rendimientos marginales decrecientes), que se igualaría con el salario de subsistencia, conjunto que recibió el nombre de

Ley de Hierro de los Salarios. Por último, si por alguna razón había una mejora tecnológica, automáticamente la población la absorbería con un incremento de la población, de modo tal que el salario real retomara al nivel de subsistencia.

Para la época de Malthus y con la información histórica disponible, la hipótesis no parecía nada mal porque, entre el año 0 y el 1800 (de la era cristiana), el producto per cápita creció a un ritmo del 0,02% anual: prácticamente nada. Es más, en esos 1800 años ese crecimiento del producto per cápita significa un aumento total del 40%, el cual se concentró en el siglo posterior al descubrimiento de América, fruto del incremento en el «comercio» internacional.

En este sentido, si usted pusiera a un econometrista a estudiar los datos en ese momento de la historia, hubiera rechazado la hipótesis de Adam Smith y, además, habría señalado que Malthus tenía razón. Sin embargo, cuando uno observa lo que pasó después, nada estaría más alejado de la realidad. Malthus se equivocó groseramente y Smith acertó. De hecho, el resurgimiento de la teoría del crecimiento económico tras el artículo publicado por Paul Romer (por lo cual recibió el Premio Nobel de Economía en 2018), fruto de su tesis en Chicago tutoreada por Robert Lucas Jr. —discípulo de Hirofumi Uzawa, creador del modelo de crecimiento bisectorial con capital humano en la década de 1960—, lo que hace es no solo retomar la obra de Adam Smith sino también los debates de Allyn Young y Alfred Marshall de inicios del siglo XX, que buscaban explicar el crecimiento económico en el naciente mundo neoclásico. Esto es, parados a inicios del siglo XX y a la luz de los datos, era evidente la cuestión de los rendimientos crecientes, y quienes sostenían la existencia de una función de producción con rendimientos marginales decrecientes quedaban fuera del debate.

3. Debate sobre el socialismo y la Escuela Austríaca

Una de las cosas que captó mi atención mientras leía materiales para hacer un comentario sobre el libro *El retorno de la barbarie*, que el profesor Alberto Benegas Lynch (h.) escribió junto con Gustavo Perednik, fue que en el comienzo los autores, repasando su anterior libro, *Autopsia del socialismo*, llegaban a la conclusión de que el problema central con la «teoría del socialismo» está en la teoría del valor trabajo. Esto nos lleva ahora a la Escuela Austríaca, que, desde mi punto de vista, es donde verdaderamente se entendió el debate, con un golpe de *knock-out* al socialismo.

El primer golpe clave y fundamental acá es la obra de Carl Menger, *Principios de economía política* (1871), en la que desarrolla —en paralelo a las obras de Jevons y Walras— la teoría del valor subjetivo o Teoría Subjetiva del Valor. Lo interesante aquí es que, cuando aparece la Escuela Neoclásica, hay una línea académica que va por el carril de Menger y otra que va por el carril de la matematización de la economía, tema que voy a tratar en la última parte de este trabajo.

En este sentido, la obra de Menger termina de derribar todos los postulados de Marx. De hecho, en una de nuestras reuniones con el profesor Benegas Lynch, él señalaba que Marx tenía escrito el segundo tomo de *El capital* y decidió no publicarlo debido a que entendió que había sido derrotado por la obra de Menger y no tenía sentido continuar con ese trabajo. Ahora bien, otro autor —también de la vertiente austríaca— que termina de poner broche a esta refutación es Eugen von Böhm-Bawerk en su obra *La conclusión del sistema marxiano*. Lo que hace Böhm-Bawerk es demostrar, justamente, que el sistema carece de sentido y no puede llevar a buen puerto, con tres argumentos: (i) si solo se realizaran

intercambios que tengan la misma cantidad de trabajo (valor trabajo), la cantidad de estos sería muy reducida (aun para una precaria economía de trueque); (ii) a su vez, dado que la cantidad de trabajo y de capital que se utilizan como insumos varía a lo largo de los distintos bienes de la economía, es imposible arribar a un equilibrio que conlleve a que las tasas de beneficios se igualen; y (iii) dado que el progreso tecnológico es siempre ahorrador de trabajo, resulta una contradicción que los empresarios «explotadores» lo impulsen, en tanto obtendrían menos rentas por explotación.

Esta tradición continúa con la obra de Mises en el *paper* de 1920, «El cálculo económico en una comunidad socialista», y en el libro *El socialismo*, de 1922, donde el eje central es el tema de la imposibilidad de hacer cálculos económicos en un sistema socialista. El mercado trata de intercambios de derechos de propiedad a través del sistema de precios. En esas transacciones, donde una parte entrega una propiedad, por ejemplo, un par de zapatos, y la otra entrega dinero, están intercambiando propiedades. La relación de ese intercambio es el precio. Ese registro histórico se convierte en una señal que se transmite al resto del sistema, con lo cual el sistema de precios es un mecanismo de transmisión de información, de señal, donde los agentes se coordinan. Algunos serán compradores, otros serán vendedores, y en la medida en que las cantidades difieren, se generará un ajuste en los precios. Por lo tanto, cuando se contamina el sistema de precios mediante restricciones a la propiedad privada, se está ensuciando su funcionamiento. Por esto, cuanto más grande es la intervención del Estado, peor funciona la economía. En el límite socialista, cuando la propiedad privada desaparece, resulta imposible realizar cálculos económicos ya que los precios habrán desaparecido, y por ende, el sistema se derrumba.

En este sentido, no es casual que aquellas economías que tienen los Estados más grandes, crezcan menos. ¿Por qué cuando uno hace reformas estructurales y saca de encima el peso del Estado la economía florece? Porque, justamente, la señal de precios empieza a fluir de mejor manera cuando hay menos coerción sobre la propiedad y los recursos pueden ser mejor asignados. Obviamente que estas contribuciones fueron enriquecidas en trabajos como *Camino de servidumbre* y *La fatal arrogancia* de Hayek. La lógica maravillosa de *Camino de servidumbre* nos invita a considerar que cada intervención exógena genera daños en el funcionamiento del sistema de precios; el sistema funciona peor y, a su vez, dentro de la misma concepción, genera más necesidad de intervención, lo que hunde más la economía, generando un círculo vicioso de pobreza y violencia.

Es más, uno hasta podría llegar a decir que Hayek, ya en ese momento, llegó a advertir los descalabros de la economía argentina actual. El problema que plantea *La fatal arrogancia* lamentablemente está siempre vigente. Para dar un ejemplo coyuntural, estaba presente en el macrismo. Esa administración sostenía que el problema de sus antecesores no era el tamaño del Estado, sino la forma en que se gastaba, el despilfarro y la corrupción. Suponían que, porque eran supuestamente más inteligentes, más educados, hablaban mejor inglés y usaban mejores trajes, con ellos sí iban a resultar las mismas políticas intervencionistas. Sin embargo, el gobierno fracasó estrepitosamente por lo mismo que fracasan todos los gobiernos intervencionistas: no tener en cuenta que el problema no son las personas sino las ideas intervencionistas. Podríamos convocar a Gandhi y a la Madre Teresa de Calcuta por el lado de la bondad, y por el lado de la inteligencia podríamos llamar a las mentes más brillantes del siglo XX, tales como Albert Einstein, Alan Turing y John von Neumann, y aun así el socialismo va a terminar mal. El

problema con el socialismo no son las personas que comandan la planificación central; el problema es la propia planificación central.

De forma recurrente en Argentina, los economistas de las últimas décadas insisten en intervenir todos los precios de la economía, cayendo en la verdadera arrogancia de creer que pueden determinarlos. No por nada la economía está colapsando como lo está haciendo. Creo que, si Hayek se levantara de la tumba, Argentina le daría motivos para ampliar en treinta tomos *La fatal arrogancia*. En paralelo, Hayek, en su trabajo, donde presenta la idea del mercado como un proceso de descubrimiento, destaca el problema que representa intervenir coactivamente la distribución, ya que al afectar sus incentivos termina por afectar la producción. El ánimo de redistribuir algo ya asignado por los individuos en el proceso de mercado acaba por contraer la actividad productiva; o, como se dice vulgarmente, se achica la torta a repartir.

En el desarrollo de estas ideas juega un rol muy importante Israel Kirzner, quien participa del pensamiento de Jesús Huerta de Soto, expuesto en su tesis doctoral y base de su libro *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*. En este sentido, Huerta de Soto plantea los problemas del socialismo en dos familias: (i) las versiones estáticas y (ii) las versiones dinámicas. Las estáticas tienen que ver con la cantidad de información necesaria para poder operar una realidad de semejante complejidad. Así, cuando se pretende que el Estado sea el que opere, un grupo de hombres, desde la esfera pública, se proponen como omniscientes, omnipresentes y omnipotentes; es decir, se asumen como Dios. Esa pretensión es la que recibe la crítica de Hayek en *La fatal arrogancia*. Por otra parte, aun cuando fuera posible relevar dicha información, el problema es que la mayor parte de la información para llevar a cabo dicho proceso requiere un *know-how* que resulta imposible de transmitir. Así, por ejemplo, si Michael Jordan me describiera a la perfección cómo hace para volcar la pelota en el aro

de basquetbol (suponiendo que fuese posible), yo no podría hacerlo, ya que carezco de las condiciones para llevarlo a cabo. Es como si ustedes quisieran aprender a andar bicicleta leyendo un manual: lo más probable es que se terminen dando un tremendo porrazo, y solo van a aprender en base a la práctica.

Entrando en la última parte de estas líneas, voy a referirme a la importancia de la obra de Israel Kirzner, ya que permite ver con mayor claridad los daños dentro de la lógica de la escuela neoclásica. Kirzner, en su maravillosa obra *Creatividad, capitalismo y justicia distributiva*, desarrolla consideraciones en torno a si el sistema capitalista es justo o no. Porque, dice, en lo estrictamente técnico podemos ser muy productivos, pero, si el sistema no resulta justo, no es aceptable. Nada bueno se puede construir en base al atropello.

De hecho, luego de la caída del Muro de Berlín, los socialistas no atacan al capitalismo con el argumento de la productividad, ya que sería una crítica torpe, débil y fácilmente rebatible. Mayormente, los colectivistas reconocen las bondades de los sistemas abiertos en torno a la productividad; lo que no aceptan es que el mercado libre sea moralmente superior al socialismo. Por ende, al no reconocer que los valores sobre los cuales se asienta la sociedad libre son moralmente superiores, los socialistas abren un cauce argumental para justificar la intervención estatal.

Aquí quiero resaltar el aporte central de la obra de Israel Kirzner. No por el sofisma de la justicia distributiva ni por la superioridad moral del capitalismo, sino para detenernos en el planteo sobre el postulado de información perfecta. Esto es, aun saliendo de la lógica de Malthus que termina en John Stuart Mill, aun con un formato neoclásico y con teoría subjetiva de valor, llega al mismo resultado. ¿Cuál es el punto? El punto es que, pensando desde una óptica a la Robert Lucas Jr., con los parámetros profundos, que son (i) las preferencias, (ii) la tecnología y (iii) las dotaciones, el resultado en

términos de producción se vuelve un dato, es decir, la producción máxima se vuelve un dato. Dadas las preferencias, dada la tecnología y dadas las dotaciones, entonces ustedes no tienen nada más que hacer que ingresar los datos dentro de la computadora, ordenarle a un programa que resuelva el ejercicio de optimización y de ahí surgiría qué y cuánto producir. Fíjense que, si esto fuera así, el resultado está predeterminado, por lo que el paradigma neoclásico termina en el mismo problema que terminó John Stuart Mill, y entonces el nivel de producción es independiente de la distribución; por ende, entonces primero produzco acorde a la maximización y después lo redistribuyo como se me da la gana. Así, el resultado que obtiene Kirzner es muy importante porque, en el fondo, deja de manifiesto que algunos de los errores conceptuales del análisis clásico persisten en el enfoque neoclásico, a pesar de corregir la teoría del valor.

4. La tradición neoclásica y el origen del error

4.1. Equilibrio general, Óptimo de Pareto y la mano invisible

Luego de repasar de manera simplificada la controversia Smith-Malthus (y todos sus herederos hasta Solow-Swan), estamos en condiciones de abordar por qué la tradición neoclásica termina siendo funcional al socialismo y, sin buscarlo, se asocia y se vuelve cómplice de los distintos tipos de keynesianos en la destrucción del orden del mercado.

Desde mi punto de vista, el tema se desvía cuando, con la introducción de la matemática en la economía junto con el concepto

del Óptimo de Pareto, se intenta alinear la idea de la mano invisible. En principio, «no pareciera una mala idea» y, de hecho, no lo es para una economía de intercambio puro sin producción. Así, partiendo de un punto dado, se busca mejorar instancias mejorables para los individuos sin que eso implique empeorar a nadie. Y cuando esas posibilidades de mejora se agotan, se señala que se encontró el Óptimo de Pareto. En otras palabras, se apunta a lograr el punto de máximo bienestar social (más allá de la cuestión no menor de la instrumentación), donde nadie podría mejorar su situación sin afectar negativamente a otro. Sin embargo, el problema emerge con su mayor fuerza cuando se asocia la idea del Óptimo de Pareto en una economía con producción con la idea de la mano invisible en un contexto de optimización matemática, mal diseñado conceptualmente desde el vínculo del lado productivo con los individuos que posean dichas firmas.

Formalmente, por el lado de los consumidores, se observa la función de utilidad, la cual tiene el formato de una campana, y si ustedes después le cortan una parte podrán ver dentro el mapa de indiferencia (las curvas de nivel o de iso-utilidad), las cuales podrían tomar una forma similar a una banana o a una herradura, según los supuestos que quieran hacer respecto a los niveles de saciedad, siempre que se tenga presente la maximización de la función (de modo tal que permita hallar un máximo). A su vez, de allí van a salir la demanda de bienes y la oferta de factores. Por otra parte, cuando observan a la firma aparecerá una función de producción que puede ser con rendimientos constantes a escalas (es decir, lineal) o con rendimientos marginales decrecientes. Cuando esto ocurre, se podrá maximizar el beneficio y de ahí se obtiene la demanda de insumos y de factores que permiten derivar la oferta de bienes que maximiza el beneficio.

Así, teniendo ahora funciones (correspondencias) derivadas de estructuras maximizadoras, tanto por el lado de los consumidores

como por el de los productores, las funciones (correspondencias) de oferta y de demanda emergentes son óptimas. A su vez, cuando las funciones (correspondencias) de exceso de demanda, dadas por la demanda menos la oferta en cada uno de los mercados, tienen como característica ser funciones (correspondencias) continuas (semicontinua superiormente), la suma/resta de funciones continuas (semicontinua superiormente) es una función continua (semicontinua superiormente), por lo que es posible aplicar el Teorema de Punto Fijo de Brouwer (Kakutani para correspondencias), por medio del cual se prueba la existencia del equilibrio. Finalmente, si las funciones presentan determinadas condiciones, funciones estrictamente cóncavas en consumidores y en productores, ese equilibrio es único. Por lo tanto, ahora el equilibrio no solo que existe sino que también es único. Y si, además, los efectos directos son mayores que los cruzados, ese equilibrio es estable.

Naturalmente, dado que las funciones (correspondencias) que explican la existencia del equilibrio están asociadas con la maximización de cada uno de los agentes de la economía, consumidores y firmas, el equilibrio general resultante además constituye un Óptimo de Pareto. Ningún individuo podría mejorar su bienestar sin causar daño a otro. Un mundo «maravilloso», a no ser por su carencia de validez empírica, ya que los últimos 250 años han dado prueba de la existencia de rendimientos crecientes. Y entonces es ahí cuando aparece «el problema» de las no convexidades que, frente al daño que causan al Óptimo de Pareto, reclama la corrección por parte del Estado de los «fallos de mercado».

4.2. Programa de investigación neoclásico, socialismo y Rothbard

Aquí aparecen dos debates. Por un lado, cuando se profundiza en el análisis del tipo neoclásico, el resultado emergente no está en línea con las restricciones que impone la matemática de la optimización y ello implica ingresar en el terreno de lo que se denominan «fallos del mercado» y que básicamente vienen dados por: (i) las no convexidades (estructuras de mercado concentradas), cuya contraparte matemática son funciones que tienen rendimientos crecientes (no maximizables a no ser que esté presente una restricción efectiva sobre el conjunto de dotaciones iniciales); (ii) los bienes públicos; (iii) las externalidades, tanto en consumo como en producción, y (iv) la presencia de información asimétrica.

Por otro lado, si nos focalizamos en el modelo de crecimiento económico neoclásico de Solow-Swan, ¿cómo puede ser que, siendo tan importante el proceso de acumulación de capital, este no explicara más que un 15%? La respuesta: la productividad y su evolución a lo largo del tiempo están relacionadas con los rendimientos a escala. Puesto en otros términos: ¿cómo puede ser que la teoría neoclásica afirme que los monopolios son malos, si en dicho proceso el nivel de pobreza extrema en el planeta pasó del 95% al 5%, en medio de un aumento de la prosperidad nunca visto en la historia de la humanidad? Parece algo sin sentido, y quien logra destrabar este asunto es Murray Rothbard, en su artículo «Monopolio y competencia», que forma parte del tomo 2 del libro *El hombre, la economía y el Estado*.

4.3. Murray Rothbard: «perjuicios de los monopolios» y «optimalidad»

Determinar si los monopolios son malos, o no, exige conocer su definición. Según Lord Coke, monopolio es un privilegio especial que otorga el Estado, por el cual se reserva en favor de un individuo o grupo particular cierto campo de la producción; además, queda prohibido al resto de la sociedad el ingreso a dicho campo, y el aparato represivo del Estado hará respetar la prohibición.

En función de ello, no hay más que dos maneras de establecer cuáles han de ser los precios de los bienes. Una es el camino del mercado libre: los precios son establecidos en forma voluntaria por cada uno de los individuos que participan en el mercado; por lo cual, resultan beneficiados todos los que intercambian. El otro camino es la intervención violenta en el mercado por la vía hegemónica: los precios así determinados significan la exclusión de los intercambios libres y la institución de la explotación del hombre por el hombre, ya que hay explotación siempre que se efectúa un intercambio sujeto a coerción. De este modo, no importa si hay uno o millones de oferentes, sino que lo relevante es si hay libertad o coerción. Así, para el caso del mercado libre, consumidores y productores regulan sus actos en cooperación voluntaria. Por lo tanto, no tiene sentido hablar de precios de monopolio (como sinónimo de «altos» precios y restricción de la producción) cuando no existe coerción y el acceso al mercado es libre. Como señalaba Mises: «Si alguien merece un reproche debido a que no sea mayor el número de quienes han ingresado al mercado, no son, pues, aquellos que ya operan en el mismo, sino quienes no lo han hecho».

En función de ello, el monopolio, salvo que sea resultado de la acción violenta del Estado, nada tiene de malo. De hecho, en un marco de intercambios libres, la situación en la cual un productor se

queda con todo el mercado es resultado de haber sido exitoso en satisfacer las necesidades de su prójimo brindándole un producto de mejor calidad a menor precio. De nada serviría ser el único vendedor de cubitos en la Antártida o producir con exclusividad todo el vino en una sociedad de abstemios. Además, aun cuando no se diera una situación extrema, siempre existe la posibilidad de que haya un bien sustituto que acote la capacidad de negociar el precio. Por lo tanto, aquel que mediante el uso de instrumentos legítimos ha quedado como único productor, lejos de ser un tirano es un benefactor social, y en cuanto deje de satisfacer las necesidades de su prójimo, quebrará.

Frente a la existencia de monopolios aparece la cuestión de los rendimientos crecientes, que lleva al problema del Óptimo de Pareto, y junto con ello, la posibilidad de que una empresa se apodere de la economía. En cuanto al primer caso, no es cierto que no pueda maximizarse una función creciente cuando hay un límite sobre la cantidad de insumos; de hecho, el máximo beneficio se daría en el punto en que se agota la dotación de factores de la economía. En función de este resultado aparece el tema del tamaño del monopolio. Sin embargo, esa reflexión surge de ignorar la cuestión sobre la imposibilidad de aplicar el cálculo económico. Si esa planificación central fuera realmente eficiente, ¿por qué no fue establecida por los individuos que persiguen ganancias en el mercado libre? Es más, el hecho de que jamás se haya constituido voluntariamente tal caso y que se requiera del poder coercitivo del Estado para formarlo muestra que no habría posibilidad alguna de que ese método sea el más eficiente para satisfacer las exigencias de los individuos.

Por último, está la objeción sobre la magnitud de los beneficios y la destrucción de empleos por la retracción de cantidades, cayendo en lo que Bastiat y Hazlitt definirían como la falacia de lo que no se ve. En este sentido, si el «monopolista» decidiera ahorrar sus

ganancias, ello se volvería inversión en otros sectores, con lo cual crearía empleos en otra parte. Si lo reinvirtiese, los empleos serían creados por él. Si lo consumiera, surgirían empleos donde posicionó su demanda. Si atesorara el dinero o lo destruyera, caería la cantidad nominal de dinero hasta que se restablezcan los saldos reales, beneficiando a todos en la economía. Así, ningún daño causaría sobre la economía, al tiempo que la presencia de rendimientos crecientes constituye una fuente de crecimiento que amplifica el bienestar. Por lo tanto, la presencia de los monopolios en un contexto de libre entrada y salida es una fuente de progreso, y la obsesión de los políticos por controlarlos, como siempre ocurre, solo termina dañando a los individuos que se buscó ayudar.

5. Socialismo vs. capitalismo en un formato inválido

Recuerdo que, cuando estudiaba en la universidad, una materia se llamaba «Sistemas económicos comparados». Naturalmente, antes de pasar a cuestiones de índole empírica, el andamiaje teórico contemplaba la comparación del equilibrio bajo competencia perfecta contra el «equilibrio» bajo la solución del planificador central socialista.

De partida, se tomaban todos aquellos supuestos necesarios para derivar un equilibrio que fuera un Óptimo de Pareto. Así, las funciones de demanda y oferta (y con ello, funciones de exceso de demanda) eran determinadas a partir de formatos específicos para la función de utilidad, para la función de producción y las dotaciones dadas, de modo tal que el conjunto de funciones de exceso de demanda resultante permitía no solo encontrar un equilibrio —único

y estable—, sino que además era Óptimo de Pareto. Es decir que un proceso descentralizado generaba un Óptimo de Pareto sin necesidad de la acción del Estado.

Por otro lado, el caso del planificador central daba un Óptimo de Pareto. En esta instancia es donde empieza a verse el problema: se parte de la idea de que se conoce la función de bienestar social. A su vez, dado que el ejercicio está sujeto a la misma restricción física, el asumir una función de utilidad/bienestar que implica conocer las preferencias de todos los individuos de la economía sobre todos los bienes de esa economía implica derivar un resultado que resulta similar, no solo en términos de cantidades, al equilibrio competitivo, sino que además se repartía del mismo modo, y con ello el equilibrio bajo planificación centralizada permitía alcanzar el equilibrio Óptimo de Pareto.

Asumamos que, hasta aquí, los dos sistemas son iguales. Ahora bien, el problema radica en que son contextos bajo el conjunto de supuestos neoclásicos. Cuando aparecen algunos de los problemas mencionados en secciones precedentes —llámese la no convexidad (rendimientos crecientes)—, ello arroja como conclusión que la producción bajo monopolio es menor que bajo competencia perfecta y, como consecuencia, la economía se aleja del Óptimo de Pareto, y es ahí donde se abre camino al fundamento para el intervencionismo. Sin embargo, al ver el análisis de los monopolios fuera del prisma neoclásico y entendiendo la cooperación social subyacente en el proceso de mercado, intentar intervenir dichos monopolios surgidos de la libre entrada y salida competitiva solo generará daños. Hay un error adicional vinculado a extrapolar un caso de equilibrio parcial hacia uno de equilibrio general omitiendo la existencia de sustitución de bienes por parte de consumidores.

Por último, como si lo anterior fuera poco, arrogarse el conocimiento de la función de bienestar general, la cual implica conocer las preferencias de todos los individuos de la economía

sobre todos los bienes de la economía, conociendo la medida «justa» bajo la cual se combinan para determinar una función objetivo que permite derivar un equilibrio «óptimo», es caer en lo que Hayek denominó «la fatal arrogancia».

En definitiva, el origen de la catástrofe es haber validado un modelo de laboratorio con una serie de postulados irreales que terminan por darle supuesta viabilidad a la intervención violenta de los mercados, en búsqueda de un supuesto máximo bienestar que solo conduce a la ruina de la economía y de la sociedad. Es así como aparecen los colectivistas y los falsos justicieros sociales que buscan castigar a un grupo de personas robándoles el fruto de su trabajo para dárselo a otros.

En medio de dicho programa, vale la pena señalar que bajo el formato de los neoclásicos el progreso tecnológico no es Óptimo de Pareto y, por ende, si no hay progreso tecnológico no es posible el crecimiento. Además, si trabajamos con funciones de producción que son estrictamente cóncavas, tampoco se puede explicar el crecimiento (salvo por el truco de la externalidad de capital agregado de Marshall-Young). Entonces, si se tiene una teoría económica para el laboratorio que no se aplica en la práctica, no solo no sirve para nada sino que además su aplicación derivará en desastres, como fue el comunismo.

6. Una reflexión final

El paradigma neoclásico basado en la competencia perfecta, tratando de construir un equilibrio que exista, sea único y estable, generando a su vez una optimalidad en el sentido de Pareto, concluyó en un abuso de la matemática que terminó resultando

funcional al socialismo. Al presentarse situaciones que no mapean con la estructura matemática se las define como «fallos de mercado», y es ahí donde aparece el Estado como «corrector». Sin embargo, para resolver de modo exitoso el problema se asume que el Estado conoce la función de utilidad de todos los individuos (preferencias) para el pasado, el presente, el futuro; la tasa de preferencia intertemporal, el estado de la tecnología presente y todos los avances futuros, junto con sus respectivas tasas de amortización. En definitiva, para resolver el problema en cuestión el Estado debería poder internalizar todo un conjunto de información que, por definición, los propios individuos no conocen o no podrían manejar, lo que implica que la idea del Estado benefactor que corrige los fallos de mercado es una contradicción en sus términos.

La contrapartida conceptual del problema es el caso de Robinson Crusoe. Si uno se detiene un rato a pensar, notará que Crusoe en un momento opera como consumidor, en otro opera como productor, luego comienza un proceso de tanteos que le permita encontrar el vector de precio-equilibrio y así, al final del día, puede decidir cuánto consume y cuánto trabaja, algo que obviamente resulta muy forzado.

Por lo tanto, cuando se deja en claro que la corrección de fallos de mercado por parte del Estado que se plantea en el marco neoclásico es inválida conceptualmente, teniendo en cuenta que los únicos que pueden internalizar dichos efectos son los individuos, al tiempo que se quiebra la separación artificial de los procesos en la toma de decisiones, ya no existirán motivos para la intervención estatal, lo cual no solo frenará el avance socialista, sino que también nos permitirá el contraataque.

Instituciones del capitalismo

1. Introducción

A pesar de los ataques que se han lanzado sobre el sistema capitalista, todo el mejoramiento económico, el progreso y el crecimiento dependen de la acumulación de capital, del constante aumento de la cantidad y mejoramiento de los instrumentos de producción, y el sistema capitalista ha hecho y hace mucho más que cualquier otro ofrecido como alternativa para promover crecimiento y bienestar social.

Las instituciones fundamentales del capitalismo son cinco. Y en primer lugar tenemos la propiedad privada. En este sentido, cuando los derechos de propiedad están protegidos significa que se pueden conservar y gozar en paz los frutos del trabajo propio. De hecho, esta seguridad es el principal incentivo para el trabajo mismo. Si cualquiera pudiera apropiarse del trabajo ajeno, no habría incentivos para producir. Toda producción, toda civilización, descansa en el reconocimiento de los derechos de propiedad. Un sistema de libre empresa es imposible si no existe seguridad para la propiedad y la vida.

La segunda institución fundamental de una economía capitalista es el mercado libre. Mercado libre significa libertad para que todos dispongan de su propiedad, la intercambien por otras propiedades o por dinero, o la empleen para seguir produciendo en aquellos

términos que consideren aceptables. Por lo tanto, propiedad privada y mercados libres son instituciones inseparables.

La tercera institución capitalista es la competencia. Todo competidor que actúe dentro del sistema de libre empresa debe estar dentro de los precios vigentes en el mercado. Para poder sobrevivir, sus costos de producción deben ser inferiores a dichos precios. Cuanto más bajos sean sus costos con respecto a los precios de mercado, mayor será su margen de ganancia, lo cual permitirá mayores posibilidades para la expansión de la empresa y de su producción. Si debe hacer frente a pérdidas durante un período considerable de tiempo, no podrá sobrevivir. El efecto de la competencia consiste, pues, en sacar constantemente la producción de las manos de los directivos menos competentes y ponerla más y más en manos de jugadores eficientes. Dicho con otras palabras, la libre competencia promueve métodos cada vez más eficientes de producción y tiende a reducir constantemente los costos. Al mismo tiempo, la contracara de este aumento de la productividad implica una mejora de los salarios reales y del bienestar.

La cuarta institución del capitalismo es la división y combinación del trabajo. Así, tal como afirmaba Adam Smith, «el mayor progreso de la fuerza productiva del trabajo y la mayor medida de la habilidad, destreza y buen juicio con que se aplica o dirige en cualquier parte, parece haber provenido de los efectos de la división del trabajo». Más de dos siglos de estudios sobre economía solo han logrado intensificar la verdad de esta afirmación: «La división del trabajo se extiende porque se comprende que, cuanto más se lo divide, más productivo resulta». «Los hechos fundamentales que produjeron la cooperación, la sociedad y la civilización y transformaron al hombre animal en un ser humano son aquellos que establecen que el trabajo efectuado bajo el sistema de la división del trabajo es más productivo que el realizado de manera aislada y que la razón del hombre es capaz de reconocer esta verdad» (Mises).

Por último, y en estrecho vínculo con la institución precedente, nos encontramos con la cooperación social. Nadie puede especializarse si vive solo. La división y combinación del trabajo ya significa cooperación social, conllevan el concepto de que cada una cambia parte del producto especial de su trabajo por el producto especial del trabajo de los demás. Pero, a su vez, la división del trabajo aumenta e intensifica la cooperación social.

Finalmente, como sostenía Ludwig von Mises: «La sociedad es acción concertada, cooperación. Ella sustituye la vida aislada de los individuos por la colaboración. Sociedad es división y combinación del trabajo. La sociedad no es sino la combinación de los individuos para el esfuerzo cooperativo». En definitiva, de esto se trata el capitalismo, un conjunto de cinco instituciones (reglas) que fomentan la cooperación social en busca del mayor bienestar para cada uno de los individuos que forman parte de la sociedad.

2. Propiedad privada y mercados libres

Como hemos señalado en el apartado anterior, las instituciones fundamentales del capitalismo son cinco, y si bien cada una de ellas es relevante por sí misma, algunas pueden y deben ser tratadas en grupo; es el caso de la propiedad privada y los mercados libres. La propiedad privada no es una institución reciente ni arbitraria y sus raíces son tan antiguas como la historia misma. Cuando los derechos de propiedad de un hombre están protegidos significa que puede conservar y gozar en paz de los frutos de su trabajo. Esta seguridad es el principal incentivo para el trabajo mismo. Así, toda producción descansa en el reconocimiento y respeto de los derechos de propiedad. Por ende, un sistema de libre empresa es

imposible si no existe seguridad para la propiedad y la vida. La empresa libre es solamente posible dentro de un marco de derecho, orden y moralidad cuyo centro de la escena es ocupado por los derechos a la vida, la libertad y la propiedad. Asociado a ello toma lugar la segunda institución: el mercado libre, lo que implica libertad para que todos dispongan de su propiedad, la intercambien por otras propiedades o por dinero, o la utilicen para seguir produciendo. Esta libertad es naturalmente un corolario de la propiedad privada.

La imposibilidad de separar estas instituciones da por tierra a la visión socialista, según la cual se puede reproducir la eficiencia del mercado libre poniendo en manos del Estado los medios de producción. De hecho, el enfoque socialista/comunista es fruto de un error teórico (la teoría del valor trabajo). Si hay un agente del gobierno que vende algo que no le es propio, al tiempo que existe otro agente del mismo gobierno que compra con dinero que realmente no es suyo, a ninguno le importa cuál es el precio. Así, cuando en un país quienes dirigen las minas y las fábricas, las tiendas y las granjas son simples burócratas que reciben un sueldo del gobierno y compran comestibles o materias primas de otros burócratas, los llamados precios de compra y venta no son sino ficciones para los libros de contabilidad que nada tienen para aportar en la fundamental tarea del cálculo económico. Incluso dejando de lado la violencia del sistema socialista, este no puede ni nunca podrá funcionar como un sistema de libre empresa, ya que, al ignorar los derechos de propiedad, resulta imposible realizar el cálculo económico que motiva los intercambios que conducen a la maximización del bienestar.

A su vez, en el sistema capitalista, si bien la propiedad es una ventaja, se impone una pesada carga social sobre quienes la detentan. Los propietarios privados de los bienes de producción no pueden emplear su propiedad de cualquier modo, ya que se ven obligados a utilizarla de tal manera que promueva la mejor

satisfacción posible de los individuos. Si lo hacen bien, el premio es la ganancia y un aumento de su propiedad, mientras que, si son ineptos o carecen de eficiencia, la pena son las pérdidas, por lo que sus inversiones jamás están libres de riesgo. En una economía de libre mercado, los individuos, con sus compras o abstenciones de comprar, deciden todos los días quién será el dueño de la propiedad productiva y cuánto de ella ha de poseer. En definitiva, los dueños del capital se ven obligados a utilizarlo para satisfacer las necesidades del prójimo, y si no lo hacen, quebrarán.

Por lo tanto, el capitalismo basado en la propiedad privada y los mercados libres es un sistema de libertad, justicia y producción. Es infinitamente superior al resto de los sistemas, que son siempre coercitivos. Pero estas tres virtudes no deben separarse. Cada una de ellas surge de la otra. El hombre solo puede ser moral cuando es libre. Solo cuando tiene libertad para elegir puede afirmarse que elige el bien y no el mal. Solo siente que se lo trata con justicia cuando tiene libertad para elegir y cuando tiene libertad para obtener y conservar los frutos de su trabajo. A medida que reconoce que su recompensa depende de su propio esfuerzo y producción al servicio de las preferencias de su prójimo, cada hombre cuenta con el máximo incentivo para cooperar ayudando a los demás a hacer lo mismo, lo cual, y en línea con Adam Smith, conduce a la maximización del bienestar general.

3. La competencia

En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith, adelantándose más de 200 años a su tiempo, sentó las bases del crecimiento moderno, en las que jugaban un rol fundamental los rendimientos crecientes (la

fábrica de alfileres), los intercambios voluntarios y el orden espontáneo (mano invisible) en un contexto de mercados libres, el ahorro como fuente de financiamiento de la inversión, el trabajo duro, el aprendizaje con la práctica y el progreso técnico, con un Estado reducido y dinero metálico.

Si bien estos elementos trabajan de un modo consistente en la visión de Smith, en el mundo neoclásico la idea de la fábrica de alfileres se lleva a las patadas con la mano invisible (acorde con la visión de Pareto, donde cada agente maximiza su función objetivo), ya que, en principio, salvo existencia de una restricción física en la dotación de factores, una función de producción creciente no permitiría obtener una función de oferta en la cual los beneficios son maximizados.

Sin embargo, en Smith, los clásicos y los austríacos, la idea de competencia se sitúa en otro nivel de abstracción. Para todos ellos, el criterio fundamental es el poder de negociación de cada individuo (actuando como un comprador o un vendedor) sobre el precio de un bien y en qué medida ese poder deriva en una capacidad para obtener ganancias superiores al promedio. Evidentemente, con excepción de períodos transitorios, un poder de esta clase solo es concebible cuando falta la libre movilidad de factores, lo cual la mayoría de las veces es fruto de la intervención del Estado.

Regresemos al concepto de competencia que viene de Adam Smith: todo competidor que actúe dentro del sistema de la empresa libre deberá estar dentro de los precios vigentes en el mercado. Como decíamos apenas unas páginas atrás, concepto que es necesario repetir una y mil veces: cuanto más bajos sean los costos de producción del competidor con respecto a los precios de mercado, mayor será su margen de ganancia y mayores sus posibilidades de expandir su producción.

Además, la competencia capitalista o de libre mercado rara vez se limita a una lucha por reducir el costo de un producto

homogéneo. Casi siempre se trata de competencia para mejorar un producto específico. Así, durante el último siglo y medio se ha tratado de una competencia por presentar y producir productos o medios de producción completamente nuevos, cuyo efecto ha sido un aumento enorme en las comodidades vitales y el bienestar material de las habitantes del planeta. Por lo tanto, la competencia capitalista es un estímulo para el mejoramiento y la innovación, el principal aliciente para la investigación, el mayor incentivo para la reducción de costos y para el desarrollo de nuevos y mejores productos, así como de una mayor eficiencia en todos los órdenes.

Sin embargo, durante el último siglo la competencia capitalista ha estado bajo el constante ataque de los socialistas. Se la ha tachado de salvaje, egoísta, asesina y cruel. Nada puede ser más falso y absurdo. Quienes critican a la competencia no solo derraman lágrimas por las desgracias que causa a los productores ineficientes, sino que además se indignan ante las ganancias «excesivas» que obtienen los exitosos. Este llanto y resentimiento existen porque los críticos no comprenden la función que cumple la competencia a favor del consumidor y el bienestar social. En definitiva, los críticos de la competencia olvidan que esta implica una forma de cooperación económica y que deriva en la maximización del bienestar fruto de la división del trabajo.

4. La división del trabajo

La división del trabajo, con su corolario, la cooperación humana, constituye el fenómeno social por excelencia. La experiencia enseña al hombre que la acción mancomunada tiene una eficacia y es de una productividad mayor que la actuación individual aislada. Así, las

realidades naturales que estructuran la vida y el esfuerzo dan lugar a que la división del trabajo incremente la productividad por unidad de esfuerzo invertido. De hecho, Adam Smith, en el mismísimo comienzo de *La riqueza de las naciones*, señalaba: «El mayor progreso en la fuerza productiva del trabajo y la mayor medida de la habilidad, destreza y buen juicio con que se la aplica o dirige en cualquier parte parecen haber provenido de los efectos de la división del trabajo».

Las circunstancias naturales que provocan la aparición del aludido fenómeno vienen explicadas por dos situaciones. Por un lado, la innata desigualdad de la capacidad de los hombres para realizar trabajos específicos. Por otro lado, la desigual distribución sobre la superficie de la tierra de los recursos naturales. Es más, cabría considerar a ambas como una sola: la diversidad de la naturaleza, que hace que el universo sea un complejo de variedad infinita. Si las circunstancias fueran tales que las condiciones físicas de producción resultaran idénticas en todas partes, y si los hombres fueran entre sí idénticamente hábiles, la división del trabajo no ofrecería ventaja alguna.

Adicionalmente, en favor de la división del trabajo existe una tercera realidad: hay emprendimientos cuya ejecución excede a las fuerzas de un solo individuo, exigiendo la conjunción de esfuerzos. La realización de este tipo de obras impone la acumulación de una cantidad tal de trabajo que ningún hombre, individualmente, puede aportarlo. A su vez, hay otras que podrían ser realizadas por el individuo aislado, pero su duración sería tan dilatada que retrasaría de modo excesivo su disfrute y no se lograría compensar la labor realizada. De este modo, en ambos casos, solo el esfuerzo humano mancomunado permite alcanzar el objetivo deseado.

Este incremento de la productividad bajo la división del trabajo se registra siempre que la desigualdad sea tal que cada individuo o cada parcela de tierra resulte superior, por lo menos en algún

aspecto, a los demás individuos o parcelas. En este sentido, tomando un camino más extremo, David Ricardo formuló la ley de asociación para evidenciar los efectos provocados por la división del trabajo cuando un individuo o un grupo colabora con otro individuo o grupo, aun siendo los primeros de mayor eficiencia que los segundos. Así, la división del trabajo entre ambos grupos, según evidencia la ley de Ricardo, ha de incrementar la productividad del esfuerzo laboral y, por lo tanto, resulta ventajosa para todos los intervinientes, pese a que las condiciones materiales de producción puedan ser más favorables a uno de los grupos.

Es más, la ley de asociación evidencia por qué, desde un principio, hubo una tendencia a ir intensificando la cooperación humana. Así, podemos ver el móvil que empuja a los hombres a unirse en busca de mutua cooperación. Todo progreso hacia una más avanzada división del trabajo favorece los intereses de cuantos participan en ella. Para comprender por qué el hombre no quedó aislado, buscando, como los animales, alimento y abrigo solo para sí mismo o su prole, no es preciso recurrir a ninguna vana personalización de un supuestamente innato impulso de asociación. Fue la acción humana, estimulada por la percepción de la mayor productividad del trabajo producto de su división, lo que engendró la primitiva sociedad y la hizo desarrollarse.

Por último, con referencia a los orígenes de la sociedad, la tarea de la ciencia solo puede consistir en evidenciar cuáles son los factores que han de provocar la asociación y su progresivo desarrollo. La praxeología resuelve esta incógnita de modo contundente. Mientras el trabajo resulte más fecundo bajo el signo de su división y en tanto el hombre sea capaz de advertir tal realidad, la acción humana tenderá espontáneamente a la cooperación y a la asociación.

5. La cooperación social

La cooperación social está presente en todos los aspectos del sistema de libre mercado. Existe entre el productor y el consumidor, y también entre el comprador y el vendedor. Ambas partes ganan en la transacción y esta es la razón por la cual la completan. El consumidor recibe el pan que necesita; el panadero obtiene la ganancia que constituye tanto su estímulo para seguir fabricando el pan cuanto el medio necesario para producir una mayor cantidad (inversión). A pesar de la enorme propaganda en contrario, la relación entre empleador y empleado es fundamentalmente cooperativa. Cuanto más eficiente sea el empleador, mayores serán los puestos de trabajo y los salarios que podrá ofrecer. Cuanto más eficientes sean los trabajadores, más será lo que cada uno de ellos ganará y mejor le irá al empleador.

A su vez, la cooperación social está fuertemente relacionada con la división del trabajo. Nadie puede especializarse si vive solo. La división del trabajo en sí misma ya significa cooperación social. En este sentido, la verdadera base de la actividad económica es la cooperación. El rasgo que caracteriza a la sociedad es la cooperación con un propósito.

Cada paso por medio del cual un individuo sustituye el acto aislado por la acción concertada da como resultado una mejora inmediata y evidente en su bienestar. Las ventajas que se derivan de la cooperación pacífica y la división del trabajo son universales. Y es que aquello que la persona debe sacrificar en beneficio de la sociedad lo recibe ampliamente compensado en la forma de mayores ventajas. Cuando se intensifica la cooperación social ampliando el campo dentro del cual existe la división del trabajo, o cuando la protección legal y la salvaguarda de la paz se ven fortificadas, el incentivo es el deseo de mejorar la propia condición

de todos los individuos involucrados. Así, luchando por sus propios intereses, el individuo trabaja en favor de una mayor intensificación de la cooperación social y las interrelaciones pacíficas.

La sociedad liberal prueba que, ante todo, el hombre ve en los demás solo medios para la realización de sus propósitos, mientras que él a su vez es para los demás el medio para la realización de los propósitos de los otros. Finalmente, por esta acción recíproca se llega a la meta más elevada de la vida: una mejor existencia para todos. Dado que la sociedad solo es posible si, mientras viven sus propias vidas, todos ayudan a vivir a los demás, si todo individuo es al mismo tiempo medio y fin, es evidente que el contrato entre cada uno de los individuos involucrados en la transacción queda automáticamente resuelto.

Una vez aceptado este principio fundamental de la cooperación social, podemos efectuar una verdadera reconciliación entre el egoísmo y el altruismo. Aun si pensamos que todo el mundo vive y desea vivir primordialmente para sí mismo, podemos entender que ello no perturba la vida social, sino que la fomenta, ya que la vida del individuo alcanza su mayor plenitud solo por medio de la sociedad y a través de ella. En este sentido, podemos aceptar que el egoísmo es la ley fundamental de la sociedad.

El intento por oponer el acto egoísta al altruista proviene de un concepto erróneo acerca de la interdependencia social de los individuos. En una sociedad basada en la división del trabajo y la cooperación, los intereses de todos los miembros se armonizan y de este hecho fundamental de la vida social se desprende el hecho de que, en última instancia, los actos realizados en el propio interés y los realizados en interés de los demás no están en conflicto, ya que los intereses individuales se juntan. No existe oposición entre el deber moral y los intereses egoístas. Lo que el individuo da a la sociedad para preservarla como tal lo da no en beneficio de fines que le son ajenos, sino por su propio interés.

En definitiva, como sostenía Adam Smith respecto al individuo/empresario: «En esa búsqueda de la realización de sus propios intereses promueve a menudo los de la sociedad con mayor eficiencia que cuando realmente se propone promoverlos». Esto es: la búsqueda del propio bienestar bajo una economía de mercado en la que opera la división del trabajo conlleva a la cooperación social que maximiza el bienestar general.

La justicia social es injusta

1. La superioridad ética y moral del capitalismo

El mayor desafío a los valores éticos del capitalismo de libre mercado proviene de marxistas, socialistas y comunistas. Se ataca al sistema principalmente desde un punto de vista ético, afirmando que es materialista, egoísta, injusto, inmoral, salvajemente competitivo, insensible, destructivo y cruel. Sin embargo, a pesar de los ataques, llama la atención que toda mejora en lo económico dependa de la acumulación de capital, del constante aumento de la producción y del mejoramiento de sus instrumentos, y que el capitalismo haya hecho más que cualquier otro sistema para promover este bienestar.

Por lo tanto, si vale la pena defender al sistema capitalista, es inútil limitarse a defenderlo desde un punto de vista técnico, afirmando que es muchísimo más productivo y eficiente, a menos que podamos demostrar que los ataques socialistas basados en la ética son falsos y carentes de todo fundamento, y que el argumento en torno a la desigualdad de la renta ha sido el emblema de errores que demasiado daño han causado a la humanidad.

Las principales categorías que establecemos para una teoría de la distribución de la renta son el salario de los trabajadores, la renta de la tierra y el interés del capital, que corresponden a los factores de producción: trabajo, tierra y capital. Si procedemos así,

llegaremos a una teoría de la formación de los precios de los factores de producción en la que estos vienen dados por el valor de su producto marginal, esto es, el producto entre el precio de mercado del bien que generan (interacción entre preferencias y escasez) y la productividad marginal del factor en cuestión. Consecuentemente, nadie podrá engañarse respecto al hecho de que la distribución de la renta constituye una pieza inseparable del proceso productivo y que está sujeta a leyes similares que las demás partes integrantes. Tampoco es posible dudar de que la formación del precio de los factores de producción en que finaliza la distribución de la renta desempeñe funciones esenciales dentro de la lógica del proceso productivo. Por lo tanto, cuando estos resultados naturales del sistema intentan modificarse de un modo coactivo (redistribución vía expropiación y/o impuestos), se provoca una caída en la producción.

En función de ello, el sistema tiende a dar al trabajo aquello que el trabajador crea, a los capitalistas aquello que crea el capital y a los dueños de la tierra la renta que esta genera. A su vez, tiende a dar a cada productor la cantidad de riqueza que produjo. Bajo este sistema no solo se descarta la teoría de la explotación, según la cual «a los trabajadores se les roba aquello que producen», sino que además el sistema capitalista resulta esencialmente justo.

Los titulares privados de los bienes de producción no pueden emplear su propiedad de cualquier manera, ya que se ven obligados a que promueva la satisfacción del prójimo. Ya lo hemos dicho: si lo hacen bien, el premio es la ganancia, mientras que, si son ineptos o carecen de eficiencia, la pena son las pérdidas. En una economía de libre mercado, los consumidores, con sus compras o abstenciones, deciden todos los días quién será el dueño de la propiedad productiva y cuánto de ella ha de poseer.

Como afirmaba Henry Hazlitt: «El sistema capitalista es un sistema de libertad, justicia y producción. En todos estos aspectos

es infinitamente superior a todos los otros sistemas, que son siempre coercitivos. Pero estas tres virtudes no deben separarse. Cada una de ellas surge de la otra. El hombre solo puede ser moral cuando es libre. Solo cuando tiene libertad para elegir puede afirmarse que elige el bien y no el mal. Solo siente que se lo trata con justicia cuando tiene libertad para elegir, cuando tiene libertad para obtener y conservar los frutos de su trabajo. A medida que reconoce que su recompensa depende de su propio esfuerzo y producción al servicio de sus semejantes, cada hombre cuenta con el máximo incentivo para cooperar ayudando a los demás a hacer lo mismo. La justicia del sistema proviene de la justicia de las recompensas que ofrece».

2. La justicia social es injusta

El contraste entre pobres y ricos, entre choza y palacio, entre trabajadores y capitalistas es la gran cuestión que desde hace siglos mueve más o menos violentamente a los hombres, y siempre, cuando el contraste se agudiza, surgen los campeones de la igualdad y de la justicia que cuestionan los resultados de la economía de libre mercado. Sin embargo, vale la pena notar que la distribución de la renta es en todas partes desigual, en el sentido de que existe un gran número de pequeñas rentas frente a un pequeño número de grandes rentas. Es en este contexto en el que aparece el concepto de justicia social, que es usado como sinónimo de justicia distributiva y da lugar a la instauración de un sistema impositivo progresivo, el cual fue propuesto por Marx y Engels en 1848 como una forma de despojar a la burguesía de su capital, para luego ser transferido al Estado.

Sin embargo, el proceso de mercado, como señala Hayek, se corresponde a la definición de juego y, como tal, representa una contienda jugada de acuerdo a reglas y decidida por destreza superior y/o buena fortuna. En dicho juego, los precios de libre mercado presentan un rol clave: señalan qué bienes producir y qué medios utilizar para producirlos. Es más, los individuos, intentando maximizar sus ganancias bajo dichos precios, harán todo lo posible para mejorar el bienestar de cualquier miembro de la sociedad, al tiempo que se asegurarán de que todo el conocimiento disperso de una sociedad sea tomado en cuenta y utilizado. Por ende, considerando como justa aquella regla de remuneración que contribuye a aumentar al máximo las oportunidades de cualquier miembro de la comunidad elegido al azar, deberíamos estimar que las remuneraciones que determina el mercado libre de intervención son las justas.

Naturalmente, el resultado del juego del mercado implicará que muchos tendrán más de lo que sus congéneres creen que merecen, e incluso muchos más tendrán considerablemente menos de lo que estos piensan que deberían tener. Sin embargo, las altas ganancias reales de los exitosos, sea este éxito merecido o accidental, son un elemento esencial para orientar los recursos hacia donde puedan realizar una mayor contribución al producto del cual todos extraen su parte.

En este contexto, no es sorprendente que tantas personas deseen corregir esto a través de un acto autoritario de redistribución. Sin embargo, si los individuos o grupos aceptan como justas sus ganancias en el juego, es engañoso que invoquen a los poderes coactivos del gobierno para revertir el flujo de cosas en su favor. De hecho, cuando los gobiernos discriminan coactivamente entre los gobernados y comienzan a manipular las señales de precios de mercado con la esperanza de beneficiar a ciertos grupos, se deriva hacia el derrumbe de los resultados de crecimiento y prosperidad.

A la luz de ello, al investigar sobre la base de los reclamos por justicia social, encontramos que estos se apoyan en el descontento que el éxito de algunos hombres produce en los menos afortunados, o, para expresarlo directamente, en la envidia. De hecho, la moderna tendencia a complacer esa pasión disfrazándola bajo el respetable ropaje de la justicia social representa una seria amenaza para la libertad. En este sentido, vale la pena recordar que el gran objetivo de la lucha por la libertad ha sido conseguir la igualdad de todos los seres humanos frente a la ley.

Cada intento de controlar algunas de las remuneraciones mediante un sistema de impuestos progresivos no solo redistribuye de modo violento lo que el mercado ha repartido, sino que implica un trato desigual frente a la ley. Así, cuanto mayor el éxito, más que proporcional será el castigo fiscal. Consecuentemente, esto originaría una clase de sociedad que en todos sus rasgos básicos sería opuesta a la sociedad libre. No solo la justicia social es injusta, sino que además conduce a un modelo totalitario.

3. El mercado como proceso de descubrimiento

Existen dos modos distintos de enfrentarse al mercado capitalista, aun entre los propios economistas que admiten que el sistema de precios libres es capaz de cumplir las funciones asignativas de una economía.

Por un lado, está el típico caso de la microeconomía, en el cual, bajo mercados competitivos, la economía opera con conocimiento perfecto. Así, la elección que haga un individuo es la mejor que cabe hacer entre una serie de alternativas conocidas. Dados los precios de todos los bienes, cada decisor puede transformar el presupuesto

del que dispone en una serie de cestas de bienes alternativas y, entre todas estas, selecciona la que considera preferible, de modo que tal selección constituye el conjunto de compras y ventas que realiza en el mercado. En esta visión, la hazaña de un mercado competitivo es que los bienes comprados y vendidos cuadran perfectamente como consecuencia de unos precios de equilibrio conocidos por todos. Todo intento de compra y de venta tiene éxito. Los bienes con un precio que beneficia tanto al vendedor como al comprador resultan vendidos. Por lo tanto, en esta pintura del mercado no existen sorpresas, ni beneficios o pérdidas extraordinarias.

Por otro lado, dicha visión contrasta fuertemente con la posición de la Escuela Austríaca, que caracteriza al mercado como un proceso de descubrimiento en el que cada precio pagado o cada ingreso percibido son parte de un sistema, en el cual cada transacción es fruto de los descubrimientos simultáneos realizados por todas las partes implicadas.

Ahora, el mercado consiste en una sucesión de conjuntos de transacciones siempre cambiantes. En cada momento, las mercancías adquiridas por los compradores y los ingresos percibidos por los vendedores representan los descubrimientos realizados hasta entonces por unos y otros. También expresan los errores que ambos siguen cometiendo y que otros habrían cometido de haberse incorporado al mercado. En este marco, los descubrimientos empresariales podrán seguir realizándose en la medida en que existan sin aprovechar oportunidades de realizar un intercambio mutuamente ventajoso entre un par cualquiera de participantes en el mercado y con respecto a un par cualquiera de mercancías de las que sean propietarios. Además, en un mercado con múltiples bienes, el descubrimiento de una oportunidad producirá una cascada de nuevos cambios en las decisiones de compra y venta de los individuos, así como nuevas oportunidades

de intercambios mutuamente ventajosos. De este modo, el proceso de mercado consiste precisamente en la sucesión de descubrimientos inducidos, que solo se detendría en ausencia de cambios exógenos. Esto es, cuando todas las oportunidades de realizar intercambios mutuamente ventajosos hubieran sido ya aprovechadas y no quedara, en consecuencia, lugar para ulteriores descubrimientos empresariales.

Por ende, en la visión austríaca, el énfasis recae sobre las densas brumas de ignorancia que recubren cada decisión adoptada. Es más, el éxito del mercado no consiste ahora en su habilidad para producir precisamente el conjunto de precios de equilibrio que conduce a una infinidad de decisiones perfectamente ajustadas, sino que el éxito del mercado se juzga por su capacidad de generar descubrimientos. Partiendo en cada instante de un trasfondo dado de mutua ignorancia entre sus participantes, el funcionamiento del mercado irá espontáneamente ofreciendo los incentivos y oportunidades que acabarán conduciendo a disipar cada vez más esas brumas de ignorancia. De hecho, son estas brumas las culpables de que el mercado no acabe de conseguir un perfecto ajuste entre las decisiones, y es precisamente el hecho de que el mercado continuamente genere las intuiciones que las disipan lo que posibilita que se alcance el grado de ajuste existente.

Por último, la justificación racional para el uso de la competencia surge de la base de no conocer anticipadamente los hechos que determinan las acciones de los competidores. Tanto si hablamos de deportes, como de exámenes o de premios de poesía, sería inútil organizar competencias si conociéramos de antemano al ganador. Así, la competencia debe ser considerada como un procedimiento para descubrir hechos que de otro modo serían desconocidos, o por lo menos no serían utilizados. Por lo tanto, de la formulación anterior surgen de inmediato dos corolarios:

(i) La competencia es valiosa porque sus resultados son imprevisibles y diferentes de aquellos que se pudieran haber perseguido deliberadamente.
(ii) Los efectos generalmente provechosos de la competencia incluyen desilusionar o derrotar algunas de las expectativas o intenciones particulares.

4. Capitalismo y justicia distributiva

Probablemente ningún otro aspecto moral del capitalismo como el vinculado a la justicia de la economía de mercado haya provocado controversias tan amargas ni despertado emociones tan violentas. Los críticos del capitalismo denuncian a este sistema como explotador, y la razón por la que es despreciado en gran parte del mundo tiene que ver con que muchos lo ven como un sistema erigido sobre la injusticia, como si esto fuera una de sus características esenciales y definitorias. Es por esa violenta antipatía hacia el capitalismo y el supuesto de su injusticia que en ningún país moderno se ha permitido que el sistema florezca sin imponerle restricciones.

Sin embargo, los juicios morales que se hacen sobre el capitalismo yerran por no haber acertado en comprender adecuadamente la naturaleza y la forma de operar del sistema. En este sentido, las críticas parten, en mayor o en menor medida, de considerar que la información es algo objetivo (dada de modo perfecto), por lo que es posible realizar un análisis costo-beneficio sobre ella.

Así, al poner el énfasis en la completitud del conocimiento que poseen los participantes en el mercado, resulta razonable tratar el

producto agregado («la torta») como algo definido. El tamaño y la composición de esta torta no se van descubriendo, sino que, en este planteamiento, se encuentran ya implícitos en las dotaciones de recursos, preferencias y posibilidades tecnológicas, que son los datos del sistema para un momento dado. Por lo tanto, la producción de la torta se considera inevitable para esos datos de partida determinados, ya que el resultado de cada decisión de compra, venta o producción viene completamente determinado por estos parámetros. Tales resultados son, para cada decisor, aquel conjunto (de factores o productos) que ocupa la mejor posición en la jerarquía entre las distintas alternativas que se derivan de un conjunto de precios y de restricciones presupuestarias conocidas por adelantado. En este planteamiento, el mercado aparece no solo como productor de una torta social, sino también y al mismo tiempo como el que corta las porciones y las reparte entre los individuos. El mercado se ve como un distribuidor del producto social entre sus participantes, y su justicia o injusticia se liga con la justicia o injusticia de los criterios de distribución de ingresos.

Estas críticas carecen de sentido por dos cuestiones. Por un lado, en la distribución capitalista no existe una entidad central que sea responsable de cortar y repartir la torta, ya que los ingresos se determinan como resultado de la interacción de los innumerables participantes en el mercado. Nunca hay una torta entera que luego es cortada y repartida. Los bienes no se producen y luego se distribuyen. La obtención de los ingresos individuales y el proceso mediante el cual se determinan el tamaño y la composición de la supuesta torta son simultáneos. De hecho, el tamaño y la composición de la torta dependen de los criterios de distribución de ingresos tanto como estos dependen de aquellos.

Por otro lado, los esfuerzos productivos desplegados en una economía de mercado no tienen nada de automáticos o predeterminados. Los productos no fluyen automáticamente a partir

de los factores (un automóvil no está implícito en el acero y en el trabajo incorporado), sino que son los dueños de los recursos los que descubren el potencial productivo que en ellos reside y de modo deliberado ponen manos a la obra para lucrar con sus descubrimientos.

Desde esta concepción, los recursos no están dados, sino que tanto los fines como los medios son continuamente ideados y concebidos *ex novo* por los empresarios. Así, el producto agregado de una nación, un producto cuyos elementos han sido uno por uno descubiertos, no debe ser considerado como una torta que simplemente está ahí, sino como una torta que ha sido encontrada. Si los fines, los medios y los recursos no están dados, sino que continuamente están creándose por la acción empresarial del ser humano, resulta claro que el planteamiento ético fundamental deja de consistir en cómo distribuir equitativamente lo existente, y pasa a concebirse como la manera de fomentar la creatividad conforme a la naturaleza humana.

5. La condena moral del beneficio conduce a la pobreza

5.1. El debate sobre los beneficios

A los ojos de quienes paradójicamente se consideran «progresistas» y frente a los que abrazan ideas de izquierda, el principal defecto del capitalismo es la distribución desigual del ingreso y de la riqueza. En este sentido, el fin último de sus propuestas políticas es alcanzar la igualdad, en tanto que sus métodos para lograr la expropiación total de los medios de producción solo difieren en la velocidad. Así,

mientras los progresistas abogan —sea de modo consciente o no— por paulatinos avances sobre los derechos de propiedad hasta vaciarlos de contenido, los militantes de la izquierda más radicalizada proponen la vía revolucionaria para destruir el modo de producción capitalista.

Así, dentro de dicha «lógica» se rechaza el beneficio empresarial porque se lo considera inmerecido, ya que representa un lucro injustamente arrebatado a los trabajadores o a los consumidores, o a ambos. Esto es lo que subyace en el «derecho al producto completo del trabajo» y en la teoría de la explotación de Rodbertus y Marx. Sin embargo, pese a que dicha doctrina fue refutada por el desarrollo de la teoría subjetiva del valor de Jevons, Menger y Walras, y en particular por Von Böhm-Bawerk en *La conclusión del sistema marxiano*, puede decirse que la mayoría de los gobiernos (o acaso todos) apoyan esta visión pese a que fue refutada también por la evidencia empírica de los siglos XX y XXI. Por ello, frente al colosal fracaso histórico del comunismo (socialismo real), aquellos que quieren mostrarse como moderados y generosos son partidarios de aceptar que una fracción de los ingresos deba estar destinada a la retribución del capital invertido aportado por los «explotadores».

Friedrich von Hayek señala que, «si los socialistas supieran de economía no serían socialistas». De hecho, todas las razones aportadas para una política contra el beneficio son fruto de una interpretación errónea del funcionamiento de la economía de mercado. Por eso resulta ineludible una tarea que defina con claridad el beneficio empresarial.

5.2. El beneficio económico en el estado estacionario

Bajo el sistema capitalista, los empresarios determinan el nivel de producción orientados por las preferencias de los individuos. Así, el desempeño de esta función siempre está sujeto a la soberanía de los consumidores, siendo la materialización de ganancias y las pérdidas el mecanismo por el cual encauzan los recursos hacia el máximo bienestar.

Sin embargo, en la economía del estado estacionario, el comportamiento del sistema bajo ausencia de shocks exógenos se repite recurrentemente a lo largo del tiempo, motivo por el cual es posible anticipar a la perfección (previsión perfecta) el estado futuro del mercado, lo que comportaría que los empresarios no tuviesen beneficios ni pérdidas. Comprarían los factores de producción a precios que en el momento de la compra ya reflejarían los precios futuros de los productos. En este marco, el beneficio nunca sería normal y solo aparece cuando existe un shock exógeno que genera un desajuste entre la producción real y la producción, que debería existir para utilizar los recursos de modo tal que permitan brindar la mayor satisfacción posible a los deseos del público. En este marco, los beneficios son el premio que reciben aquellos que terminan con el desajuste y estos desaparecen apenas deja de existir el desajuste. Así, cuanto mayor sea el desajuste, mayor será el beneficio derivado de dicha remoción. En el estado estacionario los ingresos serán absorbidos totalmente por la retribución a los factores productivos, capital y trabajo, y el beneficio será nulo. Sin embargo, no existe una única definición para el estado estacionario, por lo cual no existe una única forma de definir el beneficio.

En el caso de una economía sin depreciación del capital y con una población constante, la tasa de retorno del capital invertido (valor del producto marginal del capital) debe igualarse al costo de oportunidad del capital (*wacc*), el cual surge del promedio ponderado entre el costo del capital propio (*equity*) y el de terceros (deuda) neto de impuestos, que constituye el financiamiento. De

este modo, el resultado operativo de la firma neto de impuestos [EBIT (1-t)] iguala el monto exigible como retribución del capital (producto entre el *wacc* y el capital invertido). A su vez, si separamos el resultado operativo entre ingresos y costos operativos, luego de pasar los segundos al otro lado de la igualdad, los ingresos son suficientes para cubrir el costo total asociado con la retribución de la materia prima, el trabajo, los impuestos y el capital, o bajo un formato alternativo, el precio es igual al costo medio total. Así, cuando el precio del bien esté por encima del costo medio total habrá un beneficio y en el caso opuesto habrá una pérdida.

Las condiciones de estado estacionario hacia las cuales se mueve la economía no implican que puedan a priori determinarse «los precios justos» de los bienes a partir del cálculo de costos. De hecho, el resultado que pueda obtener el empresario no es una función de la cantidad material producida ni tampoco depende de la cantidad de capital utilizado. Es más, el capital por sí mismo no genera beneficios. En este sentido, las pérdidas y las ganancias dependen pura y exclusivamente de la capacidad o incapacidad del empresario para adaptar la producción a la demanda de los consumidores.

Por ello, la existencia de beneficios nunca es normal ni equilibrada. Muy por el contrario, los beneficios tanto positivos como negativos son fenómenos que se presentan por haber sido perturbada la normalidad, dando lugar a la aparición de un desequilibrio. En un marco normal y equilibrado jamás habrá un beneficio distinto de cero y, de producirse un shock exógeno que altere el funcionamiento del sistema económico, los beneficios emergentes (positivos y negativos) tenderán a desaparecer. Es más, en el agregado de una economía en estado estacionario los beneficios agregados siempre son nulos.

5.3. Beneficios agregados y crecimiento económico

Denominamos economía en crecimiento a aquella en la cual tanto el stock de capital como el producto, ambos en términos per cápita, aumentan. Así, el progreso económico solo es posible a base de ampliar, mediante el ahorro, la cuantía de los bienes de capital existentes y de perfeccionar los métodos de producción, perfeccionamiento que, en la inmensa mayoría de los casos, exige la previa acumulación de nuevos capitales.

En este contexto de crecimiento es cuando aparece un exceso en la suma de todos los beneficios obtenidos por encima de la suma de las pérdidas sufridas. Este efecto derivado del mayor ahorro es el que permite añadir bienes de capital al stock disponible. A su vez, el mayor capital disponible crea desajustes en la medida en que produce una discrepancia entre el estado actual de la producción y ese estado que hace posible el capital adicional. Gracias a la aparición de capital adicional, ciertos proyectos que no podían ejecutarse se convierten en viables. Al dirigirse el nuevo capital hacia aquellos canales en los que satisface los deseos más urgentes de consumidores aún no satisfechos, los empresarios consiguen ganancias que no se contrarrestan por las pérdidas de otros empresarios.

El enriquecimiento que genera el capital adicional va solo en parte a aquellos que lo crearon ahorrando. Al aumentar la productividad marginal del trabajo y, por tanto, los niveles salariales, el resto va a los asalariados, y al aumentar los precios de determinadas materias primas y alimentos, a los propietarios de terrenos, y finalmente a los empresarios que integran este nuevo capital. Sin embargo, mientras que la mayor ganancia de los asalariados y los terratenientes es permanente, los beneficios de los

empresarios desaparecen una vez que se completa esta integración.

5.4. Condena del beneficio y decadencia

En contraposición a una economía en crecimiento, una economía decadente se caracteriza por una situación en la que disminuyen el stock de capital y el producto. En dicha economía, la cantidad total de pérdidas en las que incurren los empresarios excede la cantidad total de beneficios que son obtenidos por otros empresarios.

Por lo tanto, la condena del beneficio genera daños tanto en el presente como en el futuro. Respecto a los daños del presente, la idea de abolir el beneficio en favor de los consumidores implica que el empresario debería verse obligado a vender los productos a precios que no excedan los costos de producción. Como tales precios están por debajo del precio potencial de mercado, la oferta disponible no alcanza para todos. El mercado se paraliza por la fijación de precios máximos, lo que no permite la reasignación de recursos acorde a la nueva demanda de los consumidores. Cuando esto ocurre, se suele adoptar un sistema de racionamiento de cantidades.

Por otra parte, la persecución del beneficio haría que, mientras los beneficios vayan a trabajadores y consumidores, la incidencia de las pérdidas recaería en los empresarios, por lo que los beneficios agregados se tornarían negativos y la economía entraría en un sendero decadente. En este contexto, ya no habría capital disponible para la creación de nuevos sectores de producción ni tampoco para la reasignación de capital de sectores que deberían disminuir frente a nuevos sectores que deberían expandirse. El daño

del mecanismo de acumulación de capital conlleva una menor productividad de los trabajadores con la consecuente caída del salario real. Nótese además que, si dicho ataque a los beneficios es muy agudo, puede llegar a consumirse parte del capital existente, lo cual, frente a rigideces del mercado laboral, conduciría al desempleo y/o a crisis monetarias que deriven en una licuación del salario real.

5.5. Socialismo y pobreza

Gran parte de los gobiernos que no han adoptado abiertamente el socialismo real han aplicado distintos tipos de medidas que avanzan sobre los derechos de propiedad, de modo tal de apropiarse de los beneficios.

Así, se confiscan por diversas medidas de control de precios parte de los beneficios potenciales en un supuesto favor de los consumidores. Apoyan a los sindicatos en sus esfuerzos por apropiarse de parte de los beneficios de los empresarios. Por último, tratan de confiscar mediante impuestos progresivos de la renta, impuestos especiales a las sociedades e impuestos a las «ganancias excesivas» una parte cada vez mayor de los beneficios para financiar los delirios mesiánicos de la parasitaria corporación política. Por ende, puede verse con claridad que, si estas políticas continúan, conseguirán abolir el beneficio empresarial.

El efecto final de todo esto sería la consecución completa del socialismo, lo cual no solo terminaría por ahuyentar a los empresarios sino que también destruiría al sistema capitalista, por cuanto no puede sobrevivir a la abolición del beneficio. Son los beneficios los que obligan a los capitalistas a emplear su capital para el mejor servicio posible a los consumidores. Por ello, si los

políticos lograran su objetivo de abolir el beneficio, la economía entrará en un caos y lo único que lograrán será multiplicar la pobreza.

6. El castigo al exitoso nos hundirá en la pobreza

En el sistema capitalista de organización económica de la sociedad, los empresarios determinan el nivel de producción orientados por las preferencias de los individuos. En el desempeño de esta función, están sujetos a la soberanía de los consumidores.

Las ganancias aparecen por el hecho de que el empresario que juzga más correctamente que sus pares los precios futuros de los productos, compra alguno o todos los factores de producción a precios que, desde el punto de vista de la situación futura del mercado, son bajos. De esta manera, los costos totales de producción (incluido el interés sobre el capital invertido) quedan por debajo de los ingresos que recibe, lo cual constituye la ganancia empresaria. Por otro lado, cuando se equivoca en su juicio respecto de los precios futuros de sus productos, admite precios para los factores de producción que, desde el punto de vista de la situación futura del mercado, son demasiado altos. Así, sus costos totales de producción exceden sus ingresos por ventas, y dicha diferencia constituye la pérdida empresaria. Por lo tanto, las ganancias y las pérdidas son generadas por el éxito o el fracaso en ajustar la dirección de la producción a las más urgentes necesidades de los consumidores y, asociado a ello, una de las principales funciones de las ganancias es trasladar el control del capital a aquellos que saben emplearlo de la mejor forma posible para satisfacer las necesidades del público.

En este contexto, aquellas empresas que tienen ganancias crecen, mientras que las que tienen pérdidas se contraen. A su vez, si las ganancias se derivan de un aumento del ahorro, el total de estas supera las pérdidas agregadas y con ello la economía crece, mientras que, si el proceso deriva de un aumento del consumo, la cantidad de pérdidas superará las ganancias, y con ello, el capital y la economía se contraerán. Cuando este proceso se completa, tanto las ganancias como las pérdidas desaparecen y la economía queda en estado estacionario y los precios de los factores de producción alcanzan un nivel en el cual los costos totales de producción coinciden con los ingresos.

Cuando aparece la sensiblera serenata progresista que se lamenta por la «desigual» distribución del ingreso, fruto de la presencia de «ganancias excesivas», y desde ahí pretende castigar a los exitosos con impuestos progresivos (discriminatorios), se termina dañando a los más vulnerables. Así, un impuesto progresivo constituye un privilegio para los relativamente más ricos, puesto que obstaculiza el ascenso en la pirámide de riqueza y produce un sistema de inmovilidad y rigidez social. Al mismo tiempo, estos impuestos, al afectar de modo negativo el proceso de acumulación de capital, impactan sobre los trabajadores marginales; no solo hacen que el impuesto progresivo tienda a ser regresivo, sino que reducen el bienestar por la vía de menor ingreso y peor distribución.

En definitiva, la intervención del Estado en la economía hace que los resultados sean opuestos a los buscados. En este caso, la búsqueda de una mayor igualdad con movilidad social ascendente mediante la confiscación y el cercenamiento de las ganancias termina conduciendo a una mayor desigualdad, con una perpetuación de la estructura inicial; esto es: el sistema de impuestos progresivos «perfecto» no solo implica la consagración de la envidia, sino que además asegura que quien haya nacido pobre muera pobre.

7. La gran estafa buenista

Tiempo atrás, en el marco del programa *Debo decir*, conducido por Luis Novaresio, se discutía acaloradamente sobre inmigración y sobre el uso de bienes que son provistos por el Estado en forma «gratuita» a extranjeros (una falacia, porque nada es gratis y alguien lo tiene que pagar). Naturalmente, por un lado, estaba el sector más «progresista» (extraño rótulo para quienes han sembrado miseria donde aplicaron sus ideas) que defendía el uso irrestricto de los bienes en cuestión, mientras que, por otro, estaban los que se quejaban por el pago de altos impuestos y bienes de pésima calidad que «provee» el Estado y que llevan a buscar bienes alternativos en el sector privado (pagando así dos veces por el mismo bien).

En principio, se trata de un debate que parecería ser bastante antipático, ya que, si uno tiene en cuenta que solo el 2,38% de la población es descendiente de los pueblos originarios, ello implica que el país se ha poblado con la llegada de inmigrantes. Es más, el propio Preámbulo de la Constitución Nacional es una invitación a formar parte del país («para nosotros, para nuestra posteridad, y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino»), por lo que la queja va contra nuestra propia Carta Magna. Quejarse luce tremendamente ingrato y contrario a derecho.

Sin embargo, lo que nadie parecía percibir era el problema de fondo: la existencia del estado de bienestar. La situación fue abordada por el propio Milton Friedman, quien pertenecía a una familia polaca que, buscando nuevos horizontes, se instaló en los Estados Unidos. En este sentido, Friedman, liberal e hijo de inmigrantes, señalaba que «si no hubiera estado de bienestar podría haber inmigración totalmente libre», en tanto este abre la posibilidad de que aparezcan *free riders* extranjeros que utilizan los bienes provistos por el Estado sin arancel, mientras que la cuenta es

pagada por los ciudadanos nativos (al margen de la congestión en el uso que deteriora la calidad de los bienes en cuestión). Por lo tanto, si queremos fronteras abiertas deberíamos eliminar dicho estado. Obviamente, cuando se redactó la Constitución no existía el estado del bienestar, las fronteras estaban abiertas y hacia 1895 éramos el país con mayor PIB per cápita del mundo. A fines de la década de 1920 se torció el destino, se instauró el estado de bienestar y se subió al tren de la justicia social, cuyo destino final es la barbarie.

Desafortunadamente, la discusión no solo quedó empantanada respecto al rol nefasto del estado de bienestar, sino que uno de los defensores de la posición «progresista» remató su intervención con una frase típica del buenismo socialista, que es la base del hundimiento en la miseria del país. Concretamente, en un tramo del debate, el politólogo Leandro Santoro señaló: «Te quiero ver qué hacés con una nena boliviana que tiene cáncer y que viene a la puerta del Garrahan. ¿Qué hacés? ¿La dejás morir?… ¿Para vos las cuentas públicas son un Excel? Detrás de estas decisiones hay gente de carne y hueso. Yo vivo a pocas cuadras del Garrahan. Cada vez que ves una familia desesperada porque tiene que hacer un trasplante, porque tiene una enfermedad difícil, tenés que ser muy hijo de puta para decir “Che, por favor, busquemos el equilibrio fiscal”, y no preocuparte por las personas de carne y hueso».

Lo primero que se puede señalar ante tan barato, sensiblero y demagogo argumento es que Santoro plantea un falso dilema. En un estudio reciente del BID se demostró que Argentina tiene una ineficiencia técnica del gasto público de 7,2% del PIB, cuando el promedio de la región es 4,4%, al tiempo que en un eufemístico rubro denominado «filtraciones» el país se ubica en torno a 5% del PIB. Por lo tanto, se podría atender a la nena del ejemplo y, a la vez, también hacer un drástico recorte del déficit fiscal. Eso sí, perderían los delincuentes de la política, que usan a los pobres para proteger

sus privilegios de casta. Uno debería preguntarle a Santoro si está a favor de permitir semejante estafa política en el gasto público.

En segundo lugar, si bien el argumento anterior es más que suficiente para que bese la lona, sería deshonesto intelectualmente esquivar el punto frente a un escenario en el que el gasto público fuera eficiente y no hubiera robo de los políticos. En ese sentido, resulta esclarecedora la frase de Thomas Sowell: «La primera lección de economía es que no hay de todo para todos, mientras que la primera lección de la política es ignorar la primera lección de economía».

A la luz de ello, supongamos que el mayor gasto público se financia con emisión de dinero. Así, al aumentar la oferta de dinero sin contrapartida de demanda, el poder adquisitivo del dinero caerá, haciendo que todos los bienes expresados en unidades monetarias suban. Es decir: inflación, la cual no solo representa una estafa, sino que además es un impuesto no legislado. A su vez, ese dinero genera una redistribución del ingreso que favorece a los políticos, que reciben primero el dinero, y perjudica a los trabajadores, que son los que lo reciben en último lugar. Dicha redistribución del ingreso que afecta el ahorro reasigna la producción presente y futura y genera una estructura productiva desequilibrada que, a la postre, terminará provocando una crisis. De hecho, es lo que hizo Argentina en 108 de los últimos 118 años y así, de ser el país más rico del mundo, pasamos al puesto 65 y en caída libre. Es más, esta pasión por gastar de Santoro violando la restricción del presupuesto puede estar ligada a su admiración a Raúl Alfonsín, quien huyó de su gobierno en medio de una hiperinflación.

La otra forma de financiamiento sería con endeudamiento. De más está decir que Argentina ha hecho uso y abuso de dicha fuente, ya que un país no se convierte en máximo defaulteador serial sin antes tomar deuda, la cual se toma como consecuencia del déficit fiscal. Aun así, vale la pena señalar el aspecto inmoral de la deuda:

mientras la generación presente «disfruta» del gasto público, la cuenta será pagada por las generaciones futuras con una expropiación del fruto de su trabajo. La imagen sería como la del padre de un chico que le roba el dinero del recreo a los compañeritos de su hijo para irse de copas con sus amigotes. Imagínese la crueldad de robarles el fruto de su trabajo (vía impuestos) a seres que aún no votan y/o aún no han nacido.

Finalmente, agotados esos recursos tan crueles, aparece el cobro de impuestos. Así, en primer lugar, debería estar claro que, para satisfacer las preferencias de Santoro, que tanto sufre cuando pasa por el Garrahan, habrá que quitarle por la fuerza (robo, llamado también impuesto) el fruto del trabajo a otra persona. En la línea de su ejemplo sentimentaloide, podríamos decir que hay un matrimonio que con mucho esfuerzo ha logrado generar los ingresos suficientes como para financiar el tratamiento contra el cáncer de su hija en una clínica privada con una amplia historia de resultados excelentes. Sin embargo, los campeones de la justicia social creen que es injusto que ese matrimonio genere tanto ingreso y le sacan, vía impuestos, el monto del tratamiento. Así, Santoro ha decidido que la primera chica viva y la segunda muera, pese al esfuerzo de sus padres. Lo peor de todo no es lo aberrante de una situación en la que a una familia se le roba, condenando a la muerte a su hija, sino que a la luz de las porosas manos de los políticos el dinero que llegará no alcanzará para el tratamiento de la primera de las niñas, por lo que, con la lógica de Santoro, ahora al robo lo siguen no una muerte, sino dos. Obviamente, los progresistas dirán que es un caso extremo y que la idea es sacarles a los que más tienen. Sin embargo, la pregunta es: ¿debe un político obligar a otras personas a pagar las cuentas derivadas de sus preferencias? Y más… ¿acaso los bienes que él prefiere son moralmente superiores a los que la gente elige por su propia voluntad? ¿La diferencia en los valores morales da derecho al político a robarse el fruto del trabajo

ajeno? ¿Acaso hay personas que tienen más derechos que otras? Y en última instancia, si Santoro está tan, pero tan compungido por la nena boliviana, nada prohíbe que le regale a la familia el dinero del tratamiento. Como señalaba Murray Newton Rothbard, es increíble el nivel de caridad que puede llegar a mostrar el ser humano cuando la cuenta la paga otro. En definitiva, como siempre pasa con los progresistas y sus buenas intenciones, los resultados son opuestos a los que en teoría se buscan. Así, las nobles intenciones de salvar la vida de los niños terminan condenando a más niños a la muerte, los planes para erradicar la pobreza generan más pobreza, los planes de protección del empleo generan más desempleo y los planes de controles de precios para combatir la inflación no solo generan más inflación, sino que además conducen al uso de poderes extralegales sobre los ciudadanos. Por lo tanto, si la verdadera intención es que Argentina salga del infierno de decadencia en el que está sumergida desde hace 90 años, debemos borrar la primera lección de la política y volver al orden liberal, que en 35 años nos hizo dejar atrás la barbarie para ser el país más rico del mundo.

Nuestro enemigo, el Estado

1. La naturaleza del Estado

El gran sociólogo alemán Franz Oppenheimer señaló que hay solo dos formas mutuamente excluyentes de obtener riqueza. En primer lugar, el método de la producción e intercambio, al cual llamó «medios económicos». La única forma por la cual el hombre puede lograr la satisfacción de sus necesidades y mejorar su nivel de vida es mediante el uso de su mente y su energía para transformar recursos («producción») e intercambiar dichos productos por bienes creados por otras personas. El hombre ha descubierto que, a través del proceso de intercambio voluntario y la productividad, el nivel de vida de todos los participantes en el intercambio aumenta enormemente. El único curso «natural» para la supervivencia del hombre y la obtención de riqueza es el uso de su mente y energía para dedicarse al proceso de la producción y el intercambio. El hombre hace esto, en primer lugar, encontrando recursos naturales y transformándolos («mezclando su trabajo con ellos», según John Locke), para hacerlos su propiedad individual, y luego intercambiando dicha propiedad por la propiedad similarmente obtenida de otros. El camino social dictado por los requerimientos de la naturaleza del hombre es, por consiguiente, el camino de los «derechos de propiedad».

La otra forma es más simple, en el sentido de que no requiere productividad, y es el método de la captura de los bienes o servicios de otros por medio de la fuerza. Es un método de confiscación unilateral, al que Oppenheimer denominó «medios políticos» hacia la riqueza. Debería estar claro que el uso pacífico de la razón y la energía propias para la producción es el camino natural para el hombre. Debería ser igualmente claro que los medios coercitivos y explotadores son contrarios a la ley natural y constituyen un mecanismo parasitario (salvo que se considere el robo y el trato desigual ante la ley —llámese «justicia social»— como rasgos positivos). Los «medios políticos» desvían la producción hacia un individuo o grupo parasitario, y esta desviación no solo sustrae del número de productores sino que también reduce el incentivo que estos tienen para producir más allá de su propia subsistencia.

Estamos, entonces, en posición de contestar más cabalmente a la pregunta «¿qué es el Estado?». En palabras de Oppenheimer, es la organización de los medios políticos; es la sistematización del proceso predatorio sobre un territorio determinado. Pues el crimen es, en el mejor de los casos, esporádico e incierto, su parasitismo es efímero y la vida coercitiva puede ser cortada en cualquier momento mediante la resistencia de las víctimas. Por otra parte, el Estado provee un canal legal, ordenado, sistemático y permanente para la depredación de la propiedad privada y hace segura y relativamente pacífica la vida de la casta de parásitos en la sociedad. En función de ello, debería quedar claro que, dado que la producción debe preceder siempre a la depredación, el mercado libre es anterior al Estado, y por otra parte, el Estado no ha sido creado mediante «contrato social» alguno y siempre ha nacido de la conquista y la explotación. Sin embargo, es considerado casi universalmente como una institución de servicio público. Algunos teóricos veneran al Estado como la apoteosis de la sociedad. Otros lo consideran una institución amigable que, aunque a veces ineficiente, constituye una

organización para el logro de fines sociales, un medio necesario para alcanzar los objetivos de la humanidad.

Con el surgimiento de la democracia, la identificación del Estado con la sociedad se ha redoblado, hasta el punto de que es común la expresión de sentimientos que violan todos los principios de la razón y el sentido común, tales como «nosotros somos el gobierno». El útil término colectivo «nosotros» ha permitido que un camuflaje ideológico haya sido extendido sobre la realidad de la vida política. Si «nosotros somos el gobierno», entonces todo lo que un gobierno le haga a un individuo no es solo justo y no tiránico, sino que también es voluntario de parte del individuo involucrado. Debemos enfatizar que «nosotros» no somos el gobierno, así como el gobierno no es «nosotros». El gobierno no representa en ningún sentido preciso a la mayoría del pueblo. Pero, aun si lo hiciera, aun si el 70% de la población decidiera asesinar al 30% restante, estaríamos de todas formas frente a asesinatos y no se trataría del suicidio voluntario de parte de la minoría masacrada.

Si el Estado no es «nosotros», si no es la familia humana juntándose para decidir sobre sus problemas comunes, si no es la reunión de una logia o de un consorcio, entonces… ¿qué es? El Estado es aquella organización en la sociedad que intenta mantener un monopolio sobre el uso de la fuerza y la violencia en determinada área territorial. En particular, el Estado es la única organización que obtiene sus ingresos no a través de contribuciones voluntarias o el pago por servicios prestados, sino mediante la coerción. Mientras que otros individuos o instituciones obtienen sus ingresos por medio de la producción de bienes y servicios y por la venta voluntaria y pacífica de dichos bienes y servicios a otros individuos, el Estado obtiene su renta mediante el uso de la compulsión, es decir, la amenaza de la cárcel y a punta de pistola. Luego de usar la fuerza para obtener sus ingresos, pasa a regular las demás acciones de sus súbditos individuales.

Uno pensaría que la simple observación de todos los Estados a lo largo de la historia sería suficiente prueba. Sin embargo, el aura de mito benevolente ha envuelto por muchísimo tiempo las violentas actividades del Estado, llegando a un lavado de cerebro tan descomunal que tomar conciencia de lo que representa requiere una gran dosis de elaboración: el Estado es nuestro mayor enemigo.

2. El enemigo

La acometida central del pensamiento libertario es oponerse a todas y cada una de las agresiones a los derechos de propiedad individuales, a la persona y a los objetos que haya adquirido en forma voluntaria. Por supuesto, los criminales, de forma individual o en bandas, se oponen a esto, pero no hay nada distintivo en el credo libertario, dado que todas las personas y escuelas de pensamiento rechazan el ejercicio aleatorio de la violencia contra el individuo y la propiedad. Sin embargo, la diferencia fundamental entre los libertarios y otras personas no está en el área del crimen privado, sino en su visión del rol del Estado, o sea, del gobierno. Para los libertarios, el Estado es el agresor supremo, el eterno, el mejor organizado. El Estado es una organización criminal. Lo son todos los Estados y en todas partes, ya sean democráticos, dictatoriales o monárquicos.

Para el libertario, existe una diferencia crucial entre el gobierno y el resto de las instituciones de la sociedad. Por un lado, están las personas o grupos que reciben sus ingresos por pagos voluntarios: ya sea por una contribución voluntaria o por obsequio, o mediante la adquisición voluntaria de sus bienes o servicios en el mercado. Su éxito radica en servir al prójimo proveyendo el mejor bien/servicio al

menor precio posible. Franz Oppenheimer llamó a este método «el medio económico». Por el otro lado está el método del robo mediante el uso de la violencia. Este gravamen coercitivo es la recaudación de impuestos y es lo que, como decíamos, Oppenheimer denominó «el medio político». La «contribución» es un robo a gran escala que ni los más famosos delincuentes pueden soñar con igualar. Y como si todo ello fuera poco, solo el gobierno puede utilizar sus fondos para cometer actos de violencia contra sus ciudadanos. Por ello cabe definir al Estado como la organización de los medios políticos que se basa en la sistematización del proceso predatorio sobre un área territorial dada. Una suerte de mafia con «respaldo legal».

En la esfera privada, el crimen es esporádico e incierto, el parasitismo es efímero, no sistemático y la vida parasitaria y coercitiva puede terminar en cualquier momento por la resistencia de la víctima. Pero en el caso del Estado, este provee un canal legal, ordenado y sistemático para la depredación de la propiedad de los productores, lo cual hace que la línea de vida de la casta parasitaria sea cierta, segura y hasta en cierto modo «pacífica». Es más, el Estado es muchísimo peor moralmente que un ladrón vulgar, ya que el ratero por lo menos da la cara, expone el físico y puede terminar preso, mientras que el político se escuda en el uso del monopolio de la violencia.

Todos y cada uno de los gobiernos, hasta los menos despóticos, han obtenido siempre la parte más importante de sus ingresos mediante la recaudación coercitiva de impuestos. A lo largo de la historia ha sido la principal causa de la esclavitud y la muerte. No importa cuán pequeño sea el poder del gobierno, no importa cuán baja sea la carga impositiva o cuán igualitaria su distribución, de cualquier modo crea dos clases desiguales e inherentemente conflictivas en la sociedad:

(i) Aquellos que pagan en forma neta los impuestos («los contribuyentes»).
(ii) Los parásitos que viven en forma neta de los impuestos.

Así, cuanto más grande sea el peso del Estado y mayor sea la carga tributaria, mayor será la desigualdad que se impone entre estas dos clases.

El Estado utiliza el monopolio de la fuerza para alzarse con el monopolio del crimen para controlar, regular y coaccionar a sus desventurados súbditos. A veces llega a controlar hasta la moralidad y la existencia cotidiana de sus subordinados. Redistribuye la renta y la riqueza desde el público hacia él mismo y sus aliados, para de este modo controlar, dominar y coaccionar a los habitantes del territorio. Por consiguiente, en una sociedad auténticamente libre, en la cual se respeten todos los derechos individuales de la persona y de la propiedad, el Estado debería necesariamente dejar de existir.

3. Oligarquía política versus libertarios

El kirchnerismo fue el peor gobierno de la historia. Los Kirchner aniquilaron cuanta definición de capital se les cruzara. Destruyeron capital físico, humano, institucional y social, lo que en el último caso creó una supuesta grieta entre ricos y pobres, cuando la verdadera grieta es entre la corporación política, junto con su ejército de parásitos, y los individuos. En esta colosal historia de decadencia, el centro de la escena lo ocupa el Estado. Una institución que, inventando derechos donde no los hay, ha venido cercenando libertades individuales a discreción, cuyas formas más recurrentes han sido el déficit fiscal y el *default* en al menos tres versiones:

(i) el aumento de la presión tributaria,
(ii) la inflación,
(iii) el repudio de la deuda.

Es más, las últimas cuatro crisis (Rodrigazo en 1975, la tablita cambiaria en 1982, la hiperinflación de Alfonsín en 1989 y el estallido de la Convertibilidad en 2001-2002) se dieron con niveles de déficit fiscal del 14%, 11%, 8% y 7% del PIB, respectivamente.

De este modo, cuando uno observa que el déficit fiscal consolidado de nación, provincias, municipios y posición de letras del BCRA oscilará entre el 10% y el 11% del PIB, en un contexto internacional donde la tasa de interés comenzará a subir, a la luz de la historia deberían ponerse muy incómodos. Sin embargo, frente a la alerta, el gobierno prefiere estigmatizar a los liberales por pensar distinto (lo cual es una forma sutil de persecución ideológica), propone fábulas y crea falsos dilemas a fin de que la casta no ceda privilegios.

Tomemos el caso de la administración nacional de Mauricio Macri. Sus fábulas preferidas fueron dos. Por un lado, nos propuso el mito del *gradualismo*. Aquí, la evidencia empírica es contundente. Desde 1952 a la fecha, todos los programas gradualistas terminaron mal, mientras que todos los de *shock*, salvo el de 1959, fueron expansivos. Por otro lado, procuró traficar la fábula socialista de que el Estado puede ser eficiente. En rigor, solo se puede gastar bien cuando un individuo gasta su dinero en sí mismo, ya que sabe cuánto le costó ganarlo. A su vez, si su dinero lo gastara en otros buscaría minimizar el costo, mientras que, si gastara el de otros en sí mismo, lo despilfarraría. Obviamente, el peor de los mundos es gastar el dinero ajeno en otros: el estado de malestar.

La esencia del político es engañar a la gente, de modo tal que no se perciba su verdadera condición. Así es como se inventan falsos dilemas. Por ejemplo, cuando se señala la necesidad de corregir el

déficit fiscal y bajar impuestos, la reducción de gastos implicada hace que el político acuse al proponente de querer perjudicar a los más vulnerables, aun frente a propuestas explícitas en las que se deja en claro que dichos grupos no sufrirían el ajuste. Buscan refugio en los más vulnerables para sostener sus privilegios. Y, sin embargo, frente a la quiebra del sistema previsional, no les tiembla el pulso para encarar la reforma castigando a los jubilados presentes y futuros con tal de hacerse de fondos para consolidar su proyecto político. Lo mismo pasa con la reforma impositiva dado que, al ritmo que proponen, tardaríamos más de 50 años en alcanzar la presión fiscal de nuestros vecinos fruto de la intención de los políticos de mantener sus privilegios.

En definitiva, lo que hay que entender es que la verdadera grieta es entre los que trabajan en la creación de riqueza, por un lado, y por el otro, los parásitos de la política que, vía el uso de la fuerza, se apropian de lo que no les corresponde. En tanto y en cuanto no se entienda esto, seremos cada día menos libres y mucho más pobres.

Crecimiento económico: el camino al paraíso

1. Introducción

Los apocalípticamente pesimistas, desde Malthus, pasando por Ricardo, Marx, Keynes, Harrod y Domar, hasta el Club de Roma, siempre se equivocaron. Analizando la historia, creer que lo mejor está por venir, aun cuando de tanto en tanto haya una crisis, no es exceso de optimismo.

No les pido que me crean, pero al menos déjenme proponer un juego. Imagine usted, lector, que le regalan un viaje en el tiempo para presenciar el nacimiento de Jesucristo. Embargado de alegría por la magnitud del evento, decide salir a pasear por la ciudad de Belén y percibe que la gente vive en promedio 25 años (y ni le cuento cómo están vestidos), por lo que, para brindarles una dosis de optimismo, les cuenta que en un futuro ese número se triplicará y que no solo habrá personas que excederán los 100 años, sino que además el Premio Nobel de Economía Ronald Coase publicará un libro a los 102 años. Ello lo induce a que les hable de la imprenta de Gutenberg y, como percibe que la gente se entusiasma, les cuenta que donde usted vive hay agua potable, luz eléctrica, heladeras, aire acondicionado, microondas, calefacción, cine, televisión, computadoras, iPads y teléfonos que permiten ver a la otra persona mientras habla.

Hay una muchedumbre que no sale de su asombro y le preguntan por los caballos, burros y camellos, a lo que usted les contesta que, si bien hoy existen, nos transportamos en autos, trenes, autobuses, trenes subterráneos, enormes barcos y hasta volamos en aviones. Naturalmente, explicar todos estos bienes le demanda mucho tiempo y se le hace de noche, con lo que además levanta su mano y señalando al oscuro cielo les dice que hemos llegado a la Luna. Al terminar de describir nuestro mundo, ¿qué cree que pensarán de usted? No es necesario leerle la mente para adivinar que los lugareños creerán que usted está totalmente loco.

La contrapartida de todos estos logros materiales de 2000 años ha sido una tasa de crecimiento del producto per cápita que implicó que el nivel de ingreso se multiplicara 12,9 veces, al tiempo que la población lo hizo en 26,9 veces. Sin embargo, hacer la cuenta en las puntas esconde mucha información. Así, separando la evolución del producto interno bruto por habitante (PIB per cápita) entre el período que va desde el año 1 al 1800 y los restantes 200 años, podemos observar que la tasa de crecimiento pasó del 0,02% al 1,1%, mientras que el nivel de ingreso que durante el primer período había crecido en un 40,8% (concentrado en los siglos XIV y XV), durante el segundo período se multiplicó 9,18 veces. Ello implica que durante los últimos dos siglos el crecimiento per cápita fue de 817,7%, siendo de 92% en el XIX y de 378,1% durante el siglo XX.

Por otra parte, la tasa de crecimiento se está acelerando. La cantidad de años necesarios para duplicar la renta pasó de 3649 en el primer período a 63. Es más, los datos de la última mitad del siglo XX muestran que la tasa de crecimiento se aceleró al 2,1% y los años para duplicar el ingreso cayeron a 33. En términos de países, Reino Unido fue el primero en duplicar su PIB per cápita y tardó 58 años (1780-1838), seguido por Estados Unidos con 47 (1839-1886), Japón con 34 (1885-1919), Italia con 21 (1890-1911), España con 18 (1950-1968), Corea del Sur con 9 (1978-1987) y China con 7

(1987-1994). A su vez, durante la segunda mitad del siglo XX, no solo se aceleró la tasa de crecimiento, sino que además este se mantuvo por largos períodos de tiempo. Por ejemplo, tomando un piso de crecimiento de 7% per cápita, Botsuana multiplicó su producto 18 veces en 45 años, China lo hizo por 13 en 44 años, Corea del Sur y Singapur lo hicieron por 12 en 41 y 33 años respectivamente, Japón y Taiwán multiplicaron sus ingresos 11 veces en 33 y 37 años respectivamente, Hong Kong lo multiplicó por 10 en 37 años, Omán y Malta lo hicieron en 9 veces en 39 y 31 años respectivamente, Malasia por 6 en 30 años e Indonesia por 5 en 31 años.

La propia evolución del término que describe «al 85% restante del planeta» que no alcanzó el estatus de país desarrollado es en sí misma interesante. En algún momento se dejó de hacer referencia a dichos países como pobres para ser llamados subdesarrollados. Luego recibieron el nombre de países menos desarrollados. A continuación, se los denominó países en vías de desarrollo, mientras que recientemente han recibido el nombre de países emergentes. Dicha evolución en el lenguaje utilizado refleja la toma de conciencia acerca del proceso de crecimiento que se está experimentando y el hecho de que la situación presente de pobreza no es permanente. Todo esto sugeriría que estamos transitando el camino de una transición, al final del cual se encuentra un mundo con un alto nivel de ingresos y una calidad de vida sustancialmente mejor.

En definitiva, lo que los datos no están mostrando es que la aceleración del crecimiento se conjuga con el fenómeno de la convergencia. Por lo tanto, si todos los países alcanzaran al final del siglo XXI el nivel del producto per cápita de Estados Unidos, que crece al 2,5% anual, ello implicaría que el resto del mundo debería crecer al 4,36%, por lo que el producto per cápita mundial crecería 4,18%. Dicha tasa, puesta en nivel, implica que el ingreso por

habitante se multiplicaría 59,1 veces. Esto es, en un siglo habríamos crecido 4,6 veces más que lo logrado en veinte. En definitiva, no sabemos cómo será el futuro, lo que sí sabemos es que será mucho mejor y esto nos pone de frente a la singularidad económica.

A la luz de ello, se presenta un conjunto de pequeños ensayos publicados en distintos medios (los cuales, al haber sido presentados en forma independiente y en distintos momentos del tiempo, llevan a la repetición de los datos-fuerza), en los que se deja de manifiesto que el mundo del futuro no solo es un lugar mucho mejor, sino que además los economistas tendremos que repensar la forma en la que hacemos economía, ya que podríamos estar frente a un cambio de paradigma en el que la economía dejaría de ser la ciencia de la administración de la escasez para convertirse en el campo de estudio de la acción humana. En función de ello, en el primero de los ensayos se establecen las tres leyes del bienestar económico, trazando un paralelo con las tres leyes del conocimiento científico de Arthur C. Clarke. A continuación, se analiza la contribución científica de Adam Smith desde el punto de vista de la teoría moderna del crecimiento, lo cual se complementa con un artículo donde se sintetizan las lecciones del crecimiento económico. Una vez cerrado este bloque, se describe el proceso de convergencia, el cual nos muestra cómo es posible pasar de ser un país pobre a uno rico. Por otra parte, dado el rol que ha tenido el conocimiento en la generación de ideas que han permitido un crecimiento continuo que va acelerándose con el correr del tiempo, se presentan dos ensayos, uno sobre el rol del capital humano y otros sobre el rol de I&D (investigación y desarrollo) en el crecimiento de la productividad. Por último, a modo de conclusión se brindan las bases del concepto de singularidad en economía.

2. Siglo XXI: la odisea del crecimiento

Arthur C. Clarke, al igual que Isaac Asimov (autor de las tres leyes de la robótica), imaginó desde sus escritos de ciencia ficción un conjunto de leyes que sobrepasa las fronteras de su propia obra. En este contexto nacieron las tres leyes referidas al progreso del conocimiento científico. La primera de ellas señala que, cuando un científico distinguido afirma que algo será posible en el futuro, casi con toda seguridad está en lo correcto, mientras que cuando afirma que algo será imposible, seguramente está equivocado. La segunda sostiene que la única manera de descubrir los límites de lo posible es aventurarse a lo imposible. Finalmente, que cualquier tecnología que sea lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia.

En economía, el paralelo a las tres leyes del avance científico del autor de *2001. Una odisea espacial* vendrían de la mano de la teoría, y muy especialmente por la evidencia empírica, las del crecimiento económico. Así, la primera ley sobre el bienestar económico de la humanidad señalaría que, si un especialista en historia del crecimiento asegura que el futuro será mejor que el presente, probablemente tenga razón, mientras que los adalides del pesimismo estructural, con sus sombrías visiones sobre la viabilidad del sistema, seguramente estarán equivocados. Respecto a la segunda ley, sostendría que uno debería ir más allá de la visión del corto plazo que se muestra llena de costos, para lanzarnos al desafío del largo plazo (abrazados fuertemente a las regularidades estadísticas en la materia). Por último, toda visión sobre el futuro a largo plazo es indistinguible de una película de ciencia ficción.

En este sentido, el primer gran optimista y visionario del futuro fue Adam Smith, quien, desde el título de su monumental obra de 1776*, Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* (o simplemente *La riqueza de las naciones*),

percibió con claridad los fundamentos del crecimiento económico. El sistema del padre de la economía se fundamentaba en las siguientes premisas: (i) la idea detrás de la metáfora de la mano invisible, donde la búsqueda legítima del propio interés conduce a un mayor bienestar general; (ii) el crecimiento económico vinculado a la división del trabajo; (iii) el fomento de la libre competencia (que no es lo mismo que el modelo de competencia perfecta neoclásico); (iv) la exaltación del ahorro en el proceso de acumulación de capital (donde el diferimiento del consumo en el tiempo es lo que financia la inversión); (v) la vinculación del crecimiento con la innovación, o lo que también denominamos progreso tecnológico; (vi) un gobierno que minimice su intervención en el funcionamiento de la economía, y (vii) cuya función principal es la administración de justicia, cuidar por la seguridad de los ciudadanos y velar por el respeto de los derechos de propiedad.

Durante los últimos 2000 años, el ya mencionado proceso de crecimiento no fue uniforme. Como quedó expresado, separando la evolución del PIB per cápita entre el período que va desde el año 1 al 1800 y los restantes 200 años, podemos observar que la tasa de crecimiento pasó del 0,02% al 1,1% (se multiplicó 55 veces). A su vez, mientras que el nivel de riqueza que durante el primer período creció un 40,8% (concentrado en los siglos XIV y XV), durante el segundo período creció un 817,7%. En función de esto, para hacernos una idea de lo que la convergencia junto con la aceleración de la tasa de crecimiento de la economía significa, supongamos que esta tuviera lugar durante el siglo XXI. El producto per cápita inicial era de USD 6000 (en dólares Geary-Khamis de 1990), cuando dicho indicador para Estados Unidos era de USD 30 000, mientras que para el resto del planeta promediaba los USD 4960. A su vez, la economía de Estados Unidos durante el último siglo se expandió a una tasa del 3%, por lo que, de mantener la misma tendencia y junto con una caída a la mitad en el crecimiento

de la población (del 1% al 0,5%), su producto por habitante crecería 2,5% (lo cual trepa a 3,5% cuando se corrigen las cuentas nacionales por progreso tecnológico). Así, de cumplirse la convergencia, el resto de los países deberían crecer un 4,36% anual compuesto, lo cual implicaría que el producto per cápita mundial crecería 4,18%.

Sin embargo, pese a todo lo que les queda por crecer a China, India, los países de Asia que aún no han logrado la convergencia, los países de Europa del Este y de América Latina, sumado al hecho de que África recién está despertando, supongamos que, para no caer en un optimismo que pueda ser tomado como excesivo, el mundo logra mantener un crecimiento per cápita similar al mostrado en lo que va del siglo, en torno al 3%. En términos de nivel de riqueza, los habitantes de la tierra multiplicarían sus ingresos 19,2 veces, o lo que es lo mismo, se alcanzaría un nivel de vida 3,5 veces mayor al que tenía Estados Unidos en el año 2000, mientras que la brecha de ingresos entre grupos pasaría de 6,1 a 3,3 veces (con plena convergencia, la brecha se cerraría).

Esto es, en un siglo habríamos crecido 49% más que lo hecho en los 20 siglos anteriores, lo cual no solo significa algo difícil de imaginar (considere qué pensarían los habitantes del año 1 d.C. si les contara cómo es el mundo del 2000), sino que además ello implicaría el inicio del camino hacia la singularidad económica (plena convergencia), donde la economía dejaría de ser la ciencia dedicada a la administración de la escasez para convertirse en la ciencia del estudio de la acción humana frente a la existencia de una radical abundancia. Sin dudas, poder imaginarse dicho mundo y volcarlo en una producción cinematográfica no solo sería un éxito de taquilla, sino que además conseguiría el galardón a la mejor película de ciencia ficción de la historia. Es más, quizás hasta se haga de un Premio Oscar al optimismo.

3. Adam Smith y el crecimiento económico

3.1. La mano invisible y el bienestar general

«Aunque el hombre tiene constantemente ocasiones de saludar a sus semejantes, es inútil para él depender exclusivamente de la benevolencia de los demás, por lo que la conseguirá con más seguridad interesando en favor suyo el amor propio de los otros, mostrándoles que redunda en su propio interés el hacer para él lo que necesita de ellos… Dame tú lo que me hace falta y yo te daré lo que te hace falta a ti. Esto es lo que subyace detrás de cada oferta… No es de la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero de la que esperamos nuestro alimento, sino de la consideración que ellos hacen de lo que constituye su propio interés. No apelamos a su benevolencia, sino a su amor propio, y no les hablamos nunca de nuestras necesidades sino de sus ventajas… Cada persona que emplea capital y trabajadores no trata de promover el interés público ni sabe qué cantidad está promoviendo. (…) Él está guiado por una mano invisible que lo hace y que no forma parte de su propósito. (…) Mediante el seguimiento de lo que le dicta su interés propio promueve el de la sociedad».

3.2. División del trabajo y productividad

«Un hombre estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, un cuarto hace la punta, un quinto lima el extremo para colocar la cabeza; para hacer la cabeza hay que realizar dos o tres operaciones distintas; colocarla es una tarea especial, esmaltar los alfileres es otra; incluso colocarlos en el papel es en sí mismo un

oficio; el importante trabajo de hacer un alfiler está dividido de esta manera en unas 18 operaciones distintas que, en algunas fábricas, son realizadas todas ellas por distintas manos, aunque en otras un mismo hombre a veces realiza dos o tres». De esta manera, Smith estima que se pueden producir 5000 alfileres por hombre al día, mientras que en el mejor de los casos un hombre extremadamente idóneo podría producir apenas 20.

3.3. Fomento de la competencia y apertura

Con respecto a la libre competencia, en Adam Smith, como en otros autores clásicos, libre competencia significa lo mismo que libertad económica. Aunque para el escocés el criterio fundamental era el poder de cada empresa y agente económico sobre el precio del bien, consideraba que la medida de ese poder era la capacidad para obtener ganancias superiores a las normales. La versión clásica del modelo competitivo procede de un hecho real que por sí mismo es importante: la tendencia a la nivelación de la tasa de ganancia en los distintos sectores de la producción cuando el capital puede desplazarse libremente entre ellos.

Una consecuencia directa de dicha visión era la posición a favor del comercio libre, la cual queda reflejada en el siguiente pasaje: «La máxima de cualquier cabeza de familia prudente es no intentar nunca hacer en casa lo que le costaría más hacer que comprar… Si otro país puede suministrarnos una mercancía más barato que lo que podemos hacer nosotros, será mejor comprársela con una parte del producto de nuestra propia industria, empleada de una forma en la que tengamos alguna ventaja».

3.4. Ahorro y crecimiento

«Todo lo que una persona ahorra de su renta lo acumula a su capital y lo emplea en mantener un mayor número de manos productivas, o facilita que otra persona lo haga, prestándoselo a cambio de un interés o, lo que viene a ser lo mismo, de una participación de la ganancia. Así como el capital de un individuo solo puede aumentar con lo que la sociedad ahorre de sus rentas anuales o de sus ganancias, de igual suerte el capital de la sociedad, que coincide con el de sus individuos, no puede acrecentarse sino de la misma forma. (…) El aumento de la fortuna es el medio por el cual la mayor parte de los seres humanos aspiran a mejorar… su condición. Es el medio más común y obvio, y la manera más fácil de acrecentar la fortuna es ahorrar y acumular parte de lo que se adquiere… Todo derrochador es un enemigo público y todo ahorrador es un benefactor público».

3.5. Progreso tecnológico

«Una gran parte de las máquinas empleadas en esas manufacturas, en las cuales se halla muy subdividido el trabajo, fueron al principio invento de obreros, pues hallándose ocupado cada uno de ellos en una operación sencilla, toda su imaginación se concentraba en la búsqueda de métodos más rápidos y fáciles para ejecutarla».

3.6. Intervención mínima del Estado

«Es la mayor impertinencia y presunción, por eso, en reyes y ministros, pretender vigilar la economía privada de la gente y restringir su gasto, tanto mediante leyes suntuarias como prohibiendo la importación de lujos extranjeros. Ellos son por sí mismos, sin excepción, los más dilapidadores de la sociedad. Es mejor que vigilen su propio gasto y pueden confiar sin peligro en la gente particular que decide los suyos. Si su propia extravagancia no arruina al Estado, no será por falta de ganas. Las grandes naciones nunca se empobrecen a causa del sector privado, aunque en ocasiones actúen mal, con pública prodigalidad. La totalidad, o la casi totalidad de la renta pública, en la mayoría de los países es empleada en mantener manos improductivas. Esta clase de gente, que compone una corte espléndida y numerosa, no aportan nada y no tienen nada que pueda compensar el gasto de mantenerlos… Todas estas gentes se mantienen gracias al trabajo de otros hombres».

3.7. La función del Estado

«Poco más hace falta para llevar a un Estado del peor de los barbarismos al máximo grado de opulencia salvo la paz, unos bajos impuestos y una administración de justicia tolerable, el resto vendrá con el curso natural de las cosas». Por lo tanto, Adam Smith no solo fue un optimista que comprendió con claridad cómo el mundo estaba cambiando para bien, sino que además se adelantó más de 200 años en sentar las bases fundamentales de la teoría del crecimiento y su fundamentación empírica tal como hoy la conocemos. En definitiva, como sostuvo Alfred Marshall: «Todo está en Adam Smith».

4. La lección de crecimiento

Repitamos este dato: en los últimos 2000 años el producto interno bruto per cápita creció a una tasa promedio compuesta del 0,13% anual, lo cual implicó que el nivel de riqueza se multiplicara 12,9 veces. Sin embargo, este proceso de crecimiento no fue uniforme.

En cuanto al siglo XX propiamente dicho, la tasa de crecimiento del ingreso por habitante fue del 1,57%, lo cual implicó una mejora del 378,1% respecto a lo logrado durante los diecinueve siglos anteriores. Esto, pese a las dos guerras mundiales, la gran contracción de 1929, el shock petrolero de 1973, la enfermiza inflación de los 70 y la estabilización de los 80. En el último siglo, el mundo creció un 77% más que lo hecho en el resto del período bajo análisis. De hecho, durante la segunda mitad del siglo XX la economía mundial se expandió a un ritmo del 2,1% anual, por lo que el producto per cápita se multiplicó por 2,8 veces (64% más que la primera mitad).

Por lo tanto, uno podría preguntarse: ¿cuáles son los elementos que separan los casos exitosos de los decepcionantes? En el intento de ofrecer una respuesta muy sintética, a continuación se describen una serie de hechos estilizados sobre el crecimiento.

En primer lugar, debemos destacar la importancia de los mercados libres y los incentivos. El crecimiento requiere el uso de mercados que generen las señales de precios, procurando así el sistema de incentivos correctos que guíen la asignación de recursos. Al mismo tiempo, estimular el proceso de competencia genera incentivos dinámicos muy poderosos para reducir los costos y mejorar la calidad de los productos.

Naturalmente, en este proceso de competencia, en el que entran y salen empresas mientras la estructura económica cambia, dado que los ajustes en el mercado laboral pueden demandar mucho

tiempo, es necesario proteger a los agentes. Resulta clave generar los niveles de ingresos mínimos en los agentes como para tener acceso a los servicios básicos que permitan alcanzar un nivel de vida mínimo y evitar así daños permanentes, lo que a su vez brindará sostenibilidad social al proceso de cambio.

Luego, altos niveles de ahorro e inversión han jugado un rol preponderante en todos los casos de fuerte crecimiento. El ahorro implica diferir el consumo presente hacia el futuro y su importancia radica en brindar financiamiento para la inversión. En cuanto a la inversión, ese es el mecanismo que hace realidad las ganancias de productividad derivadas de la transferencia de conocimiento y de la innovación tecnológica. La contracara legal del proceso es un marco jurídico que respete los derechos de propiedad. En su defecto, el ahorro se fugará y la inversión no se producirá, generando así problemas con el nivel de actividad y estancamiento en el producto per cápita de largo plazo.

En cuarto lugar, existe un rol por parte del sector en la provisión de bienes públicos como son la inversión en cierto tipo de infraestructura y el financiamiento de la educación. Las experiencias de los países que han crecido durante varios años a tasas elevadas muestran niveles de inversión pública en infraestructura del orden del 5% al 7% del PIB, en especial en aquellos sectores en los que existen fuertes economías de escala (tamaño de la inversión respecto a la profundidad del mercado de capitales). Por otra parte, la educación juega un papel destacado en el proceso de crecimiento, porque no solo mejora las condiciones de vida de aquellos que se han educado, sino que además genera externalidades positivas sobre el resto de la economía. Sin embargo, en este último caso, dadas las imperfecciones en el mercado de capitales, el gobierno debería asegurar el financiamiento de los agentes, al tiempo que brinde un marco de

libre competencia entre las casas de estudios (generando así un producto de alta calidad).

Por último, el diseño de la política económica, si bien hace al manejo de corto plazo, resulta de enorme importancia. Así, economías con baja inflación crecen 3 puntos porcentuales más que las inflacionarias. Los mercados paralelos le cuestan 2 puntos a la tasa de crecimiento. El déficit fiscal implica un lastre de 1,5 puntos, mientras que el cierre al comercio internacional detrae otro 1,5 (de hecho, las economías que siempre han sido abiertas muestran un producto per cápita 9 veces superior a las que siempre han estado cerradas).

Por lo tanto, la evidencia empírica es clara y contundente. Un futuro mejor es posible. Sin embargo, subirse a la convergencia requiere dejar de lado las anteojeras ideológicas que aferran a los hacedores de política económica al manual cortoplacista, para tomar un conjunto de políticas consistentes que no solo brinden un marco de estabilidad a corto plazo, sino que además potencien el crecimiento de largo plazo.

5. Crecimiento y convergencia: la película de un mundo maravilloso

Examinando la historia de la humanidad hasta el siglo XIX y comparándola con el siglo XX, creer que lo mejor está por venir —aun cuando de tanto en tanto haya crisis— no es un exceso de optimismo. Tal vez no me crean, por lo cual les propongo un ejercicio. Describiré algunas características de un país y ustedes me dirán qué país estoy describiendo. En este país, la esperanza de vida al nacer es de menos de 50 años y uno de cada diez niños

muere antes de cumplir un año. Más del 90% de los hogares carece de electricidad, heladera, teléfono o auto. Menos del 10% de los adultos jóvenes tiene estudios secundarios. ¿Se trata de Kenia, Bangladesh o Corea del Norte?

Todas estas respuestas podrían ser buenas, pero en realidad ese país es Estados Unidos, no hoy sino a finales del siglo XIX. Hoy en día, casi todos los hogares tienen allí electricidad, heladera, calefacción, teléfono y hasta varios autos. La mayoría de los adultos jóvenes poseen estudios secundarios y muchos van a la universidad. Piense en la gran cantidad de bienes que eran inimaginables hace 100 años, todos al alcance de la mano. He aquí el poder del crecimiento para alcanzar el desarrollo, y para aquellos que no han podido alcanzar este nivel de vida está el desafío de la convergencia.

A finales del siglo XVIII se había vuelto patente que el uso sistemático de la ciencia y la ingeniería sobre la tecnología productiva revolucionaría la productividad del trabajo, haciendo posible un proceso de creación de riqueza nunca imaginado. En este sentido, William Godwin desarrolló la idea de la sociedad perfecta, en la que la revolución tecnológica resolvería los problemas de la humanidad reduciendo la pobreza y las enfermedades. En materia de población, a pesar de Malthus, los números no resultan menos impresionantes. Durante los últimos dos milenios la tasa de crecimiento fue del 0,16%, lo cual implicó multiplicar por 26,95 el número de habitantes del año 1 d.C. Por otra parte, separando en los mismos períodos precedentes, la tasa pasó de 0,08% a 0,9%, por lo que, mientras que en el primer período la población se multiplicó por 4,2 veces, en el segundo lo hizo por 6,4. Por otra parte, las mejoras en el cuidado de la salud llevaron a la expectativa de vida al nacer de los 26 años a los 64, y es de esperar que hacia 2100 la población mundial se estabilice en torno a los 10 000 millones de habitantes.

Si bien este crecimiento no ha sido uniforme en las distintas zonas del mundo, dando lugar a una clara separación entre desarrollados y no, en los últimos 100 años es posible apreciar una reversión en dicha tendencia. Previamente a la Revolución Industrial, el mundo desarrollado era dueño del 26% de la renta mundial, número que luego del hito productivo comenzó a crecer hasta alcanzar un máximo del 60% a inicios de la década del 50. Sin embargo, ese número hoy ha descendido al 45%, mientras que el coeficiente de Gini (que mide la concentración del ingreso) cayó de 0,7 a 0,6. Esto es, los datos confirman la hipótesis de la convergencia alfa: quiere decir que en el largo plazo todos los países tendrían el mismo producto per cápita. Un mundo mejor es posible y, para lograrlo, solo debemos llevar a cabo un conjunto de políticas acordes a los hechos estilizados del crecimiento.

El mercado constituye un mecanismo de extracción y transmisión de información en el que, si bien en los países desarrollados una fuerte competencia es parte importante del proceso de descubrimiento y los exploradores buscan oportunidades no aprovechadas, esto sucede mucho más intensamente en los países subdesarrollados. Las posibilidades de crecimiento tenderán a ser mayores cuanto más extensas sean las posibilidades aún no utilizadas de un país. En esta perspectiva, una alta tasa de crecimiento es prueba de las oportunidades que no han sido descubiertas en el pasado. Así, una alta tasa de crecimiento puede también dar testimonio de la aplicación de políticas erróneas del pasado más que de buenas políticas del presente. En consecuencia, no es razonable esperar en los países desarrollados tasas altas de crecimiento como las que pueden alcanzarse en los países donde la utilización efectiva de los recursos fue impedida durante mucho tiempo por obstáculos institucionales y/o legales.

Hay otra razón por la cual la mayor libertad de competencia parece ser más importante en tales países que en otros más

avanzados: los cambios requeridos en los hábitos y costumbres tendrán lugar solo si algunos pocos, que desean y son capaces de experimentar con métodos nuevos, consiguen que la mayoría se vea, por necesidad, obligada a seguirlos, y si son capaces de mostrarle a esa mayoría el camino a seguir.

El proceso de descubrimiento será impedido u obstaculizado si la mayoría logra mantener a la minoría sujeta a hábitos tradicionales. De hecho, una de las razones principales de la aversión por la competencia es que no solo muestra cómo pueden hacerse las cosas en forma más efectiva, sino que además enfrenta a aquellos que dependen del mercado para sus ingresos con la sola alternativa de imitar a los más exitosos o perder parte de sus ingresos. Así, la competencia produce una coacción impersonal que obliga a numerosos individuos a ajustar su estilo de vida al servicio del resto de los seres humanos de un modo mucho más poderoso que cualquier precepto o mandato a cargo de un órgano de coacción sistemática (por ejemplo, el Estado).

Argentina no solo podría mostrar altas tasas de crecimiento como consecuencia de las oportunidades por descubrir, dado su nivel de desarrollo, sino que, además, ante la brutal destrucción de capital por parte del kirchnerismo, ello le daría un piso alto con solo poner en marcha ideas ya descubiertas. Así, una recomposición del ahorro fiscal, una drástica reducción de la carga tributaria y el respeto por los derechos de propiedad harán que alcanzar el desarrollo deje de ser un sueño para volverse una realidad.

6. Capital humano y crecimiento económico

¿Por qué algunos países son ricos y otros pobres? Los economistas se han planteado esta pregunta desde los tiempos de Adam Smith. Respecto a las principales ideas sobre los efectos de la acumulación del capital físico en la expansión de largo plazo del ingreso, estas se deben a Robert Solow y Trevor Swan, quienes desarrollaron el modelo neoclásico de crecimiento. Sin embargo, cuando el modelo fue testeado para el sector privado no agrario de Estados Unidos, la productividad total de los factores (PTF) representaba casi un 80% de la tasa de crecimiento de la producción.

El reconocimiento de que la acumulación de capital físico (al menos tal y como se medía en su forma tradicional) explicaba solo una parte modesta del crecimiento de la renta de numerosos países condujo a la búsqueda de explicaciones más adecuadas. En este contexto, Theodore Schultz hizo notar la importancia del capital humano y su contribución al crecimiento económico, lo cual fue formalizado y testeado por Gary Becker, y plasmado en un modelo de crecimiento bisectorial (donde se acumula tanto capital físico como humano) por parte de Hirofumi Uzawa, quien hacía del tiempo dedicado a la educación el determinante principal de la tasa de crecimiento del progreso tecnológico.

El capital humano es la cantidad de conocimientos y habilidades que acumulan los individuos, que hacen que sean más productivos. Ejemplos evidentes son los gastos en salud y la educación universitaria. Sin embargo, también se acumula capital humano cuando los alumnos de la primaria aprenden a leer, cuando los trabajadores de la construcción aprenden a manejar maquinaria y cuando los médicos dominan una nueva técnica que permite mejorar la calidad de vida de los individuos. En este sentido, la diferencia de PTF entre países puede atribuirse, en parte, a que la cantidad y calidad de capital humano de los trabajadores varía de unos a otros.

Respecto al capital humano ligado a la salud, Robert Fogel cuantificó la contribución de la mejora de la nutrición al crecimiento económico en Reino Unido entre 1780 y 1980. Fogel calculó que en 1780 el 20% más pobre de los adultos estaba tan mal alimentado que no tenía la energía necesaria ni siquiera para realizar una hora de trabajo manual diario. Hacia 1980 este tipo de desnutrición había desaparecido y dicho cambio por sí solo multiplicó por 1,25 la producción por adulto. Por otra parte, el aumento en la ingesta de calorías permitió incrementar un 56% la cantidad de trabajo. Así, la mejora nutricional multiplicó la producción por 1,95 (1,25 × 1,56), que en un período de 200 años significa un aumento de 0,33% al año. Dado que la tasa de crecimiento de la renta per cápita del período fue del 1,15%, la nutrición explica casi un tercio de la mejora.

En cuanto al capital humano ligado a la educación, terminar la escuela primaria implica una mejora del salario de 143% respecto de quien no posee estudios de ningún tipo. La diferencia se estira a un 216% para aquellos que terminan el secundario, mientras que para los que finalizan la universidad la mejora es de un 311%. Además, la desigualdad en la distribución del ingreso está, en general, positivamente correlacionada con la desigualdad en la educación y en otras formas de aprendizaje. Al mismo tiempo, existe una relación estrecha, normalmente negativa, entre educación y desempleo. Esto es, la educación mejora el perfil de la relación renta y riesgo a lo largo del tiempo de manera notable.

A la luz de la evidencia y en línea con los desarrollos de Paul Romer en materia de crecimiento endógeno, Robert Lucas volvió a la carga con la idea del crecimiento impulsado por el capital humano. En paralelo, Gregory Mankiw, David Romer y David Weil, utilizando una muestra mixta de 98 países, suponiendo que se gasta una proporción fija de la renta en inversión en capital humano y utilizando la proporción de la población en edad activa matriculada

en las escuelas de enseñanza secundaria, un indicador aproximado de la proporción de renta invertida en capital humano, demostraron que la ecuación estimada no solo reduce de manera sustancial el residuo (PTF), sino que explica el 80% de la diferencia de la renta per cápita entre países. Al mismo tiempo, el peso del capital físico dentro de la renta (31%) es muy cercano a la participación calculada de manera directa.

Por lo tanto, la conclusión empírica más importante es que las personas con mayores niveles de educación casi siempre tienen mejores ingresos, lo cual es cierto tanto en países desarrollados como en subdesarrollados. Por otra parte, ningún país ha logrado un crecimiento económico sostenido sin haber invertido sumas importantes en capital humano. En definitiva, como afirmaba Alfred Marshall: «El capital más valioso de todos es el que se ha invertido en seres humanos… Así, mientras que la naturaleza muestra una tendencia hacia los rendimientos decrecientes, el hombre muestra una tendencia hacia los rendimientos crecientes (lo cual permite el crecimiento endógeno permanente). El saber es nuestra máquina de producción más potente; nos permite someter a la naturaleza y satisfacer nuestros deseos».

El dinero

1. Sobre el origen del dinero

De todos los problemas económicos, el de la moneda es posiblemente el más enmarañado y el que requiere mayor perspectiva para su examen. La moneda es el campo económico en el cual se encuentra mayor sedimento y complejidad, gracias a siglos de intromisión del Estado. Numerosos economistas que en general son partidarios del mercado libre se detienen en lo referente a la moneda. Insisten en decir que esta es diferente, debe ser suministrada y regulada por el gobierno. Nunca consideran que el control de la moneda por el Estado implique interferir en el mercado libre. Es más, para ellos no puede ni pensarse en un mercado libre en materia de moneda. El gobierno debe acuñar monedas, emitir papel, definir el «curso legal», crear bancos centrales, introducir y extraer dinero y «estabilizar el nivel de precios». Históricamente, la moneda ha sido una de las primeras cosas que ha controlado el gobierno. En este sentido, pareciera que ya es tiempo de dedicar mayor atención a la sangre vital de nuestra economía.

La pregunta fundamental es: ¿cómo fue el comienzo de la moneda? Es claro que Robinson Crusoe, en su isla, no tenía necesidad de una moneda. De hecho, no hubiera podido alimentarse con piezas de oro. Para realizar intercambios de pescado por madera con Viernes tampoco tenía por qué

preocuparse del dinero. Pero cuando una sociedad se expande más allá de unas pocas familias, queda preparado el campo para que aparezca la moneda. Por ello, para explicar su rol debemos remontarnos aún más atrás y preguntarnos: ¿cuál es el motivo de que se introduzca el intercambio entre los hombres?

El intercambio es la base principal de nuestra vida económica. Sin él no existiría economía verdadera y tampoco habría sociedad. El intercambio es un acuerdo entre A y B para la transferencia de los bienes o servicios de uno a cambio de los bienes o servicios de otro, y resulta obvio que en el intercambio voluntario ambas partes esperan beneficiarse, ya que cada uno atribuye mayor valor a lo que recibe que a lo que entrega en cambio.

¿Por qué tendrá que ser el intercambio algo tan universal en la especie humana? Fundamentalmente, a causa de la gran variedad que existe en la naturaleza: la variedad en el hombre, y la diversidad en la ubicación de los recursos naturales. Todo hombre posee un conjunto diferente de habilidades y aptitudes, y todo lote de terreno está dotado de características peculiares, de sus propios recursos distintivos. La especialización permite que cada hombre desarrolle su habilidad, y hace posible que cada región genere sus propios y particulares recursos naturales. Si ninguno pudiera intercambiar, si todo hombre estuviera forzado a ser autosuficiente, es obvio que apenas podríamos mantenernos con vida. El intercambio no solo es la sangre vital de nuestra economía, sino de la propia civilización.

Sin embargo, el intercambio directo de bienes y servicios (trueque) alcanzaría escasamente para mantener a una economía por encima del nivel primitivo. Si bien el trueque es positivo, solo es algo mejor que la autosuficiencia pura. Sus dos problemas fundamentales son la indivisibilidad y la falta de coincidencia en las necesidades. De modo que, si un granjero tiene un arado que desearía cambiar por huevos, pan y un traje, ¿cómo podría hacerlo? ¿Acaso podría partir su arado y dar un pedazo a un granjero y otro a

un sastre? Aun en el caso de que los bienes sean divisibles, generalmente resulta imposible que dos personas dispuestas a intercambiar se encuentren entre sí en un momento dado.

Pero el hombre, en su interminable proceso de prueba y error, descubrió el camino que posibilita alcanzar una economía de gran expansión: el intercambio indirecto. Mediante el intercambio indirecto uno vende su producto, no a cambio de un bien que se precisa directamente, sino a cambio de otro bien que, a su vez, es vendido a cambio del bien que uno necesita. A primera vista, esto parece una operación imprecisa y tosca. Pero en realidad constituye el maravilloso instrumento que permite el desarrollo de la civilización.

Considérese el caso del productor de huevos A, que quiere comprar los zapatos que fabrica B. Ya que B no necesita los huevos que A produce, este, al descubrir que B necesita manteca, cambia huevos por manteca elaborada por C, y la vende a B, a cambio de zapatos. Compra la manteca, no porque la necesita, sino porque, valiéndose de ella, podrá conseguir sus zapatos. Así, la superioridad de la manteca reside en su mayor comerciabilidad. Si un bien es más comerciable en el mercado que otro, si todo el mundo está convencido de que se puede vender más rápida y fácilmente, habrá mayor demanda de él, porque será usado como medio de intercambio. De este modo, dicho bien se convertirá en el medio a través del cual una persona especializada puede intercambiar lo que produce por los bienes producidos por otros productores especializados. Esto es, el bien en cuestión se ha convertido en el medio de intercambio indirecto.

En toda sociedad, son los bienes más vendibles los que gradualmente quedan elegidos para desempeñar el papel de medio de intercambio indirecto. A medida que aumenta su requerimiento como medio de intercambio, crece la demanda de tales bienes en razón de la finalidad para que son utilizados, y así se convierten en

más comerciables aún, lo cual genera un círculo virtuoso sobre dichos bienes. Finalmente, una o dos mercaderías llegan a utilizarse de modo generalizado como medio de intercambio indirecto, motivo por el cual terminan recibiendo la denominación de moneda o dinero.

Históricamente, se registró la utilización de muchos bienes como medio de intercambio: el tabaco, el azúcar, la sal, el ganado, los clavos, el cobre, los cereales y hasta el whisky. A través de los siglos, dos mercancías, el oro y la plata, han sobresalido en la libre competencia del mercado para convertirse en moneda, desplazando a los demás artículos. Ambas han presentado una comerciabilidad única, tienen gran demanda como artículos de ornamentación y llegan a la excelencia en cuanto a las demás cualidades necesarias. A su vez, la plata, por ser relativamente más abundante que el oro, ha sido considerada más útil para los intercambios menores, en tanto que el oro ofrece más utilidad para las transacciones de mayor valor. En todo caso, lo importante es que, por cualquier razón, el mercado libre, en un proceso selectivo, ha definido que el oro y la plata fueran las mercaderías más eficientes para servir de moneda.

2. Instituciones monetarias

2.1. El Banco Central, una estafa en favor del Estado

En las comunidades primitivas, donde la división del trabajo y la especialización eran incipientes, los intercambios se llevaban a cabo de modo directo. A medida que las transacciones se multiplicaron y los mercados se ampliaron, se fueron poniendo de manifiesto las dificultades que emanaban del trueque. Por ello, los individuos

recurrieron al uso de mercancías como medio de intercambio indirecto (dinero). De este modo, las dificultades vinculadas a la indivisibilidad de los bienes y a la necesidad de la doble coincidencia se desvanecían; el comercio se expandía. A esos fines, se recurrió a las mercancías que los individuos les atribuían valor y, por tanto, eran de aceptación generalizada. Además, al utilizarlas también como dinero se les atribuía mayor valor aún. Por este mecanismo, un bien se convertía en un medio de intercambio indirecto; esto es, dinero. De esta manera, bienes y servicios se utilizaron para comprar dinero (el medio de cambio indirecto), para luego vender ese dinero a cambio de otros bienes y servicios.

En este proceso de selección en el mercado surgieron el oro y la plata como dinero-mercancía que, en última instancia, desplazaron al resto. El paulatino desplazamiento de otras monedas se debió a que los sujetos actuantes en el mercado atribuían mayor valor monetario al oro y la plata debido a su fraccionabilidad, homogeneidad y durabilidad.

La aparición de la moneda fue una bendición para la raza humana. Careciendo de moneda no podía haber una verdadera especialización, ni podía avanzar la economía más allá de un nivel primitivo. Gracias a la moneda pudo formarse una elaborada «estructura de producción», en la que cooperan la tierra, los servicios laborales y los bienes de capital para promover la producción de cada una de sus etapas, recibiendo cada factor de la producción su correspondiente pago en dinero. El establecimiento de la moneda proporciona otro gran beneficio: ya que todo intercambio se efectúa por dinero, todas las relaciones de intercambio se expresan en dinero y la gente puede comparar el valor de mercado de cada uno de los bienes con el de los demás. A su vez, estas relaciones de intercambio son los precios, y la mercadería «moneda» sirve de común denominador, haciendo posible el cálculo económico.

A medida que el comercio avanzaba, para evitar la incomodidad y los riesgos de transportar metálicos, algunos comerciantes instalaron casas de depósitos a los efectos de brindar el servicio de colocar allí sus monedas. Contra dicho depósito, el depositario libraba un recibo por el monto correspondiente. Dicho recibo primero fue nominativo, transfiriéndose por vía de endoso, y finalmente se extendió al portador. El depositario cobraba comisiones por ese servicio sobre la base de distintos arreglos contractuales. Estas casas de depósitos luego se conocieron como bancos y los recibos se denominaron billetes bancarios.

Más tarde, los gobiernos establecieron oficialmente el patrón oro y eliminaron la posibilidad de la acuñación privada, como ocurrió en 1445, en la Primera Conferencia de Génova. Así, el monopolio de la acuñación sentó las bases para que se produjeran «recortes» oficiales en las monedas, al tiempo que se decretaba su curso forzoso: una sustracción de recursos a los ciudadanos y la desarticulación de los precios relativos.

Generalmente, después de establecido el monopolio de la acuñación y el curso forzoso, los gobiernos impusieron el monopolio de la convertibilidad. Esto último significaba la instalación de organismos estatales de conversión con la función de aceptar depósitos en metálico y emitir contra ello los recibos correspondientes.

Una vez que los gobiernos tuvieron el monopolio de la acuñación y la convertibilidad, en un contexto de curso forzoso, apareció la posibilidad de que los propios gobiernos emitieran recibos sin el correspondiente metálico, a los efectos de financiar el gasto público, evitando la necesidad de recurrir a impuestos propiamente dichos. Cuando esta política trascendía, el público tendía a convertir sus recibos para obtener el metálico, lo cual significaba una corrida contra las instituciones oficiales de conversión. Para eludir dichas corridas el gobierno procedía a suspender transitoriamente la

convertibilidad. Luego de sucesivos períodos de cierres transitorios, finalmente los gobiernos decretaban el cierre definitivo de la convertibilidad. Si el curso forzoso es mantenido, la clausura de las instituciones de conversión inexorablemente conduce a la aparición de la autoridad monetaria. Por lo tanto, una vez clausurada la conversión y manteniendo el curso forzoso, la autoridad monetaria debía establecer la cantidad de moneda, y de esta manera influía en su poder adquisitivo. Por consiguiente, el origen de los bancos centrales es una estafa contra aquellos que depositaron bienes tangibles a cambio de unos papeles que prometían un repago que luego fue repudiado. El mecanismo de conversión desapareció, pero el comportamiento estafador, bajo el formato de dinero fiduciario, persiste y la manifestación de ello es la inflación.

2.2. Emisión monetaria, monopolio estatal y señoreaje

Contrariamente a lo que ocurre con los individuos, los gobiernos no obtienen sus ingresos del pago voluntario por los bienes y servicios que prestan. Por ende, los gobiernos afrontan un problema económico distinto al de los demás agentes. Los individuos del sector privado que desean adquirir de otras personas mayor cantidad de bienes y servicios tienen que producir y vender más de aquello que los otros necesitan. Los gobiernos, en cambio, lo único que necesitan es hallar algún método para expropiar mayor cantidad de bienes sin consentimiento de su dueño.

En una economía de trueque, los funcionarios gubernamentales solo tienen un modo para expropiar recursos: apoderarse de ellos en especie. En una economía monetaria disponen de un modo más

simple: apoderarse de activos financieros. Así, usan la impresión de dinero para la adquisición de bienes y servicios por parte del Estado. Tal apoderamiento es llamado gravación impositiva. Sin embargo, la gravación impositiva es impopular, y en épocas menos tranquilas supo precipitar revoluciones. La aparición de la moneda, como gran beneficio para la raza humana, abrió así un camino más sutil y disimulado para la expropiación gubernamental de recursos. En la medida que el gobierno encontrara el modo de falsificar dinero (emisión sin respaldo) podría apropiarse de los recursos ajenos casi sin que se notara y sin despertar la hostilidad que levanta la gravación impositiva.

Naturalmente, no podía de la nada invadir un mercado libre en funcionamiento e imprimir sus propios billetes de papel. De haberlo hecho de una manera tan abrupta, pocas personas habrían estado dispuestas a aceptar dinero del gobierno. En consecuencia, la intromisión gubernamental debió ser ejecutada de modo gradual.

El primer paso fue echar mano al monopolio absoluto del negocio de emisión de dinero, un medio indispensable para conseguir el control de la provisión de moneda acuñada. La efigie del rey o del señor se estampaba sobre las piezas y se propagaba el mito de que la acuñación era prerrogativa esencial de la «soberanía» del rey. Dicho monopolio en la emisión permitió al gobierno suministrar monedas en la denominación que él —y no el público— deseaba, lo cual redujo la diversidad de monedas (menor competencia) que había en el mercado.

Una vez adquirido el monopolio en la emisión de moneda, los gobiernos fomentaron el uso del nombre de la unidad monetaria, haciendo todo lo posible por separar ese nombre de su verdadera base, consistente en el peso real de las monedas. En lugar de valerse de granos o gramos de oro o plata para las designaciones, cada gobierno fomentó el uso de su propio nombre, en favor de los supuestos intereses monetarios: dólares, marcos, francos, y demás.

Este cambio en las denominaciones hizo posible el principal instrumento que tuvo el gobierno para falsificar las monedas: el envilecimiento.

El envilecimiento fue el método que adoptaron los Estados para, con el declarado propósito de proteger enérgicamente el patrón monetario, falsificar las mismas monedas cuya acuñación privada habían prohibido. En ocasiones, el gobierno incurrió en un fraude, al rebajar ocultamente el contenido de oro con una aleación de inferior calidad, fabricando piezas de peso deficiente. Más característico fue que la Casa de Moneda fundiera y acuñara de nuevo todas las piezas existentes en el territorio para devolver a los súbditos el mismo número de «libras» o «marcos» pero con menor peso. Las onzas remanentes, de oro o plata, las embolsaba el rey, quien las utilizaba para solventar sus gastos. Así, los beneficios del envilecimiento de la moneda se reclamaban como «seigniorage» para los que gobernaban.

El monopolio compulsivo de la emisión de moneda y la legislación que establece el curso legal fueron piedras angulares de los esfuerzos de los gobiernos por obtener el control de la moneda de sus países. Con la vigencia de esas medidas, cada gobierno se propuso abolir la circulación de toda moneda emitida por los gobiernos rivales. Dentro de cada país, solo las monedas de su propio soberano podían utilizarse; entre los diversos países, únicamente se usaban lingotes de oro y plata, sin cuño, para los intercambios. Con esto se cortaron aún más los lazos entre las diversas partes del mercado mundial, separando más a un país del otro, y provocando la disrupción de la división internacional del trabajo. Con todo, la moneda auténticamente dura no dejaba mucho campo de acción a la inflación gubernamental. Había límites para los posibles envilecimientos ingeniados por los gobiernos, y el hecho de que todos ellos se valieran del oro y la plata ponía coto al control de cada gobierno sobre su propio territorio. Los gobernantes se

veían jaqueados también por la disciplina de una moneda metálica internacional.

El control del gobierno sobre la moneda recién pudo convertirse en absoluto, y la falsificación no cuestionada, a medida que prevalecieron los sustitutos del dinero, ya en siglos recientes. El advenimiento del papel moneda y los depósitos bancarios, que fue beneficioso cuando existía total respaldo de oro y plata, proveyó al gobierno del ábrete sésamo en el camino hacia su dominio sobre la moneda y, de ese modo, sobre el sistema económico. De ahí que, cuanto más inflacionaria sea la política de un gobierno, más lo hará ascender en el podio de los estafadores: la inflación es, simple y llanamente, una estafa.

3. La cantidad «óptima» de dinero

Milton Friedman señalaba que solo existen cuatro formas de gastar en función de quién aporta el dinero para pagar la cuenta y quién es el beneficiario de dicho gasto. En este sentido, la mejor opción siempre es gastar el dinero propio en uno mismo ya que nadie mejor que uno mismo para gastar en aquellos bienes que reportan el mayor nivel de satisfacción, al tiempo que está claro el nivel de esfuerzo que demandó conseguir los ingresos utilizados en la compra. En definitiva, se maximizan los beneficios. A su vez, uno puede gastar el dinero propio en terceros: dado que no habrá satisfacción en el consumo, se busca minimizar el costo. Además, está el caso en que uno gasta el dinero de terceros en uno mismo. En ese supuesto, se produce una maximización del gasto, y se cae en el derroche ya que no hay costo asociado a ello. El mejor ejemplo lo ofrece la grandilocuencia de los actos de los políticos en

campaña cuando están en el poder comparado con la sencillez que muestran cuando no cuentan con los recursos de los pagadores de impuestos para afrontar las cuentas. Por último, el peor de los casos: gastar el dinero de terceros en terceros. Al gastar el dinero de otros, se lo despilfarra y, al mismo tiempo, dado que no se conocen las preferencias de los individuos, lo que se gasta tampoco reporta la mayor satisfacción. Esa ficción llamada estado de bienestar es una utopía propia de la fatal arrogancia de individuos soberbios e ignorantes, a punto tal que debería rotularse como estado de MALESTAR.

En función de lo anterior, no existe una política colectivista que eleve el bienestar de la sociedad. En rigor, solo lo hará para algunos individuos en detrimento de la mayor parte de la sociedad. Aun en el hipotético caso de que nos asignaran un agente fiscal para que gaste nuestro dinero en lo que queremos, pese a que dicho gasto carecería de sentido, siempre estaríamos peor dado que el servicio en cuestión no es gratuito. Y como si esto fuera poco, la recaudación de impuestos es un robo (legalizado), lo cual constituye un acto violento que genera daños directos e indirectos que luego se amplifican con los daños que causará el gasto de dichos ingresos. Sin embargo, a los políticos esto no les interesa, lo cual erige al Estado como el mayor enemigo de la sociedad y, más allá de la estructura impositiva, plantea un juego de suma cero (o negativa, dado el menor nivel de producción). Así, es de importancia menor «la eficiencia» de cada impuesto (incluidos los de suma fija), sino que al final de cuentas lo que importa es el monto que recauda (nos roba) el fisco.

En función de lo anterior, la cantidad óptima de dinero, acorde a las preferencias de los políticos, sería aquella que haga máxima la recaudación del impuesto inflacionario. La recaudación del impuesto vendría dada por el producto de la tasa de inflación (tasa impositiva) por la demanda de dinero (base imponible). En este sentido,

conforme aumenta la inflación, los ingresos fiscales tienden a subir por la mayor tasa, al tiempo que caen por la menor demanda de dinero (dado que depende negativamente de la inflación). Por lo tanto, para maximizar el ingreso por impuesto inflacionario es crucial la elasticidad de la demanda de dinero respecto de la inflación. Así, cuando la demanda de dinero es inelástica, el aumento de la tasa de inflación se impone sobre la caída de la base imponible, por lo que la recaudación crece, mientras que para el caso opuesto (demanda de dinero elástica) la recaudación cae. En función de ello, los ingresos fiscales han de ser maximizados en el punto donde la elasticidad de la demanda de dinero respecto a la inflación es unitaria. Al mismo tiempo, dado que el Estado recauda otros tributos ligados al nivel de actividad, y dado que esta última se relaciona de modo negativo con la inflación (distorsión de precios relativos y mala asignación de recursos), ahora existiría un costo que situaría a la tasa de inflación «óptima» en un punto donde la elasticidad es menor a la unidad.

Si bien todo lo anterior parece muy «razonable» y forma parte de cualquier texto de macroeconomía básica, en rigor, preguntarnos cosas tales como ¿cuál es la cantidad «óptima» de dinero?, ¿cuál debería ser la cantidad total de dinero en el presente?, o ¿qué tan rápido debería «crecer» la cantidad total de dinero?, debería parecernos una ridiculez. Nadie responde a cosas del tipo: ¿cuál es la «oferta óptima» de duraznos, de PlayStation o de carteras? La pregunta misma es absurda. Un hecho fundamental en cualquier economía es que todos los recursos son escasos en relación con las necesidades humanas y si un bien no fuese escaso, sería sobreabundante, por lo tanto, tendría un precio de cero en el mercado. Permaneciendo todo lo demás constante, a más bienes disponibles mayor bienestar.

¿Por qué, entonces, algunos se preguntan sobre la oferta óptima de dinero? Porque, si bien el dinero es indispensable para el

funcionamiento de cualquier economía más allá del nivel más primitivo, y si bien la existencia de dinero confiere enormes beneficios sociales, esto de ninguna manera implica —como en el caso del resto de los bienes— que, permaneciendo constante todo lo demás, cuanto más, mejor. ¿Qué beneficio directo tiene un incremento en la oferta de dinero? El dinero no se puede comer ni utilizar en la producción. El dinero-mercancía, funcionando como dinero, solo puede utilizarse en intercambios para facilitar la transferencia de bienes y servicios y para hacer posible el cálculo económico. Pero una vez que el dinero se ha establecido en el mercado, ya no son necesarios incrementos en la oferta, no realizan ninguna función social genuina. El resultado invariable de un aumento en la oferta de un bien es bajar su precio. Para todos los productos, excepto para el dinero, ese aumento es socialmente beneficioso, porque significa que la producción y el nivel de vida han aumentado en respuesta a la demanda de los consumidores. Pero un aumento en la oferta de dinero no puede aliviar la escasez natural de los bienes de consumo o de capital; lo único que hace es que la unidad monetaria sea más barata, esto es, se reduce su poder de compra en términos de todos los demás bienes y servicios. Una vez que un bien se ha establecido como dinero en el mercado, ejerce plena potencia como mecanismo de intercambio o como instrumento de cálculo, y todo lo que un aumento en la cantidad de dinero puede hacer es diluir dicha efectividad (su poder adquisitivo). Por lo tanto, una vez que un producto está en oferta suficiente para ser adoptado como dinero, no hay aumento en la oferta de dinero que sea necesario. Cualquier cantidad de dinero será «óptima», y una vez que este se ha establecido, un aumento en su oferta no confiere ningún beneficio social.

Por lo tanto, el dinero es único entre los bienes y servicios porque un aumento de la oferta no es ni beneficioso ni necesario. De hecho, tales aumentos solo diluyen el único valor del dinero. Si a

esto le sumamos que el dinero no es neutral ni superneutral, y que además produce un conjunto de efectos que deterioran el bienestar de los individuos, surge el interrogante: ¿por qué hacemos la pregunta? La respuesta es simple: los políticos siempre están buscando la forma de maximizar el saqueo sobre la sociedad y la política monetaria solo es un instrumento más para lograr su objetivo.

4. Una estafa llamada Banco Central de la República Argentina

El mensaje del 17 de enero de 1935 que acompañaba al proyecto de creación del Banco Central de la República Argentina contiene los fundamentos para la constitución de una institución estafadora puesta al servicio de los saqueadores de la corporación política. La creación del BCRA buscaba «poner en marcha una Institución especial» situada «por arriba del mercado», que iba a desempeñar «la delicada función de banco de bancos». En función de ello, al organismo en cuestión se le asignaron las funciones de «regular la cantidad de crédito y los medios de pago», adaptarlos al «volumen real de los negocios», «vigilar la conducción de los bancos», «fijar tasas de interés», «controlar cambios», «promover la liquidez y el buen funcionamiento del crédito bancario», ser el «Agente financiero del gobierno» y «mantener el valor de la moneda».

La comisión de Presupuesto y Hacienda de Diputados elevó a la cámara los proyectos de ley relativos a la moneda y los bancos, y pasaron a revisión por el Senado el 23 de febrero de 1935. El despacho fue aprobado por la mayoría de la comisión oficialista de presunto tinte conservador, mientras que la minoría de los partidos

Socialista y Demócrata Progresista lo rechazó en forma unánime. A su vez, la creación del BCRA fue completada con el régimen de control al funcionamiento de la banca comercial y la reforma a los Estatutos del Banco Hipotecario y del Banco de la Nación. El paquete fue sancionado por el Senado en la sesión del 21 de marzo de 1935. En este sentido, el BCRA constituyó en su origen una corporación formada por el gobierno y los bancos particulares, prevista, según su artículo primero, por un período de 40 años. Esto es, dicha institución debería haber sido liquidada en 1975 (ver *Las raíces totalitarias del fracaso argentino*, de Meir Zylberberg, 2006).

Lo esencial de la reforma consistió en la supresión definitiva de la conversión automática a oro del peso moneda nacional, por lo que la Caja de Conversión quedó definitivamente disuelta. Junto con la inconvertibilidad del peso, se autorizó a emitir con respaldo de documentos comerciales, títulos del Tesoro y adelantos sobre recaudaciones impositivas, todo ello dentro de ciertos límites exigidos por la ley. Así, con la aprobación de los proyectos de moneda y bancos de 1935 se interrumpió la valorización del peso moneda nacional, producto del masivo ingreso de capitales europeos que huían de sus países dado que Argentina era considerada, en el campo internacional, un país de refugio frente a la llegada de la Segunda Guerra Mundial. Según la versión de los políticos de entonces, con el doctor Federico Pinedo a la cabeza del Ministerio de Hacienda, la intención era impedir la revalorización del peso para favorecer a los exportadores. Es más, ante las críticas lanzadas por las minorías sobre los riesgos inflacionarios, Pinedo desechó las objeciones de la minoría en el sentido de que los proyectos encerraban el peligro de inflación. «Comprendo que se puede agitar mucho la opinión alrededor de dos o tres palabras: la inflación. Un banco de emisión puede hacer billetes, luego es un instrumento de inflación. El argumento es de una simplicidad como la regla de tres. Pero no todo es así: si hoy tenemos elementos

inflacionistas en nuestras manos y no los usamos, ¿por qué se cree que cuando tengamos estos otros los vamos a usar?».

Frente al optimismo de Pinedo, el doctor Enrique Dickmann afirmaba: «En este momento, los socialistas desempeñamos aquí un papel conservador. Queremos conservar instituciones económicas y monetarias argentinas que tienen casi medio siglo de vida y han dado resultados excelentes; los revolucionarios, los malos revolucionarios son ustedes, que quieren echar abajo todo esto, que quieren reemplazar por cosas que no se sabe qué resultados darán. Es peligroso un salto en el vacío». De hecho, frente al panorama que se abría, Dickmann sentenció: «Dejar que las cosas se desenvuelvan naturalmente, sin la intervención perturbadora y anarquizante del gobierno, y podrá pensarse en el porvenir, cuando el momento llegue, en volver a la convertibilidad y por consiguiente, a la estabilización».

Naturalmente, y como no podía ser de otro modo, el nacimiento de un órgano tan nefasto debía comenzar con una estafa. Las 358 toneladas de oro depositadas en la Caja de Conversión, sobre cuya base circulaban, de acuerdo con la Ley 3871, unos 561 006 035,34 pesos moneda nacional, pasaron a valer mediante el «justiprecio» un monto de 1 224 417 645,96 pesos moneda nacional. Así, frente a la «ganancia» contable, el balance de apertura del Banco Central asignó 163 595 234,98 pesos moneda nacional para el Fondo de Reserva del Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, que fue fundado con el propósito de hacerse cargo de inmuebles, inversiones y créditos de los bancos en condiciones irregulares, para venderlos luego en mejores circunstancias. De este modo, integrar el capital del BCRA, cancelar deudas del gobierno con el Banco de la Nación y permitir que el Instituto Movilizador comprara a los bancos la cartera irregular, todo ello con fondos tomados de las ganancias nominales del revalúo del oro, era, en opinión de Dickmann, un despojo a la ciudadanía. Se trata de una

expropiación, porque todo envilecimiento de la moneda desplaza riqueza de una parte de la población hacia otra. Frente a ello, el ministro Federico Pinedo rechazó las impugnaciones respecto a la financiación del Instituto Movilizador: «La experiencia enseña que en ningún lugar los grandes bancos caen. Si corren peligro, se los ayuda con todos los arbitrios necesarios».

Sin embargo, los mecanismos estafadores a manos de la corporación política por la vía del Banco Central no terminaron ahí. En sus primeros diez años de operación, la tasa de inflación se duplicó, pasando del 3% anual al 6%. Luego, con la nacionalización del BCRA impulsada por Juan Perón en 1946, y hasta 1991 (Ley de Convertibilidad), la tasa de inflación anual promedio trepó al 225%: a la moneda se le quitaron 13 ceros, se destrozaron cinco signos monetarios y hubo dos hiperinflaciones. A su vez, la inflación durante la Convertibilidad fue del 9% anual, aunque concentrada durante el primer año y medio. Luego, en los tres períodos K, la inflación anual promedio fue del 10%, 20% y 30% respectivamente, mientras que hoy estamos peor y frente a un final abierto.

Por lo tanto, vale recordar la profecía de Lisandro de la Torre en la sesión del Senado del 21 de marzo de 1935: «Yo diría que este proyecto, tan caro al señor ministro de Hacienda, coloca al país encima de un barril de pólvora. Todo andará regularmente mientras no se encienda la mecha. Pero la mecha está ahí, a la vista y al alcance de cualquier gobierno inconsciente que quiera encenderla. Y no podemos tranquilizarnos cuando vemos aparecer la inconsciencia en ese mismo proyecto en que, sin necesidad, se coloca al país encima del barril de pólvora. Los señores senadores van a votar con toda tranquilidad lo que conduce al país al borde del abismo». Después de casi más de ocho décadas con BCRA hemos pasado de ser el quinto país más rico del mundo a acercarnos al puesto 70.

5. Una propuesta monetaria: eliminar el BCRA

Acorde al artículo 1° de la ley que dio origen al Banco Central de la República Argentina, se establecía que la institución operaría por un lapso de 40 años: en 1975 debería haber sido cerrada. Sin embargo, la crisis del Rodrigazo (1975) durante el gobierno de Isabel Perón, la explosión de la tablita cambiaria de Martínez de Hoz (1982), las hiperinflaciones de Raúl Alfonsín (1989) y Carlos Menem (1990) y la salida de la Convertibilidad (2002) constituyeron excusas perfectas para que la corporación política (salvo Carlos Menem en 1991) no se desprendiera de un instrumento de opresión fiscal como es la política monetaria de alta inflación instrumentada desde Reconquista 266.

Así, resulta relevante preguntarse si el BCRA debería dejar de existir o no. De hecho, la controversia sobre el punto es parte central del debate en el siglo XIX entre la Escuela Bancaria y la Escuela Monetaria, aunque sus orígenes se remontan a mediados del siglo XVI, con los aportes de la Escuela de Salamanca, y del XVII en Italia.

El debate entre los partidarios del banco central y los defensores de la banca libre tuvo lugar durante el siglo XIX: en el inicio existió una íntima conexión entre la escuela de la banca libre y la Escuela Bancaria, por un lado, y la Escuela Monetaria y la defensora del banco central, por otro. En efecto, los defensores del ejercicio de la banca con encaje fraccionario en un primer momento abrazaron, con carácter general, la causa de una banca libre de todo tipo de interferencias (aunque a la postre —dadas las recurrentes crisis de origen crediticio— eso llevara a una alianza con el Banco Central), para poder continuar con el ejercicio de su negocio basado en un encaje fraccionario. Por otra parte, los miembros de la Escuela Monetaria (preocupados por la relación emisión de dinero e

inflación), recelosos por la actividad de los banqueros, se inclinaron ingenuamente a favor de la regulación estatal, bajo el establecimiento de un Banco Central, el cual se suponía habría de evitar los abusos que la Escuela Bancaria pretendía justificar. De este modo, el debate quedó concentrado en dos modelos de sistema financiero:

(i) uno de banca libre sin interferencia estatal,
(ii) otro con un Banco Central que estaría a cargo de la regulación del sistema.

Pese a estas diferencias, ambos grupos no pusieron en el centro del debate el sistema financiero de encaje fraccionario y ello quedó plasmado en la famosa Ley de Peel promulgada el 19 de julio de 1844. Si bien se establecía que la emisión de papel moneda estaba monopolizada por el Banco Central y efectuada con un criterio de pleno respaldo de dinero metálico, se mantuvo el modelo de encaje fraccionario, por lo que se dejó vía libre para que los bancos privados expandieran el dinero mediante la concesión de nuevos créditos y la creación desde la nada de los correspondientes depósitos, manteniéndose de esta manera los *booms* expansivos y las subsiguientes etapas de crisis y depresión, durante las cuales el Banco de Inglaterra se vio obligado una y otra vez a suspender las previsiones de la Ley de Peel y a emitir el papel moneda necesario para atender la demanda de liquidez de los bancos privados, evitando así, en la medida de lo posible, quiebras. Es una ironía del destino que la Escuela Monetaria apoyara la creación de un Banco Central que, paulatinamente y sobre todo por culpa de la influencia negativa de la Escuela Bancaria, terminó siendo utilizado para justificar e impulsar políticas de descontrol monetario y desmanes financieros mucho peores que aquellos a los que originariamente se pretendía poner remedio.

Ahora bien, dado que todos los desastres monetarios tienen su origen ya sea en el uso político de la política monetaria del Banco Central y en un modelo de banca con encaje fraccionario que amplifica los desmanes de la autoridad monetaria, con el correr del tiempo (y en especial a la luz de la Gran Depresión) el debate entre banca libre y Banco Central mutó hacia el contexto en el cual el sistema bancario opera con un encaje del 100% para los depósitos a la vista (lo cual es demanda de dinero) y una banca de inversión para canalizar el ahorro. De este modo aparece de un lado la posición de la Escuela Austríaca, con las ponencias de Mises, Hayek y Rothbard abogando por una banca libre con un encaje del 100% en los depósitos a la vista y una banca de inversión que logre canalizar el ahorro de la economía, y por otro lado la Escuela de Chicago, que abogaba por un modelo financiero similar pero con la tutela de un Banco Central. Así, su principal foco radicaba en la finalidad de restaurar el completo control por parte del gobierno sobre la cantidad de dinero en circulación y su valor. Sin embargo, el modelo monetario propuesto por la Escuela de Chicago sigue dando el poder al Estado de falsificar dinero desde el Banco Central y, con ello, estafan a la población mediante una política monetaria basada en la inflación.

A la luz del debate entre banca libre y Banco Central con y sin un sistema de encaje fraccionario, se propone una reforma financiera que avance hacia la eliminación del BCRA (modelo de banca libre) y un sistema financiero que opere respetando las formas del derecho (Simons, Allais, Rothbard, Hoppe y Huerta de Soto), basado en un encaje del 100% para los depósitos a la vista (almacén de valor) y una banca de inversión para canalizar el ahorro de los individuos acorde a sus preferencias en términos de retorno y riesgo.

En cuanto a la instrumentación de la reforma, esta tendría lugar en cuatro etapas:

(i) En la primera etapa se procedería a separar al sistema financiero entre el almacén de valor y la banca de inversión; los individuos dispondrían de un período de tiempo (asociado con la duración de la cartera crediticia de los bancos para minimizar el descalce temporal) para optar entre los distintos tipos de bancas. Así, quienes quieran disponer de su dinero frente a todo evento irán al almacén de valor, donde pagarán una comisión para que guarden su dinero, mientras que los que quieran percibir un interés acudirán a la banca de inversión, donde tendrán un abanico de alternativas ordenables en términos de renta y riesgo.

(ii) Una vez separada la banca y cubiertos todos los desajustes monetarios que podrían surgir, fruto de que el período de tiempo está basado en una medida promedio del sistema, se eliminaría la regulación del sistema financiero.

(iii) En simultáneo, se lanzaría un sistema de competencia de monedas, de modo tal que cada individuo de la economía lleve a cabo las transacciones en la moneda que le resulte más conveniente.

(iv) Finalmente, a la luz del teorema de regresión monetaria y teniendo en cuenta la historia monetaria argentina, algún instrumento monetario se impondrá sobre el resto (el dólar y/o el oro). Una vez que eso ocurra, se procederá a liquidar los activos y pasivos del BCRA, donde los pasivos monetarios remunerados serán calzados contra los créditos del Banco Central contra el Estado nacional, mientras que la base monetaria irá contra las reservas internacionales expresadas en el instrumento monetario emergente.

Por lo tanto, la eliminación del modelo bancario con encaje fraccionario habrá dado fin a la posibilidad de corridas bancarias, mientras que la eliminación del BCRA quitaría a los políticos la

posibilidad de falsificar dinero (inflación), que distorsiona el funcionamiento del sistema de precios, castiga el crecimiento y multiplica la cantidad de pobres e indigentes.

La naturaleza monetaria de la inflación

Los argentinos tenemos una extraña pasión por abrazarnos a ideas delirantes, y pese a que estas nos hunden cada día en un mayor nivel de miseria, pedimos profundizar el camino señalando que no se han implementado de modo correcto o que el proceso no ha sido aplicado en forma completa. Una de esas ideas que nos acosan es la teoría no monetaria de la inflación.

En este sentido, si existiera dicha posibilidad, lo primero que se debería probar es la existencia de inflación (aumento generalizado de los precios) en una economía de trueque (sin dinero). Naturalmente, si ello no se prueba y para la existencia de inflación resultara necesaria la incorporación del dinero, entonces la inflación será un fenómeno monetario. Supongamos una economía que tiene dos bienes: peras y bananas. A su vez, en función de las preferencias de los individuos y el nivel de sus recursos, una pera se intercambia por tres bananas. Por lo tanto, el precio de trueque de una pera es de tres bananas. Por otra parte, el precio de las bananas sería de un tercio de una pera.

Ahora bien, supongamos que se produce un cambio en las preferencias de los individuos que conlleva a una mayor demanda de peras, de modo tal que el precio de estas pasa de tres bananas a seis. Esto implica que el precio de las bananas en términos de pera habrá caído a la mitad (de 1/3 a 1/6). Así, en una economía de trueque es imposible que haya un aumento general de precios, ya

que por cada incremento en uno de los precios de trueque hay una disminución en otro.

Frente a esta imposibilidad de originar aumentos generalizados de precios, ahora podemos proceder a incluir el dinero. Una forma es pensarlo en términos de la utilidad del individuo, donde, como en el caso de cualquier bien, en la medida que su cantidad aumenta, la utilidad crece, pero de modo decreciente. De esta manera, frente a un conjunto de precios relativos dados, la inyección de dinero hace que la utilidad marginal del dinero caiga, motivo por el cual los agentes se desprenderán de él para comprar el resto de los bienes de la economía; así, todos los precios de la economía medidos en dinero subirán. La suba generalizada de todos los precios (dado lo demás constante) es factible solamente si hay un incremento en la cantidad de dinero.

Una visión complementaria a esta última radica en el valor de cambio objetivo del dinero, lo cual se denomina “poder adquisitivo». Si el valor de cambio objetivo de un bien es su poder para adquirir cierta cantidad de otros bienes, su precio es esa cantidad de otros bienes. En este sentido, la moneda es una mercancía que sirve como medio general de intercambio y, por ende, su utilización penetra en todo el sistema económico. A su vez, el dinero tiene su propio mercado, y su poder adquisitivo en particular viene determinado por cuatro factores: (i) la demanda y (ii) la oferta de bienes y servicios no monetarios que se cambian por dinero, y (iii) la demanda y (iv) la oferta del propio dinero. Estos cuatro factores se combinan para determinar el poder adquisitivo del dinero. Bajo el presente marco, cuando se incrementa la cantidad de dinero ofrecida, el poder de compra de la unidad monetaria se reduce, y la cantidad de bienes que pueden obtenerse por unidad de esa moneda también se reduce. Esto es, el dinero, igual que cualquier otro bien de la economía, cuando la oferta sube más que la demanda, bajará de precio (poder adquisitivo). Cuando aumenta la

demanda de dinero, ello implica una menor demanda del resto de bienes y servicios, por lo que, al caer sus precios, el poder adquisitivo del dinero sube. Por último, cuando aumenta la oferta del resto de bienes y servicios, sus precios deben caer, por lo que el poder adquisitivo del dinero aumenta.

Finalmente, cabe recordar que ese engendro llamado «teoría no monetaria de la inflación» se basa en tres pilares: el teorema de los precios relativos, la inflexibilidad de los precios a la baja y un modelo de dinero pasivo. De este modo, si se produce un cambio de preferencias que induce a un cambio de precios relativos, si el precio que debe bajar no lo hace, frente a la posibilidad de que haya desempleo, el Banco Central emite para convalidar un mayor precio monetario del precio del bien que debe subir sin que caiga el que debe caer, generando así inflación. Sin embargo, sin convalidación monetaria, este fenómeno no tendría lugar, por lo tanto, como señalaba Milton Friedman: «La inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario».

Inflación en Argentina: el arte de discutir lo indiscutible

Pocas cosas pueden resultar más frustrantes, no ya para un especialista en temas monetarios sino para un simple economista de formación básica, que tener que estar discutiendo sobre las causas de la inflación. De hecho, la simple observación de que los precios que ingresan en el índice de precios al consumidor están denominados en unidades monetarias debería ser más que suficiente para que los economistas keynesianos-estructuralistas-marxistas locales comprendan la naturaleza monetaria del proceso. Así como cuando aumenta la oferta de cualquier bien por encima de su demanda (dado todo lo demás como constante), su precio respecto al resto de los bienes cae, y con el dinero pasa lo mismo. Cuando sube la cantidad de dinero por encima de su demanda, el poder de compra de la unidad monetaria se reduce, y con ello, la cantidad de dinero que se necesita para comprar la misma cantidad de bienes sube. Cuando esta suba en los precios monetarios (pérdida del valor del dinero) es persistente en el tiempo, se define como inflación.

Sin embargo, pese a más de 4000 años de evidencia empírica, las lecciones monetarias de gigantes como Ludwig von Mises, Friedrich von Hayek, Milton Friedman y Robert Lucas Jr., entre otros, junto con la experiencia local de los últimos 70 años (Juan Perón nacionaliza el BCRA), en los que se le quitaron trece ceros a

la moneda, pasando por dos hiperinflaciones, resulta imposible de creer que no se haya aprendido nada sobre el tema. Pareciera que, para la gran mayoría de los economistas argentinos, es imposible de asimilar la famosa consigna del padre del monetarismo, que señalaba: «La inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario y esta se contuvo solamente cuando se impidió que la cantidad de dinero continuara creciendo demasiado rápidamente. Este remedio resultó eficaz, se hubieran adoptado o no otro tipo de medidas».

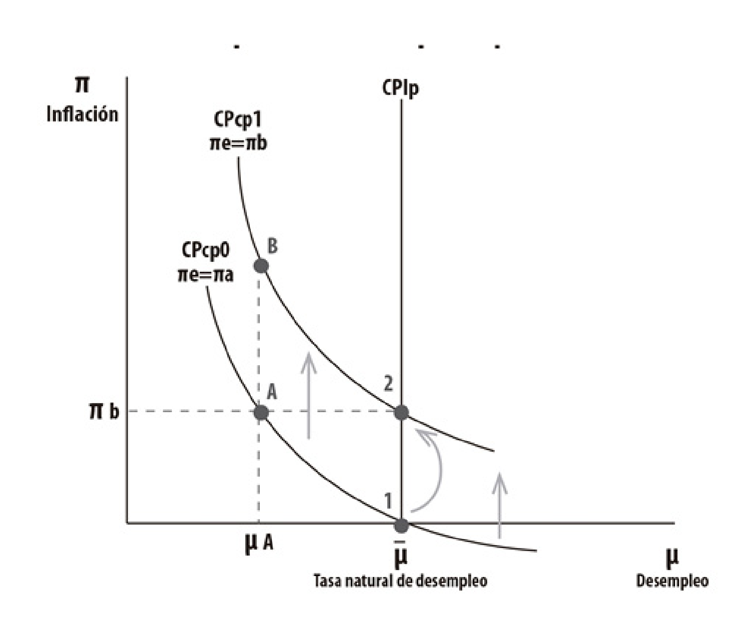
Dentro de dicho debate ingresan las definiciones del primer ministro de Hacienda y Finanzas de Mauricio Macri, Alfonso Prat-Gay: «Si quisiéramos terminar con la inflación en dos meses, la única receta sería la del ajuste, con la pérdida de fuentes de empleo y una menor actividad económica, pero nosotros no vamos a adoptar medidas que afecten a los más humildes». La frase no es más que una referencia a lo que técnicamente se conoce como la Curva de Phillips, que intenta capturar la relación (supuestamente negativa) entre tasa de inflación y nivel de desempleo.

Dicha curva tiene su origen en un trabajo de William Phillips de 1958, quien estudiando datos sobre la tasa de variación de los salarios nominales y la tasa de desempleo para Gran Bretaña durante el período que va de 1861 a 1957, encontró una relación negativa. Así, a medida que la tasa de desempleo se achicaba, la tasa de variación de los salarios aumentaba. En función de esto, Richard Lipsey (1960), en perfecta sintonía con el capítulo 21 de la «teoría general» de John M. Keynes, asumió que los precios se determinaban como una proporción fija por encima de los costos laborales, por lo que la relación pasó a vincular la tasa de inflación con la tasa de desempleo (creyendo que con ello daban respuesta al desafío lanzado por Milton Friedman, que les señalaba la incapacidad del modelo keynesiano para dar respuesta a la tasa de inflación). Ese mismo año, los keynesianos Paul Samuelson y

Robert Solow dieron formato empírico a dicha recomendación tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña. Con esta nueva herramienta los políticos se lanzaron al diseño de políticas que dictaban cuánta inflación se debía soportar si se quería bajar el desempleo, y viceversa.

Sin embargo, al igual que en otras tantas oportunidades, Milton Friedman se presentó para estropearles la fiesta a los keynesianos y, junto con ellos, a todos los políticos derrochones.


Curva de Phillips aumentada por expectativas



El Coloso de Chicago afirmaba que los individuos no eran estúpidos, como sostenían de modo implícito los keynesianos, sino que en el camino eran capaces de aprender cómo trabaja la economía. Así, cuando el Banco Central aumentaba la tasa de creación de dinero, en el corto plazo las empresas creían que su precio relativo mejoraba, por lo que se lanzaban a producir más y, con ello, a contratar más trabajadores por un mayor salario. Los asalariados, creyendo que el salario real estaba subiendo, aumentaban la cantidad de horas trabajadas. Todo esto derivaba en un aumento

transitorio de la producción (pasaje del punto 1 al punto A en la curva CPcp0 del gráfico, con una tasa de desempleo mA y una inflación pb). Ahora bien, cuando los agentes descubrían que la tasa de inflación había aumentado, incorporaban dicha información (las expectativas se adaptaban con el nuevo dato de inflación), lo cual generaba una nueva curva de Phillips de corto plazo (CPcp1), que implicaba volver a la original tasa natural de desempleo m*, pero con mayor tasa de inflación (punto 2). En el fondo, Friedman sostenía que, si bien existe una relación de intercambio entre inflación y desempleo, esta es de corto plazo, y cuando los individuos se adaptan a la nueva tasa, el efecto desaparece (línea vertical para el largo plazo CPlp). En esa línea, Edmund Phelps sostenía que la única posibilidad de conseguir de modo sistemático que la tasa de desempleo se ubicara por debajo de la tasa natural era acelerando continuamente la tasa de inflación.

Finalmente, en 1972 (validado empíricamente en 1973) apareció Robert Lucas para sepultar a la tristemente célebre Curva de Phillips usando el argumento de las expectativas racionales. Así, cuando los agentes forman sus expectativas de modo racional y conocen cómo diseña la regla de política monetaria el Banco Central (la fuente de generación de inflación), frente a un cambio de regla que conlleva una mayor emisión monetaria, la economía pasa del punto 1 al 2 sin ninguna ganancia en términos de actividad y nivel de empleo. En este sentido, la única forma de lograr una mejora de actividad y empleo es mediante el engaño deliberado por parte de la autoridad monetaria, efecto que no solo durará muy poco tiempo, sino que además su repetición sistemática en el tiempo dejará cada vez menores dividendos.

En función de todo esto, lo que hemos aprendido la mayor parte de los economistas del mundo es que, cuando un Banco Central es creíble, puede bajar la tasa de inflación sin caídas en el nivel de empleo con el simple hecho de anunciar una nueva regla monetaria

consistente. Por lo tanto, ante las declaraciones de Prat-Gay surgen al menos dos alternativas: o se encuentra aferrado a las erróneas premisas keynesianas previas a los resultados derivados por Milton Friedman y Robert Lucas Jr., o considera que, si lanzara un plan de ataque frontal contra la inflación, este no sería creíble. En cualquiera de las dos situaciones la señal es mala porque implicaría haberse quedado en la teoría económica de los 60 porque consideraba insuficiente la credibilidad conseguida para lanzar un plan con las características que requería la situación económico-social argentina.

2020: el misterio de la inflación… ¿Misterio?

Resulta inquietante que los heterodoxos digan las barbaridades que dicen cuando aún no han podido resolver dos desafíos mayores. Por un lado, todavía no pudieron demostrar la existencia de inflación en una economía de trueque ya que parece que solo se han quedado con el título del *paper* de Julio Hipólito Guillermo Olivera, «La teoría no monetaria de la inflación», trabajo del que no comprenden el rol del dinero pasivo (en dicho artículo trabaja con el caso patrón mercancía), el cual aumenta para convalidar ascendentemente un cambio de precios relativos frente a las rigideces de los precios a la baja que debieran bajar y de ese modo evitar una caída en el nivel del PIB. Y por otro, aún no se pueden levantar del golpe de KO que les propinó Virginia Gallardo a Axel Kicillof y toda la heterodoxia doméstica (¿lo recuerdan?) cuando, ante la negación de la relación entre la tasa de emisión y la inflación por parte del gobernador de la provincia de Buenos Aires, «la dueña del bar» propuso que se eliminen todos los impuestos y que el gasto público sea financiado totalmente con emisión de dinero, lo cual no solo haría callar a todos aquellos que bregan por la reducción de impuestos, sino que además, en la lógica heterodoxa, exterminaría el flagelo inflacionario, al tiempo que haría crecer el PIB.

Pareciera que, frente a la falta de asimilación de las premisas monetaristas por parte de la heterodoxia local, lo cual uno ya no sabe si obedece a incapacidad intelectual y/o a ausencia de honestidad intelectual, se torna recurrente reseñar las premisas del

monetarismo presentadas por Milton Friedman en el Ciclo Wincot, en la Senate House de la Universidad de Londres, en junio de 1970, y que obviamente los heterodoxos desconocen o intentan negar:

(i) Hay una relación coherente, aunque no precisa, entre el crecimiento de la cantidad de dinero y la tasa de crecimiento del ingreso nominal.
(ii) Esta relación no se hace evidente a simple vista porque los cambios en el crecimiento monetario tardan en afectar el ingreso.
(iii) En promedio, un cambio en la tasa de crecimiento monetario produce un cambio en el ingreso nominal entre seis y nueve meses más tarde.
(iv) Los cambios en la tasa de crecimiento del ingreso nominal normalmente se reflejan antes en la producción que en los precios.
(v) En promedio, el efecto sobre los precios viene entre seis y nueve meses después del efecto sobre los ingresos y la producción, así que la demora total entre un cambio en el crecimiento monetario y un cambio en la tasa de inflación es, en promedio, entre 12 y 18 meses. De ahí es que Friedman sostiene que una escalada inflacionaria no puede ser detenida de la noche a la mañana.
(vi) Incluso teniendo en cuenta la demora en el efecto del crecimiento monetario, la relación está lejos de ser perfecta. Los cambios en el corto plazo no son proporcionales.
(vii) En el corto plazo, que puede ser de 5 a 10 años, los cambios en la tasa de crecimiento monetario afectan principalmente a la producción. A su vez, medido en décadas, la tasa de crecimiento monetario afecta en su inmensa mayoría a los precios.

(viii) De las proposiciones precedentes se deduce que la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario en el sentido de que es y solo puede ser producida por un aumento más rápido de la cantidad de dinero ofrecida que la demanda de este (el dinero, ante una demanda estable respecto al PIB, se mueve con la producción).

Al mismo tiempo, si bien la tasa de inflación está dominada por el comportamiento de la oferta monetaria, las perturbaciones en la demanda de dinero y lo que suceda en el mercado de bienes tienen efectos sobre la evolución en el nivel de precios, que dentro de un período se manifiesta como inflación. De este modo, lo que ocurrió en 2019 obedece a una caída en la demanda de dinero. Esto es, frente al recordado y grosero avance sobre la independencia del BCRA del 28 de diciembre de 2017, la demanda de dinero comenzó a caer estrepitosamente, lo cual no solo tuvo como contrapartida una tremenda fuga de capitales por sustitución de monedas dentro del portafolio, sino que además se le cortó el financiamiento externo al país, motivo por el cual se debió recurrir al FMI para no caer en *default*. Naturalmente, la caída en la demanda de dinero implica una pérdida del poder adquisitivo, lo cual se manifiesta en un salto en el nivel de precios, que dentro del período se manifiesta como un salto en la tasa de inflación. Es por ello que incluso cuando, bajo la gestión de Guido Sandleris como presidente del BCRA, no se haya emitido dinero presente, la persistente caída en la demanda y las expectativas de inflación (acorde a la emisión esperada de dinero dados los pasivos remunerados del Banco Central) impulsaban un salto en el nivel de precios. Esta situación se hizo aún más evidente luego de las PASO de 2019, cuando la caída en la demanda de dinero y de todos los activos argentinos derivó en la vuelta del cepo cambiario para evitar un salto aún más pronunciado en el precio del dólar.

Al mismo tiempo, frente a la llegada de un nuevo gobierno de corte populista y sus típicos programas de controles de precios, las empresas comenzaron a subirlos para tener un colchón que los protegiera, mientras que Economía intentaba una reestructuración de la deuda que permitiera cierta sostenibilidad (alcanzar la solvencia de modo tolerable para la sociedad), y de esa manera la estabilización se tornara exitosa y, por ende, permanente. Naturalmente, el colchón de precios tendría como consecuencia una desaceleración de la inflación en la fase de inicio del programa.

Por lo tanto, no es que no haya una explicación plenamente consistente sobre lo que ocurre con la inflación desde una perspectiva monetarista, lo que sucede es que no es responsabilidad del monetarismo la ignorancia de sus detractores.

Si bien en 2020 estaban dadas las condiciones para que Argentina cayera en una nueva crisis, el grupo de economistas del que decidió rodearse el presidente (quienes pregonaban y pregonan su adhesión al keynesianismo Ford T que ni siquiera respeta las restricciones de presupuesto) parecía decidido a apagar el incendio con un lanzallamas y de ese modo llevarnos a la peor crisis económica y social de la historia del país. Dentro de los disparates más sobresalientes resaltaban la renegociación de la deuda y la idea de bajar el déficit fiscal con un aumento del gasto público financiado con emisión monetaria: a juicio de dichos «economistas», el aumento de la recaudación por mayor actividad superaría con creces el aumento del gasto.

Sin embargo, cuando parecía que ya nada podía ser peor, apareció el Covid-19. La llegada del virus implicó un shock de oferta negativo, asociado a una retracción de tipo transitorio en la oferta de trabajo. Por ende, para un nivel de consumo estable (ya sea por el ingreso permanente y/o por asistencia del gobierno), la retracción del ingreso deriva en una caída del ahorro. Al mismo tiempo, la lectura en términos de pánico (a juzgar por el movimiento en el

precio de activos financieros y *commodities*) llevó a una brusca caída de la inversión, que al exceder la caída mostrada por el ahorro no solo implicó que la tasa de interés asociada al equilibrio doméstico bajara, sino que además retrajo la demanda de factores, generando capacidad de planta ociosa junto con una combinación de menores salarios reales y mayor desempleo. En paralelo, en el mercado de dinero, la menor tasa de interés y el aumento en el grado de aversión al riesgo elevó la demanda de dinero, que, frente a una oferta monetaria dada, puede conducir a una deflación.

Naturalmente, cuando el análisis se amplía para el caso de una economía abierta con flujo de capitales, el aumento en el grado de aversión al riesgo de los agentes a escala mundial implica un vuelo a la calidad que deriva en una mayor demanda de activos emitidos por los Estados (dinero y bonos) de países desarrollados y una caída para los emergentes. Así, en los países desarrollados la tasa de interés se mueve a un nivel más bajo y con una mayor demanda de dinero que conlleva a la deflación, mientras que en los emergentes la tasa sube y empuja a la devaluación de la moneda. Lo que ocurra con la inflación en estos últimos dependerá de la capacidad de los bancos centrales para ajustar la oferta monetaria frente a la menor demanda de dinero.

Frente a la delicada situación de Argentina, la llegada del virus, sumada a la elección de un modelo de cuarentena cavernícola, hizo que todo empeorara mucho más. Así, el PIB acumuló una caída superior a la de 2002 (-11% YTD), lo que sumado al daño causado por el Estado sobre las empresas se traduciría en quiebras masivas, caída del empleo, menores salarios reales y aumento de pobres e indigentes. A su vez, con una recaudación fiscal creciendo 22% nominalmente en términos interanuales (debajo de la inflación) y un gasto público fuera de control, el déficit fiscal acumulado arañó los 14 000 millones de dólares, aun cuando el primer semestre estacionalmente suele ser mucho mejor que el segundo.

En ese contexto, si bien el BCRA ya había emitido un billón de pesos para financiar al fisco, solo un 25% de dicha emisión se había traducido en una mayor oferta monetaria, fruto de la esterilización vía pases y Leliqs. Así, los pasivos remunerados emitidos por el BCRA se equipararon con la base monetaria (2,1 billones de pesos) y, frente a un caso de pánico, la oferta monetaria podía duplicarse en 28 días. Al mismo tiempo, la suma del recrudecimiento en la caída de la demanda de dinero que ya venía ocurriendo desde fines de 2017, la reinstauración de controles de capitales a fines de 2019, el deterioro de las condiciones internacionales, frente al exiguo nivel de reservas internacionales netas y la intención de «defender» el peso, derivó en un aumento del control de capitales. De esta manera, no solo se aumenta artificialmente la demanda de dinero local, sino que además se aumenta la base imponible del impuesto inflacionario.

En este contexto de fuerte incremento de la oferta monetaria para financiar el déficit fiscal, la bomba de los pasivos remunerados del BCRA, la caída de la demanda de dinero, que frente al cepo cambiario se manifiesta en una brecha cambiaria en torno al 100%, y una caída colosal del nivel de actividad económica fruto de la cuarentena tenemos, dentro de la lógica del manual de economía ortodoxa, una hiperinflación a la vista.

He aquí el «misterio» que, pese al descomunal desequilibrio monetario y la caída del PIB, la inflación no descontroló en 2020. Sin embargo, más allá de las cuestiones de los rezagos de la política monetaria y la lógica de los programas de estabilización heterodoxa, la respuesta al comportamiento de la inflación durante dicho año está explicada por los efectos de la cuarentena. El aislamiento condicionó la demanda de bienes al consumo de alimentos y bebidas, bienes de primera necesidad y servicios públicos. Bajo esta situación, el control de capitales pone un techo al precio del dólar y con ello, al precio de los alimentos y bebidas. Las tarifas pisadas

frenan la suba de los servicios públicos. Y los controles de precios mitigan la suba de los bienes de primera necesidad. Si a todo eso sumamos la caída de la inversión, el comportamiento de la tasa de inflación en el período careció de todo misterio.

Ya en 2021, el levantamiento de las restricciones, la reactivación de la obra pública financiada con emisión de dinero, el crédito para financiar el consumo privado y el capital de trabajo para empresas y la recomposición de la demanda agregada en una economía que destruyó mucho capital por el modelo de cuarentena elegido, pusieron en evidencia los desequilibrios monetarios, encaminados hacia una brecha insostenible, que a la postre se resolverá con hiperinflación. Así, pobreza e indigencia treparán a niveles muy difíciles de manejar, aun con el peronismo en el poder.

Dinero, precios y tipo de cambio

1. El debate en torno a la devaluación y el traspaso a los precios

En la economía argentina, y teniendo en cuenta que ya se da por descontado que más temprano que tarde habrá una devaluación de la moneda, se viene discutiendo sobre el traspaso a los precios (*pass through*) de una medida de esas características. Sin embargo, el debate está contaminado por el uso del «herramental analítico» keynesiano que, como de costumbre, está mal, cuyo formato conceptual es equivalente a sostener que el sol brilla más fuerte porque los empresarios heladeros han decido reabrir sus locales de ventas.

Las «teorías» sobre la determinación del nivel general de precios de raíces keynesianas están inspiradas especialmente en el capítulo 21 («La teoría de los precios») del libro V («Salarios nominales y precios») de la «teoría general» de John Maynard Keynes. En este sentido, en la sección segunda del capítulo mencionado el inglés de Cambridge sostenía: «El nivel de precios en una rama industrial concreta depende, en parte, de la tasa de remuneración de los factores productivos que entran en el costo marginal y, en parte, de la escala de producción. No hay motivo para pasar a modificar esta conclusión cuando pasamos a la industria en conjunto. El nivel general de precios depende, en parte, de la tasa de remuneración

de los factores productivos que entran en el costo marginal y, en parte, de la escala de producción como un todo, es decir (considerando conocidos el equipo y la técnica), del volumen de ocupación». Por lo tanto, bajo este formato, cuando el tipo de cambio sube (la moneda se deprecia), habrá un traspaso a los precios. Al mismo tiempo, dicha formulación permite comprender el motivo por el cual, ante una suba en la tasa de inflación, se acusa a los trabajadores (apuntando contra los sindicatos) y a la codicia de los empresarios («la levantan en pala»).

Sin embargo, a pesar de lo «razonable» que podría sonar el argumento en el contexto de una lectura muy ligera y carente de rigurosidad, dicho esquema analítico está mal. Así, tanto en el plano teórico como en el empírico, el mecanismo de determinación del nivel general de precios del keynesianismo es una falacia grotesca.

2. Keynesianismo e inexistencia de *pass through*

Naturalmente, y como era de esperar, la respuesta analíticamente correcta es la que el propio Keynes intentó descalificar, a pesar de haber tomado solamente un único curso de economía (con Alfred Marshall). De hecho, al inicio del capítulo, Keynes señalaba: «Mientras los economistas se ocupan de lo que se llama teoría del valor han acostumbrado a enseñar que los precios están regidos por las condiciones de la oferta y la demanda; habiendo desempeñado un papel prominente, en particular, los cambios en el costo marginal y en la elasticidad de oferta en períodos cortos. Pero cuando pasan (…) a la teoría del dinero y de los precios, ya no oímos hablar más de estos conceptos familiares pero inteligibles y nos trasladamos a un mundo donde los precios están gobernados por la cantidad de

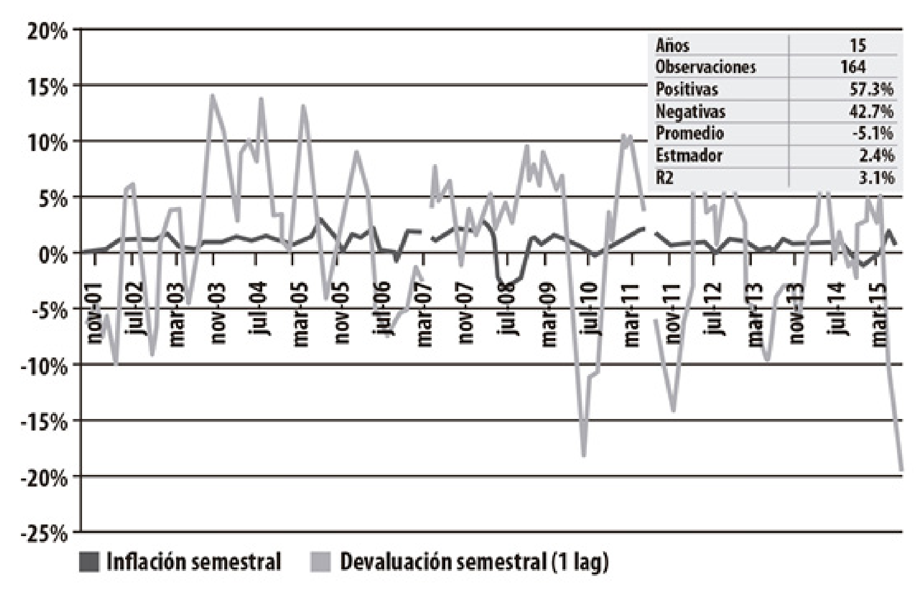
dinero, por su velocidad-ingreso, por la velocidad de circulación relativamente al volumen de las transacciones, por el atesoramiento, por el ahorro forzado, por la inflación y la deflación *et hoc genus omne*; y se hace muy poco esfuerzo, o bien ninguno, para ligar estas frases más vagas con nuestras ideas anteriores de las elasticidades de oferta y demanda».

Si en línea opuesta al «pensamiento» keynesiano consideramos que los precios nominales están guiados por la interacción entre la oferta y la demanda de dinero, y los precios relativos dependerán de la configuración real de la economía en su conjunto, en los países donde el Banco Central tiene por objetivo una baja tasa de inflación el *pass through* debería ser insignificante.

En función de lo anterior, si uno toma el caso de Estados Unidos comparado con Europa y los casos de Chile y Perú con la máxima potencia mundial, la evidencia es contundente. Por ejemplo, para el caso de Estados Unidos y la relación dólar-euro, si se toma la inflación de un semestre y la devaluación semestral desfasada en un período durante los últimos 15 años se observa que la depreciación del dólar fue seguida de una mayor inflación el 57% de las veces, mientras que en el 43% restante el movimiento fue el opuesto. A su vez, si se promedian las variaciones, en promedio estas han sido negativas. Finalmente, si uno hace una regresión de la inflación como una función de la devaluación, el nivel de explicación se ubica en el 3%, por lo que la devaluación del dólar no tiene nada para decir sobre la inflación en Estados Unidos.

Por otra parte, la evidencia empírica de los últimos 20 años en Chile y Perú indica casi los mismos resultados. En Chile, una devaluación fue seguida de mayor inflación solo en el 55% de las veces (cayó en un 45% de ocasiones), mientras que en Perú en el 53% (es decir, 47% de las veces cayó). Por otra parte, el promedio de las variaciones en Chile ha sido ligeramente positiva (4%), mientras que en Perú ha sido negativa (-15%). Finamente, el nivel

de explicación se ubica en un 9% y un 1% respectivamente. Por lo que los datos dan cuenta de la pobreza del instrumental keynesiano.



Tanto la inflación como la devaluación están tomadas por semestres. Asimismo, los datos se presentan retasando un semestre la devaluación.

Fluctuación de la relación dólar/euro e inflación en EEUU (1999-2015).

Fuente: Elaboración propia en base de datos de la FED.

3. Carl Menger, la Ley de Imputación y Milton Friedman

Esta falta de relevancia empírica para el *pass through* surge de que Keynes, al suponer «que los tipos de remuneración de los diferentes factores productivos que entran en el costo marginal cambian todos en la misma proporción (…) se deduce que el nivel general de precios depende, en parte, de la unidad de salarios y, en parte, del volumen de ocupación», retrocede a la teoría del valor trabajo de David Ricardo y Karl Marx, la cual había sido desacreditada por

William Stanley Jevons, Léon Walras y, especialmente, por Carl Menger y su Ley de Imputación.

Bajo el postulado de la Ley de Imputación, son los precios los que determinan los costos, y no al revés. Así, los consumidores no solo determinan los precios de los bienes de consumo, sino también de todos los factores de producción, fijando de este modo todos los ingresos de cuantos operan en el ámbito de la economía de mercado. Son ellos, no los empresarios ni los sindicalistas (y mucho menos un político), quienes pagan por cada insumo y a cada trabajador su salario.

Por lo tanto, si uno quisiera determinar las causas por las que suben los precios de la economía (y entre ellos, el de la moneda extranjera, el dólar), estas no están en los costos sino en el continuo aumento de la emisión monetaria. Si los precios de los bienes de la economía están determinados en unidades monetarias, al emitirse una cantidad de dinero que supere su demanda, esto hará que el valor relativo de la moneda caiga o, lo que es lo mismo, que el precio de los bienes expresados en dinero suba. De ahí que siempre volvamos a Friedman: «La inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario».

4. La devaluación nominal como fenómeno monetario

Resulta evidente que los precios relativos del sistema vienen dados por las preferencias de los individuos y la escasez, mientras que los precios nominales vienen determinados por las condiciones del mercado monetario. Puesto en otros términos, las variaciones en el tipo de cambio no afectan la tasa de inflación ya que esta última

depende de las condiciones monetarias y no de los cambios de los precios relativos. Esto es: si el Banco Central no deja de emitir dinero por encima de la demanda, la moneda perderá valor contra todos los bienes de la economía, y como la moneda extranjera es un bien como cualquier otro, la devaluación será inexorable.

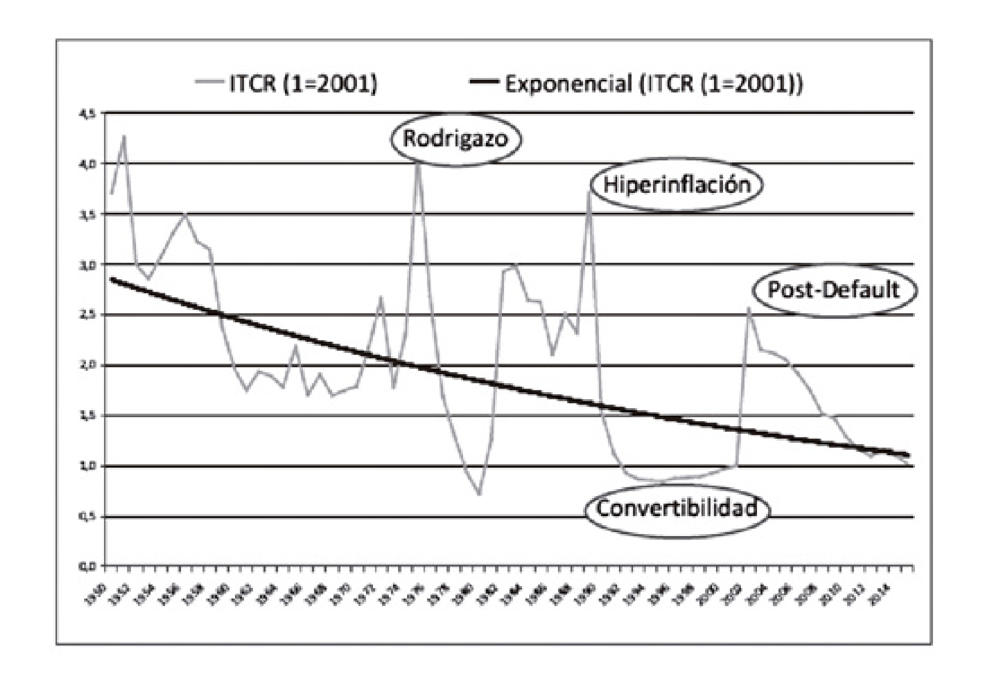
A su vez, el caso argentino presenta una complicación adicional como consecuencia de la presencia de un exceso de dinero en la economía (fruto del cepo y el déficit fiscal financiado con emisión). Esto significa que al problema de flujos por la emisión de cada período se le suma un problema de stock. Por lo tanto, si se abriera el cepo sin eliminar el sobrante de pesos y apostando a que la confianza traerá las divisas suficientes como para que el dólar se ubique en un seudoequilibrio, en caso de que la demanda de dinero se ubique en un equilibrio bueno la inflación sería del 150%, mientras que en el caso malo (lo más probable) treparía al 450%. Si esta fuera la situación, el tan mentado *pass through* podría oscilar entre el 75% y el 95%, donde, además, el nivel de actividad podría caer entre 3% y 6%, y la pobreza superaría rápidamente al 50% de la población. En definitiva, una formidable idea mal instrumentada o puesta en marcha por incompetentes podría terminar en un nuevo desastre social.

El debate cambiario en Argentina: cuando los economistas son parte del problema (*)

Tras 70 años de fuerte inestabilidad cambiaria y encendidos debates en torno al «valor correcto» de la moneda extranjera (en especial, el precio del dólar estadounidense), resulta muy difícil de entender cómo es posible que hayamos aprendido tan poco sobre el tema. Quizás la exagerada impronta neokeynesiana de los cursos de macroeconomía, economía internacional y teoría monetaria que se han dictado y se siguen dictando en este país haya deformado la cabeza de los economistas, a punto tal que no se logran captar cuestiones elementales del análisis económico.

En el gráfico siguiente, y en línea con el argumento más utilizado por los economistas locales, se presenta la evolución del tipo de cambio real de la moneda de Argentina respecto a la de Estados Unidos desde 1950. En este sentido, la evolución del tipo de cambio real muestra dos características esenciales: (i) una continua tendencia a la apreciación de la moneda y (ii) una gran volatilidad en la serie, situación que uno podría racionalizar con un caso de equilibrios múltiples con casos de alta confianza (década del 60, el inicio de la tablita cambiaria y la Convertibilidad), en los que la moneda se aprecia, mientras que en la década del 50, la primera parte de los 70 (con pico en el Rodrigazo), la década del 80 (pico en la hiperinflación) y lo que va del siglo XXI (con un salto en la salida de la Convertibilidad) vemos un alto nivel de desconfianza. Por lo

tanto, la primera enseñanza que nos deja el gráfico es que resulta incorrecto afirmar que la moneda está depreciada o apreciada sin hacer referencia al nivel de confianza y la tendencia de largo plazo.



El hecho de que el análisis sea utilizado persistentemente no evita que sea erróneo. El problema radica en que implica desconocer olímpicamente qué es y cómo funciona el sistema de precios (típico rasgo keynesiano). Todo precio de mercado constituye un fenómeno histórico específico, que siempre refleja lo que aconteció en cierta ocasión y momento bajo circunstancias específicas. Así, las relaciones de intercambio (entre el dinero y el resto de las mercancías que nos interesan, incluyendo la moneda extranjera) se hallan en mutación permanente. Nada hay que sea constante. Un determinado precio puede volver a registrarse, pero no hay certidumbre de que así suceda. Es más, aun cuando se diera el caso de que efectivamente reaparezca, no es posible asegurar si es fruto de las circunstancias que ayer lo provocaron por haber

reaparecido esas circunstancias, o si resulta de una nueva constelación de fuerzas.

Así, ignorando el concepto de lo que es un precio de mercado, un conjunto de «economistas» intentan reflexionar sobre si el dólar está caro o barato, para lo cual, tomando el tipo de cambio real en una fecha particular, realizan una suerte de ajuste por inflación sobre el valor nominal, y con ello «fundamentan» su afirmación.

(i) ¿Cuáles son los elementos que prueban que un tipo de cambio real es de equilibrio y no otro?
(ii) Se trata de un tipo de cuenta que implica asumir que nada ha cambiado tanto en la economía local como en la del mundo.
(iii) Como si eso fuera poco, sería bueno saber cuál es el índice de precios por el cual se llevó a cabo el ajuste ya que, aun cuando existieran estadísticas oficiales no dibujadas (kirchnerismo), ¿quién podría asegurar que dicho índice se ajusta a las realidades del mercado de divisas y sus efectos derrame sobre el resto del sistema?

Para tener una idea de lo ridícula que resulta la metodología, tomemos el precio de Enron en septiembre de 2000, cuando cotizaba a U$D 87,63 por acción. Si ajustamos dicho precio por la inflación de Estados Unidos, el método señalaría que el valor de dicha acción debería ser de 120,95. Sin embargo, el precio es nulo, ya que la firma en cuestión quebró.

En la misma línea, afirmar que, dado que el tipo de cambio real de un momento determinado coincide con el que regía sobre el final de la Convertibilidad y otros episodios traumáticos, la moneda está apreciada, no dice nada. Por ejemplo, luego de la salida de la Convertibilidad y el *default*, el país reestructuró su deuda pública mediante una quita que lo dejó como acreedor neto del mundo, por lo que, de no ser por la desconfianza generada por el kirchnerismo,

la moneda se podría haber apreciado mucho más. De hecho, la situación permitiría que Argentina viviera con un déficit de cuenta corriente permanente equiparable a la renta financiera que deriva de dicha posición externa aun sin tocar el stock.

Es por ello que, junto con mis colegas Diego Giacomini y Nicolás Kerst, para poder analizar con mayor profundidad las cuestiones vinculadas a la competitividad, desarrollamos «el termómetro de riqueza», que señala que la competitividad viene dada por la capacidad de tener negocios rentables. Así, el indicador conjuga tanto factores internos como externos, como la evolución de la productividad del trabajo comparada con la evolución del salario real (salarios en términos de precios), la tasa de interés de Estados Unidos, el riesgo país, las expectativas inflacionarias, la presión fiscal, la calidad de los bienes públicos y el contexto internacional. En función de todos estos elementos, el indicador muestra que nunca en la historia del país se destruyó tanta riqueza como durante el régimen kirchnerista, cuando, de no ser por el formidable contexto internacional, las políticas que se llevaron a cabo hubieran generado cuatro crisis importantes.

Por lo tanto, en base al «termómetro de riqueza» resulta claro que la economía muestra un grave problema de competitividad y que, de no haber cambios profundos en el resto de los factores, se terminará devaluando. Sea por omisión complaciente y/o ignorancia, cuando la única herramienta con que se cuenta es un martillo, resulta natural que todo el mundo se parezca a un clavo. En una franca complicidad entre políticos y keynesianos, nuevamente los sectores más vulnerables de la sociedad serán brutalmente castigados, de modo tal que la casta que ha tomado el poder siga disfrutando de sus enormes privilegios.

---

*. Artículo publicado en 2015 en una versión ligeramente diferente que, como otros textos de esta sección del libro, he decidido replicar, en tanto se trata de un problema recurrente. Además, se sabe, en este país todo es cíclico y hay que machacar sobre los errores.

Inflación y expropiación vía controles de precios

Frente al estruendoso fracaso económico de Cambiemos en todos los objetivos que se había formulado y frente al riesgo de una hiperinflación, el gobierno actual ha decidido impulsar dos medidas que a la postre serán un homenaje empírico a *La fatal arrogancia* de Hayek. Por un lado, la propuesta para reformar la Carta Orgánica del Banco Central, contemplando la incorporación al directorio de economistas del exterior. Una suerte de atajo para comprar la reputación que la institución no tiene, fruto de una historia de saqueo a los argentinos vía impuesto inflacionario para satisfacer la voracidad fiscal de la casta política. Esto implica que no se comprende que el problema no son las personas sino las ideas socialistas que contaminan toda nuestra existencia. Aun cuando, para cubrir las sillas en el BCRA, resucitaran Mises, Hayek, Friedman y Rothbard, sumados a Robert Lucas Jr., Sargent, Wallace y Paul Volcker, dada la nefasta corporación política argenta, se fracasará inexorablemente. Por otro lado, para mantener la tradición expropiatoria de la política económica argentina se procura bajar la inflación a través de congelamientos de precios y de la «Ley de Góndolas», lo cual no solo implica un avance sobre los derechos de propiedad, sino desconocer la teoría económica más básica.

Políticos, funcionarios y un ejército de economistas heterodoxos, muy a pesar de la evidencia empírica adversa, sostienen que el control de precios es una medida efectiva para controlar la inflación. Sin embargo, desde la quinta dinastía de Egipto (2830 a.C.), en

Sumeria, en Babilonia con el Código de Hammurabi, en la Grecia antigua y en la Roma imperial mediante el tristemente célebre edicto de Diocleciano, los soberanos respondieron repetidamente a las subas de precios del mismo modo. Increparon a los «especuladores», pidieron a los simples particulares que mostraran sentido de responsabilidad social y recurrieron a leyes u otros expedientes buscando fijar los precios y salarios para evitar que los precios siguieran subiendo. Sin embargo, tal como documenta el libro *4000 años de controles de precios y salarios*, de Robert Schuettinger y Eamonn Butler, los hechos evidencian una secuencia uniforme de fracasos. Es más, el libro muestra que no existe un solo caso en la historia en el que el control de precios haya detenido la inflación y/o haya evitado la escasez de productos.

El mercado es un proceso de cooperación social puesto en marcha por las actuaciones de gran cantidad de individuos que, buscando satisfacer sus propias necesidades, realizan intercambios voluntarios que no solo conllevan a la división del trabajo, sino que además potencian el crecimiento, vía una mayor productividad.

A su vez, dos de las instituciones sobre las que se basa la economía de mercado son la propiedad privada y los mercados libres. En este sentido, cuando los derechos de propiedad están protegidos significa que se puede conservar y gozar en paz de los frutos del propio esfuerzo. De hecho, esta seguridad es el principal incentivo para el propio trabajo. Si cualquiera pudiera apropiarse del fruto del esfuerzo ajeno, no habría incentivos para producir. Toda producción descansa en el reconocimiento de los derechos de propiedad. Así, el sistema de libre empresa es imposible si no existe seguridad para la propiedad y la vida. Por otra parte, mercados libres implica: libertad para que todos dispongan de su propiedad, la intercambien por otras propiedades o por dinero, o la empleen para seguir produciendo en aquellos términos, sean cuales fueren, que consideren aceptables. La propiedad privada y los mercados libres,

como ya hemos dicho, son instituciones inseparables. Así, cuando se lleva a cabo un intercambio en el que una de las partes entrega voluntariamente un bien a cambio de otros bienes o dinero, se genera un registro histórico llamado precio. A su vez, ese precio se convierte en una señal que conduce a la coordinación de los individuos, sea como compradores o como vendedores. Naturalmente, cuando los deseos de compra superen a los de venta, el precio subirá. Por lo tanto, los controles de precios y las regulaciones sobre el modo de gestionarlos constituyen un acto de intervención violenta del Estado, que genera tantos daños directos como indirectos.

En el plano de los daños directos, los controles de precios son un cercenamiento violento de los ingresos que ataca a la propiedad privada de los vendedores, ya que estos no podrán vender al precio que lo harían en caso de no existir dichos controles. De este modo, los precios ven degradada su capacidad de transmisión de información. A su vez, esto se ve agravado al restringirse el uso de los bienes de capital, por lo que el cercenamiento de la libertad junto con la manipulación violenta del precio generan una distorsión en el sistema de precios que lleva a la descoordinación de los individuos, al tiempo que los ajustes toman lugar en la dirección opuesta a la deseada. En la medida que esto ocurre, muchas transacciones se pierden (daños directos), y en simultáneo se producen daños indirectos fruto de las operaciones que resultan fallidas. No debería sorprender que, cada vez que se aplicó este tipo de medidas, derivó en escasez, corrupción y represión estatal.

El problema económico central del dinero es su valor de cambio objetivo. El poder adquisitivo del dinero viene determinado por la posibilidad de obtener cierta cantidad de bienes económicos a cambio de determinada cantidad de dinero. A su vez, el dinero, como cualquier otra mercancía, tiene su propio mercado y su precio está dado por su poder adquisitivo. Así, cuando se incrementa la

cantidad de dinero ofrecida y/o cae su demanda, el poder de compra de la unidad monetaria se reduce y, por ende, la cantidad de bienes que pueden obtenerse por unidad de esa moneda se reduce también. Por todo ello es que resultan ridículos los análisis que ponen el foco sobre el nivel de precios, ya que no solo confunden el nivel de precios con su variación, sino que además ponen el foco en el mercado incorrecto.

Finalmente, más allá de sus efectos directos e indirectos sobre la economía en su conjunto, la imposición de precios máximos amenaza el consenso de valores compartidos por la comunidad, lo cual constituye la base moral de una sociedad libre. En nombre de la responsabilidad social, se exhorta al público a someterse a estos controles, pero los que se someten terminan dañándose a sí mismos y a la comunidad. Es más, aquella conducta moralmente cuestionable —violar los controles— es beneficiosa tanto desde el punto de vista individual como desde el punto de vista social. En este sentido, dichas medidas incuban en el público la falta de respeto por la ley y hacen que los funcionarios se sientan propensos a emplear poderes extralegales, poniendo en jaque los propios cimientos de la libertad.

Jaque mate a la heterodoxia

Una de las principales banderas de la heterodoxia doméstica, probablemente influida por «La teoría no monetaria de la inflación» de Julio H. G. Olivera, es la negación de la naturaleza monetaria de la inflación, y se combina con la visión keynesiana extrema, que consta de: (i) insensibilidad de la inversión a la tasa de interés (*animal spirits*), (ii) trampa de la liquidez y (iii) precios fijos en el mercado de bienes, lo cual implica que es viable aumentar la producción vía el aumento de la demanda, y (iv) un mercado de trabajo que opera de modo simétrico al de los bienes (Ley de Okun). De este modo, si el gobierno aumenta el gasto público financiándolo con emisión monetaria, se produce un estímulo a la demanda que deriva en un aumento en la producción y el empleo. Además, si se le suma el efecto acelerador, por el cual el aumento de la producción deriva en un aumento de la inversión que conlleva al crecimiento, la economía ingresa en un círculo virtuoso cuyo destino final sería nada menos que el Paraíso.

Sin embargo, dicha visión choca con varios problemas. El primero es de índole comparativo. Si lograr el crecimiento económico es tan sencillo como aumentar el gasto público financiado con emisión monetaria, ¿por qué en otros países no lo hacen? ¿Acaso hay una conspiración mundial contra el bienestar de la humanidad? La contraparte de esto es la falta de respuestas heterodoxas a preguntas simples como:

(i) Si la inflación no es un fenómeno monetario, ¿puede existir inflación en una economía de trueque?
(ii) Si el crecimiento surge de poner plata en el bolsillo de la gente, ¿por qué no le regalamos una impresora de billetes a cada familia y que ellas emitan todo el dinero que necesitan?
(iii) Y, por último, como le planteó Virginia «Mike Tyson» Gallardo al Dr. Axel «el enclenque» Kicillof, si la inflación no es un fenómeno monetario, ¿por qué no eliminan los impuestos y financian el gasto público con emisión monetaria?

El problema central por el cual los heterodoxos no encuentran respuestas tiene que ver con trabajar con un marco analítico sin microfundamentos, con una estructura analítica no solo deficiente sino que, además, conlleva a la violación de las restricciones de presupuesto. Así, en una economía de trueque no hay inflación porque las funciones de exceso de demanda dependen de los precios relativos (son homogéneas de grado cero): cuando un bien se torna más caro, los otros se vuelven más baratos. Un notero le preguntó al Dr. Kicillof por este tema y, luego de reconocer la imposibilidad de inflación en una economía de trueque, contestó que «la inflación tiene que ver con la existencia de dinero, pero no la causa el dinero», dejando en evidencia la inconsistencia de la premisa que sostiene que la inflación no es un fenómeno monetario.

Luego del estruendoso KO de Gallardo al Dr. Kicillof, previo insulto al argumento, los Kicillof's Boys salieron en auxilio del aún atontado Axel. Así, en un tono muy ofuscado, señalaron que el argumento era una estupidez y que, si se ponía en práctica, derivaría en un brote inflacionario (hiperinflación), dejando en evidencia nuevamente sus inconsistencias.

Obviamente, frente a la inconsistencia lógica, para seguir negando la naturaleza monetaria de la inflación volvieron a recurrir a los argumentos de siempre: (i) la inflación de costos, (ii) la puja

distributiva, (iii) la inercia inflacionaria, y (iv) las expectativas. El argumento de la inflación de costos es propio de desconocer el funcionamiento de los modelos de equilibrio general. Así, cuando sube un costo para un bien, ello contrae su oferta, por lo que, si los individuos tienen una demanda inelástica, la suba plena del precio de ese bien implica un mayor gasto en dicho artículo y, por ende, un menor gasto en el resto, por lo cual, si la cantidad de dinero es constante, la suba de un precio se compensa con la baja del resto y la inflación es nula. Así, sin convalidación monetaria (dinero endógeno patrón mercancía) no habría inflación.

El argumento de la puja distributiva trabaja con un modelo de dinero pasivo (endógeno), donde la oferta de dinero se ajusta con los salarios (patrón trabajo). Cuando los asalariados consiguen aumentos, los empresarios, para mantener sus márgenes, suben los precios y, para que no haya una recesión, el Banco Central emite dinero convalidando un mayor nivel de precios que se manifiesta como inflación. Sin convalidación monetaria no habrá inflación. Parece que estos enamorados de los modelos de Olivera no han entendido que sacar el mercado monetario del modelo por Ley de Walras no implica que no exista y mucho menos que en tales modelos no haya emisión.

En cuanto a la inercia inflacionaria, señala que hoy habrá inflación porque ayer hubo inflación. Esto significa que los precios de hoy y su variación vienen dados por los precios de ayer. Aquí es cuando la falta de microfundamentos y no tener la menor idea de los procesos decisorios vinculados a la determinación de los precios generan estragos. Pensemos en el caso de los fabricantes de velas previos a 1880, cuando Edison inventa la lamparita. Según esta hipótesis, el precio de las velas estaría dado por el del período anterior. El chiste se cuenta solo.

A su vez, la inflación por expectativas tiene que ver con un modelo de dinero pasivo patrón crédito y/o con un modelo de

expectativas racionales. Con dinero pasivo, que se ajusta acorde a la demanda, si las expectativas se disparan, se dispara una demanda de dinero nominal mayor que la oferta —al ajustarse endógenamente— y convalida mayor inflación. Respecto al modelo con EERR (estado de resultados), la perspectiva de emisión futura hace que la inflación no baje porque se espera mayor emisión. Aquí, el caso del BCRA con las Leliqs es patente. Sin embargo, la heterodoxia usa dicho caso como un ejemplo de que el modelo no funciona. Otra vez, la contradicción es grosera, al margen de que parecieran ignorar las cuestiones asociadas con la demanda de dinero y los rezagos de la política monetaria explicados por el efecto Hume-Cantillón.

Por último, luego de que apelaran a todos estos argumentos perimidos, Tyson Gallardo los obligó a salirse un poco del libreto y a señalar que el dinero existe para que se paguen impuestos. Sin embargo, para variar, el argumento es un monumento a la ignorancia. Según ellos, el dinero existe para que los individuos paguen los impuestos que financian el gasto público. El primer problema es que el dinero existe para superar el problema de la doble coincidencia e indivisibilidad de los bienes bajo una economía de trueque. En segundo lugar, según ese argumento, el dinero solo existe si hay Estado. Pero el dinero es un invento privado. Es más, otro tremendo problema para el argumento es el nacimiento de las monedas virtuales. Por último, si para gastar se necesita contar con la recaudación de dinero y para recaudar dinero hay que dárselo antes a los individuos, ¿por qué darles el dinero para después quitárselo con impuestos y después gastarlo?, cuando se puede emitir para gastar y se ahorra un paso. Si ese fuera el sentido, el gasto público podría tender a infinito, o según la disponibilidad de papel moneda como único límite, al tiempo que dicho gasto «genera expansión del producto» sin acumular factores.

Esas preguntas supuestamente «estúpidas» parecieran que no lo son, ya que los heterodoxos no pueden ofrecer respuestas consistentes sin caer en contradicciones y, muy por el contrario, dejan en evidencia las falencias conceptuales que explican la decadencia argentina.

* * *

Si un extranjero con conocimientos básicos de economía monetaria e inflación visitara nuestro país, le resultarían sorprendentes las airadas descalificaciones que reciben la Universidad de Chicago, el monetarismo y Milton Friedman por parte de las más diversas personalidades de la vida pública, que van desde gran parte de los economistas profesionales (heterodoxos) hasta diversas personalidades con una carencia total de conocimientos de economía en general y de temas monetarios en particular.

Como señalaba Murray Rothbard: «No es un crimen ser un ignorante en economía, que es, después de todo, una disciplina especializada. (…) Sí es totalmente irresponsable tener una opinión radical y vociferante en dichos temas mientras se está en ese estado de ignorancia». Lo más sorprendente es que, detrás de un lenguaje florido y aparentemente sofisticado, los economistas heterodoxos afirman proposiciones absolutamente disparatadas, peores que aquellas que podría esgrimir un ciudadano medio no economista, más aún si ese ciudadano tiene más de 50 años y ha tenido que soportar al menos dos hiperinflaciones.

Acorde a dicha ignorancia, los heterodoxos niegan la naturaleza monetaria de la inflación (aun cuando no han podido probar su existencia en una economía de trueque) y responsabilizan a factores no monetarios tales como:

(i) La puja distributiva.
(ii) Los costos, lo cual incluye salarios, beneficios y precios de bienes intermedios.
(iii) Los cambios en los precios internacionales y saltos en el tipo de cambio.
(iv) Factores inerciales.
(v) Expectativas.

Todo un combo diseñado en favor de políticos estafadores y corruptos para esconder su responsabilidad en dicho proceso. Por ello, no sorprende que los políticos adoren a los economistas heterodoxos, ya que son los que les avalan sus sueños más delirantes, y si el resultado no es el esperado, les ofrecen un amplio menú de posibles culpables.

A la continua cadena de fracasos de los heterodoxos en la lucha contra la inflación, fruto de sus inconsistencias teóricas y empíricas, se debe sumar un brutal desconocimiento de las premisas monetarias, por lo cual suelen afirmar disparates tales como que durante la crisis *subprime* la FED triplicó la cantidad de dinero y la inflación nunca subió, mientras que Argentina hoy no emite un peso y la inflación es del 55%.

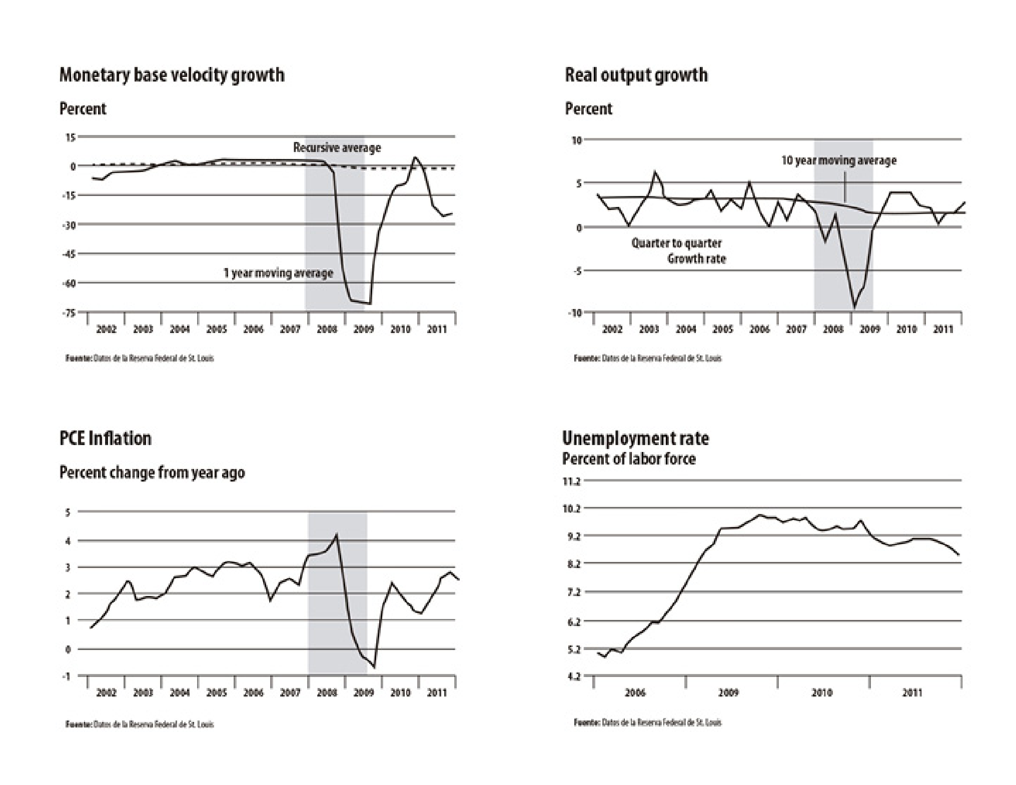
Previo a explicar estas dos supuestas fallas de la teoría monetarista, resulta apropiado volver a las principales consignas según la conferencia de Milton Friedman de 1970 citadas más arriba. Rápidamente enumeradas, aquí van nuevamente: 1) hay una relación coherente, aunque no precisa, entre el crecimiento de la cantidad de dinero y la tasa de crecimiento del ingreso nominal; 2) esta relación no se hace evidente a simple vista porque los cambios en el crecimiento monetario tardan en afectar el ingreso; 3) en promedio, un cambio en la tasa de crecimiento monetario produce un cambio en el ingreso nominal entre 6 y 9 meses más tarde; 4) los cambios en la tasa de crecimiento del ingreso nominal normalmente

se reflejan antes en la producción que en los precios, 5) en promedio, el efecto sobre los precios se manifiesta entre 6 y 9 meses después del efecto sobre los ingresos y la producción, así que la demora total entre un cambio en el crecimiento monetario y un cambio en la tasa de inflación es, en promedio, entre 12 y 18 meses; 6) incluso teniendo en cuenta la demora en el efecto del crecimiento monetario, la relación está lejos de ser perfecta; 7) en el corto plazo, que puede ser de 5 a 10 años, los cambios en la tasa de crecimiento monetario afectan principalmente a la producción (a su vez, medida en décadas, la tasa de crecimiento monetario afecta en su inmensa mayoría a los precios); y 8) de las proposiciones precedentes se deduce que la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario en el sentido de que es y solo puede ser producida por un aumento más rápido de la cantidad ofrecida de dinero que la demanda de este (ante una demanda estable respecto al PIB, la demanda de dinero se mueve con la producción).

Así, en función de dichas premisas es posible analizar lo que ha ocurrido en Estados Unidos durante la crisis *subprime* y lo que ocurre actualmente con la tasa de inflación en Argentina. Tal como ocurrió durante 1929-1933, la crisis *subprime* disparó un fuerte aumento en el grado de aversión al riesgo, lo cual tuvo como contrapartida un fuerte incremento en la demanda de títulos emitidos por el sector público americano; esto es, dinero y bonos. Consecuentemente, mientras se abrían los *spreads* entre los títulos públicos y privados por el cambio de tenencias en los portafolios, el fuerte aumento de la demanda de dinero generaba un estrepitosa caída en la velocidad de circulación, lo cual deprimía la demanda de bienes, ajustando en parte por la vía de los precios y en parte por ajustes de las cantidades (fenómeno natural asociado a la relativa lentitud del mercado de bienes respecto a los mercados financieros), mientras las caídas del producto se traducían en un abrupto aumento de la tasa de desempleo.

El gráfico a continuación deja de manifiesto la gravedad de la crisis y también las similitudes con la Gran Depresión. Mientras que durante la crisis de 1929-1933 la velocidad cayó casi a la mitad, en la última crisis la caída de velocidad fue de un 75%. Así, la demanda de bienes llegó a retraerse casi un 10%, mientras que la inflación pasó de una tasa positiva del 4% a una negativa del 1%. Es más, en términos de inflación, si en lugar de tomarse el registro anual se tomaran períodos más cortos anualizados, como ser 6, 4 y 3 meses, hay momentos en que la deflación supera el 10%.

Comportamiento de la economía durante la crisis *sub-prime*



Naturalmente, en este contexto, en el que tanto el consumo como la inversión se desplomaban, ya sea por el aumento en el grado de aversión al riesgo como por el aumento de tasas que enfrentaba el sector privado (al tiempo que se cerraba el crédito), se gestaba un exceso de oferta en el mercado de bienes que derramó sobre el mercado de trabajo, por lo que la tasa de desempleo pasó

de un nivel del 5,2% al 10,2%. La simple inspección del gráfico, a la luz de lo que fue la Gran Depresión, deja en claro que la situación que enfrentó Ben Bernanke (presidente de la Reserva Federal) ha sido mucho más complicada que la de George Harrison, su par de aquellos tiempos. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió durante 1929-1933, Bernanke, un gran economista monetario (experto en lo ocurrido durante la Gran Depresión), se nutrió de una mayor cantidad de instrumentos de Harrison para hacer frente a la situación: (i) la propia experiencia de la Gran Depresión, (ii) mejor calidad de la información y (iii) la obra de Friedman y Schwartz, quienes sacaron al mundo de la oscuridad keynesiana en lo tocante al fenómeno en cuestión. De este modo, Ben Bernanke buscó estabilizar el ingreso nominal emitiendo todo el dinero que fuera requerido por los agentes (dado el sistema de metas de inflación vía tasa de interés-dinero endógeno), y por ello, aun triplicando la cantidad ofrecida de dinero por la FED, dada la mayor demanda de dinero frente al pánico, el mercado monetario quedó equilibrado y, por ende, no solo no hubo inflación, sino que se evitó una depresión aún peor que la de 1929-1933.

Por último, respecto al caso argentino, afirmar que hoy la base monetaria está constante y la inflación en torno al 55% implica que la premisa monetarista no funciona, y es indigna aun para un infante. Así, luego del colapso monetario de 2018, una vez fijada la cantidad de dinero, habría que esperar por lo menos 18 meses para que comiencen a verse los efectos en la tasa de inflación. Por otra parte, el BCRA ha esterilizado pesos vía Leliqs, por las que no solo paga tasas en torno al 55-60%, sino que fruto de ello los pasivos monetarios crecen por encima del 3% mensual. De este modo, bajo la hipótesis de que los agentes forman sus expectativas racionalmente, el índice de precios a futuro (momento en que se desarmen las Leliqs) es más alto, y dado que la inflación esperada es la pendiente entre los precios esperados en el futuro y los

presentes, la inflación esperada es más alta y, por eso, la tasa de inflación presente no cede.

Lo ocurrido durante la crisis *subprime* y en la coyuntura monetaria presente de Argentina está perfectamente encuadrado en el marco monetarista. No es problema del monetarismo que los heterodoxos locales no lo sepan.

¡JAQUE MATE!

III. LA LLEGADA A LA POLÍTICA

Discurso del 7 de agosto de 2021, Plaza Holanda, Buenos Aires

¡Hola a todos!

¡Vamos, carajo!

Amantes de la libertad: gracias.

Gracias por acompañarnos en esta gesta, en la que hoy comienza la reconstrucción de la Argentina. El año pasado festejaba acá, junto a muchos de ustedes, mi cumpleaños. En ese momento me comprometí a meterme en política, a dar la batalla en el barro y les decía que íbamos a lustrar los zapatos para sacarlos a patadas en el culo.

Por eso hoy, después de tantas traiciones, de infiltrados, de valijas voladoras, de operetas, de micrófonos con sobres, gracias a todos los que me están acompañando. Hemos presentado nuestra alianza La Libertad Avanza para sacarlos a todos a patadas en el culo. Lo más interesante es que, cuando iniciamos este camino, el debate estaba sesgado, y a pesar de todo hemos empezado a ganar la batalla cultural. Tuvieron que armar listas negras, pero aun así les corrimos el eje de debate. Hoy todas las propuestas necesitan sumar libertad.

Pero… ¿por qué el sustituto si tienen el original?

Ese debate se corrió, se empezó a mover hacia las ideas de la libertad gracias a que cada uno de ustedes sigue dando la batalla cultural en cada lugar, sin descansar, para que podamos llevar adelante las ideas de la libertad, y para que cada vez seamos más los que enfrentamos a la casta oligárquica de la política económica argentina.

Obviamente, este no es un camino simple, y como era de esperar aparecen agresiones, aparecen descalificaciones, injurias. Así, por ejemplo, aparece la izquierda. En ese «debate», si se le puede llamar de alguna manera, salieron a acusarnos de genocidas. Justamente ellos que, donde se aplicó su sistema, fue una desgracia siempre. Fue un desastre en lo económico, fue un desastre en lo social, fue un desastre en lo cultural y, como si todo eso fuera poco, esos asesinos hijos de puta mataron a 150 millones de seres humanos.

Por eso, frente a esas injurias, calumnias y mentiras, nosotros, como discípulos del más grande expositor del liberalismo de habla hispana, nuestro querido Alberto Benegas Lynch hijo, contestamos que el liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión, en defensa de la vida, la libertad y la propiedad. Sin embargo, no solo es la izquierda la que agrede; la falsa oposición también lo hace. La falsa oposición ahora viene a hablarnos de libertad, nos hablan de libertad cuando fueron parte del «trío pandemia», al que se sumaron porque les daba 50 puntos de rating y les permitía ser conocidos en todo el país, iniciando una campaña presidencial de manera irresponsable. En ese contexto, nos encerraron a todos, nos dejaron sin ingresos, nos quebraron y, encima que estaban cerrados nuestros negocios, venían y rompían veredas sanas para seguir cobrando impuestos, cuando hubiera sido más barato pagar una inyección.

Es más, ahora nos vienen a decir que los impuestos son altos, cuando ellos no pararon de subir impuestos, cuando ellos crearon

nuevos impuestos, cuando ellos aumentaron la presión fiscal y persiguieron a todos aquellos que pensaban distinto. Entonces, de qué me vienen a hablar, si además el eje central de ellos no era que los impuestos fuesen altos, sino el tamaño del Estado. No era un tamaño de Estado grande, sino que era ineficiente. El pobre Friedrich von Hayek se retorcía en su tumba frente a tanta fatal arrogancia.

Como si esto fuera poco, empezaron a hablar de propiedad. Es verdaderamente increíble que vengan y nos hablen de propiedad los mismos que impulsaron la Ley de Góndolas. Es decir, avanzaron sobre los derechos de propiedad de los dueños de los supermercados por una mera aritmética electoral, porque son pocos los dueños y muchos los que compran ahí. Entonces, en un cálculo electoral, fueron contra los dueños de supermercados. No se quedaron ahí, también avanzaron sobre los derechos de propiedad con la Ley de Alquileres. Cuando impulsaban eso hubo algunos que tuvimos quizás la locura de contradecirlos y decirles que eso iba a terminar mal. Hoy tenemos menos propiedades disponibles, tenemos propiedades de peor calidad y precios más altos; es decir, tenemos la peor combinación de todas. Terminaron cagando, como de costumbre, a los más vulnerables, siempre jodiendo a los más pobres. Decían que venían a ayudar a los pobres y los amaron tanto que los multiplicaron ferozmente.

Después nos hablan de las instituciones. Yo recuerdo el 28 de diciembre de 2017, cuando no les gustaba la inflación que esperaba el Banco Central y se lo llevaron puesto. Y sucede que ahora parece que reconocen que la independencia del Banco Central lleva a menos inflación. Lo primero que van a tener que hacer es contarles a los miembros de su lista que decían que había que ir a perseguir a empresarios porque estaban subiendo los precios desmedidamente. Guillermo Moreno con buenos modales.

Más allá de eso, recibimos de buena manera que, por lo menos, alguna parte de la casta política reconociera la naturaleza monetaria de la inflación, pero les vamos a dejar pasar ese proyecto de independencia del Banco Central porque nosotros vamos a quemar el Banco Central. Esto lo quiero aclarar porque es parte del debate: el capitalismo y el liberalismo no solo son superiores en lo productivo, hay una superioridad moral por abrazar los mejores valores de la sociedad de Occidente, que se transformaron en instituciones que hicieron rico al planeta. Por lo tanto, es una discusión moral.

El tema inflación siempre lo explico con el caso de una economía que hace transacciones en oro y aparecen un físico y un químico que ofrecen transformar el plástico en oro. En ese contexto empezamos a comprar plástico y lo convertimos en oro. Mientras que ese oro falsificado está en mi casa, no pasa nada; el problema es cuando lo meto adentro del sistema. Eso constituye una estafa al resto de la población: nos están engañando, nos están estafando, es un robo. Eso se percibe en la pérdida del poder adquisitivo del oro con todos los precios de la economía subiendo en unidades de oro. Es decir, que la inflación no solo es un robo, es impuesto no legislado y moralmente está mal. Por lo tanto, no me vengan a hablar de un Banco Central independiente, de una baja inflación, porque no hay un robo bueno y un robo malo. El robo es malo, robar está mal, por lo tanto, eliminemos el Banco Central.

Cuanto uno más plantea estas cuestiones, parece que menos escuchan, parece que la cuestión moral no les importa. Y como no les importa, vienen y dicen cosas como: «Pero esto lo va a llevar a cabo un comité de expertos independientes». ¡Como si pudieran determinar la cantidad óptima de dinero! Pregunta: ¿acaso a alguien se le ocurrió pensar cuánta es la cantidad óptima de tomates dentro de la economía? ¿Por qué no se dejan de estupideces?

Y en el fondo, cuando las personas determinan su demanda de dinero, esa es la demanda de dinero óptima, y no tiene nada que ver con la presencia del Estado, y lo único que puede hacer el Banco Central es joder con el nivel de precios. Por lo tanto, si quisieran determinar la cantidad óptima de dinero, van a tener que saber las preferencias de todos los agentes pasados, presentes y futuros, van a tener que conocer las preferencias temporales de toda la población; van a tener que conocer la tecnología de todas las empresas de la economía; las de hoy, las que vendrán; el progreso tecnológico, las dotaciones iniciales, las tasas de amortización y las expectativas. Eso solamente puede ocurrir con un ser que tenga la característica de ser omnisciente, omnipresente y omnipotente. Y quiero decirle algo, casta política hija de puta… ¡ustedes no son Dios!

El oficialismo no se queda atrás. Es una franca competencia a ver quién dice más pelotudeces. Pero más allá de todas las estupideces que dicen, el año pasado nos encerraron diciendo que iban a cuidar la salud, y que no les importaba la economía. En eso segundo sí que fueron claros y acertados, porque Argentina cayó el triple que el resto del mundo; fue de los países que más cayeron del G20. Argentina sufrió una catástrofe económica, y sin embargo… «el Estado presente, el Estado te cuida». El año pasado hubo 40 000 muertos cuando, si hubiésemos hecho las cosas como un país normal, habríamos tenido 10 000 muertos, es decir que este gobierno genocida, por no dejar de robar con los testeos, el año pasado mató a 30 000 argentinos.

En ese contexto, a aquellos que tuvimos la osadía de criticar nos acusaron de querer enfermar a la población, nos acusaron de asesinos. Dijeron que aquellos que estaban en contra del modelo que impulsaba el gobierno estábamos a favor de la muerte. Mientras que ellos estaban generando un desastre. Y cuando todo esto se estaba aclarando, avisamos que se enfrentaba no solo con testeos

masivos, sino también con vacunación masiva opcional. Y en ese contexto, este gobierno de chorros, por no dejar de afanar, hizo que este año la cantidad de muertos ya supere los 60 000 y más de 30 000 son víctimas de no haber recibido las vacunas en tiempo y forma. Por lo tanto, este gobierno genocida sigue matando gente.

Y hay más: este gobierno se recibió de inmoral y demostró que tenemos un verdadero enemigo, que es la casta política. Porque ellos tienen los privilegios y a nosotros nos revientan a impuestos. Nos tenían encerrados y nos subieron los impuestos. Hicieron 18 reformas fiscales para cobrar más impuestos y se subieron las dietas. Y como si todo esto fuera poco, tuvieron el vacunatorio VIP y encima el presidente nos ofende diciendo que «no hay delito penal en saltearse la cola». Por eso voy a aprovechar este atril para darle una pequeña clase: usted, cuando va a determinar que es delito o no, compara costos y beneficios. En términos normales, saltearse la cola no es un delito, no porque no esté mal legalmente, aunque esté mal desde el punto de vista ético y moral, desde las normas y costumbres. Pero cuando en el medio está incluido el valor de la vida, cuando voy a estar matando gente por saltear la cola, eso también es un asesinato.

En ese sentido, ahí ya se habían graduado con honores en ser inmorales, habían cosechado posgrados metiendo controles en el tipo de cambio, para aumentar la base no imponible del impuesto inflacionario. Y terminaron doctorándose con las partuzas en la Quinta de Olivos, mientras que nos tenían a todos encerrados.

Vengo no solo a pedirles que nos acompañen en la revolución de la libertad; les pido que nos acompañen en una revolución moral. En una revolución que termine de sacar los valores del socialismo, que son la envidia, el odio, el resentimiento, el trato desigual frente a la ley, el robo y el asesinato, para ir hacia una sociedad que viva del fruto del trabajo. Que nos ganemos el pan con el sudor de la frente, sirviendo al prójimo, con bienes de mejor calidad a menor precio.

Por ende, si volvemos a abrazar estos valores, Argentina volverá a experimentar un proceso fenomenal de crecimiento, que en 35 años nos volverá a convertir en una potencia mundial. Algunos dicen que esto no es posible: les cuento que después de la Constitución de 1853, que fue diseñada por Alberdi y Gorostiaga, cuyos familiares están aquí, con nosotros, ya que un Alberdi está en nuestra lista, abrazando las ideas de la libertad, pasamos de ser un país de bárbaros a alcanzar, en 35 años, el lugar de la primera potencia mundial.

La mierda de la casta política, los verdaderos enemigos, los que siempre se ponen por delante, quiero que sepan que ahora primero estamos nosotros, los que laburamos, los que nos rompemos el orto trabajando. Y cuando llevemos las ideas de la libertad: ¿qué nos va a decir el establishment? ¿Qué nos van a decir los políticos? ¿Qué van a decir los empresarios prebendarios? ¿Qué van a decir los micrófonos ensobrados? Que eso no se puede.

Al carajo con el «no se puede».

Se pueden ir al carajo con el «no se puede», porque no estamos resignados a que dentro de 50 años esto sea la villa miseria más grande del mundo.

Sin lugar a dudas esta no es una tarea para tibios, esta no es una tarea para cobardes, esta no es una tarea para los políticamente correctos. Yo no me metí acá para estar guiando corderos, yo me metí acá para despertar leones. Y quiero escucharlos rugir.

¡Viva la libertad, carajo!

Soy el rey de un mundo perdido

Discurso del 6 de septiembre de 2021, Parque Lezama, Buenos Aires

«Hola a todos, yo soy el león», rugió la bestia en medio de la avenida. La casta corrió sin entender, *panic show* a plena luz del día. «Por favor, no huyan de mí, yo soy el rey de un mundo perdido. Soy el rey y te destrozaré, toda la casta es de mi apetito».

¡Viva la libertad, carajo!

Almas libres que no se han doblegado frente a la maldita corporación política y que luchan de pie por una Argentina justa y libre…

¡Vida la libertad, carajo!

Cuando cumplí mi compromiso con ustedes, que había arrancado en el festejo de mi cumpleaños y que confirmamos hace poco más de un mes, allá en Plaza Holanda, les dije: «No me meto acá para guiar corderos, me meto acá para despertar leones».

Y recuerdo también que les pedí que rugieran fuerte, que hicieran escuchar el grito de la libertad, y vaya si lo lograron: la casta política toda está cagada.

Es por ello que están tan asustados, porque le tienen miedo a la libertad. Probablemente debe ser porque se benefician mucho con el modelo actual, porque solo progresaron ellos y nosotros vivimos cada vez peor pese a que cada vez trabajamos más. Por lo tanto,

nosotros venimos aquí para revivir el legado de Juan Bautista Alberdi, que junto con Gorostiaga son los autores intelectuales de la Constitución y aquellos que la pusieron en marcha, con el puntapié de Urquiza, después de Mitre, Sarmiento, Roca y luego de toda la Generación del 80, el hecho de que en 35 años pasamos de ser un país de bárbaros a primera potencia mundial.

Yo quisiera saber por qué la maldita casta política, chorra, parasitaria e inútil le tiene tanto miedo a las ideas de la libertad. Viven amenazando con que la libertad no se puede… ¿Qué carajo están mirando? Si aquellos países que son más libres son ocho veces más ricos que los reprimidos. Si el decil más bajo de la redistribución no solamente está 11 veces mejor que su par en el país reprimido, sino que además tiene el doble de ingresos que más del 80% que vive en el país reprimido. Por qué le tienen tanto miedo a la libertad si en los modelos más libres hay 25 veces menos pobres en el formato estándar y 50 veces menos en el formato extremo.

¿Por qué le temen a la libertad?

Avanzamos a partir de las enseñanzas de nuestros gigantes de la libertad como Menger, como Von Bawerk, como Mises, como Hayek, como Rothbard, como Friedman, como Ayn Rand, como Nozick, y sobre lo que es sintetizado brillantemente por Israel Kirzner: «No alcanza con que el sistema sea superior cuantitativamente, porque si fuera injusto, de nada valdría todo esto». Es por eso que les queremos decir que el liberalismo no solo es más productivo, es el único sistema justo.

Y me resultan graciosos aquellos que defienden las ideas colectivistas o el también llamado socialismo. En todos los lugares donde se lo aplicó fue un fracaso en lo económico, fue un fracaso en lo cultural, fue un fracaso en lo social, y además asesinaron a 150 millones de seres humanos. Por eso, antes que criticar al liberalismo… ¡pónganse de pie, ratas! Porque en el liberalismo solo

es posible progresar sirviendo al prójimo con bienes de mejor calidad a un mejor precio, que aquel que gana dinero en el liberalismo es un benefactor social, porque produce bienes de mejor calidad y porque produce laburo y genera bienestar.

Quieren criticar a este sistema que se empezó a aplicar en un mundo en el que vivían 1000 millones de seres humanos y el 95% de la población lo hacía con menos de un dólar diario. Es decir: eran pobres extremos. Hoy, con cerca de 250 años de este maravilloso sistema, a pesar de los palos en la rueda, el mundo ha multiplicado por ocho su población y ha llevado los niveles de pobreza prepandemia a niveles de menos del 5%, por lo tanto, vengan a hablar de lo que es un milagro, porque ese milagro es el liberalismo.

Además, para que salgan de burros, les cuento cuáles son las instituciones del capitalismo. La primera institución es la propiedad privada, porque en el intercambio de propiedad privada es donde surge el precio y ese precio es un mecanismo de transmisión de información, coordinación y ajuste, que es lo hace que el sistema funcione. Por eso, la segunda de estas instituciones es la de los mercados libres, porque cada vez que se mete el Estado en el medio violenta la propiedad privada, contamina la señal de precios y el sistema funciona peor. Por eso siempre falla el socialismo, porque 100% de participación estatal implica la negación de la propiedad privada, no hay precios y, por ende, generan miseria. Y la otra institución es la competencia, para que se puedan aprovechar las oportunidades de negocio para mejorar el bienestar de los seres humanos.

Sin embargo, cuanto más colectivistas, más les gusta regular, más les gusta meter restricciones, porque de eso viven los corruptos del Estado. A esto hay que sumar la división del trabajo, porque gracias a Dios somos todos distintos, porque la única igualdad que vale es la igualdad ante la ley. Por eso también me causa gracia cuando el zurderío dice que nosotros queremos la explotación del

hombre, cuando su sistema fue la explotación en sí misma. Les voy a contar algo: no existe esa pelotudez de la teoría del derrame; cuando hay un intercambio voluntario se benefician las dos partes como fruto de la división del trabajo, de la especialización, de la Ley de Asociación de Ricardo. ¡La recontra tienen adentro!

Es por eso que nuestro modelo ya está grabado en nuestro Himno: «Oíd, ¡mortales!, el grito sagrado: ¡libertad, libertad, libertad!». Por otra parte, más allá de las operaciones, de las persecuciones, de las prohibiciones, de los sabotajes, el clima se puso de nuestro lado: hasta se suspendió Argentina-Brasil. A pesar de todo esto, toda esta casta repugnante colectivista se vio superada en el debate. Todos tuvieron que empezar a hablar de la libertad, ni siquiera saben de qué se trata, pero saben que la gente está despertando, el rugir de los leones le ha llegado a la política y están cagados.

Miren cómo será de loco todo esto que la izquierda nos acusa de totalitarios y habla de que son la verdadera libertad, cuando ellos aplicaron su sistema de manera sangrienta; siempre se hizo por el modo violento. Si aquí estuviera Friedman les diría que «el socialismo es siempre y en todo lugar un fenómeno totalitario».

Por otro lado, los parásitos y el ñoqui de oro del oficialismo hablan de libertad e igualdad. Habría que contarles que la igualdad es la igualdad ante la ley. Lo voy a explicar con el Síndrome de Procusto. Era alguien que vivía en Grecia e invitaba gente a su casa, de a uno. Ahí los emborrachaba y los invitaba a quedarse a dormir. En ese contexto, cuando el huésped era demasiado alto, le cortaba las piernas y, si era necesario, hasta la cabeza. Por otra parte, si era demasiado ancho, le cortaba los brazos. Si era corto, lo estiraba y terminaba matándolo. Por lo tanto, no hay nada más injusto que algo que está fuera de la igualdad ante la ley. Buscar la igualdad de los que somos naturalmente desiguales es un proceso sangriento que solo conduce a la pobreza.

Y por si fuera poco, tenemos a la seudooposición. Probablemente habría que contarles que Hegel utilizaba algo que se llamaba polilogismo. Es decir, o sos de los que están de mi lado o sos el enemigo. Si yo fuera la patria, el otro sería la antipatria, por ejemplo. Si yo le dijera a mi queridísimo amigo Carlos Maslatón: «Carlos, ¿vos sos hincha de Huracán? Si me decís que no, sos de San Lorenzo». ¡Las pelotas! ¡No es de San Lorenzo, es de Boca! A ver si entienden la falacia.

A su vez, les explico a ustedes, «Juntos por el Cargo», que cuando nacieron como tercera fuerza acá había peronismo y radicalismo, por lo que están negando la esencia de su nacimiento.

Pero no se quedan ahí con las falacias. Sucede que ahora no solo usan la falacia polilogista propia de los totalitarios y de los fascistas, sino que además dicen que son un bloque homogéneo, que ellos son la única forma de parar al kirchnerismo. Entonces, ¿por qué carajo no los están parando? Que alguien me explique: si ellos son los que paran al kirchnerismo, ¿por qué carajo no bajaron la Ley de Alquileres? ¿Por qué no pararon la Ley de Góndolas? ¿Por qué no pararon la Ley de Teletrabajo? ¿Por qué no pararon esta cuarentena cavernícola, por qué se sentaban con Alberto Fernández y Axel Kicillof a encerrarnos a todos? ¿Por qué metieron ellos las restricciones en el mercado de capitales? ¿Por qué cercenaron nuestra libertad? Claro, me olvidaba: no solo apoyaron esas leyes, las apoyaron porque además ellos mismos las impulsaron, ellos mismos son liberticidas.

No solo eso: hablan de un bloque homogéneo… Se están cagando en el Congreso, ¿o acaso hay solamente dos o tres representaciones? Si fuera así como ellos dicen, ¿para qué carajo entonces hay 257 diputados? Más totalitarios no se consiguen. Para eso, discutan con altura y con fundamentos. Por último, dicen que si no los votamos a ellos estamos a siete legisladores de Venezuela. Los mismos que no quisieron condenar la dictadura castrista. Sí, los

mismos que se cagan en la libertad y que ahora hablan de libertad y hablan de bajar los impuestos, ¿por qué no los bajan ya mismo, entonces?

En definitiva, si se vota a la seudooposición estaremos cada vez más cerca de lo que es Venezuela, porque ellos son los que nos impusieron por ley y a la fuerza hablar de 30 000 desaparecidos. Si tanto miedo hay en avanzar hacia Venezuela, si estamos a siete votos de Venezuela, ¡acá estamos los liberales de frente para no dejarlos pasar!

Dicen que no tenemos propuestas: ¿acaso no saben leer? No importa, vamos a ayudarlos con este discurso. Lo primero que le voy a decir a la casta política de mierda, chorra, parasitaria y llena de inútiles, es lo que no voy a hacer. Jamás iré contra la propiedad privada, jamás iré contra la libertad, jamás voy a subir un impuesto, jamás voy a crear nuevos impuestos. Voy a hacer todo lo humanamente posible para bajar el gasto público y los impuestos.

Por otra parte, cuando arrancamos la campaña, yo señalaba que los proyectos que íbamos a enviar tenían que ver con el principio de revelación. Claro, ingenuo de mí, creí que la casta entendía. Pero parece que lo entendieron ahora, cuando hablé de lo que era el principio de revelación y que se encontraba en la Torá cuando se analiza el caso del rey Salomón. Sucede que vienen a él dos mujeres que reclamaban por un mismo chico y, en su sabiduría, el Rey dijo: «Si las dos se acreditan ser dueñas o la madre del hijo, vamos a partir el chico en dos», y entonces ahí apareció la madre y dijo «que se lo quede ella, pero por favor no lo maten». Ese es el principio de revelación, ¡aprendan, burros!

En ese contexto, los proyectos que nosotros vamos a hacer serán de fuerte base moral. Cuestionaremos todas las medidas inmorales. Por ejemplo, ¿quiénes de acá están a favor del robo? ¿Quiénes de ustedes están a favor de que la casta política nos robe 5 puntos del PIB? Vamos a preguntarles a los chorros de la política

quiénes son los que quieren seguir teniendo un Banco Central para rompernos el culo con el impuesto inflacionario y seguir robándonos.

Me importa un carajo que estas basuras digan «van a ser muy poquitos». Les voy a dejar una lectura del primer capítulo de los Macabeos que dice: «La victoria en la guerra no depende de la cantidad de soldados, depende de las fuerzas que vienen del cielo». ¡Estamos empezando a correr y les vamos a ganar y los vamos a llevar por delante, vamos a sacar a la casta política, vamos a ir contra el statu quo!

Y ahora sí, para terminar, quiero invitar a todos los que me están acompañando en esta gesta, y en especial a Bertie Benegas Lynch, hijo de nuestro máximo prócer del liberalismo; por ende, quiero que escuchen fuerte de qué se trata el liberalismo, tal como lo definió Alberto Benegas Lynch hijo: «El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión y en defensa del derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad».

¡Vida la libertad, carajo!

¡Vida la libertad, carajo!

¡Vida la libertad, carajo!

«Entre los jóvenes les sacamos votos al kirchnerismo y a la izquierda»

Entrevista de Jorge Fontevecchia, Perfil, 18 de septiembre de 2021

—*¿Por quién votaste en las elecciones anteriores en democracia?*

—La primera votación en la que participé fue en la de 1989. Voté a Álvaro Alsogaray. Ganó Menem. En el 95 voté a Menem. En la del 99, voté a Domingo Cavallo. Después, cuando fue entre Ricardo López Murphy, Menem y Néstor Kirchner, fui por López Murphy.

—*En 2007 fue Cristina Kirchner contra Roberto Lavagna y Elisa «Lilita» Carrió.*

—Creo que no voté a ninguno. De los tres, para no esquivar la pregunta, el que me cae más simpático es Lavagna. No pienso como Roberto, pero respeto su trabajo profesional.

—*Es sólido, independientemente de que su ideología sea distinta a la tuya.*

—Le reconozco muy buen trabajo. No era fácil hacerse cargo de la economía argentina. Es cierto que muchos costos los pagó Jorge Remes Lenicov. Es una suerte de víctima, igual que Celestino Rodrigo. Pagaron costos de los errores previos. Pero la situación que le tocó a Roberto Lavagna no fue fácil. Cuando llegó, estaba el corralito, el corralón. Fue un Alcatraz y lo pudo resolver.

—*Había una docena de cuasimonedas.*

—Lo resolvió minimizando los daños sobre la población. Podré pensar distinto, pero si no se le reconoce ese logro, uno es injusto.

—*Siguiendo el orden, después estuvo la reelección de Cristina.*

—Nunca voté a Cristina.

—*¿Y entre Mauricio Macri y Daniel Scioli?*

—Decidí por Macri. Lo voté en primera y en segunda vuelta.

—*¿Y en 2019?*

—En esta voté a José Luis Espert.

—*Domingo Cavallo te elogió en estos días. ¿Qué pensaría Alsogaray de lo que estás haciendo?*

—Es un ejercicio bastante raro. Hay tres familias de liberales. Están los liberales clásicos, los minarquistas y los anarquistas. Filosóficamente, soy anarcocapitalista y en la vida real soy minarquista. Puede que no sea lo más digerible para la gente de la Ucedé. Esta separación es estrictamente en lo económico. Murray Rothbard es el inventor del anarcocapitalismo. Hoy hay figuras en el mundo muy relevantes, como Jesús Huerta de Soto, Miguel Anxo Bastos, Walter Block o Hans-Hermann Hoppe.

—*Alsogaray es previo porque el partido libertario en Estados Unidos nace en el 72.*

—Entre los minarquistas se podría encontrar a Ludwig von Mises, o algunas facetas de Friedrich Hayek.

—*La llamada Escuela Austríaca.*

—Y en lo filosófico, a Robert Nozick o Ayn Rand. Luego, los liberales clásicos como Adam Smith o Milton Friedman. Si tuviera que poner la línea divisoria, sería entre la Escuela de Chicago y la Austríaca, la primera abraza la economía neoclásica. Allí hay cuestiones que se consideran fallos de mercado, como las no convexidades o los monopolios, las estructuras concentradas, los fallos de información, los bienes públicos, las externalidades, los fallos de coordinación. La Escuela Austríaca cree que los fallos de mercado no existen, porque el mercado es un proceso de

cooperación social en el cual se intercambian voluntariamente derechos de propiedad. Si hacemos un intercambio y ese intercambio es voluntario y de común acuerdo, ¿quién es un tercero para opinar si está bien o mal?

—*¿Alsogaray en qué categoría se ubica?*

—Más cerca de un liberal clásico.

—*¿Te psicoanalizás o psicoanalizaste?*

—Hubo una época en la que fui al psicólogo. Falleció hace poco, que en paz descanse. Un ser maravilloso.

—*¿Cómo se llamaba?*

—Marcos. Nunca supe el apellido. Siempre lo traté por el nombre. Verdaderamente, era una superestrella.

—*¿Cuándo murió?*

—Hará cosa de seis meses.

—*¿De Covid-19?*

—No exploré por qué.

—*¿Qué diría Marcos hoy al ver tu éxito electoral?*

—Andrea, su mujer, me llamó hace unos días para felicitarme. Fue muy gratificante. Llegó en un momento muy complicado para mí y me permitió abrir la cabeza. Era muy desafiante la situación. Me hacía preguntas que me hacían dar cuenta de qué cosas no iban y cuáles sí, y qué tenía que mejorar. Si no mejorabas, Marcos decía que no había que perder el tiempo.

—*¿Cuánto tiempo hiciste terapia con él?*

—Cuatro o cinco años.

—*¿Era una terapia clásica? ¿Una terapia alternativa?*

—No sé de otras terapias. Iba y me ponía a hablar con él.

—*¿Cuánto duraba la sesión?*

—Cuarenta y cinco minutos.

—*¿Tenías diván?*

—No.

—*¿Qué edad tenía Marcos?*

—Nunca le pregunté. Como mucho, 60 años.

—*Joven*.

—Sí.

—*Evidentemente, su muerte tiene que haber sido por algo no natural. Le da crédito a la hipótesis de que podría haber sido por Covid-19*.

—No exploré sobre la situación. No tenía su teléfono. Después de unos meses de que ocurrió el evento, uno de los hijos se comunicó conmigo.

—*¿Seguiste haciendo terapia durante la pandemia?*

—Dejé exactamente durante la pandemia.

—*¿Te enseñó a escucharte?*

—Las preguntas eran tan interesantes que observaba mis errores. Y si no progresabas, te volaba. Te sentías casi obligado a mejorar.

—*¿Ibas una vez por semana?*

—Sí.

—*¿La experiencia analítica te hizo repensar algo de tu postura ideológica?*

—No. Ya había entrado en el ciclo liberal. No siempre fui liberal en este sentido. En la carrera de Economía, independientemente de si es en una institución de administración estatal o privada, los contenidos forman post-keynesianos con tintes estructuralistas. Estudié en la Universidad de Belgrano. Mi primera maestría fue en el IDES, el Instituto para el Desarrollo Económico y Social. La segunda fue en la Universidad Torcuato Di Tella. Cuando hago la primera maestría, estudio solamente las distintas vertientes del keynesianismo. Cuando hago la maestría del Di Tella, la postura era más bien *mainstream* y bastante ecléctica. Austríaco me hice solo, en el año 2014.

—*¿Y cómo fue?*

—Siempre tuve una impronta de que me tiraba a lo liberal. Pero el formato recibido en la educación era más parecido a lo que se llama ortodoxia.

—*Más estilo Escuela de Chicago.*

—Cuando hice la maestría del Di Tella estaba de moda la teoría de los ciclos reales. Me enganché con esa teoría y con todo lo que tenía que ver con la intertemporalidad. Esa parte de la economía miraba a los monetaristas casi como «nuestros hermanos bastardos». No tenían toda la pureza debida. Cuando llega la crisis *subprime*, en 2008, revisé la obra de Keynes y de Friedman. Veía el accionar de Ben Bernanke. Me parecía impresionante cómo había internalizado esas lecciones. Fue la persona indicada en el lugar indicado y en el momento indicado.

—*Como Lavagna, salvando las distancias. ¿El debate post-Lehman Brothers te fue acercando a la Escuela Austríaca?*

—Me frustró cómo planteaban la situación los economistas *mainstream*. Me planteé cuál era el eje central de Adam Smith en la investigación sobre las causas de la riqueza de las naciones. El eje es el crecimiento económico. Así comencé a especializarme en el tema. Era una matemática muy amigable para mí.

—*Habías pasado ya los 30. A los 37 años. Y habías terminado tus posgrados.*

—Los dos. Ahí encuentro que de vuelta tenía problemas entre la teoría económica y la evidencia empírica. Conceptualmente, era demoledor. La tasa de crecimiento del producto per cápita era 0,02%. A partir del siglo XIX, el PBI per cápita salta un 66% y empieza un proceso de crecimiento fenomenal. Se multiplica más de nueve veces. La serie del PBI per cápita tiene la forma de un palo de hockey.

—*El problema de la Argentina es, además, el crecimiento. Quizá también buscabas la solución a los problemas del país.*

—Eso es lo que me hizo detonar la cabeza. Te estoy describiendo una función, porque en 1810 el mundo llega a una población de 1000 millones de seres humanos. Hoy tenemos 7800 millones. Aumenta la población y la producción crece más que proporcionalmente. En el año 1800, el 95% de la población del planeta Tierra vivía con menos de un dólar diario. Pobreza extrema. Cuando miro ese mismo indicador previo a la pandemia, ese número había caído a 5%.

—*¿El monopolio no es malo?*

—Hay un error en la teoría neoclásica. De hecho, se acaba de hacer un compendio de artículos en honor a Alberto Benegas Lynch hijo. Lo que hago es rastrear cuándo la economía neoclásica pierde el rumbo. En algún sentido, los austríacos podrían ser neoclásicos. La economía neoclásica arranca con la superación de la teoría del valor trabajo y cuando llega la teoría subjetiva del valor con Karl Menger, en 1871.

—*¿John Keynes podría ser el síntoma o el significante de la pérdida de rumbo de la economía?*

—Keynes distrajo a la teoría económica y la llevó por muy mal camino. Fue hacia más de cuarenta años de discusiones inútiles.

—*¿Lo que buscabas era explicar qué pasó para que el crecimiento no siguiera siendo con la forma de un palo de hockey?*

—La pregunta es por qué se considera malo, si la pobreza extrema era del 95% y cayó al 5%, habiendo multiplicado por más de ocho veces la población. Había algo en la teoría que no funcionaba. Ahí me encontré con un artículo de Murray Rothbard, «Monopolio y competencia». Forma parte de una de las obras más maravillosas que leí en mi vida, que se llama *El hombre, la economía y el Estado*. Tiene tres tomos. Los dos primeros son una puesta al día de uno de los libros también más maravillosos de la historia del pensamiento económico, que es *La acción humana*. En el tomo tres, *Poder mercado*, se vuelve anarcocapitalista. *Monopolio*

y competencia, que fue traducido por Alberto Benegas Lynch, el papá de Alberto Benegas Lynch hijo, nuestro máximo prócer del liberalismo, uno de los máximos referentes del habla hispana. Rothbard plantea que el monopolio no es malo. El primer punto es la definición de monopolio. Se define como la situación en la que el monarca decidía quién podía producir o no. Al que no cumplía se le cortaba la cabeza. Era un resultado de la acción violenta del Estado. La opción es entre el equilibrio parcial de un solo período o el intertemporal. En este contexto, Rothbard dice que es posible que haya sustitución. Si no consumís algo, consumirás otra cosa y sustituirás. Y que son falsas las consecuencias negativas atribuidas al monopolio. Suponete que haya diez empresas produciendo celulares y hay una que encuentra la forma de hacer el celular de mejor calidad a mejor precio. ¿Cuál vas a comprar? Ese. Las otras nueve quebrarán. ¿Es algo malo o hay un mejor precio?

—*El problema a posteriori es el abuso de posición dominante.*

—Hablar así es un recurso de los intervencionistas. Si se tiene una posición dominante, ¿conviene el precio más alto? Si pasa eso, entra otra empresa.

—*Si hubiera abuso de posición dominante, quizá no pueda entrar otra empresa.*

—Se puede crear otro producto.

—*La discusión es que a un monopolio no se le puede competir.*

—Es falso.

—*Y esa es tu tesis: que al monopolio se le puede competir y, por tanto, no existe. Es una coyuntura que dura poco.*

—O podría durar mucho. Desde la teoría neoclásica, quien mejor enfrenta el problema es William Baumol, cuando desarrolla la teoría de los mercados disputados. Lo hace con una función de costos medios de fondo plano en la que en el fondo plano el costo marginal es siempre igual al costo medio. La cantidad de empresas estará determinada por el tamaño de planta, determinada por la demanda.

Una vez que se llega al fondo plano, como el costo medio es igual al costo marginal y cruza la demanda y la oferta estará ahí, el precio será igual al costo medio, igual al costo marginal, y es la solución competitiva. Se podría llegar a ese resultado aun con una sola empresa. Y si la demanda cortara detrás del nivel donde se alcanza el mínimo, la libre entrada y salida te asegura que vas a cumplir con la regla de segundo mejor, y básicamente vas a cumplir con la restricción financiera.

—*Tu experiencia con el psicólogo fue, según decís, de 2015 a 2019, y tu orientación hacia la Escuela Austríaca es anterior. ¿Hay algo de esa experiencia de cuatro años de escucharse de otra manera que produjo un Milei diferente?*

—Hay muchas cosas en las que mejoré. Aunque no lo parezca, en el trato personal.

—*¿Tenías un carácter más explosivo?*

—Todavía más, sí.

—*¿Eso pudo guardar relación con la pelea con tus padres?*

—Canalizaba mal mi pasión. Hay cosas que me resultaban extremadamente evidentes y otros no lo internalizaban. Eso me alteraba. Hay un libro que se llama *Cuatro mil años de controles de precios y salarios. Cómo no combatir la inflación*. Su corolario es que la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario y se sostiene en cuestiones empíricas.

—*A largo plazo, siempre lo es.*

—Entonces, cómo entender que haya gente que afirme que es multicausal.

—*Quizás en el corto plazo.*

—No.

—*¿En el corto plazo también es monetaria?*

—Se precisa entender cómo funciona la economía. Inflación es pérdida del poder adquisitivo del dinero. Cuando aumenta la oferta por encima de la demanda, aumenta la oferta o cae la demanda, o

pasan las cosas al mismo tiempo, el poder adquisitivo del dinero cae. Y los precios expresados en unidades monetarias suben.

—*A largo plazo, cuando uno correlaciona inflación y emisión se percibe que es un fenómeno monetario. Pero quiero entender a Javier Milei persona y me llevás a ejemplos económicos.*

—No te sientas mal. Pero en mis ratos libres, leo libros de economía aplicada a la vida diaria.

—*Te resulta terapéutico.*

—Es superdivertido.

—*¿La terapia y el terapeuta te permitieron expresar convicciones férreas de manera menos explosiva y entender a otros?*

—No tengo problemas con que pienses diferente, pero si discutimos cuánto es 2+2, te voy a decir que es 4. No 578 235, aunque sea un maldito neoliberal.

—*¿Te molestaba la falta de honradez intelectual?*

—Profundamente. También la mentira, la chicana berreta. Me irrita la deshonestidad intelectual.

—*¿Hacías algo para descargar toda esa fuerza? ¿Algo físico? ¿Deporte, algo lúdico?*

—Jugué al fútbol. Llegué al plantel profesional de Chacarita en el año 1989. En medio de la híper dejé de jugar para dedicarme a la economía. Tenía 18 años.

—*El fenómeno más importante de la historia de la Argentina te sacó del fútbol y quizás incidiera en que estudies estos temas vinculados al crecimiento de lo monetario.*

—Tiene que ver con eso. Y la inflación. Soy experto en crecimiento económico con y sin dinero. Elegí ser economista por las razones equivocadas en el año 82, cuando tenía 11 años, en la crisis de la tablita cambiaria.

—*¿Decidiste ser economista en el 82?*

—Cuando termina José Alfredo Martínez de Hoz y viene Lorenzo Sigaut, el de «el que apuesta al dólar pierde».

—*Después de la tablita de cinco años, de un equilibrio entre inflación y el dólar.*

—Ponele. Por lo menos no te mentían los precios.

—*¿Martínez de Hoz no era liberal?*

—No, para nada. Nadie que haga déficit fiscal es liberal. Ni que acumule deuda. La deuda es inmoral. Si el liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, la deuda acumulada es profundamente inmoral. La fiesta de hoy la pagan las generaciones futuras.

—*¿Ahí dijiste «cuando sea grande quiero ser economista»?*

—Sí, porque lo que veía…

—*¿Le contaste a tu padre? ¿A qué se dedicaba?*

—Mi papá arrancó como chofer de colectivo. Después, cuando nací, se compró el primer colectivo. Y cuando nació mi hermana, el segundo. Así empezó a crecer.

—*¿Pensaste en que el papá de Cristina también era chofer de colectivo y fue comprando unidades, como tu viejo?*

—No lo puse en consideración.

—*¿Qué dijo tu padre cuando le dijiste que querías ser economista?*

—Le pareció un disparate. Consideraba que me iba a morir de hambre, que me sería muy difícil conseguir trabajo.

—*¿Quería que fueras contador?*

—Exactamente.

—*Pero te pagó la Universidad de Belgrano.*

—Elegí la carrera por las razones equivocadas. Veía que había una fuerte redistribución del ingreso, que algunos que estaban bien pasaron a estar mal, algunos que estaban mal pasaron a estar mejor. Pensé: si el dinero me puede permitir conseguir muchas cosas, debo tenerlo. Y para generar dinero debo entender cómo funciona este despiole. Ese fue mi razonamiento a los 11 años.

—*¿Hiciste comercial en el secundario?*

—No, nacional. Interactuar con adultos me permitió descubrir que, independientemente de lo que hicieran o lo bien que les fuese, todos estaban disconformes con sus remuneraciones. A todos les parecía que no recibían lo que merecían. Sentían que debían ganar más. A los 11 años me di cuenta de que, independientemente de lo que hagas, siempre te sentirás disconforme con lo que ganás.

—*Lacan decía: «El deseo siempre desea otra cosa»; esa es la fuerza de la humanidad.*

—Mi razonamiento fue entonces dedicarme a hacer por lo menos lo que me gustara. Despotricaría contra lo que me pagan también si hiciera otra cosa. Por lo menos me siento mejor haciendo lo que hago. Arranqué a estudiar en 1989.

—*Con la híper.*

—Sí. En ese momento estaba en el plantel profesional de Chacarita. Entrenaba seis horas por día. Cuando le dije que estudiaría para economista, me insistió que no conseguiría trabajo y la pasaría horrible. Le contesté que no me importaba. Y me enamoré de la economía por las razones correctas. Acompañaba a mi mamá al supermercado en plena hiperinflación. Entrenaba seis horas por día y además estudiaba en la universidad. Estudiaba que, cuando los precios subían, la demanda bajaba. En el supermercado, apoyado en el changuito, porque iba de bestia de carga, veía a las chicas que pasaban con una suerte de pistola para etiquetar los nuevos precios.

—*Y la gente trataba de ir delante de las chicas.*

—Sí. Se abalanzaban sobre la mercadería. Me pregunté: si los precios están subiendo, ¿sube la cantidad demandada? Me pregunté si lo que estudiaba estaba mal o yo era un tonto. La solución de dignidad implicó dejar de jugar al fútbol y estudiar muchísimo más. En lugar de estar seis horas entrenando, empecé a estudiar, aun más allá de la facultad. Me encerraba en la biblioteca del Banco Central. Escribí mi primer artículo académico a los 20

años, «La hiperinflación y las distorsiones en los mercados». Muy precariamente, desarrollo un modelo de expectativas adaptativas. Te podés cubrir del efecto de la inflación stockeando, lo que da como resultado una curva de oferta invertida. Los sucesivos aumentos del déficit fiscal financiados con emisión monetaria que desplazan la demanda hacia arriba producen un equilibrio en el que subían los precios y se contraía el nivel de actividad. En ese contexto, como la curva de oferta queda más empinada que la de demanda, el equilibrio no solo era único; además, era estable. Explicaba situaciones como la de una híper. Se iban los precios a las nubes y caía el nivel de actividad.

—*¿Publicaste ese* paper*? ¿Lo volviste a mirar con el paso de los años?*

—Lo presenté en la universidad. Tendría que buscar los registros. Escribí el *paper* en una de las materias que tenía que ver con cuestiones de epistemología.

—*¿Pensaste en dedicarte a la docencia por esa necesidad de explicar lo que no te cerraba?*

—Empecé a dar clases a los 20 años en la Universidad de Belgrano. Les daba clases de Microeconomía a mis compañeros, y les cobraba. Después fui ayudante.

—*Terminaste la carrera de grado e inmediatamente comenzaste el posgrado.*

—El primero. Para el otro me tomé unos años.

—*¿Tu viejo te bancaba?*

—Por entonces, ya trabajaba.

—*¿Seguías viviendo con tus viejos?*

—Sí.

—*¿En qué momento te fuiste a vivir solo?*

—A los 27, 28 años, cuando estaba haciendo el segundo posgrado.

—*¿Laburabas?*

—Trabajaba mucho como consultor. Después fui a Estados Unidos a perfeccionar mi inglés. Volví y entré a trabajar en HSBC. En ese momento, compra el Banco Roberts y empieza toda la mutación en la que pasa a ser HSBC Banco Roberts; después HSBC Argentina, y finalmente HSBC.

—*¿Cómo te considerás haciendo plata?*

—Si es para otros, un genio.

—*¿Y para vos mismo?*

—Un desastre. Pero el eje central en mi vida pasa por ser feliz.

—*¿La felicidad es el fin del ser humano?*

—Es el fin último, siempre.

—*¿La felicidad es más importante que la libertad?*

—Van de la mano. No podés ser feliz sin ser libre.

—*¿Pero es una causa secundaria y la principal es la felicidad?*

—La felicidad es el motor; la libertad, el contexto. Sin elegir, ¿cómo ser feliz?

—*Hay corrientes orientales y estoicas que afirman que la libertad consiste en no desear. Séneca se inscribe en ese pensamiento, de alguna manera.*

—No adhiero.

—*Pero tenías la felicidad como objetivo básico. Estudiar Economía te hacía feliz. Y lo que me hace feliz es lo más importante.*

—Por eso puedo dejar de hacer trabajos en los que me pagan mucha plata.

—*¿Hacés cosas lucrativas para darte el gusto de hacer otras que no lo son?*

—Es un medio para financiar lo que quiero hacer. Ser especialista en crecimiento me permitió estudiar optimización, programación dinámica. Terminé de internalizar plenamente las condiciones de transversalidad con un capítulo de *Los Simpson*.

A Homero se le ocurre comer el pez globo, que es absolutamente venenoso y debe ser cortado por un especialista para que no te mate. El cocinero tenía un romance en el auto con una señorita y estaba el aprendiz. Le dicen que no lo pida. Pero bastó que a Homero le dijeran que no para que insistiera. El aprendiz hace el pez globo y tiene la sensación de que se equivoca. Entonces le informan a Homero que se va a morir. Es interesante. Si hoy fuera el último día de tu vida, ¿qué harías? Es una pregunta clave.

—*¿Se convierte en una persona mejor?*

—Si mañana no hay nada, dejan de importarle las consecuencias intertemporales.

—*No vi ese capítulo, ¿mejoraba un poco Homero?*

—Homero se dedicó a hacer lo que le gustaba. Si fuera mi último día, estaría con mi hermana, con el jefe, mi padre, con mis hijitos, con Conan, con Murray, Milton, Robert y Lucas, y trataría de leer economía de divulgación. Las cosas que te hacen bien. Si pudiera, estaría todo el tiempo con mi hermana, con mis hijitos y leyendo. Sería el hombre más feliz del mundo. El problema es cómo se pagan las cuentas. Entonces, cedo cosas para financiar lo que me gusta hacer. Si fuera el último día de mi vida y tuviera los ahorros pertinentes, no tendría problemas. Pero si no los tengo debo generar ingresos para financiar esas tres cosas. Eso es ordenar tu vida en un sendero.

—*Martin Heidegger se planteó cuestiones similares a las de Homero con el ser para la muerte. ¿Leíste* Ser y tiempo*?*

—No.

—*Te lo voy a regalar.*

—Ah, bueno. Gracias.

—*¿Le sacaste más votos a una o a otra coalición?*

—No le saqué votos a nadie.

—*¿A quién votaron antes los que te eligieron?*

—¿Acaso la gente vota siempre lo mismo?

—*No te acuso de robo. Intento entender quiénes creés que son tus votantes.*

—Lo que hice fue ampliar la oferta electoral.

—*Quizás el significante «sacar» te predispuso mal. Me refiero al origen y al pasado de tus votantes.*

—La gente está sorprendida por dónde saqué más votos.

—*En Lugano, Soldati, Villa Riachuelo, Liniers, Mataderos, Parque Avellaneda, Floresta, Monte Castro, Versalles y Villa Luro tuviste el 15%. Y en Belgrano y barrios de mayor poder adquisitivo, el 12%. Parece contraintuitivo.*

—Me parece cero contraintuitivo. El liberalismo fue creado para liberar a las personas de la opresión de los monarcas derivados en tiranos. Es lógico que quienes están más contra las cuerdas, los menos favorecidos, abracen las ideas de la libertad.

—*¿Más al kirchnerismo?*

—Le sacamos al kirchnerismo y también a la izquierda en el segmento joven. Se ve que perdieron esos votos, por decirlo de alguna manera. Pero no explica el número creer que solo es el voto de los jóvenes. En cada caminata veíamos que se ampliaba la base. Empezaba a haber gente de mayor edad.

—*¿Siempre jugaste de arquero?*

—Siempre jugué de arquero, es algo elegido. La personalidad del arquero es muy diferente. Se viste distinto. Usa guantes. Es el único que puede jugar con las manos. Si se equivoca, es gol. Entrena solo. Requiere una personalidad muy fuerte. Es un puesto solitario. Te hacen el gol y todos festejan del otro lado, mientras vos estás solito.

—*El día de la elección fuiste a comer a la casa de tus padres y dijiste «alea iacta est», las cartas están echadas.*

—La suerte estaba echada. No tenía bocas de urna. Me enteraría cuando llegase al búnker al final de la tarde.

—*¿Pensaste «soy yo más que las ideas» cuando sacaste proporcionalmente tres veces más que José Luis Espert?*

—No. Tanto José Luis como yo estamos construyendo una fuerza nueva. Conlleva múltiples contratiempos. Comparar mis números porcentuales contra los de José Luis sería profundamente injusto, porque en capital hay 15 comunas. En la provincia de Buenos Aires son más de 130 municipios. El desafío es muchísimo más grande.

—*La presión es inversamente proporcional al espacio, como sostenían Jacques Lacan o Pascal.*

—Sin recursos financieros, parte de la campaña son los medios. Tanto José Luis como yo tenemos exposición en los medios desde hace muchísimos años. Hoy yo estoy más. Somos muy fuertes en las redes. Lo otro es el territorio. Voy, me meto en los barrios y hago el cuerpo a cuerpo. Se observa en los videos, me meto en los barrios y no me importa nada.

—*En un territorio más pequeño, una fuerza nueva puede hacerse conocida más rápidamente. Las redes sociales permiten también una capilaridad diferente.*

—El voto se fideliza en el cuerpo a cuerpo.

—*En lo que tiene que ver ahora con la comunicación, el énfasis ocupa un lugar.*

—Lo mío es el énfasis.

—*¿Es tu ventaja competitiva?*

—Él es liberal clásico. Yo soy filosóficamente anarcocapitalista y minarquista de corto. José Luis no quiere eliminar el Banco Central, yo sí.

—*Juan Grabois, en las antípodas tuyas, dijo que vos sintetizabas más un grito de bronca que una propuesta ideológica. Alguien enojado que insulta. Y eso interpreta el enojo de la gente.*

—Está claro que la sociedad está enojada y tiene motivos para estarlo. Los únicos que progresan son los de la casta política. A la

casta política cada vez le va mejor y todos los demás laburamos mucho más y estamos cada vez peor. La explicación liberal para ese enojo es correcta. Pero si dijo algo sobre mi ideología, se equivocó.

—*No dice que no tengas fundamento. Afirma que tu triunfo no es por el fundamento ideológico, sino porque representás el enojo mejor que nadie.*

—Puede ser. Pero pude captar el enojo a partir de mi fundamentación.

—*¿Conocés a Grabois?*

—No.

—*Debería armar un encuentro entre ustedes dos. ¿Qué sentiste cuando Mauricio Macri dijo de vos que «ambos somos defensores de la libertad»?*

—Si venís de toda una determinada trayectoria y ahora te identificás liberal, ¿quién soy yo para decirte que no? También vengo de posiciones de centroizquierda al liberalismo.

—*No habías marcado aquello de «centroizquierda».*

—Fue toda mi trayectoria profesional, desde cómo me formaron a cómo decidí formarme. Que Macri se manifieste liberal hoy no me parece mal. Macri tuvo un discurso que parecía el correcto en 2015.

—*¿Traicionó ese discurso en el poder?*

—Sí. Para mí, hay claros responsables: Jaime Durán Barba, Marcos Peña y la coalición con la que llega al gobierno, básicamente.

—*¿La responsabilidad es de otros?*

—La vida tiene restricciones. Cuando me preguntás algo de economía, si no te contesto como anarcocapitalista puro es porque entiendo que hay restricciones, que están las condiciones de estado. La vida es la que es, no la que querés que sea.

—*Entonces no sería una traición, sino que se adaptó a las restricciones.*

—Lo limitó la presencia de Jaime Durán Barba y de Marcos Peña diciéndole que no podía ir por determinado lugar y tener una coalición con la Unión Cívica Radical, que es la internacional socialista, y a la Coalición Cívica, más socialistas que la Unión Cívica Radical. Dentro de su propio partido tiene palomas socialdemócratas. Llegó al poder y lo dejaron atado de pies y manos. Terminó haciendo kirchnerismo de buenos modales y un pésimo gobierno.

—*¿Macri era dueño de su destino o fue todo cuestión de casuística y no podía hacer otra cosa?*

—Hay que ver si podría haber hecho otra cosa con las restricciones.

—*¿Lo disculpás?*

—También tiene responsabilidad. Si admitió vincularse con determinadas personas, se puso solo las restricciones.

—*¿Pero si de otra forma no llegaba?*

—Es una elección. Yo no lo haría.

—*Preferís no ser presidente, pero mantener la pureza de tus ideas.*

—Exactamente.

—*¿Qué rol tiene la dialéctica entre la ética de las convicciones y la de la responsabilidad? Si querés cambiar, ¿cómo llegás al poder?*

—Si llego por medios equivocados, el resultado no puede ser bueno.

—*¿Hubiera sido preferible que ganara Daniel Scioli y hoy hubiera un gobierno liberal?*

—Exactamente.

—*¿Macri atrasó ocho años la política argentina?*

—Me dicen que voy a estar más solo que Adán el Día de la Madre en el Congreso. No estoy solo. El formato de La Libertad Avanza tiene distintas expresiones.

—Tendrás diputados; José Luis también, ¿y Ricardo López Murphy?

—Me refiero a otra cosa. Es trazar la línea. La socialdemocracia queda del lado de la izquierda. Del otro lado están los liberales, los libertarios, la derecha, la centroderecha, los conservadores, el peronismo republicano, los menemistas y los halcones de Juntos por el Cambio.

—Cuando juntás todo ese magma, llegás a la conclusión de que no es un espacio menor.

—No lo es. Lo más interesante de la elección en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires es que el liberalismo es la segunda fuerza más importante de la ciudad.

—Juntás los votos de López Murphy.

—Es el 25% de los votos. Eso está arriba de lo que sacó Leandro Santoro, el kirchnerismo. Si para noviembre todos los liberales nos ponemos de acuerdo y vamos juntos, dejamos al kirchnerismo en tercer lugar y los terminamos de empujar. Con los votos que sacó Vidal, López Murphy ya está adentro. Se puede ganar en composición liberal.

—¿Llamás a los votantes de López Murphy para que voten a tu partido?

—La lista de Juntos por el Cambio tiene nueve posiciones de centroizquierda en los diez primeros lugares.

—¿La fama y la comunicación tienen un valor fundamental? ¿Vos, al ser tan buen comunicador, sin necesidad de ser presidente de Boca, lograste esa visibilidad?

—Es importante que te conozcan. Se pueden cambiar las cosas de tres maneras: una es la batalla cultural. En lo que tenía que ver conmigo, ese proceso estaba saturado. La otra es la vía revolucionaria. Si sostengo que el liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo basado en el principio de no agresión y en defensa del derecho a la vida, a la libertad y a la

propiedad, la solución totalitaria no me resulta simpática. Además, el monopolio de la violencia lo tiene el Estado: no es estratégico. Tampoco me va a ir muy bien si me quiero hacer el loquito. La única forma que había para cambiar era meterse dentro del sistema y barrer contra el statu quo. Del otro lado está el statu quo: la casta política, los socios, los que quieren acuerdos. Cuando se sientan a una mesa a acordar los políticos, afuera queda la gente. Se terminan repartiendo la torta para no perder nada.

—*Pero diste la batalla cultural en un tiempo.*

—Se había saturado para mí.

—*¿Hubo un triunfo de la izquierda en la batalla cultural? ¿La izquierda transmite una superioridad moral?*

—Consideré que habíamos encontrado límites en la batalla cultural. Si tenías acá sentado en una entrevista a un asesor en medios del presidente sugiriendo que había que censurar a un economista que en horario *prime time* decía que había que cerrar el Banco Central, faltaba decir que ese economista era rubio de ojos celestes con los pelos locos. Estaba claro que el gobierno intentaría cerrarles la opinión a los liberales. Por eso, la batalla cultural estaba complicada.

—*¿Y cuál sería la alternativa viable?*

—Meterte en el sistema. No dejo de dar la batalla cultural.

—*Es el punto sobre el que más pivoteás. Cada vez que te pregunto algo personal, me llevás al tema económico. Me cuesta sacarte del tema. Expresar las evidencias.*

—Es una deformación profesional. Si me hablás del matrimonio, te contestaré en términos de análisis económico.

—*Lo referís todo como una metáfora.*

—Si tuviera que enumerar los tres libros más importantes en mi vida, te diría: *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, de Adam Smith; *La acción humana*, de

Ludwig von Mises, y *El hombre, la economía y el Estado*, de Murray Newton Rothbard.

—*Vas a agregar a Heidegger con* Ser y tiempo *en un futuro.*

—Lo voy a leer. El libro más importante de la Escuela Austríaca se llama *La acción humana*.

—*¿Nunca pensaste que la incorporación de conocimientos por fuera de la economía podía enriquecerte?*

—Sí. No es que no leo otras cosas.

—*Decís que no te da tiempo.*

—Es un toc eso. Pero no quiere decir que no lea otras cosas.

—*Hay muchos países que no tienen inflación y tienen Banco Central. No parecería haber correlación entre una cosa y otra.*

—Podemos discutir bajo qué circunstancias el Banco Central funciona. Pero te pregunto: ¿estás de acuerdo en que asesinar está mal?

—*Obviamente.*

—¿Estás a favor de respetar la vida?

—*Obviamente.*

—Quiere decir que hay una solución intermedia que se llama tortura, ¿la avalás?

—*No.*

—Desde el punto de vista moral, las cosas están bien o mal. Robar está mal. El Banco Central es un mecanismo con el que se estafa a la gente.

—*Lula marcaba que había logrado que 40 millones de brasileños ascendieran a la clase media, media/baja, y que esas personas votaban en su contra aspiracionalmente. En el Barrio 31 lograste alguno de tus mejores porcentajes. ¿Le pasó a Horacio Rodríguez Larreta transformando lo que era una villa en un barrio?*

—El valor de la libertad es transversal. Lo único que hice yo fue llamar la atención a la gente sobre la pérdida de la libertad. A eso se suma un evento aleatorio inesperado como la pandemia.

—*¿Tu éxito electoral también se explica por la pandemia?*

—Sí, porque puso la libertad en el centro de la escena. Hay un trabajo que se viene haciendo desde hace muchísimos años. Pero hay una situación donde empiezan a resurgir las ideas liberales, a partir de la elección en la que participa Espert, y luego la pandemia.

—*Es un eslabón de una cadena.*

—En ese devenir, yo divulgaba las ideas de la libertad.

—*¿Sos hegeliano? ¿Creés que los actores políticos son cuerpos que usa la flecha de la historia de manera ascendente, como buen liberal?*

—Creo en los individuos. Y en el hacerse cargo.

—*Fuiste agente, pero al mismo tiempo estabas en el lugar correcto en el momento correcto.*

—Me tocó a mí, pero le podría haber tocado a otro.

—*Georg Hegel, cuando ve pasar a Napoleón frente al balcón de su casa en Alemania, no dice «vi pasar a Napoleón a caballo». Afirma que vio «pasar la historia a caballo». Quizás en el Barrio 31 haber visto pasar a Milei fue ver pasar el humor de época.*

—Y percibir que el liberalismo es lo único que te puede sacar de eso.

—*Dijiste que hay una diferencia entre un liberal y un conservador. Que a ambos les importa la propiedad privada, el liberalismo se diferencia del conservadurismo en que no importa lo que hace cada uno en la cama. El verdadero liberal lo era en economía, pero también en todos los aspectos de la vida.*

—Alberto Benegas Lynch dice que el liberalismo no se puede cortar en gajos.

—*Citando a Benegas Lynch, dijiste que el liberalismo es el respeto irrestricto al proyecto de vida del prójimo. Tenés una relación de apoyo con el tercer hijo de Bolsonaro, Eduardo, que está en contra del matrimonio gay y se burla del movimiento LGTB. ¿Concilia eso con el liberalismo?*

—Preguntame qué pienso yo. Sería más fácil.

—*Te lo pongo de otra forma. ¿Estás en contra de lo que piensa Eduardo Bolsonaro?*

—Mi posición es que el matrimonio es un contrato entre dos seres humanos.

—*Pueden ser del sexo que sea.*

—De lo que quieras. Dos que se ponen de acuerdo y listo. Estoy en contra de que ese contrato sea regulado por el Estado. Cuando aparece la regulación, romperlo se hace más costoso. Con la cárcel del Estado, se corta el vínculo, y si tenés que salir de vuelta al mercado, hacés el cálculo de qué te conviene. Cuando está el Estado, es más costoso romper el contrato. Ese costo hace que cambie tu actitud moral. Cambia tu comportamiento. Te dejás estar… Sos menos competitivo por esa restricción. La regulación del contrato por parte del Estado hace mal, ya sea en relaciones heterosexuales u homosexuales. Mientras los acuerdos sean voluntarios, no tengo ningún problema. Mi problema radica en la presencia del Estado.

—*Bolsonaro no sería un liberal como vos y se comportaría como un conservador.*

—Será conservador. Esas cosas pasan. Lo que dije no quita que pueda decidir tener una relación monógama heterosexual. Hablamos de mi relación con Daniela. Nosotros decíamos que teníamos un monopolio bilateral. Ambos estábamos de acuerdo en una relación uno a uno.

—*¿Monopolio bilateral quiere decir que eran fieles el uno al otro?*

—El acuerdo era que no había terceros. Era recíproco. Y el acuerdo era que, si llegábamos a creer que había que desviarse, había que plantearlo y no ir al engaño. Dejamos de estar juntos por un problema de inconsistencia de agenda. Daniela es una mujer maravillosa. Me acompañaba a todos lados, pero le hacía daño a su

carrera. No estamos juntos y sin embargo seguimos teniendo un vínculo maravilloso.

—*¿Se puso contenta?*

—Me felicitó. Me escribió y me felicitó.

—*¿Está viviendo en Estados Unidos?*

—Tengo entendido que está en Buenos Aires.

—*¿Te recomendó a tu terapeuta?*

—No. Me lo recomendó una persona muy importante en mi vida, Guillermo Francos. Lo conocí en el lugar donde trabajo y ahora estoy de licencia sin goce de sueldo, que es en Corporación América, el grupo de Eurnekian. Me sugirió ir a un terapeuta. Uno de mis mejores amigos, Nicolás Posse, me recomendó a Marcos.

—*¿Cuánto hay de psicología en la economía?*

—Toda la nueva economía del comportamiento está basada en un mal entendimiento de los fundamentos de la economía neoclásica.

—*¿La economía es una ciencia exacta?*

—No es una ciencia exacta, si no el socialismo funcionaría. No funciona porque el eje central es el ser humano, y puede cambiar.

—*Jair Bolsonaro comenzó su carrera política en Brasil yendo a los programas de la tarde. Vox, en España, habla de casta, tal como vos. ¿Cuánto estudiaste los ejemplos internacionales? ¿Cuánto te dedicaste a estudiar comunicación política?*

—No estudié comunicación política. Me entero al andar de lo que hacen otros.

—*¿No sabías que Vox había utilizado el tema de la casta?*

—No. No quiere decir que no sea firmante de la Carta de Madrid.

—*Otro tema que te une a vos con Bolsonaro y Trump es el uso de la palabra comunismo. Algunos hablaron de «anticomunismo zombi» porque casi no quedan comunistas en ninguna parte del mundo. ¿Los liberales fueron domesticados por un soft power de la banalidad del bien?*

—Mi presentación es el fruto de la conjunción de dos libros. Uno es *Crítica del intervencionismo. El mito de la tercera vía*, de Ludwig von Mises. Dice que hay dos sistemas nada más: capitalismo o comunismo; liberalismo o socialismo. Cualquier solución intermedia es un engendro, por decirlo de alguna manera. Hay que vincularlo con otro libro, *Camino de servidumbre*, de Friedrich Hayek. Donde está el Estado, todo funciona peor. Friedman decía: «Por lo general, la intervención del Estado a un fallo de mercado suele dar una solución mucho peor». En esa lógica, cualquier solución intermedia tenderá al socialismo. Por eso digo que el kirchnerismo y Juntos por el Cambio son lo mismo. Te van a llevar al mismo lugar. La diferencia radica en la velocidad. Cristina Kirchner te lleva al mismo lugar que Horacio Rodríguez Larreta o María Eugenia Vidal. La diferencia es de velocidad.

—*Puede ser que te lleven al mismo lugar y que ese lugar sea la socialdemocracia. ¿Nos llevarían a Corea del Norte?*

—A la postre, termina en un sistema totalitario.

—*Usás comunismo como metáfora de totalitarismo.*

—Quizá Larreta o Vidal no tienen malas intenciones, pero ponen en funcionamiento un marco analítico que lleva a nuevos errores y más intervención, y lleva a más socialismo.

—*El libertarismo comenzó como una forma política de izquierda.*

—Los primeros libertarios, los anarquistas originales, eran de izquierda.

—*¿Qué sentís por ellos?*

—Vieron el problema del Estado. Que en el fondo implica un cercenamiento de las libertades individuales.

—*¿Preferís a los socialdemócratas?*

—Sí. La propia dinámica del mercado los va a acomodar. El anarquista eliminó el Estado. Como los agentes se guiarán por sus preferencias, el progreso será sirviendo al prójimo con bienes de mejor calidad a mejor precio.

—*¿Te genera simpatía el anarquismo de Pierre-Joseph Proudhon y los anarquistas de izquierda?*

—No tanto como los anarcocapitalistas. Ahí hay una discusión de teoría del valor, un tema no menor.

—*Proudhon afirmó que la anarquía es orden sin poder. ¿Coincidís con ello?*

—Creo en el orden espontáneo. Hay gente con limitaciones mentales que intenta transmitirlas al resto de la sociedad. Es un error gravísimo. Se ve el error cuando analizan el tema de la mano invisible. Cada uno, guiado por su propio interés, conduce al bienestar general.

—*Mijaíl Bakunin es otro anarquista que se opuso a la dictadura del proletariado. ¿El comunismo y la dictadura del proletariado fueron una evolución equivocada de aquellos anarquistas?*

—El comunismo es un sistema totalitario, trabaja sobre la figura del Estado y niega al individuo. Tiene un vicio de origen. Parte de una acción violenta.

—*Merece rechazo ese origen violento.*

—Hay un libro de Israel Kirzner que trata el tema de la distribución del ingreso y de la justicia social. Es un anarcocapitalista. Toma el modelo de información completa, bien neoclásico puro, y termina llegando a resultados no muy distintos de los del totalitarismo. Kirzner dice que, si el sistema no está construido sobre bases morales, debe ser destruido. Entonces, trabaja sobre la superioridad moral del capitalismo. Explica cómo se perdió la batalla cultural y por qué el liberalismo tiene una posición moral superior.

—*En las categorías del mundo anglosajón se asume que un liberal es de izquierda y los libertarios son de derecha. Pero los conservadores son de derecha y un libertario sería algo distinto…*

—En el diagrama de Nolan están los libertarios acá, están los totalitarios acá, la derecha y la izquierda.

—¿El libertarismo que llevás adelante es de derecha, pero no conservador?

—Podría decirse.

—Hay un célebre discurso de Isaiah Berlin sobre las dos formas de libertades, la negativa y la positiva. En inglés existen dos palabras: liberty y freedom. El liberty sería la libertad negativa y el freedom sería la libertad positiva. Muchas veces se acusa a los libertarios de poner solo foco en la libertad negativa.

—Yo estoy más con el tema de la libertad negativa.

—Isaiah Berlin fue un libertario.

—No lo leí.

—Otro más. En Two concepts of liberty*, en 1958, planteaba esta discusión. La libertad negativa es actuar sin el ser obstaculizado por otro, mientras que la positiva es el autodominio y el deseo de hacerlo posible, de ser uno dueño de uno mismo. Hay una discusión que dice que, si la libertad negativa se extrema, se puede llegar a la situación en que las personas con menos recursos, menos dotadas, terminen esclavizadas por los que tienen más energía, inteligencia o recursos.*

—El principio de la asociación de Ricardo diría que eso es falso. El principio de la sociedad (o asociación) de Ricardo es la ventaja comparativa. Es una respuesta a la ventaja absoluta de Adam Smith. Si vos sos más eficiente produciendo zapatos, y yo más eficiente produciendo alimentos, te vas a especializar en hacer zapatos y yo, en alimentos, los vamos a intercambiar y los dos tendremos más de los dos bienes. El principio de la asociación de Ricardo demuestra que, aun cuando uno de los dos fuera mejor en todo, en el mercado hay lugar para todos.

—Berlin dice: «Si una persona es tan pobre que no puede permitirse algo respecto de lo cual no hay ningún impedimento legal, tiene tan poca libertad para obtenerlo como si la ley se lo impidiera. Es igualmente no libre».

—El principio de la asociación de Ricardo dice que hay lugar para todos. ¿Entonces a qué punto queremos ir?

—*Te lo explico. La persona, para ejercer su autodominio y poder desarrollarse plenamente, o sea la libertad positiva, requiere contar hasta con recursos intelectuales. Por lo tanto, si solamente ponemos énfasis en la libertad en el sentido negativo y no colocamos un árbitro, que sería el Estado, para que pueda ayudar a esas personas a poder desarrollar capacidad para que esa libertad les sirva para algo, se pierde el equilibrio. El buen Estado sería eso. Desde tu perspectiva, no debería haber Estado.*

—¿Estás a favor del trato desigual frente a la ley?

—*No, obviamente.*

—Entonces cómo me vas a decir que a uno lo vas a premiar y a otro lo vas a castigar porque a vos te parece injusto que una persona, desde tu perspectiva, no tenga las mismas oportunidades. Estás levantando el concepto de justicia social. Usar el Estado para nivelar al que le va bien contra el que tuvo una situación distinta. Llegamos a la discusión entre Nozick y Rawls sobre el velo de la ignorancia.

—*¿Leíste a John Rawls?*

—Sí. Está mal planteado. Los economistas lo estudiamos en distribución del ingreso. Hay un indicador que se llama *rawlciano*, y dice que el nivel de bienestar de una sociedad es el bienestar del que peor está. Es como si antes de nacer alguien te dijera que te puede tocar la situación de los favorecidos o la de los desfavorecidos.

—*¿Te hiciste esa pregunta de Rawls sobre dónde elegiriás nacer?*

—Estoy del lado de Nozick, no del de Rawls. Esa pregunta tiene problemas en la formulación. Uno de los problemas es qué rol tendría el Estado. Como si todos los agentes tuvieran funciones de

utilidad estrictamente cóncavas. Por lo tanto, una solución intermedia es mejor que los extremos. El Estado sería el árbitro.

—*Rawls planteaba que el sistema ético era aquel que se elegiría sin saber, con el velo de la ignorancia, y que debería proveer una vida digna. ¿En eso estás en desacuerdo?*

—Pero porque está mal el planteo. Lo que asume Rawls es que el mercado de seguros está incompleto. De hecho, lo está, porque esa persona no nació y no está incluida.

—*Y que hay una mínima dignidad que todo ser humano tiene que tener, aunque no salga dotado.*

—El problema radica en cómo lo financiás. Alguien podría decir que entonces hay un fallo.

—*El Estado sería la caja de seguros donde cada uno pondría un poquito para quien no sabe si le tocará ser potente o impotente.*

—Pero el Estado funciona siempre mal, porque termina gastando el dinero de otros en otros. Está mal planteado porque esas personas que van a nacer no salen de un árbol. No están ahí agolpadas detrás del velo esperando entrar y mirando. Las personas nacen de la interacción de dos seres humanos.

—*¿Aludís a la responsabilidad de los padres?*

—Tener un hijo es tu decisión. La formación que le des es otro problema. ¿Quién soy yo para meterme?

—*¿Decís que aparece con la expectativa de solucionarlo y no lo logra porque, finalmente, los padres no se preocupan lo suficiente de darles recursos a los hijos para que no puedan llevar una vida digna?*

—No era ese el punto.

—*¿Cómo solucionás la cuestión de los que no nacen dotados?*

—Lo que digo es que el planteo del velo de Rawls es incorrecto porque los humanos no salen del árbol. No están agolpados de este lado del velo.

—*Quiero mejorar mi pregunta. ¿Cómo solucionás el problema de las personas que no nacieron dotadas?*

—¿Pensar en los que no nacieron dotados te da derecho a sacarme a mí mis ingresos para dárselo a otros? ¿O me vas a robar y tratar desigualmente frente a la ley? Me estás diciendo que me vas a robar, que te vas a quedar con el fruto de mi trabajo y se lo vas a dar a quien creés que merece tenerlo. Es tu preferencia.

—*Intento llevar adelante una conversación.*

—Yo también.

—*Hablás de robar y le das un giro a la discusión.*

—Si el dinero lo tengo yo, ¿cómo hacés para sacármelo si no es a la fuerza?

—*Desde una perspectiva filosófica, hay quienes piensan que el verdadero desarrollo de un ser humano no es solamente individual. Que existe una armonía con la sociedad.*

—Pero, ¿quién tiene el metro patrón de eso? Es bastante arrogante creer que uno sabe eso.

—*No digo que uno sabe.*

—¿Entonces cómo vas a corregir un problema si no sabés cómo se mide?

—*Pará. Tranquilizate.*

—Estoy tranquilo.

—*El tema es que no me estás escuchando. Digo que el problema a solucionar es parte de una tesis moral. Que en el desarrollo para el bien común tienen que intervenir los más dotados.*

—¿Qué es el bien común? Eso está en la cabeza de alguien que tiene la arrogancia de creer saber qué es el bien común, que considera qué es justo. Valida el robarle a uno para dárselo a otro. Acabamos de revivir a Procusto.

—*No estamos hablando de cortar a todos del mismo tamaño.*

—Peor. Si empezamos a hablar de la cuestión equitativa, es todavía mucho más arrogante.

—*Estoy tratando de entender tu concepción del liberalismo, los matices entre Nozick y Rawls.*

—Nozick es liberal, Rawls, no.

—*¿John Locke es liberal para vos? Escribió: «Donde no hay ley, no hay libertad. Las leyes son lo que nos preserva de los pantanos y de los precipicios, y difícilmente pueden merecer el nombre de confinamiento las leyes que en realidad nos hacen mejores».*

—¿Todas las leyes deber ser determinadas por el Estado?

—*¿Cómo serían las leyes que no son del Estado?*

—¿Cómo surgen, por ejemplo, las leyes en los países anglosajones? De las costumbres. De alguna manera, las genera el sector privado en la interacción de los individuos. No funcionan las leyes que aparecen arbitrariamente.

—*¿Cómo sería esa organización social sin un Estado? ¿Qué elemento de armonía entre los individuos es razonable?*

—Hay un libro hermosísimo de Robert Murphy que se llama *La teoría del caos*. Explica cómo funciona la sociedad anarcocapitalista. Detrás está el mercado de seguros. Se puede analizar la pandemia también desde la perspectiva anarcocapitalista. Se precisa del sistema de seguros. Si no, cuidado con lo que recomendás.

—*¿Hay una suerte de caja de seguro que el Estado viene a sustituir ineficientemente?*

—Acabamos de dar en el punto. Por eso cada crisis genera crecimiento del Estado. Es una hipótesis mía. En el momento de los problemas, querés tener más seguros y el Estado te dice: «Yo te los doy». Es una solución de corto plazo, que en el largo te destruye. Filosóficamente, soy anarcocapitalista, pero en la vida real soy minarquista. El Estado es una solución tecnológica.

—*Una herramienta.*

—Cuanto más se evoluciona, es menor la necesidad de un Estado. Con el progreso tecnológico, el Estado desaparecerá. Axel Kicillof dijo que el comunismo se cayó porque no tenían el Excel. Es

una pavada del tamaño de una casa. Hay que discutir el tema. Porque el socialismo falla siempre.

—*Isaiah Berlin decía que «a menos que se deje a las personas vivir como quieran, la civilización no podrá avanzar. La verdad no podrá salir a la luz por la falta de comunicación libre de ideas y no habrá ninguna oportunidad para la espontaneidad, la originalidad, el genio, la energía mental y el valor moral. Todo lo que sea sustancioso y diverso será aplastado por el peso de la costumbre». ¿Cómo será el arbitraje de los conflictos entre individuos?*

—En la época romana se comerciaba con personas que no estaban dentro del Imperio. No había un derecho internacional público ni nada por el estilo.

—*Los derechos individuales y el concepto de libertad individual actual no existían ni en Grecia ni en Roma. Por eso nacieron los estoicos.*

—Las cuestiones se resolvían por arbitraje entre privados.

—*Pero el Imperio Romano funcionaba como una organización estatal.*

—Que también cayó. Un contrato preserva el propio marco legal.

—*Si hubiera existido una humanidad sin ningún Estado, estaríamos de acuerdo. ¿Cómo podría existir un sistema que sustituyera al Estado en el estadio que hoy estamos?*

—Soy minarquista. Tengo un ideal de sociedad que es el anarcocapitalismo. Respecto a la atrocidad del tamaño del Estado de hoy, puedo eliminar muchas cosas. Hasta me puedo amigar con los liberales clásicos, por decirlo de alguna manera.

—*Hasta con Rawls.*

—No si me proponen soluciones que impliquen meterle la mano en el bolsillo a otra persona.

—*¿Qué pasa con una persona que es esclava de pasiones que no puede controlar? ¿Cómo solucionamos el tema del autodominio en el caso de ciertas neurosis?*

—Hablemos de las drogas, que es más fácil. Si el liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, con tu vida podés hacer lo que quieras.

—*¿Es libre esa persona que se droga?*

—Pero si es esclavo de su adicción, ¿quién sos para meterte en eso?

—*La persona sería su propio esclavo.*

—Son sus propias decisiones. La única forma en que corregís es cuando empezás a pagar los costos de tus decisiones. Si una persona desea suicidarse, no tengo nada que hacer. Tampoco si lo hace en cuotas. Tiene un sistema de amortización acelerado, si querés.

—*Está consumiendo stock de vida anticipadamente.*

—Exactamente. Por eso, amortización acelerada. No tengo por qué meterme. ¿En qué afecta a mi derecho a la vida, a mi libertad y a mi propiedad lo que él hace? En nada. Por lo tanto, si se quiere drogar, que lo haga. El problema radica en que, cuando tiene que pagar los costos de esas decisiones, me pasa la cuenta. Allí la cosa se pone mal. Si quiere hacerlo, que lo haga, mientras que no se meta con mi libertad, con mi vida o mi propiedad.

—*Estás más cerca de aquel planteo de Thomas Hobbes acerca de que el Estado surge como la necesidad de árbitro frente a la violencia. Esa persona drogada puede buscar dinero para comprar el estupefaciente a través del delito.*

—El Estado minarquista se ocupa de la seguridad y la justicia. Nozick hace la derivación del Estado a partir del problema de la seguridad.

—*Tu Estado minarquista coincide con la mayoría de los Estados, por lo menos democráticos, respecto de la libertad de opinión, la libertad de religión, la libertad de elección de las costumbres. El punto crucial pasa por la libertad económica, que no se metan con la propiedad privada. ¿Esa sería la línea que divide?*

—No habría que meterse con la vida, la libertad y la propiedad.

—*¿Aceptás que haya un Estado que garantice la seguridad?*

—Seguridad y justicia. Si somos vecinos y a vos te gusta escuchar la música muy fuerte, y a mí me gusta leer, estamos en conflicto.

—*La libertad de uno concluye donde comienza la libertad del otro.*

—Si no hay nadie que oficie de árbitro, terminás a los tiros. Incluso se da una situación en que uno pueda avanzar sobre la libertad de otro. ¿Cómo se resuelven los problemas de externalidades? Asignando derechos de propiedad. Frente a la amenaza de que o vos te quedás o yo me quedo con tu propiedad, el minarquismo propone una solución. La otra manera es solucionarlo con el sistema de seguros. Por eso cité a Robert Murphy y *La teoría del caos.*

—*Las podría construir una sociedad sin necesidad de que sean estatizadas. Como eran los bancos centrales en la Argentina. O la Reserva Federal.*

—Vos acabás de dar en el clavo en algo muy interesante. Lo señalaste antes. La presencia del Estado bloquea el proceso creativo.

—*Es lo de Adam Smith, que decía que el ser humano en el éxito tiende al reposo, por eso las recesiones eran útiles. ¿Esa sería tu mirada filosófica?*

—Doy un ejemplo. Década de 1920, ciudad de Chicago. Había borrachines a quienes les gustaba ir al bar a emborracharse. La solución que propuso el Estado fue muchísimo peor: la Ley Seca. Pero la gente aprendió cuando comenzó a experimentar las consecuencias de estar borracho. Cuando incorporó ese costo, aprendió y lo corrigió. Cuando aparece el Estado y lo corrige de modo violento, genera daños directos e indirectos. Y nunca terminás de aprender.

—Nozick, el jefe de la cátedra de Filosofía de Harvard University a fin del siglo pasado, planteaba la matriz de las virtudes. Planteaba la diferencia entre importancia y belleza. Decía que el ballet o el ajedrez eran bellos, pero no tenían importancia. Que Hitler era importante, pero no tenía belleza. Decía que la importancia era la capacidad de hacer mal a los otros y, cuando avanzaba en este análisis, planteaba un punto que era central: que riqueza es diversidad en armonía. Un buen liberal acepta esta idea de que en la diversidad la sociedad crece. ¿Aceptás que podrías estar equivocado y la posibilidad de corregir esos errores?

—Mi historia de vida es la manifestación de eso.

—Eras de centroizquierda.

—Fui de centroizquierda, con formación poskeynesiana estructuralista. Pasé por el keynesianismo y me hice neokeynesiano. Me transformé en un neoclásico recalcitrante y terminé abrazando la teoría de los ciclos reales. Me encontré con la crisis *subprime*, revaloricé a Keynes y a Friedman. Fui sobre el crecimiento económico y me volví anarcocapitalista. Cada cambio sobreviene de haberla pifiado previamente.

—Aunque sea desde el punto de vista teórico, ¿existe la posibilidad de que dentro de 15 o de 20 años otras evidencias te hagan modificar tu pensamiento?

—Obviamente, sí. El conocimiento está totalmente en ebullición. Siempre es provisorio.

—¿Cómo resolvés la cuestión de tener recursos naturales finitos sin un Estado?

—Con derecho de propiedad y sistema de precios se termina el problema.

—¿Que el que más oferte pueda quedarse con ese recurso?

—Uno de los cataclismos que se pronosticaron y no ocurrió fue el del Club de Roma. Todo el mundo funciona a energía, a petróleo. A este ritmo de consumo de petróleo, nos íbamos a quedar sin

petróleo en 2000. Cuando me quede sin petróleo, se producirá un gran apagón, no podrán producir todos los bienes y servicios que necesita la población en ese momento y se empezarán a matar unos a otros hasta que queden 1000 millones. Este argumento tiene varios problemas conceptuales. El primero es que el ser humano puede cambiar de comportamiento.

—*El error consiste en suponer que el futuro es una proyección del presente.*

—Algo falso desde el principio. Ante la evidencia del problema, es probable que se cambie y se tome conciencia. El segundo punto, que es por lo cual yerran olímpicamente, es que subestiman que pueda haber progreso tecnológico.

—*Thomas Malthus…*

—En el Club de Roma son *neomalthusianos*. Es el mismo error de Malthus de otra manera.

—*Malthus pronosticó que el crecimiento de la natalidad sería superior a la productividad agraria y habría hambrunas.*

—Ahí aparece la ley de hierro de los salarios y cómo se regula la población en función de esa producción que tiene como características rendimientos marginales decrecientes. Está totalmente en contra de la evidencia empírica. Por eso sostengo que Adam Smith se adelantó 200 años a su tiempo. En 1801, testeando a Smith o a Malthus, ¿sabés a quién le daba la razón un matemático? ¡A Malthus! Pero el que acertó fue Smith.

—*El error es pronosticar el futuro con una foto del presente.*

—Esa foto tiene una forma de una ecuación diferencial en la que el parámetro es constante. Uno de los elementos que afectan a que ese parámetro no sea constante de manera crucial es el sistema de precios. ¿Por qué aparecieron las tecnologías alternativas al uso del petróleo?

—*A partir de que el precio subió.*

—Cuando vos dejás que el sistema de precios funcione, se corrige.

—*Es un sistema de comunicación.*

—Se corrigen la tecnología y el comportamiento. El sistema es un mecanismo de transmisión de información, dice Hayek.

—*No solo Hayek.*

—Pero el que mejor lo planteó fue Hayek.

—*En cada tema que tratamos te vas a la economía. Una discusión clásica epistemológica tenía dos corrientes: una planteaba que, en el futuro, cuando la humanidad avance con la técnica, solamente quedará una ciencia, la física, porque se podrá medir. Por el otro lado, los de ciencias sociales decían que como todo es representación y siempre es el ser humano el que se representa en lo que está allí afuera, la única ciencia que quedará es la sociología. ¿La economía puede explicar todo?*

—Mis nietos, los hijos de Conan, se pusieron los nombres Murray por Murray Rothbard, Milton por Milton Friedman, Robert por Robert Lucas y Lucas, también por Robert Lucas. Nombres que eligieron ellos.

—*¿Cómo hicieron para elegir ellos?*

—Les iba a poner nombre de economistas. Entonces, dije «Murray», llamaba Murray, y vino quien es hoy Murray. Fue muy gracioso porque tiré Ludwig, por Von Mises, y no vino nadie. Tiré Friedrich, por Hayek, y no vino nadie. Entonces les dije: «Muchachos, pónganse las pilas porque no me van a quedar tantos economistas». Entonces, cuando dije Milton, vino Milton, y cuando dije Robert, por Robert Lucas, vino Robert y dije: «Vos vas a ser Robert por Robert Lucas», y ahí apareció Lucas. Antes de eso, tuve que hacer de mi departamento un *loft*. Tiré todas las paredes abajo para que pudieran estar los chicos, en la pared del living yo tenía un cuadro de un metro y medio por un metro de Gary Becker, haciendo la deducción de la ecuación de cómo cambia el consumo cuando

sube o varía la tasa de interés. Una de las cosas más maravillosas de Gary Becker fue que extendió las fronteras del análisis económico.

—*Finalmente, ¿la economía sería la ciencia que permitiría explicar todo?*

—En el fondo, como señala Von Mises, es la acción humana. La economía es un buen método para explicar la acción humana.

—*¿Cómo planteás tu estrategia legislativa?*

—El diseño de mi política es moral. Me dicen que voy a ser uno en 257, que no voy a poder hacer nada. Voy a hacer mucho, los voy a dejar en evidencia. De ese paraguas moral surgen dos cosas, lo que no voy a hacer y lo que haré. Jamás te voy a subir impuestos, ni crearlos, jamás voy a ir contra tu libertad y contra tu propiedad. Con esas cuatro cositas, toda la casta política queda afuera. El oficialismo y la seudooposición se pusieron de acuerdo para encerrarte. No tuvieron problemas en hacerlo. No tuvieron ningún problema en subir impuestos. Las leyes más violentas en términos de economía más recientes son la de alquileres, la de teletrabajo, la de góndolas. Son todas profundamente antiliberales. Salieron de Juntos por el Cambio. En todas las aberraciones en términos de cercenamiento de las libertades individuales, Juntos por el Cambio acompañaba. Voy a hacer proyectos que tengan una fuerte base moral. Te pregunto: ¿estás a favor del robo?

—*No.*

—¿A favor de la corrupción?

—*No.*

—¿Estás a favor de que los políticos nos roben 5 puntos del PBI?

—*Ahí cabe un «acordatio termini» sobre qué es robo.*

—Le están sacando a alguien el fruto de su trabajo.

—*Todo impuesto sería un robo desde esa perspectiva.*

—El Banco Central te roba 5 puntos del PBI vía impuesto inflacionario. Es un robo de la casta política a la gente de bien que produce.

—*La inflación produce el mismo efecto que un impuesto y ni siquiera es votada por el Congreso ni por las instituciones. Ahí sí podría haber una estafa.*

—Cuando viene alguien y dice: «El loquito que quiere cerrar el Banco Central». La respuesta es que estás a favor de robarle a la gente y de la corrupción. El impuesto inflacionario es de los peores impuestos que hay. Todos los impuestos son malos, pero este es de los peores porque está por abajo de la alfombra.

—*No es coparticipable, también sería un robo a los gobernadores.*

—Ahí está la cuestión moral. El impuesto inflacionario les pega entre 25 y 30 veces más fuerte a los más vulnerables. Es incoherente que venga un supuesto progre a defender la existencia del Banco Central para rompernos la cabeza con el impuesto inflacionario.

—*No te sulfures.*

—Soy apasionado.

—*Hablaste de tocs. ¿En tu análisis aparecía la neurosis obsesiva?*

—Hay una obsesión con la lectura de economía. Me divierte, me gusta, lo aplico, lo llevo a otras cuestiones.

—*¿Tu terapeuta te decía que era algo sintónico, que te hacía bien?*

—Me gustan tres cosas en la vida: estar con mi hermana, con mis hijitos, y leer economía. No me creo nada sofisticado. Me autopercibo un tipo recontrabásico. Pero soy absolutamente consistente con eso.

—*Javier Milei, muchísimas gracias. Tres horas de conversación. Récord de los reportajes largos de* Perfil*.*

—Gracias. Pero el récord de charla conmigo lo tiene Guillermo Calvo. Tuve la dicha de conocerlo en Nueva York. Lo conocí por medio de De Pablo. Estuvimos cuatro horas hablando con él y con Sara, su esposa, una mujer formidable. Fue tanta la onda que pegamos y tan bien nos llevamos que me invitó a ir a su chacra en Punta del Este cuando vino a Uruguay. Llegué a las doce del mediodía y hablamos de economía hasta la una y media de la madrugada.

—*Pero esto es un reportaje.*

—Gracias por esta oportunidad. A veces tengo la costumbre de contestar preguntando. Pido perdón si fui medio abrupto al hacerlo.

—*¿Cómo era el nombre del terapeuta que falleció?*

—Marcos.

—*Marcos hizo un gran trabajo porque te contenés bastante.*

—No es que me contengo, disfruto la charla contigo.

La casta tiene miedo

Discurso del 6 de noviembre de 2021, Parque Lezama, Buenos Aires

«Hola a todos, yo soy el león», rugió la bestia en medio de la avenida. La casta corrió sin entender, *panic show* a plena luz del día. «Por favor, no huyan de mí, yo soy el rey de un mundo perdido. Soy el rey y te destrozaré, toda la casta es de mi apetito».

¡Viva la libertad, carajo!

¡Viva la libertad, carajo!

¡Viva la libertad, carajo!

Almas libres. Leones gloriosos. Al inicio de esta campaña dije que no venía a guiar corderos, dije que venía a despertar leones. Ustedes despertaron, ustedes rugieron y hoy la casta está asustada.

Obviamente, la casta tiene miedo. A los que dijeron que era peligroso, a la seudooposición que dijo que era un problema si me daban el poder, ¿por qué le tienen miedo a la libertad? Si lo que yo propongo es liberar al pueblo argentino de tanta opresión estatal.

¿Acaso será porque en esta Argentina de la decadencia los únicos que progresaron fueron los parásitos de la política, los que nos empobrecen, esa casta empobrecedora? Por eso, en el debate, hablé del modelo de la casta política, porque de alguna u otra manera todos los que estaban ahí adherían al modelo de la casta. Ese modelo es el de un sistema empobrecedor con destino castro-

chavista. En un caso, querían ir a velocidad supersónica; en otro, a velocidad de un Fórmula Uno; y los otros, a paso de caracol, pero con buenos modales. Sin embargo, hemos decidido poner fin a esta decadencia, hemos decidido volver a abrazar las ideas de la libertad.

Es importante tener en claro cómo la casta nos empobrece. Recordemos que el siglo XX lo iniciamos siendo el país más rico del mundo. Entramos 70 a la pandemia y hoy, por culpa de este gobierno genocida, estamos 120. Somos furgón de cola de América Latina, nuestro PIB per cápita al dólar paralelo, que es el que hay, es uno de los más bajos de la región. Por lo tanto, nos vienen empobreciendo con ese verso que dice que donde hay una necesidad nace un derecho. Parece que hacía falta un economista para que les dijera: «Mire, cuando usted entrega un derecho, alguien lo tiene que pagar». Entonces, si las necesidades son infinitas, ¿acaso van a crear infinitos derechos, van a reventar la restricción de presupuesto y nos van a hacer pelota?

No por nada este modelo de decadencia viene aparejado con aumento de gasto público y crisis fiscales. Primero, se intentó con la suba de impuestos y hoy tenemos los impuestos para los que trabajan en blanco más altos del mundo. Así que no solo somos esclavos tributarios de la corporación política parasitaria inútil, sino que además batimos todos los récords.

Por otra parte, cuando no les alcanzó más con subir los impuestos recurrieron al endeudamiento, y Argentina superó a Ecuador siendo el máximo defaulteador de la historia moderna. Y vamos camino a un nuevo *default*.

Y cuando ya no pueden subir más impuestos, cuando ya no pueden endeudarse más, le dan a la maquinita. Desde que se inventó el Banco Central le quitamos 13 ceros a la moneda, tuvimos dos hiperinflaciones sin guerra, podríamos sacarle 2 ceros más y

vaya a saber dónde queda todo después del 14 de noviembre, cuando arrasemos en las urnas.

Pero, además, ese modelo de la casta empobrecedora con destino castro-chavista ha hecho que, desde el inicio del siglo XX, no tuviésemos déficit fiscal solo en diez años. Atravesamos 17 crisis, de las cuales 15 son por déficit fiscal. Eso hizo que, a partir de mediados del siglo XX, la mitad del tiempo viviéramos en crisis. No solo eso. Tenemos el nivel de productividad de los años 50, un PIB per cápita similar al que teníamos en 1974. En el país de los alimentos, donde se producen alimentos para 400 millones de seres humanos, donde el fisco cobra una presión fiscal del 60% y se lleva el alimento de 240 millones de seres humanos, hay 5 millones de argentinos que se cagan de hambre. Eso es la casta política.

Es más, si nos comparamos con Australia, desde el inicio del siglo XX ya hemos perdido 75% de ingreso; y si lo hacemos al tipo de cambio paralelo, hemos perdido el 90%. ¿Qué es lo que pretende la casta política? ¿Qué quieren? ¿Que seamos la villa miseria más grande del mundo?

Como si esto fuera poco, estamos a las puertas de una de las mayores crisis de la historia argentina. El déficit fiscal es propio de los grandes estallidos. El desequilibrio monetario es muchísimo peor que el que teníamos previo al Rodrigazo. Las restricciones en el mercado de cambio son una montaña gigante que hacen ver al Everest como un monte pigmeo. Por lo tanto, estamos frente a una situación extremadamente delicada, porque cuando fue el Rodrigazo arrancamos con 4,5% de pobres. Hoy tenemos 10 veces más y 11% de los argentinos no tienen para morfar. Estamos a las puertas de una gran crisis, pero a diferencia de otras veces, ahora hay una luz al final del camino porque se está dando el renacer de la libertad.

Es por eso que resulta muy importante entender que hay épocas de cambio, épocas en las que los cambios van ocurriendo paulatinamente, y por otro lado, hay cambios de época. Estamos

frente a un cambio de época, estamos frente al renacer de las ideas de la libertad. Estamos iniciando el camino para volver a ser potencia.

Sin embargo, esa batalla no es algo que se dé de manera instantánea, no ocurre porque sí. Uno puede probar con la batalla cultural, dar las peleas en cada uno de los lugares, defender con altura las ideas de la libertad. Pero a veces ese modelo se satura por la censura. Por otra parte, está la vía revolucionaria. Sin embargo, nosotros, como liberales, creemos en el principio de no agresión, y además, hay que decirlo, ellos tienen el monopolio de las armas. Y después, la otra es meterse dentro del sistema y luchar contra el statu quo. A mí siempre me gusta decir que es muy lindo ir a la cancha, ver los colores celeste y blanco, alentar, todo muy lindo, pero los goles los hace Messi. Esto no se cambia tirando piedras desde la tribuna, no se hace así; de hecho, pongan el balón en el medio de la cancha y que la hinchada grite, a ver si se mueve. Esto se cambia metiéndose en el sistema, dando la pelea desde adentro. Hay que terminar con el statu quo, pero eso requiere tener las pelotas para mancharse con la casta política.

Nosotros venimos a proponer dar una batalla desde el lado moral. Y esto no es trivial. Dante Alighieri decía: «Los lugares más calientes del infierno están reservados para aquellos que en épocas en que había una fuerte inmoralidad se mantenían neutrales». Esos tibios, los neutrales, no van a hacer nada. Solo se cambia la historia dando batalla de frente en el plano de las ideas.

Es por eso que los invito a que se sumen, a que demos esta batalla, porque la vamos a ganar. Porque la realidad es que no solo somos más productivos y abrazamos los valores morales correctos. Porque ellos, los socialistas de distinto pelaje, tienen sus valores escondidos detrás de un falso altruismo: sus verdaderos valores son la envidia, el odio, el resentimiento, el trato desigual frente a la ley, el

robo y el asesinato. Por eso, nunca se olviden de que esa ideología asesina mató a 150 millones de seres humanos.

Frente a esa atrocidad de hambre, de odio y de sangre, nosotros venimos a proponer el modelo de la libertad. Tal dice nuestro máximo prócer de toda la historia, Alberto Benegas Lynch hijo: «El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión y en defensa al derecho a la vida, la libertad y la propiedad». ¡A ver si aprenden!

Ese modelo se basa en instituciones como la propiedad privada, los mercados libres sin intervención estatal, la competencia basada en la libre entrada y salida, la división del trabajo y la cooperación social. Es por eso que en el liberalismo solamente se puede ser exitoso sirviendo al prójimo con bienes de mejor calidad a un mejor precio. Y es por eso que, donde entra el comercio, como decía Bastiat, no entran las balas.

Por eso, nuestro modelo es un modelo de prosperidad y de paz, que nos va a permitir alcanzar la felicidad. ¡Viva la libertad, carajo!

Teniendo claro nuestro norte, claras nuestras ideas, teniendo en claro nuestros valores, vamos a dar la batalla política y la vamos a dar desde una perspectiva moral. Es por ello que me comprometo frente a todos ustedes, a todos los que nos siguen y a todos los que están siendo parte de este renacer de las ideas de la libertad, que jamás voy a votar una suba de impuestos. Jamás voy a proponer crear nuevos impuestos. Y ahí, qué nos podría decir el oficialismo, si ellos hicieron 18 reformas fiscales para subirnos los impuestos, para mantener los privilegios de casta, mientras que nos encerraban en nuestras casas. Ellos no tienen autoridad moral.

¿Y qué tenemos de la seudooposición? Si ellos también subieron los impuestos, si ellos crearon impuestos y, además, a pesar de eso, se endeudaron brutalmente, por lo tanto, le están rompiendo la cabeza a impuestos a generaciones futuras, generaciones que no

votaron, generaciones que no nacieron. También son unos inmorales.

El Steve Jobs falso (el de verdad creaba valor, este lo destruye creando impuestos) dice que el problema no es el tamaño del Estado, sino que hay que hacerlo eficiente. Le podríamos regalar el libro *Libre para elegir*, de Friedman, que dice que hay cuatro formas de gastar: podemos gastar la nuestra en nosotros o en otros, o podemos hacerlo con el dinero ajeno. Si gastamos la nuestra en nosotros, sabemos lo que nos costó ganarla y sabemos en qué la queremos gastar, no hay nada más eficiente que eso. Podríamos gastar nuestro dinero en otros, vamos a minimizar el costo; es como cuando vamos a hacer un regalo, tratamos de quedar bien con lo menos posible. Pero cuando nosotros gastamos la de otro, despilfarramos. Entonces, ¿cuál es la forma más obscena y perjudicial para la sociedad? Esa maldita idea del Estado de bienestar que es la de gastar el dinero de otros en otros. Lo despilfarran y no saben en qué gastan, por lo tanto, lo único que hacen es empobrecer a la sociedad.

Por otra parte, dentro de nuestro ideario liberal está la defensa de la vida. ¿Qué pueden decir el gobierno y la seudooposición de esto? Este gobierno, que es un gobierno genocida, es un gobierno criminal, que no testeó, que no vacunó en tiempo y forma. ¿Cuál es el resultado? Tenemos más de 117 000 muertos. La negligencia y la corrupción de este gobierno les ha costado la vida a 90 000 argentinos.

Sin embargo, cuando tenernos encerrados rendía 50 puntos de rating, el jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se sentaba junto al presidente de la Nación y el gobernador de la provincia de Buenos Aires, situación que no cambió hasta que no le cambiaron las encuestas. Por lo tanto, él fue parte del «trío pandemia», él es corresponsable de toda esta matanza, es corresponsable de los delitos de lesa humanidad por habernos

hecho tanto daño. ¿O acaso no dijo que iba a perseguir a aquellos que no cumplían con la cuarentena? ¿Acaso no llamó a los vecinos a denunciar a los vecinos que no la cumplían? ¿O acaso no se puso de acuerdo con el sindicato de porteros para perseguirlos? Ellos no son liberales, no defienden la libertad, porque ellos también nos encerraron.

Otra cosa que jamás voy a hacer: ir contra la propiedad privada. ¿Qué podría decir el oficialismo? Si Alí Babá y los 40 ladrones quedaron como una triste caricatura. Pero el tema es la seudooposición, esa que ahora se arropa de liberal, cuando en los primeros 10 puestos de su lista tienen nueve socialistas y también tienen kirchneristas. Cuando tuvieron que ir a la PASO, en lugar de discutir la interna, agredían a los liberales de pura cepa. ¿De qué liberales estamos hablando? ¿O acaso ellos no son los que votaron la Ley de Góndolas, que es un avance al derecho de propiedad? ¿Acaso ellos no son los responsables de la Ley de Alquileres? ¿Acaso ellos no son responsables de habernos encerrado cuando en su banca tenían a un diputado diciéndole al presidente «Comandante, guíenos en esta pandemia»? ¿O acaso no son los mismos que dicen que la inflación es culpa de los monopolios? ¿Acaso no son los mismos que dijeron que había que perseguir a los empresarios porque el dólar no había subido y estaban subiendo los precios? ¿O acaso ahora no salieron con esta idea, que les parece bien conceptualmente, de cobrar un impuesto a la propiedad ociosa? Te matan a impuestos si consumís, si ahorrás, si comprás una propiedad, y si la alquilás te matan con la Ley de Alquileres. Por favor, dejen de mentirle a la gente, vayan de frente, muestren su cara colectivista.

No se dejen llevar por el canto de las sirenas. Están mintiendo. Si quieren liberalismo, no tomen la copia trucha y de mala calidad; elijan el mejor liberalismo, el de La Libertad Avanza.

Como si esto fuera poco, queda bien claro que no hay grieta entre el kirchnerismo, el Frente de Todos, y Juntos por el Cambio. Esa es la falsa grieta, ese es el negocio de ellos. La verdadera grieta es entre los colectivistas y los que abrazamos las ideas de la libertad. Plantemos cara a esta batalla y avancemos por las ideas de la libertad.

Algunos, ya sea por ignorancia o por mala intención, nos acusan de que vamos a ser testimoniales. Vaya que vamos a ser testimoniales: los vamos a dejar a todos en evidencia. Pero no solo eso, ustedes ya conocen nuestras propuestas, las hemos venido repitiendo a lo largo de toda la campaña. Nuestras propuestas tienen un fundamento moral. Ahora se está discutiendo el acuerdo con el Fondo Monetario Internacional. Por un lado, los inviables de siempre despotrican contra el Fondo Monetario. Por otro lado, la casta política, la que nos viene robando hace tiempo, está pergeñando el ajuste. Se quieren sentar a una mesa todos juntos. Les voy a recordar que siempre que los políticos se sientan a una mesa, termina pagando el pueblo. Y en ese contexto, lo primero que tienen que entender es que acá el problema no es el Fondo Monetario Internacional, el problema es que caímos en el FMI porque estábamos al borde de un *default*. Y en realidad la deuda es hija del déficit fiscal. Por lo tanto, si no les gusta el Fondo Monetario Internacional, si no les gustan los Fondos Buitres, si no les gusta pagar la deuda, no produzcan déficit; porque el déficit fiscal es inmoral, implica perjudicar a los pobres con el impuesto inflacionario, implica perjudicar a las generaciones futuras con la deuda, implica reventar la actividad con impuestos. Por lo tanto, no le vamos a avalar el déficit fiscal. No vamos a votar presupuestos que tengan déficit fiscal.

Claramente, la contrapartida de que no haya déficit fiscal es que va a haber que ajustar. Entonces, ahí sí va a ser la batalla

maravillosa que vamos a librar en el Congreso, porque ese ajuste, esta vez, se lo vamos a hacer pagar a la casta política.

Vamos a ver si la seudooposición, que se alimenta de los *focus groups*, va a decir basta o va a tratar de ir contra el sector privado. Nosotros sí vamos a estar del lado de la gente, no vamos a pagar el ajuste los honestos, que lo pague la política. Se terminaron los privilegios.

Gloriosos leones que tanto rugen y tanto miedo le meten a la casta política, quiero pedirles que nos acompañen este 14 de noviembre con su voto y hagamos reventar las urnas.

Aprovechemos este cambio de época. Este cambio de época es el cambio que va a volver a traer las ideas de la libertad, esas que inspiraron a Juan Bautista Alberdi y a José Benjamín Gorostiaga en la Constitución del 53, que se puso en marcha a partir de 1860 y que en 35 años nos convirtió en la primera potencia mundial. Volvamos a abrazar las ideas de la libertad, porque aquellos países que son más libres son 8 veces más ricos y tienen 40 veces menos pobres. Es por ello que les pido que se sumen, que sean protagonistas, no se queden en la tribuna, no sean meros testigos, les pido que se metan en el barro, les pido que den la batalla. Sean protagonistas, ayúdenme a cambiar a la Argentina, volvamos a ser potencia.

¡Viva la libertad, carajo!

¡Viva la libertad, carajo!

¡Viva la libertad, carajo!

Liberalismo en cada rincón de la Argentina

Discurso del 14 de noviembre de 2021, Luna Park, Buenos Aires

Almas libres, leones heroicos, gracias por tanto rugido.

Vaya que tiene miedo la casta: tuvo que tirar desde los dos lados, porque está toda cagada.

En primer lugar, lo que quiero hacer es darle las gracias a toda la militancia, a cada uno de ustedes que fueron a pelearla centímetro por centímetro en cada espacio de la ciudad. Por otra, quiero darles las gracias a todos los que hoy aportaron su granito de arena fiscalizando y defendiendo los votos. Muchas gracias, fiscales.

Y obviamente también quiero darle las gracias a cada uno de los porteños que se han decidido por votar a La Libertad Avanza, porque han podido escapar de esa falsa grieta que los empobrece. Es bueno que tomemos conciencia de que lo que hemos logrado en el día de hoy es una verdadera gesta histórica.

Recuerden: cuando arrancamos decían que los liberales éramos simpáticos, pero que no juntábamos votos. Después dijeron que no podíamos pasar el piso de las PASO. Después nos dijeron que íbamos a perder contra el voto en blanco. Después, mientras que la libertad seguía avanzando, decían que no le podíamos ganar a la izquierda. No solo eso: decían que era imposible que llegáramos a una banca y que orillar el 10% era imposible.

Hoy, terminadas estas elecciones de medio término, hemos logrado un histórico 17%. Pero no es solo una cuestión del 17%. Recordemos que también, cuando fueron las PASO, ganamos la interna liberal frente a la lista seudoliberal defendida por el oficialismo porteño. Les ganamos también esa interna.

Vicky Villarruel y yo seremos diputados nacionales. Además, estamos peleando por el sexto legislador porteño. Esto claramente nunca ha pasado con un partido libertario. Estamos frente a un evento histórico. Somos los únicos que hemos logrado crecer desde la PASO y nos hemos consolidado como la tercera fuerza de la ciudad.

Sin embargo, más allá de todos estos logros cuantitativos, hay un logro cualitativo. Y es que el liberalismo ha ganado el debate. Ha vuelto el liberalismo al centro de la escena. Hasta hace poco ser liberal era sinónimo de vergüenza, y hoy estamos con la frente en alto y orgullosos de ser liberales. Todos tuvieron que cambiar el eje del debate. Hoy se discute si es o no legal subir impuestos y hay consenso de que hay que bajar el gasto y darle libertad a la gente.

Por eso, quiero que quede claro que es la voluntad de cada uno de estos integrantes maravillosos de La Libertad Avanza que este solo sea el primer paso, el primer paso para la reconstrucción de la Argentina.

En definitiva, nosotros no nos metemos acá por los carguitos. Nosotros venimos a transformar la Argentina. Por eso les dije que yo no venía a guiar corderos, venimos a despertar leones. Rujan, leones. Gracias por acompañarme y sumarse a esta revolución y a no ser meros testigos.

Para que tengan una idea, esta tarea empieza hoy mismo. Desde este lugar ya le decimos al tirano del presidente de la Nación, Alberto Fernández, que nosotros no nos sentamos a negociar. Como ustedes saben, tenemos un desequilibrio fiscal propio de las grandes crisis de la historia argentina, un desequilibrio monetario

peor que el que teníamos previo al Rodrigazo, con diez veces más pobres. Estamos al borde de una catástrofe y hay que hacer un ajuste, pero ese ajuste no lo van a pagar los honestos, no lo va a pagar el sector privado. Lo va a tener que pagar la casta política. Nosotros no nos vamos a sentar en esas mesas de políticos que negocian entre ellos y le terminan cagando la vida a la gente.

Quiero que sepan que a partir de mañana vamos a empezar a recorrer la Argentina para que en 2023 haya una boleta liberal en cada rincón del país. Por eso, para que ese mensaje termine llegando a cada uno de los argentinos, quiero que me acompañen cerrando el acto con la definición de liberalismo de nuestro máximo prócer de la historia del liberalismo argentino, Alberto Benegas Lynch hijo. El liberalismo es el respeto irrestricto del proyecto de vida del prójimo, basado en el principio de no agresión y en defensa del derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad.

¡Viva la libertad, carajo!

¡Viva la libertad, carajo!

¡Viva la libertad, carajo!

El ajuste lo tiene que pagar la política

Discurso en la Cámara de Diputados de la Nación, sesión especial, 16 de diciembre de 2021

Muchas gracias, señor presidente.

Lo primero que quiero decir respecto al Presupuesto es que es una montaña de inconsistencias. Y eso, más allá de hacerlo profundamente invotable, es una falta de respeto para todos los argentinos. Y, obviamente, es el camino a una nueva crisis. Desde el punto de vista técnico, quiero decir que un presupuesto es una proyección, y parte de un conjunto de datos de inicio. El ministro Guzmán trajo datos viejos, y por lo tanto, este Presupuesto es un gigante con pies de barro metiéndose en la laguna: se va a caer. No solo eso, este Presupuesto, tal como señalaron correctamente los diputados Tetaz y Laspina, está construido sobre bases falsas de precios. Cuando uno tiene una brecha cambiaria del 100%, el tipo de cambio es una mentira. Cuando miramos la inflación *core*, venimos viajando arriba del 50%. Por lo tanto, todo el mecanismo que hace al funcionamiento y al comportamiento de los agentes está mal. Esas proyecciones de consumo, de inversión, de importaciones y de exportaciones son absolutamente no realizables.

Pero no se quedan ahí. Porque dicen: «Nosotros vamos a bajar la inflación». ¿Y cómo van a bajar la inflación? «Con un acuerdo de precios y salarios». Le voy a decir algo: en términos de teoría

económica, eso es un espanto. Significa ignorar que, a partir de 1871, hubo un economista llamado Menger que descubrió la teoría subjetiva del valor. Es tan ridícula la teoría del valor trabajo que, si fuese así, no habría quiebras.

¿Qué importa la teoría?, podrán preguntarse ustedes. Miren: hay más de 4000 años de evidencia empírica que dicen que los controles de precios, los acuerdos de precios y salarios no funcionan. ¿Quieren un ejemplo de eso que nunca funcionó? Argentina desde que tiene el Banco Central, salvo el único período en el que no hubo inflación, que fue la Convertibilidad.

Hay más cosas que hacen a la teoría económica pero que pueden mostrar los problemas que tiene este Presupuesto. Con mucha pompa, en una de las filminas que presenta el ministro Guzmán se habla del rol de la obra pública y del efecto multiplicador. Aquellos formados en la buena teoría económica, que dejaron atrás el keynesianismo Ford T, sabrán que el multiplicador es una violación a la restricción de presupuesto. Por lo tanto, si tengo armado un presupuesto que trabaja sobre la idea del multiplicador, está mal.

Pero no quedan ahí las inconsistencias. Sigue por todos lados. Fíjense lo que son las cosas: los datos son viejos, los datos tienen tres meses. Hoy teóricamente la economía se expande al 10%: el auténtico rebote del gato muerto, le decimos los economistas. Pero al margen de esto, ¿qué es lo importante? Este presupuesto que envían tiene un 4% de expansión del PBI; sin embargo, el solo arrastre estadístico de lo que está pasando genera 4%. ¿Eso qué implica? Que con ese 4%, dadas las estimaciones empíricas de la elasticidad del ingreso del empleo, sería imposible que el salario real crezca, en tanto no habría mayor demanda de trabajo en un contexto en el que la población crece. Por lo tanto, el supuesto de que los salarios reales le van a ganar a la inflación y van a ser positivos en 4% está mal.

Otra inconsistencia es la que tiene que ver con la evolución de los precios, el tipo de cambio. ¿Acaso alguien cree que el tipo de cambio puede ser 131 cuando hoy está en 200 en el paralelo? Si fuera así, les pido que me vendan todos los dólares que tengan y yo se los pago de acá a un año con la tasa de interés del Banco Central. ¿Quién me los va a vender? ¡Nadie! Porque eso no es un precio de mercado.

¿Y de cuánto es la tasa de interés, si se considera que el riesgo país en la punta corta es de cerca de 2000 puntos básicos? O sea, una tasa por arriba del 20%, con inflación del 50%; la tasa de interés de arbitraje en Argentina sería del 80%. Hoy el Banco Central la controla en el 40%. Ahí tienen otra gran muestra de inconsistencia.

Inconsistencia en inflación, inconsistencia en actividad, inconsistencia en empleo, inconsistencia en el salario real, inconsistencia con el tipo de cambio, inconsistencia con la tasa: ¡esto es un desastre! ¡Esto no lo pasa siquiera un alumno básico de macroeconomía! ¡Esto es un escándalo! Pero no solo eso: el Presupuesto, además, está obsoleto, porque planeaban incrementar el gasto en un 40%. Claro: hoy sería 20%… Eso demuestra que está mal hecho, que no lo van a cumplir, por eso sacaron 56 artículos de la galera para incrementar el gasto. Y lo van a seguir haciendo.

Pero supongamos que estos números se cumplieran a pesar de todas estas inconsistencias: habría un buraco fiscal, de financiamiento, de 12 000 millones de dólares. Y por más que rasquen la olla, van a conseguir 6000. ¿De dónde salen los 6000 millones de dólares restantes? ¿Qué van a hacer? ¿Les van a manotear la guita a los depositantes, los encajes en dólares? ¿O como acá se dijo: «Si no se puede pagar, estamos anunciando implícitamente un *default*»? ¿Saben adónde va a ir el riesgo país? A la estratósfera. Se va a derrumbar todo acá.

Finalmente, para cerrar, los liberales y libertarios de La Libertad Avanza nunca vamos a apoyar un presupuesto que tenga déficit fiscal, porque al déficit fiscal hay que financiarlo y es inmoral. Esa es la principal crítica: es inmoral. Porque el que lo financia con deuda castiga a las generaciones futuras, personas que no nacieron, gente que ni siquiera votó. También es inmoral financiarlo con emisión monetaria. ¿Saben cómo se llama eso en la teoría económica? Señoreaje. Viene de los señores feudales y genera inflación. Porque la inflación es siempre y en todo lugar un fenómeno monetario. Y eso no solo castiga el funcionamiento del sistema económico, sino que les pega entre 25 y 30 veces más fuerte a los más vulnerables. Los progres se rasgan las vestiduras y son los que más defienden este tipo de atrocidades.

¿Qué podrían hacer? ¿Subir impuestos? Pero eso es con alguien que ya invirtió, y es una confiscación, es un robo. Por eso, lo único que nosotros vamos a aceptar son presupuestos que estén equilibrados. Y como hay déficit, se tiene que llegar al equilibrio fiscal, pero ese equilibrio se debe lograr no con el esfuerzo del sector privado, se tiene que conseguir con el esfuerzo de la política. ¡Esta vez el ajuste lo tiene que pagar la política! Por eso nosotros no vamos a aceptar este Presupuesto.

Muchas gracias, señor presidente.